
MARY FORT
Eres
mi aliento
Highlander Heart IV

MARY FORT

Eres mi aliento

Highlander Heart IV

ISBN: 9798314936054
Sello: Independently published

Título: ERES MI ALIENTO
Mary Fort © 2025

Corrección y maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A mi hija Beatriz,
nunca pierdas tu luz,
sé inconformista,
lucha por ser feliz.
Te quiero.



PRÓLOGO

La luz del sol se hallaba en su cenit. Se reflejaba a través de las ramas del árbol donde Charlotte jugaba a perseguir mariposas, dándole un aspecto etéreo, como si al moverse lo hiciera a saltos. Estaba feliz, pues su padre le había prometido representar su leyenda clásica favorita: Cupido y Psique. Su madre participaría con ellos, interpretando a la dulce diosa Psique. Charlotte amaba al personaje de Cupido, sin embargo, su padre insistía en representarlo él, argumentando que le correspondía por ser un hombre. Al final, tuvo que ceder y conformarse con el papel de la tirana diosa Venus, a la cual odiaba por considerarla muy injusta y vanidosa.

—Hoy he traído tarta de manzana —anunció su madre con una sonrisa.

—¡Oh, mi preferida! Gracias, mamá —respondió, entusiasmada.

—¿Sabes que las mejores soluciones surgen cuando disfrutas un buen pastel?

Arrugó la nariz, curiosa.

—¿Tú solucionaste algo así?

—Con un pastel decidí si casarme con tu padre.

—¿Gracias a un trozo de tarta? —Su incredulidad era cada vez mayor.

—Me pregunté: ¿compartiría este trozo con él toda mi vida? —Ante su mutismo, agregó—. Si alguna vez tienes dudas, hazte esa pregunta.

Charlotte permaneció en silencio, no muy conforme.

—Creo que tu hija no podría resistirse a comérselo entero, no dejaría ni las migas —comentó su padre, provocando la risa de ambas.

—Tal vez, pero si decides compartirlo, sabrás que estás haciendo algo más que solo comer tarta —comentó su madre, guiñándole un ojo.

Todos cogieron un trozo y se sentaron en la hierba, listos para empezar su particular obra de teatro.

Su madre, con la dulzura de Psique, comenzó a recitar las primeras líneas, mientras su padre, con aire autoritario, le respondía como Cupido.

A Charlotte le gustaba verlos así, y al final se alegró de hacer de Venus y dejarles el mejor papel a ellos, ¿quiénes mejores para representar esos magníficos personajes que dos personas que se amaban tanto?

I



El fuego recién encendido crepitaba en la gran chimenea del salón del castillo McAllen. Padre e hijos se habían reunido como solían hacer tras desayunar todas las mañanas siempre que el *laird* estaba en casa. Acababa de regresar de uno de sus largos viajes y no podían albergar más felicidad tras el reencuentro. La cercanía de las llamas doradas abrigaba de calidez a Irving mientras las observaba.

—Padre, ¿cómo conociste a mamá? —La voz infantil del niño resonó cantarina en el salón.

Una sonrisa se dibujó en los labios del *laird*, igual que cada vez que evocaba ese momento tan especial en su vida.

—Recuerdo que iba de viaje con tus abuelos, cuando la rueda de nuestro carruaje se estropeó. Tuvimos que pedir asilo en una granja cercana y allí fue donde la conocí. Tu madre era la hija del dueño de esas tierras y nos enamoramos. —Su padre fijó la vista en el fuego, abstraído en el lejano recuerdo—. Fue amor a primera vista, hijo.

—¿Amor a primera vista? —preguntó Cameron, desconcertado. Su hermano mayor y mellizo no paraba de saltar en el suelo de baldosa en baldosa—. No lo entiendo.

—Significa que nada más verla supo que sería su esposa —aclaró Irving, poniendo los ojos en blanco con cansancio.

—Vaya estupidez —soltó el otro, molesto por su reacción—. Yo nunca me enamoraré, eso es de débiles.

Arrugó la frente, le irritaba su continuo rechazo a todo lo que no fuera una espada o un caballo. Era un bruto sin medida.

—Estás equivocado, Cameron —le aclaró su padre, haciéndolo detenerse y ladear la cabeza, intrigado—. A veces, el amor puede parecer que nos hace vulnerables, pero en realidad, se necesita mucho coraje para abrir tu corazón a alguien. No es cuestión de debilidad, sino de ser valiente y honesto con tus sentimientos. Enamorarnos nos hace felices.

—¿Y cómo sabes que estás enamorado, padre? —preguntó Irving, embelesado.

Su padre sonrió con la mirada perdida en el fuego del hogar.

—Cuando te enamoras sientes un cosquilleo en el estómago, como unas mariposas…

—¿Mariposas? Pero ¿cómo? ¡Oh, qué asco! Jamás me enamoraré —declaró categórico, provocando la risa del *laird*. Su satisfacción por haberlo divertido se reflejó en su sonrisa—. Me voy a cepillar a Strong, luego iremos a montar, ¿verdad, padre?

—Claro, hijo, iremos los tres. Me encantaría ver lo que habéis aprendido durante mi ausencia en vuestras lecciones de espada con Ryan.

Cameron, feliz, esgrimió un imaginario golpe con la espada y, tras sacarle la lengua a su hermano, salió en tropel del salón. Irving gruñó, mas no dijo nada.

El menor de los dos hermanos era un niño perceptivo, muy diferente a su mellizo. Irving se interesaba por aprender matemáticas, leer poesía o interpretar alguna obra teatral, de piratas si era posible. Su sed de conocimientos no tenía límites, y no era que no le gustase el arte de la guerra o montar a caballo, aquello era parte de su existencia; simplemente, odiaba que su hermano desvalorizara las demás cosas, por su afán de convertirse en un gran guerrero.

—Sé que piensas que es un bruto. —El niño asintió, todavía incómodo—. ¿Sabes que lee poesía? Esconde libros bajo el colchón

—dijo guiñándole el ojo y esperó su reacción de sorpresa para proseguir—. Ser bruto es típico de un *laird* fuerte y poderoso, en cambio, es difícil aparentarlo cuando la sensibilidad es parte de cada uno. Como sabes, la fuerza y la valentía son importantes, pero también lo es el amor. Un verdadero líder debe tener un corazón fuerte. Esas mariposas o el amor, como quieras llamarlo, nos hacen más humanos, no lo olvides. Puede que tengas que recordárselo a él algún día.

—No lo olvidaré, padre —contestó el niño con una sonrisa en sus labios—. A pesar de que no me corresponda ser el líder de este clan, ayudaré a mi hermano a no ignorar esas mariposas… Además, las buscaré también para mí y, al encontrarlas, sabré que podré ser tan feliz como tú.

Su padre le revolvió el pelo y, con una mano tras su nuca, lo atrajo hacia su pecho. El firme abrazo lo reconfortó, haciéndolo sentir importante por un momento. Entonces tosió un poco e Irving se retiró para observarlo. No tenía mal aspecto, si bien, advirtió que tenía la frente perlada de sudor.

—Será mejor que descanse un rato, hijo. Hoy me levanté un poco fatigoso. Después, iremos a dar ese paseo que os prometí.

Irving cedió y le echó los brazos al cuello para darle un pequeño beso en la mejilla. Enseguida, se fue por donde Cameron había desaparecido. Tenía una firme misión: aclararía a su hermano el tema de las mariposas, pues, aunque leyera poesía, seguía creyendo que era un bruto. Pondría la mano en el fuego a que no se equivocaba al pensar que se había tomado de forma literal lo de esos insectos, imaginándolos dentro de su barriga.

Las horas pasaron sin saber nada de su padre. Por fin, tras una breve visita a su progenitor en su aposento, ya no les permitieron verlo más. Este había caído enfermo al poco rato de separarse de ellos en el salón. Su madre, muy preocupada, los sacó de allí entre protestas y ayudada por la firme mucama que siempre los cuidaba. Esta los condujo a la habitación de juegos.

Jugaban con los regalos adquiridos de ese último viaje que había hecho el *laird*. Cameron recreaba escenas bélicas contra un dragón imaginario con la hermosa espada de madera, réplica del *claymore* familiar, y el otro, se entretenía haciendo cuentas con un ábaco, igual que si fuera un profesor de escuela.

—¿Cuándo iremos? —protestó Cameron—. Quería demostrarle a padre mi golpe mortal.

Saltó hacia delante dando el estoque final al desgraciado dragón imaginario.

—¿Eres sordo? —replicó Irving con una leve carraspera en su garganta—. Está enfermo, cuando se recupere podremos pasear con él. Y deja ya de hacer ruido, estoy calculando.

—Vaya si te has vuelto aburrido. Me gustabas más antes. Al menos me acompañabas y nos reíamos juntos.

—Sabes que, desde el último resfriado, los esfuerzos me debilitan. No puedo dar una carrera sin ahogarme.

—Lo sé, pero es un fastidio.

—Más lo es para mí —soltó, desafiándolo a decir algo más con sus brillantes ojos azules.

Cameron dejó caer la espada al suelo y se arrodilló a su lado. Al momento, lo envolvió entre sus brazos con fuerza, trasmitiéndole su incondicional cariño.

—Lo siento, sé que no he sido justo. Sabes que te quiero, pero me siento muy solo si tú no juegas conmigo.

—Lo sé, Cam. Venga, dejaré el ábaco e inventaremos qué hacer juntos.

—¡Bien! Será algo más tranquilo, te lo prometo. —Volvió a apretarlo contra sí con mucha efusión y luego lo soltó para volver a saltar de alegría—. Iremos a buscar saltamontes al campo.

Irving rio y asintió, para contentarlo, ni loco se arrimaría a un bicho de esos. Ambos salieron al pasillo y caminaron hacia la salida. Notaba que Cameron se aguantaba el ímpetu de correr para no

dejarlo solo. Aunque eran mellizos nacidos de un mismo parto, no podían ser más distintos. Su hermano era fuerte y gozaba de una salud de hierro, mientras que él nació débil y con tendencia a enfermar. Debía tener cuidado con los días demasiado húmedos, solía enfriarse rápido y, en consecuencia, resfriarse durante semanas. La tos lo acompañaba a diario y nunca podía dar una carrera muy prolongada si no quería acabar ahogándose. Padecía en silencio por no tener la libertad de la que gozaban los demás.

Era contradictorio que su hermano se sintiera tan solo como él en ese enorme castillo. Dos almas unidas, pero tan separadas por su débil fortaleza.

Lo siguió con paciencia. En ocasiones lo devoraba la frustración y nada más le apetecía perderse… Lo hacía, se perdía entre números, esa era su mayor distracción. Si para su hermano lo eran las espadas, para él existía un mundo único que dominaba a la perfección. Según el pastor Adam, era bueno haciendo cuentas y había planeado darle una sorpresa a su padre, demostrándole que podía sumar y restar tan bien como cualquier adulto.

Caminaron a las afueras del castillo, cerca de los acantilados. Iban acompañados de uno de los guardias, quien se mantenía alejado de ellos unos pocos pasos.

Aquellos abruptos barrancos de belleza salvaje junto al mar dejaban sin aliento a quien los contemplara. Irving disfrutaba observando las olas romper contra las rocas, notando su fuerza y poder intimidante en cada abatida. A veces se imaginaba surcando esas inmensas aguas, dominándolas sobre una gran nave y arribando muy lejos de allí.

—¡Estás soñando con navegar! —Cameron rio a su lado.

—Algún día viajaré a otro país, igual que padre. Y me estableceré en algún lugar exótico de los que me habla el pastor en sus clases.

—¿Piensas irte lejos?

—Algo tendré que hacer, Cameron. Tú serás el próximo *laird*, y yo no me quedaré para convertirme en clérigo.

Contempló de nuevo al horizonte muy convencido. Siendo hijo segundo, no tenía muchas opciones si no albergaba una carrera militar o eclesiástica.

—Ya estás soñando de nuevo. Se te nota en la cara de bobo que pones —dijo y resopló fuerte.

—Tú sí que pones cara de bobo, y más cuando encuentras algún bicho y lo miras como si jamás lo hubieras hecho.

Cameron sonrió porque sabía que era verdad y le acercó el saltamontes que tenía en la mano. Irving retrocedió unos pasos, muy asustado.

—¿No te gustan los bichos? Pues yo creo que tú a él sí. Mira, pero si quiere irse contigo… —Avanzó con el insecto e Irving comenzó a correr.

Sabía que se lo iba a soltar encima. Odiaba en especial a ese insecto y Cameron, consciente de ello, se lo estaba pasando en grande.

—Ni se te ocurra echármelo encima, no podré soportarlo, pedazo de tonto.

No le hizo caso y fue tras él. Irving ya no atendía a cuidarse de hacer sobre esfuerzos, y huyó igual que si lo persiguiera el mismo diablo. Fue inútil, su hermano era mucho más rápido y pronto lo tuvo encima, dejándole el insecto enredado en su rubio y largo cabello ondulado.

Gritó, saltó y sacudió la cabeza durante un buen rato, mientras oía las carcajadas de Cameron. Al estar ya seguro de que se había deshecho de él, se detuvo frente a su hermano con los puños muy apretados. De pronto, su respiración se volvió irregular y sentía una dolorosa opresión en su pecho.

Se colocó las manos en el cuello, le costaba respirar, era como si apretaran sin compasión y cada vez le faltara más el aire. Se estremeció al sentirse desvalido. En los ojos de su hermano se reflejaba su preocupación, sabía que no se encontraba bien.

—¡Tranquilo, Irving, respira! —dijo poniendo sus manitas sobre sus hombros. Al contrario, no podía calmarse y empezó a llorar. Los jadeos roncos eran cada vez más fuertes y se quedaba sin resuello. El miedo reflejado en el rostro de Cameron era tan aterrador como el suyo—. Irving, estoy contigo. Lo siento, lo siento mucho… —Le escuchó decir, su voz también temblaba.

Notó que lo alzaban en el aire y lo ponían boca arriba sobre el suelo de aquel pasto. No oía a nadie a su alrededor, solo un pitido constante que lo sumía en una total ausencia. Centró la vista en la lejanía del horizonte marino y se imaginó comandando un navío enorme. Situado sobre la quilla, abría los brazos de par en par, recibiendo el aire liberador.

Después de unos instantes, percibió cómo sus pulmones comenzaban a hincharse de nuevo, todavía percibía una quemazón ardiente en su interior. Debía seguir inmóvil, atrapando cada inhalación como si fuera un tesoro perdido. Poco a poco, logró volver a la normalidad y el pitido en sus oídos cesó, dejándolo oír un llanto desesperado a su lado. Ladeó su cabeza que reposaba sobre el brazo del soldado que los acompañaba y advirtió que Cameron se hallaba arrodillado.

Sin apenas fuerzas, aproximó su mano hasta él, haciendo que se sobresaltara. Este, pálido como un muerto, mostró un gran alivio y besó su palma con entusiasmo.

—No se preocupe, señorito Cameron, se pondrá bien —le dijo el guerrero mientras lo alzaba en brazos—. Volvemos al castillo. Creo que de sustos estamos hoy bien servidos.

Cameron asintió sin decir nada, toda su atención la tenía en su hermano, a quien no soltó hasta llegar al patio donde las conocidas y desconsoladas caras de sus sirvientes los recibieron.

Lo llevaron a su aposento y dejaron descansando en su lecho. Perdido en una neblina temporal, en ocasiones, oía sollozar a alguien a su lado, pero sumido en la penumbra del sueño le parecía imaginarlo. Poco a poco, cayó en una profunda oscuridad.

Los rayos de sol se filtraban a través de las cortinas de lino que caían sobre la alfombra azul de la habitación. Al estirarse percibió la suavidad de las sábanas contra su piel. A su lado, en la mesita de noche de madera tallada, había una jarra y una taza. Esperaba que no fuese la tisana que recordaba haber tomado en la duermevela hacía… ¿unas horas? Observó extrañado que entrara tanta luz en la estancia. Normalmente, por la tarde no solía dar en esa parte del castillo. Asombrado, comprendió que debía haber dormido bastante y se había despertado al día siguiente. La tos debió dejarlo peor de lo habitual.

Era raro, se notaba pesado y febril, aunque su respiración era regular, sin rastros del ataque de asfixia que lo había dejado exhausto.

Estudió su habitación. Los tapices en las paredes mostraban sus vivos colores llenando de alegría la estancia, en especial uno que reflejaba una escena de una leyenda griega. Le encantaba ese dibujo, le transportaba a ese excitante romance entre la hermosa Psique y Cupido. Ella mostraba su miedo tras haberlo quemado con la cera de una vela y él, la acusaba con el dedo mientras desplegaba sus alas alzando el vuelo.

Le resultó muy extraño encontrarse solo, pues siempre lo acompañaba su mucama Eloise cuando estaba mal.

Justo al levantarse, la puerta se abrió y la criada entró, portando un bulto de tela beige en una mano y cargando un cubo con agua en la otra.

—Eloise… —Quiso completar la frase, sin embargo, las pocas fuerzas que guardaba se disipaban igual que el humo.

—¡Mi niño! ¡Por fin estás despierto! —La mucama soltó todo en la mesita más próxima y se dispuso a tomarle la temperatura. La arruga de su frente le confirmó que algo no andaba tan bien como esperaba—. ¿Cómo te encuentras?

Eloise le sonrió, queriendo disimular su preocupación, pero ya la conocía y le cogió la mano entre las suyas.

—Como si llevara semanas en esta cama —logró responder en una afirmación disfrazada de curiosidad.

—Y así es, hoy cumple dos semanas —respondió esta sin dejar de observarlo en tanto ponía un paño escurrido en su frente—. Sigues con fiebre.

—Pero ¿cómo? Solo sufrí un ataque de asfixia, no es para…

—Enfermaste igual que tu padre —dijo desviando la vista.

—¿Qué me ocultas? —comenzó a decir y prosiguió, alarmado ante su súbita palidez—. ¿Es mi padre? ¿Cómo está?

En ese instante la puerta se abrió y un ojeroso Cameron entró. Parecía muy asombrado, como si no esperara verlo despierto jamás.

—¡Irving! —gritó su hermano evidenciando su enorme alegría—. Oí voces tras la puerta y tenía que comprobar que no estaba imaginándolo.

Enseguida, fue a aproximarse a él, mas la mucama se interpuso con rapidez.

—Sal de aquí, Cameron. Aunque tu hermano parece estar mejor, sigue con fiebre y no está recuperado. Podría… Es peligroso que te acerques —determinó con urgencia mientras lo empujaba en dirección a la salida.

—¡No! No voy a irme. Nadie me impedirá estar con él como hicisteis con mi padre.

—Cameron, ¿cómo está padre? —preguntó, haciendo un esfuerzo por incorporarse.

—Hermano…

Cameron tenía los ojos brillantes y estaba a punto de explotar en llanto. Esquivó a la criada y se colocó a su lado. Un sollozo lo sacudió ante su angustiosa mirada y cayó de rodillas al suelo con la cabeza gacha. Irving hundió los dedos en su cabeza y tiró de su pelo levantándole el rostro. Con miedo, descubrió una pena tan desgarradora que le estrujó las entrañas, una que lo lanzó a un

abismo aterrador del que nunca podría escapar. No hizo falta que le dijera nada para saber qué había ocurrido.

—¡No! ¡Padre no puede estar muerto!

Intentó levantarse, pero su cuerpo pesaba mucho y una profunda tos lo asaltó al instante, quemándole el pecho. Se llevó las manos allí, le faltaba el aliento y luchó por respirar. Necesitaba aire y mantenerse despierto, exigía respuestas.

Con la vista casi perdida apreció cómo la mucama apartaba a su hermano que lo observaba aterrorizado. Pronto, regresó con él y lo incorporó hasta dejarlo bien sentado, luego lo rodeó con sus brazos, brindándole su reconfortante calidez. Con fuertes frotes sobre su espada pretendía aminorar las sacudidas que ardían en su interior como la peor de las quemaduras. Poco a poco, logró llenar sus pulmones de su ansiado tesoro y, agotado, cayó en una dulce duerme vela. En la lejanía, oía a Cameron llorar y rogarle que no se muriera. Envuelto en esa penumbra no era capaz de responderle…

«No te dejaré nunca, hermano. Lucharé».

II



Años después

La habitación se le hacía enorme, las horas interminables, el eco del pasado demasiado triste. Resopló, hastiado. Llevaba bastantes días enclaustrado entre esas paredes sin percibir siquiera una pizca de brisa en su piel. Se sentía fuerte esa mañana, ¿qué sabría ese médico inútil de remedios? No le gustaba el doctor Hope. Todo lo arreglaba con encierros interminables y tisanas amargas como la hiel que lo dejaban desecho, semejante a un trapo. Había simulado ingerirla hasta en dos ocasiones ese mismo día, luego, cuando Eloise se entretenía con cualquier tarea, la vertía en su palangana, y así hizo durante esa última semana. ¿De qué le servía dormir tanto? Con esos brebajes no podía concentrarse en nada, ni siquiera conseguía retener una corta frase de un poema. No, no y no. Se acabó el encierro.

Salió del lecho decidido a dar un paseo. Le apetecía montar a Pegaso, su hermoso corcel blanco. Seguro que lo había echado mucho de menos. ¿Cuánto tiempo llevaba sin montarlo? No se atrevía a contar los días por no horrorizarse más.

Al entrar Eloise en la habitación, ya estaba vestido y preparado para pasear. Esta, anonada por encontrarse la situación, salió por donde había venido sin pronunciar palabra y pronto regresó acompañada de su madre.

—¿Dónde vas? Según el doctor Hope…

—Si fuera por ese doctor no saldría de esa cama en años, madre. Me tiene atontolinado con tantas tisanas. Estoy harto, que las tome él si quiere.

—Hijo, te pondrás peor…

—Madre, no puedo vivir encerrado, necesito ver el mundo. ¿Para qué quiero mejorar si me paso la juventud entre estas paredes? Quiero aprovechar que estoy mejor para montar.

—Estás mejor gracias a esas tisanas que te mandó el doctor…

—Precisamente, estoy mejor porque he dejado de tomarlas —confesó de espaldas y la oyó contener el aliento—. Es un charlatán, Eileen.

—Estás enfadado —dijo esta y él se volvió, extrañado—. Me llamas por mi nombre, siempre lo haces. —Calló unos segundos y continuó, decidida—. Tienes razón, hijo. Esta no es forma de vivir, pero tampoco quiero que empeores. Debes ser más cauteloso. ¿Por qué no dejas tu paseo a caballo para otro día y pruebas a visitar el jardín? Te acompañaré, así no te sentirás tan solo.

La idea lo sedujo, no obstante, cualquier propuesta lo haría a esas alturas. Le sonrió, encantado, y tras recogerse el largo cabello ondulado con una lazada en la nuca, se agarró al brazo de su madre. Esta lo detuvo un instante para indicarle a Eloise con un gesto que le sacara un abrigo del armario.

Tras ponérselo y le guiñó un ojo a su mucama. A pesar de que ya era un hombre, mantenía un asistente para vestirse. No obstante, debido a su deterioro tras haberse contagiado del mal que se llevó a su padre, no había prescindido del todo de Eloise. Era su mejor compañía, su hombro donde llorar cuando no contaba con el de su madre, afanada en cumplir tantas responsabilidades en ese castillo. Ella era la mujer que mejor lo conocía, podía decirse, y con el suficiente atrevimiento para fruncirle el ceño ante la idea de salir al jardín.

Sin que lo esperara, la besó en la mejilla, deseando aplacar su enfado. Le costó un leve gruñido, aunque sus labios se curvaron de

forma traicionera, revelando su contento.

Del brazo de su madre, salió de la habitación con el mejor ánimo.

El jardín del castillo era precioso en esa época del año. Comenzaba la primavera y las flores jugaban a una especie de concurso de demostrar cuál era la más bella. Los colores y aromas dulces se entretejían con una luz espléndida y cálida, transportando a cualquiera al corazón del mismísimo Edén.

Su madre le insistía en que no se quitara el abrigo, pero él sudaba después de una hora a pleno sol.

—Madre, enfermaré de una insolación si me lo dejo puesto un minuto más.

—Entonces volvamos adentro, cariño.

—No, deseo estar un rato más, solo un poco y luego regresaré sin protestar. No tienes que quedarte conmigo, estaré bien. Sé que tienes muchas cosas que hacer, anda, ve. No voy a salir corriendo —dijo con una irónica carcajada.

—No tiene gracia —comentó Eileen, enfurruñada, antes de apretarle la mano y salir de allí a paso apresurado.

Permaneció observando las flores bien cuidadas, eran todas hermosas y dignas de adornar la habitación de una reina, sin embargo, las que más le llamaban la atención eran unas tímidas violetas salvajes que asomaban entre la hierba. Estas luchaban por sobrevivir entre tanta opulencia, buscando alcanzar un rayo de sol para seguir existiendo. Eran como él, unas supervivientes en un mundo difícil desde su nacimiento.

No podía seguir así, debía salir de ese letargo al que estaba sometido por miedo a enfermar más. Esa no era vida para nadie.

Fijó la vista en el sol y entrecerró los párpados, resistiendo la brillante luz que lo cegaba. El reluciente astro daba la vida igual que la quitaba, podía otorgarle calidez, pero también quemarlo. En realidad, todo se basaba en tomar lo justo y necesario de cada cosa para poder subsistir en el universo.

¿Qué necesitaba él? Quería estudiar, ir a la universidad. Hasta la fecha no se lo habían permitido por su malogrado estado de salud. Un tutor se encargaba de impartirles latín, griego, matemáticas y filosofía a él y a su hermano en el castillo. Cameron estaba conforme con esa educación básica, estudiar no era su prioridad, abrumado por tantas responsabilidades desde pequeño al tener que asumir su puesto como jefe de familia. Mas a él, a pesar de recibir una buena formación, se le quedaba muy corta. Tenía demasiadas preguntas pendientes de una aclaración y moría por nutrirse y avanzar en el conocimiento. Eso solo lo encontraría lejos de allí, hablando, meditando y reflexionando con más estudiantes y profesores, gente que les motivara el mismo objetivo o sentimiento… Iría a la universidad, costara lo que costase. Lo tenía decidido y no le importaba enfermar.

Si no podía viajar, cumpliría una parte de sus sueños, y si moría joven, lo haría con una sonrisa de satisfacción dibujada en sus labios.

Con ese pensamiento entró en el castillo, su determinación era evidente para cualquiera que se cruzara. Sin titubear, buscó a su hermano.

Justamente, Cameron salía de su despacho. Por la expresión arrugada de su frente no andaba muy contento y lo siguió, decidido a exponerle su firme idea.

—¿Ocurre algo, hermano?

—Nada que no pueda arreglar con mano dura. —Al notar que seguía esperando una respuesta más completa, continuó—. Refriegas entre campesinos.

—Comprendo, demasiadas responsabilidades. Yo… quería hablar contigo de un asunto importante. —Este suavizó el paso para prestarle atención y asintió a la espera que prosiguiera—. Quiero estudiar en Aberdeen.

Cameron se detuvo de golpe e Irving buscó un nimio indicio de rechazo, sabía que se enfrentaba al mayor coloso en su vida, la

preocupación por su salud. Sin embargo, en sus facciones no encontró preocupación, sino una profunda comprensión.

—Sabía que llegaría el momento en que quisieras más, hermano. He intentado que tuvieras la mejor formación académica aquí mismo para que nunca tuvieras necesidad de conocimiento, pero noto que la tristeza te consume cada día que pasa.

—Entonces, me entiendes. Pensaba que te opondrías.

—Hermano, no puedo oponerme. Nacimos de un mismo parto, pero nuestros intereses son diferentes. Yo tengo lo que siempre he querido y comprendo que tú te sientes frustrado, no es justo retenerte.

Irving quiso reprimir la emoción que lo embargaba, aun así, le fue imposible y lo abrazó como hacía muchos años que no abrazaba a nadie. El *laird* lo pensó por un segundo, antes de rendirse a la emoción que le exigía y, finalmente, estrecharlo con más ímpetu.

Hacía mucho que no se fundían en un abrazo así, él se hallaba todo el tiempo al cuidado de mujeres y Cameron enfrascado en sus obligaciones cotidianas...

—Madre se llevará un buen disgusto, estará muy preocupada por ti. No quiero ni imaginarme sus ojeras, serán eternas tras tu marcha.

—Lo sé, igual que estoy convencido de que tú también las tendrás. Prometo cuidarme, serán unos pocos años los que me llevarán licenciarme en Artes.

—¿Y luego? ¿Qué harás después de eso? ¿Lo has pensado?

Irving rehuyó revelarle su verdadera idea, divertido.

—Permíteme cumplir un sueño antes de pasar al siguiente.

—Un sueño… tienes muchos en esa cabeza que vive más en las nubes que este mundo —le dijo revolviendo su pelo igual que si fuera un niño—. Luego hablaré con madre.

Tras ese encuentro, pasó los días de buen ánimo, algo que no sucedía con su madre, quien moría de preocupación. Ella se opuso en un principio de forma firme e inflexible, pero comprendió que no

tenía nada que hacer contra la aprobación de su hijo mayor. Les costó dos semanas sin dirigirles una palabra ambos hermanos, aunque, poco a poco, se resignó y volvió a comportarse como la madre cariñosa que era. Hablar con él del tema la ayudó a comprender que necesitaba salir del nido y realizarse. Y quizás… casarse.

Irving alzó la vista al techo y resopló. Sabía que su madre moría por ver corretear nietos a su alrededor.

—Lo mismo conoces a la mujer de tu vida, hijo. Eso sería cumplir dos sueños, o conseguir dos pájaros de un tiro.

Rio ante el símil. Era tan bonita todavía. Había sido una pena que quedara viuda tan pronto, no se merecía vivir esa soledad ni la tristeza que la consumía cada día. Claro que merecía unos nietos, ahora bien, mejor que fueran por parte de Cameron, que él ya tenía bastante con lograr no morir ahogado de un mal resfriado cada invierno. Menos necesitaba responsabilizarse de una mujer y niños a los que, con seguridad, dejaría desamparados antes de sobrepasar los treinta.

—No creo que ande con mucho tiempo de cortejar damas, querida madre. Estaré muy ocupado entre libros como una rata de biblioteca.

Ella bufó, disgustada. Irving le apartó el bordado de sus manos y la abrazó con fuerza para dejarla más tranquila.

La conocía y sabía que eso era suficiente para aplacar su impaciencia, un poco de cariño y la tenía con rapidez en la palma de su mano. Era lo bueno de haber pasado tanto tiempo encerrado, le había servido para conocer a las personas que tenía a su alrededor. Se creía muy observador y se jactaba de haber desarrollado una habilidad especial al interpretar cualquier gesto, por nimio que fuese, con mucha facilidad. A veces, incluso se anticipaba a los acontecimientos, como si predijera lo inevitable. Al menos, eso pensaba él.

Eileen volvió a su bordado ya más sosegada y él se dedicó a leer un libro de gramática proporcionado el profesor Smith, el cual ya lo tenía aprendido hasta la saciedad. Además de pagar una cuantiosa suma para matricularse, debía aprobar los exámenes de ingreso de latín y gramática en la universidad.

Sin saber por qué, no podía concentrarse. Bueno, tal vez sí lo supiera, pero intentó ignorarlo… Era inútil no darle vueltas a esa idea. Una esposa.

A sus diecinueve años, podía decirse que era virgen, al contrario de su hermano, que había comenzado muy pronto a corretear tras las faldas de algunas criadas. Era bien parecido y muchas habían pretendido llevárselo al catre con zalamerías y descaradas insinuaciones, sin embargo, nunca había sucumbido. No era porque no les gustara, pues bastante lo evidenciaba el tamaño que adquiría su entrepierna, aun así, tenía miedo de no dar la talla por su falta de aire. No era un ignorante, había visto a animales en pleno acto y sabía en qué consistía. Y, por eso mismo, pensaba que no podría soportarlo sin morir asfixiado. Al evocar sus jadeos de ahogo y la imagen de sus lenguas colgando, se le pasaba el arrebato.

A sus diecisiete años, en uno de sus interminables encierros postrado por un mal resfriado, dejó que una de las mujeres que lo cuidaban se entretuviera más de la cuenta en sus friegas. Lo que empezó con un inocente roce para aliviar su dolor en los brazos, pasó a concentrarse cerca de su estómago. Pronto, su miembro respondió como un bellaco atrevido, deseoso de tener una de esas friegas únicamente en la hinchada verga. La muchacha, resuelta a conseguir lo que nadie había logrado hasta el momento, ni se lo pensó al ver su disposición. De un salto se subió sobre él, tan rápido que solo le dio tiempo a parpadear. Se introdujo su miembro más firme que una bandera dentro de ella y, sin darle opción, le colocó las manos sobre sus enormes pechos. Tras un gemido de inesperado gusto, lo cabalgó sin resuello, como una verdadera amazona. De la emoción que lo embargaba, comenzó a respirar muy rápido, poco a poco, la tos apareció acompañada de un leve jadeo para transformarse en un profundo quejido. Tan emocionada se

encontraba la muchacha por lograr su objetivo, que nada más se percató de su descontento al apreciar el azulado de sus labios, más típico de un fantasma que de un joven exaltado.

Estuvo a punto de expiar sus pocos pecados aquel día, y qué buena muerte hubiera sido, sin embargo, ninguna mujer del servicio volvió a intentarlo después de eso, y él se conformó con una triste añoranza.

Decidió con el tiempo prescindir de los servicios de algunas criadas, sospechando que era nombrado en boca de algunas como poco hombre. Aquello lo enervaba, pues nadie comprendía qué sufrido era terminar en soledad aquellas calenturientas pasiones. Era frustrante y cada vez más deprimente.

Por ello, a esa edad, tenía asumido que, si no moría impoluto de un resfriado, lo haría procurando consumar con su esposa la noche de bodas.

En los meses siguientes, consiguió aprobar los exámenes de latín y gramática para lograr su ingreso en la universidad. Su ánimo era el de un niño y apenas notaba la falta de aire en sus pulmones. Por ello, jamás pensó que las cosas podían complicarse tanto unos días más tarde cuando decidió pasear a caballo para demostrar su entereza ante tan inminente reto.

Su hermano Cameron se presentó en su habitación a darle una noticia que le cambiaría la vida.

—Toma, esto es para ti.

Irving leyó la carta ante su atenta mirada y la de su madre, y no pudo disimular ni un ápice su gran júbilo. Lo que tenía en sus manos no era otra cosa que el comunicado de admisión a la universidad de Aberdeen. Según ponía en él, aguardaban su pronta llegada para cursar sus estudios en Arte y Letras.

—Nunca podré devolverte lo que has hecho por mí, hermano —manifestó con voz firme y con la mano en su hombro.

—¿Desde cuándo nos debemos favores? Eres mi sangre y siempre te apoyaré —afirmó Cameron McAllen con rotundidad.

Era cierto, no podría devolverle que confiara en él. Estaba tan contento que, sin este esperarlo, lo abrazó muy fuerte. Tras verlos, su madre quiso participar a su manera de tan entrañable momento, aunque su decisión de partir no fuera de su agrado.

—He adquirido un nuevo libro para ti, querido —dijo Eileen, entregándole un tomo encuadernado en cuero oscuro con letras doradas en su lomo.

—Gracias, creo que saldré a pasear a caballo, madre. Hoy me encuentro mejor, me apetece mucho disfrutar de este bonito día soleado.

Su disgusto fue evidente, pero no dijo nada. Antes de salir por la puerta se giró y agregó:

—Abrígate bien, cariño. Este sol carece de calidez y la brisa del mar azota traicionera estos últimos días.

Cameron, con una palmada en su espalda que casi lo hace trastabillar, lo animó a salir tras ella.

—Te acompaño.

—Cam, debes cumplir con tus deberes —comentó el joven, sorprendido.

—Madre y tú sois mi mayor compromiso. —Agarró el *plaid* rojo y verde oscuro que se encontraba encima de la cama y se lo echó por encima de los hombros. Con entusiasmo se acercó al umbral y lo apremió—. Vamos, seguro que hoy será un gran día para nosotros.

III



Sentía cómo su vida se agotaba con cada galopada. Luchaba por llegar al castillo y avisar qué sucedía, sin embargo, la tensión vivida hacía unos momentos había hecho que respirara de forma irregular y cada trote del caballo se le hiciera un verdadero suplicio.

Consiguió adelantar unas millas, mas no eran suficientes. Si al menos se encontrara a algún campesino, lo mandaría avisar a los soldados de que el *laird* se encontraba en peligro a merced de unos mercenarios.

El paisaje que lo rodeaba era un vasto mar de colinas, cubiertas de manto verde, que se extendía hasta los trigales que trabajaban sus campesinos. Tras almorzar en el campo con su hermano, quedaban pocas horas para que anocheciera. Necesitaba llegar rápido al castillo antes de que eso sucediera. Los árboles se alzaban altos y majestuosos, vigilantes del camino, el cual se rodeaba de una densa maleza. Ni la belleza que contemplaban sus ojos podía calmar la angustia que oprimía su pecho. A cada sacudida del caballo, un dolor agudo le atravesaba, recordándole la urgencia de su misión. La desesperación se apoderaba de él, debía aguantar hasta pedir ayuda, pero el paso del animal se le hacía eterno.

El sudor perlaba su frente, sus manos temblaban tratando de aferrar las riendas. La visión se le nublaba por segundos y en su cabeza, únicamente, se hacía una pregunta: ¿llegaría a tiempo?

Divisó una figura a lo lejos, con seguridad sería de un campesino. Con las últimas fuerzas que le quedaban, dirigió su montura hacia

ella y, al borde de desfallecer, tiró de las riendas para detener a Pegaso. Se echó sobre su lomo, entre jadeos ahogados. Su pecho ardía candente, su cuerpo acababa laxo. Impotente, perdió el equilibrio en la montura y cayó al suelo. Sobrecogido por su debilidad, se limitó a capturar cada sorbo de aliento, esperando un milagro.

El silencio lo inundó, solo roto por sus propios sollozos y roncos jadeos, sabiendo que pronto dejaría este mundo. Abrió los párpados en un último afán de ver la luz terrenal. Entonces, un movimiento al lado llamó su atención. Desde la espesura de los matorrales cercanos, una figura encapuchada emergió con sigilo. No podía ver su rostro escondido tras los pliegues, pero, por un instante, el brillo de un reflejo lo desconcertó. A la figura lo siguió otra aún más recia que se arrodilló a su lado, observando su estado crítico. Se agachó y acercó el oído a su pecho, intentando captar algo.

—Se está ahogando —dijo el recio al encapuchado que permanecía inmóvil ante la escena.

Irving comenzó a ver todo más brillante y a perder la noción del espacio y tiempo, creyendo que había llegado su hora. De repente, le abrieron la boca y unos labios se posaron sobre los suyos, insuflando aire con vehemencia. ¿Acaso en su mundo existían ángeles encapuchados? Sin duda, debía estar a las puertas del cielo y uno de ellos lo recibía con un beso, concediéndole la vida que le faltaba. Poco a poco, su pecho comenzó a llenarse y lo inundó el alivio. Esa persona le regalaba su aliento; volvía a serenarse y a recuperar la consciencia. La tos lo asaltaba con ahínco, pero podía inhalar al fin.

No supo cuánto tiempo pasó tumbado, medio inconsciente, saboreando la vida como nunca, mas al abrir los párpados en búsqueda de su liberador solo encontró al hombre rudo a su lado. Ya no había rastro del que le había sacado del pozo de una muerte segura.

—Tranquilo. Por lo que puedo adivinar por sus ropajes no debe ser un cualquiera. Hoy es su día de suerte y lo llevaré hasta donde

necesite, muchacho.

—Dónde está…

—Se ha ido.

—¿Quién es él? —consiguió decir con mucho esfuerzo buscando otra vez a ambos lados sin éxito, pues no le creía.

—Llámelo si quiere su ángel de la guarda.

—Sí, es un ángel.

La expresión del hombre era confusa, mientras miraba a algún punto entre la maleza. Luego, rascándose la frente, volvió a dirigirle la palabra.

—No hable, señor, no debe gastar fuerzas. Lo ayudaré a subir a su caballo.

Tras decir aquello, no esperó un minuto más para levantarlo del suelo. Era fuerte como un mulo y logró alzarlo sin problemas. Montó tras él a la grupa y avanzaron entre la maleza.

Irving ojeaba a su alrededor, le pareció ver en alguna ocasión la figura del encapuchado que los seguía, pero no podía girarse sin caerse del caballo. Bastante suerte había tenido ya y debía concentrarse en mantener el equilibrio.

El camino era claro y soleado, los rayos de sol se filtraban a través de las hojas de los árboles. Los cascos del caballo resonaban en esa tranquilidad impuesta, pues nadie comentaba nada. Al notarse más recuperado, todavía con una voz un tanto ronca, formuló una frase al aire, exteriorizando lo que pensaba en aquel momento.

—*Angelus meus me ex tenebris eripuit.*[1]

—*Fortuna favet audaci, sed ángelus semper vigilat*[2] —respondió una voz un tanto aguda y forzada. Su tono mordaz le llamó la atención y buscó con urgencia a ambos lados entre la maleza.

—Creo que el ángel está ahí. Pare, por favor —pidió con vehemencia.

—Muchacho, está imaginando, nada más —regañó, incrédulo.

—¡Pero lo he oído! ¿Usted no?

—Yo lo único que oigo es que usted desvaría. Cálmese, no vaya a ser que le dé otro ataque de esos.

Guardó silencio, algo aletargado y dudando de sí mismo. ¿Podría haberlo imaginado como le decía, o se mofaba de él?

—¿Qué hacía cabalgando en ese estado, muchacho?

—No soy un muchacho, soy Irving McAllen, hermano del *laird* de estas tierras —contestó y lo asaltó de nuevo una ligera tos—. Me urge llegar cuanto antes al castillo. Mi hermano y yo nos encontramos con unos mercenarios.

—¿Y su hermano se quedó allí, señor?

Asintió, no sabía si debía desvelar lo de la reunión secreta que habían descubierto. Cameron, temiendo por él, le había ordenado que se largara al castillo. Si no volvía al anochecer debía mandar una patrulla en su rescate. Decidió callar, al fin y al cabo, no conocía a ese hombre.

—¿Cómo te llamas, buen hombre?

—Mi nombre es… —Le pareció que alguien chistaba desde la espesura, aunque en vista de su confusión, pensó que volvía a imaginarlo. Calló un instante antes de contestar con cierto titubeo—. Me llamo Johann Sebastian.

—Vaya, nada más le falta apellidarse Bach para hacerme pensar que es el gran compositor.

El hombre carraspeó, un poco sorprendido ante su comentario, y a la par oyó una risita tras ellos. Entre tanto, estaba seguro de que alguien los seguía a pie. Irving, cansado de no saber quién era, intentó volverse, pero el rudo hombre lo mantuvo hacia delante con firmeza.

—Estese quieto o caeremos los dos —protestó—. Mire, ya se ve su castillo. ¿Cree que podrá llegar solo?

—¿No vienen conmigo? Quiero agradecerles…

—No —cortó con rapidez—. No necesitamos nada de usted. Ahora márchese, pronto anochecerá.

Sin esperarlo, el hombre bajó de un salto y le dejó llevar al animal.

El ocaso puso todos sus sentidos en su misión y recordó las palabras de Cameron: *Regresaré antes de que anochezca. En caso de que no sea así, manda una patrulla a buscarme.*

—Muchas gracias, Johann, y al ángel que anda escondido. Nunca olvidaré que me han salvado la vida. Vayan con Dios.

Espoleó el caballo, todavía algo tambaleante. A un trote tranquilo llegaría sin problemas y alertaría al fin a la guardia.

Era cerca de medianoche cuando los gritos de los centinelas lo alertaron de que llegaba alguien. Irving se levantó sin hacer caso a las protestas de Eloise y salió al patio. Por la gran puerta cruzaban a pie dos hombres cargando un cuerpo sobre lo que parecía una camilla hecha de cañas. Los soldados de la entrada los ayudaban en los últimos pasos cruzando la explanada. De los dos extranjeros, uno era un gigante pelirrojo, el otro, aunque imponente, era un guerrero de menos envergadura.

—¡Cameron! —gritó con desesperación al ver que se trataba de su hermano a quien transportaban.

—Avisad a un médico, está gravemente herido, señor —le dijo el pelirrojo al ver que lo reconocía.

—Haced lo que pide, traed al doctor Hope —ordenó a los soldados con una imperiosidad que hasta él desconocía que pudiera albergar.

Cameron yacía con los párpados entrecerrados todavía consciente, por lo cual soltó el aire, aliviado. Después de transportarlo adentro entre unos pocos, se dirigió a los hombres, que esperaban en el patio bebiendo el agua de unos odres que les ofrecía una de las sirvientas.

—Soy Irving McAllen, hermano del *laird*. ¿A quién tengo el honor de agradecer su rescate, señores?

El menos enorme de los dos, y no por ello menos peligroso, le ofreció el brazo para saludarlo.

—Mucho gusto en conocerlo, señor McAllen, soy Edward McCain, futuro *laird* del clan McEwen. Aquí, conmigo, Miles Allan, mi capitán. —El gigante asintió y le ofreció también el brazo para estrechárselo —. Encontramos a su hermano entre los trigales muy malherido. Parece ser que su caballo se encabritó y cayó. Cuando lo encontramos sufría el ataque de unos jabalíes, y ha perdido bastante sangre, pero no son sus cornadas lo que me preocupa. Su hermano no siente nada de cintura para abajo, señor.

—Eso es horrible. No puede ser verdad.

—Me temo que sí, por eso es primordial que lo asista un médico cuanto antes —respondió el pelirrojo con gravedad.

—Gracias, señores. No sé cómo agradecerles su ayuda. Tenía una patrulla buscándolo desde hacía horas… —No pudo seguir, emocionado por los hechos y siendo consciente de la gravedad de la situación—. Si no les importa, un sirviente los acompañará para darles comida y lo que necesiten. Ahora, iré con mi hermano.

Cabizbajo, los dejó a merced de los sirvientes y se dirigió al salón, donde habían colocado a Cameron encima de una gran mesa. Su madre se hallaba echada sobre su pecho, muy afectada.

Cameron, al verlo aparecer, quiso esbozar una sonrisa, si bien, el dolor y el cansancio se lo impedían.

—Hermano… —susurró con voz débil.

—No hables, Cam, el médico está en camino. Todo está bien —respondió, tratando de infundirle ánimo, aunque era incapaz de no mostrar su angustia al observar sus largas extremidades bastante estáticas.

El salón se hallaba iluminado por la luz de las hogueras y las velas en las altas lámparas, que contrastaban con la oscuridad de la situación. La opresión en su pecho era igual de sombría que su

ánimo cuando su madre le preguntó con la voz quebrada por la emoción.

—¿Qué ha pasado?

—Cayó del caballo. Apenas logró llegar hasta aquí —respondió con un nudo en la garganta.

De repente, fue consciente de que todo dependía de él y de que las próximas horas tenía que actuar con rapidez si quería salvar a su hermano.

Con cuidado, mandó levantar a Cameron y llevarlo a una de las habitaciones del castillo. Mientras lo acomodaban en la cama, la impotencia por no poder valerse por sí mismo se reflejaba en el rostro de su hermano.

Estaban en manos de Dios y de ese médico que llegaría todavía pasado un buen tiempo.

Cinco años habían pasado desde la desgracia. Cameron había quedado postrado en cama con una pierna inútil tras la caída. Aquello lo obligó a tomar las riendas del clan y olvidarse de sus prioridades y sueños. Fue un duro golpe ver que su hermano se hundía en la amargura y ahogaba su pena en el alcohol en vez de seguir luchando. Irving lo ayudaba con la administración, a veces asumía su rol de capitán, comandando las cuadrillas y apoyado también por Miles. Este se había casado e instalado cerca, en una casona con tierras cedidas por su hermano en compensación por salvarle la vida. Sin embargo, por mucho que hiciese, era insuficiente, pues pronto enfermaba de nuevo, y las indicaciones del doctor Hope no eran efectivas, ni esperanzadoras. ¿Tendría que actuar como un fantasma toda su vida?

Siempre se había resignado, pero el hecho de que en esos años atrás su sueño iba a materializarse, lo ayudó a mejorar física y anímicamente. Por una vez se había sentido con fuerzas de enfrentarlo todo. ¿Sería entonces culpa de su propia cabeza que se empeñaba en resignarse a no mejorar?

Había pensado mucho en ello. A pesar de sufrir un deterioro físico muy grave, él mismo se imponía de antemano que no podría salir adelante con nada. ¿Y no era eso lo que le ocurría a Cameron? En esos cinco años, Irving no había tenido otra opción de luchar por el clan, ocupando un papel que no había pedido. Aun así, le faltaba empuje, él no era un guerrero, ni jamás lo sería, y su amargado hermano tampoco luchaba por ello.

—No comprendo por qué te pones así. La esposa de Edward McCain es una gran sanadora, ha ganado una notable reputación entre los lugareños. Incluso la visitan miembros de clanes cercanos cuando no encuentran ninguna alternativa —le reprochó a Cameron, quien no albergaba más cuidados de nadie. Había renunciado a toda esperanza desde hacía meses y le molestaba la presencia de esa mujer en su castillo.

—Seguro que solo vendrá a verte a ti —soltó con una ironía furiosa que intimidaría a cualquiera.

Por primera vez en años, asistieron a una celebración. La hija de Miles Allan recibiría el bautismo y Cameron sería su padrino, por lo que no se negó a asistir. Allí conocieron a Elizabeth McCain, quien le propuso estudiar el caso médico de Cameron y hasta el de él mismo. ¿Qué podían perder? Ella le había aportado esperanza de mejorar, algo que ya habían perdido hacía mucho. No supo qué lo impulsó a aceptar su ayuda ¿Quizás albergaba la posibilidad de ir todavía a Aberdeen? Era absurdo, pero y si…

—Me verá a mí, como indicas y, tal vez, deberías permitirle que te examinara también.

Había descubierto su plan, era inútil engañar a ese testarudo.

Adele Lindsay, prima de Elizabeth, entró en sus vidas como un soplo de aire fresco que endulzaba todo a su paso. Ella ocupó el lugar de Elizabeth, quien tuvo que ausentarse por una urgencia a lo largo de la semana. ¿Habría sido el destino el artífice de que esas mujeres entraran en sus vidas para salvarlos? Podría ser, pero Irving era de los que pensaban que, a pesar de que el destino obrara, éramos nosotros los que teníamos el poder de moldearlo con

nuestras decisiones. No era algo que simplemente ocurriera, sino una serie de oportunidades y elecciones que guiaban nuestra vida. Solo uno mismo tenía la capacidad de forjar su propio camino.

Por eso, cuando Adele lo trató por primera vez y calmó con unas simples palabras un ataque de asfixia que lo asolaba, supo que debía exprimir cualquier momento a su lado. Ella era la primera mujer que lo había escuchado en años, aparte de su madre y mucama. Sentía su cariño en cada palabra o gesto desinteresado y ocultaba en su interior un mundo tan rico como el suyo, el cual necesitaba emerger de entre la maleza igual que una tímida violeta silvestre. Y de esa forma, surgió algo muy especial entre su hermano y ella, tanto que hizo despertar su pierna entumecida. ¿Amor? Estaba seguro de ello, no podía ser otra cosa más fuerte que el amor. Era lo mismo que había conocido en los ojos de sus padres y que en ese preciso instante se manifestaba desafiante entre esos dos cabezotas que se negaban a aceptarlo.

Habían forjado una buena amistad en esos pocos días y, pese a ello, Cameron lo estropeó todo con su obstinación y mal humor. Había notado que Adele y él se miraban de forma especial, sin embargo, su hermano estaba tan amargado que decidió ignorar esas señales que hablaban del comienzo de un bonito idilio. Sin más, acabó con aquello y le pidió que avisara a su amante particular para que lo asistiera.

Camino de la cocina pensaba en lo estúpido que podía a llegar a ser un hombre como su hermano, al rechazar a la persona que lo iluminaba con su risa y sacaba de su adormecimiento cada día, por el miedo absurdo de no ser suficiente para ella. Su complejo era tan enorme que no lo dejaba avanzar ni darse la oportunidad de amar.

A unos pasos de la sala, oyó una voz infantil leer un pasaje de la biblia. Extrañado, aguardó en el umbral en silencio y puso interés. En la estancia se hallaba la amante de su hermano y discutía algo con una de las lavanderas del castillo. Mientras, un niño de unos diez años seguía leyendo con torpeza una nota en un papel. ¿Cómo un

niño con ese aspecto desmadejado y sucio había aprendido a leer? La respuesta no se hizo esperar…

—¿Eres tonta? No sé leer, a ver si voy a tener que apuntarme también a dar las clases de lectura con ese tal Robertson…

—¿Qué clases son esas, Jane? —interrumpió Irving.

—¡Señor McAllen! Siento que nos encuentre… No estábamos holgazaneando, se lo prometo. Este niño trajo un mensaje a Catalina y… ¡yo no sé leer! Y pretende… Lo mejor es que nos vayamos a lavar, señor.

—Jane, no se altere, yo solo vine a buscar a Catalina, mi hermano desea verla en sus aposentos. Sigan con lo que estuvieran haciendo, no me molesta en absoluto.

—Iré ahora mismo, señor McAllen —contestó la mujer con un pesar muy poco habitual en ella.

Catalina se fue sin comentar nada y él esperó a averiguar algo más.

—¿Cuál es tu nombre, chico?

El niño se puso en pie al ver que se trataba del señor del castillo. Algo nervioso, se rascó la cabeza y apenas alzó el rostro al responder.

—Me llamo Tavish, señor.

—No lees mal… ¿Dónde aprendiste?

De repente, la expresión del chico se iluminó y con entusiasmo contestó.

—Me enseñó el señor Robertson. Si viera usted a mi hermana, lee mejor que yo, pero en unos pocos meses he conseguido mucho más que ella en estos dos años. El señor Robertson dice que soy muy listo.

—Demasiado, diría yo —opinó Jane con suspicacia.

—Umm, interesante. ¿Dónde da las clases? Que yo sepa no contamos con escuela en el poblado.

—En una casa de las afueras, señor, junto al río. Es la casita que tiene el molino negro.

—¿Un molino negro?

—Oh, sí, la casa que se incendió hace tiempo, antes de llegar el señor Robertson, y volvió a construirse, sin embargo, el molino quedó inservible y tiznado, pues no llegaron a pintarlo, aunque Thom lo arregló y en él muele el trigo, pero no quiso pintarlo, dice que le gusta así, y además dice…

—Uf, niño, si lees igual que hablas, pronto morirás de asfixia —soltó Jane resoplando al ver que este seguía su perorata interminable.

Irving sonrió, algo perplejo ante su efusividad.

—Me encantaría conocer a ese tal Robertson, muchacho. ¿Cuándo suele estar en casa?

—Oh, yo suelo ir tras el almuerzo. Me prepara té con pastas y leemos.

—Interesante… ¿Podrías ser tan amable de comentarle que me gustaría conocerlo? Uno de estos días iré a visitarlo, sin duda.

—Será un placer. ¡Estoy seguro de que le encantará, señor McAllen! —gritó el chico echando mano con rapidez a las monedas que le había soltado Jane en la mesa y a la biblia atada que contenía la respuesta al mensaje que había traído un rato antes.

Sin mirar atrás, salió por la puerta con una gran sonrisa satisfecha. Cuando Irving se asomó, el niño ya iba cruzando la muralla camino del poblado.

IV



—¡No, no y no! Me niego a que veas a ese hombre a solas, niña.

—Haz el favor de no llamarme así, Thom. Cualquiera podría oírte.

—¿Cualquiera? ¿Quién? Por aquí no viene nadie, solo esos dos hermanos y ya son suficientes. Mira, uno de ellos ya nos ha metido en un gran aprieto. Sabía que no era buena idea que nos visitaran. Deberíamos habernos ido mucho más lejos, a las montañas a criar cabras. Allí…

—Thom, por favor, de nada sirve que te quejes ni pienses en lo que podíamos haber hecho y no hicimos. Tenemos un gran problema, eso ya lo sabemos, pero debemos de buscar una solución. —Charlotte apoyó el codo en la mesa y colocó el puño bajo su barbilla a la vez que entrecerraba los párpados, pensativa.

Le encantaba tomar esa pose de filósofa, como si debatiera el tema más trascendental del mundo y del que dependiera su existencia. No obstante, había algo de lo que no era consciente al hacerlo, fruncía los labios y se llevaba el dedo índice del mismo puño hasta la punta de su nariz, apretándola con ligeros empujones una y otra vez. Aquello le daba un aire absurdo y muy infantil.

—No hagas eso, me pone de los nervios —gruñó Thom con las manos en jarras y de pie frente a ella.

Ella lo observó sorprendida, luego, le sonrió.

—Saldremos de esta. Me convertiré en el profesor más pedante que ese McAllen habrá conocido en su vida. Huirá de aquí igual que

si oliera a boñiga.

—Pues mira, ahora que lo dices, no sería una mala idea. Voy a buscar unas pocas…

—¡Ni se te ocurra! —Rio por no llorar. Thom era muy bruto cuando se lo proponía—. Anda, ve a hacer lo que estuvieras haciendo, es mejor que te mantengas ocupado, así no idearás más sandeces.

—Un día de estos te cortaré la lengua, niña —murmuró en tanto salía por la puerta.

Charlotte se mordió el labio de forma repetida. Sabía que estaba en un lío y debía salir de él airosa. No supondría un problema si esa visita se trataba de cualquiera de los lugareños, a ellos ya los tenía engañados, sin embargo, ese McAllen era otro cantar. Después de tantos años, todavía recordaba la caricia de sus labios sobre los suyos antes de insuflarle el aire en sus pulmones. Sudaba al pensar que lo tendría a un palmo en su salón. ¿Salón? No, eso no era precisamente un salón, era cocina, sala de estar y despacho, todo en uno, a pesar de eso, a ella le hacía ilusión llamarlo así, como si todavía viviera en su antigua casa parroquial de Stirling. Su padre se levantaría de la tumba si la viera calzada en unos *breeches* anchos, vestida con una camisa dos tallas más grande y envuelta en un enorme *plaid*. Nada evidenciaba sus redondeadas curvas femeninas ni sus pechos bien formados. Estos apenas se intuían presionados con fuerza por una tela alrededor de su talle. Lo que más difícil le resultaba esconder era su rojizo cabello largo e indómito. Lo sujetaba en un moño bien aplastado y lo ocultaba dentro de un *bonnet* voluminoso. Podía decirse que su aspecto era muy ridículo, pero la opción que le quedaba era rasurarse y, sobre eso, Thom había sido contundente: si lo hacía de nuevo, la mataría.

Recordó cuando se lo cortó la primera vez. Las lágrimas por su pérdida habían sabido amargas, mas otra vez lo lucía largo. Bueno, lucirlo no era la mejor palabra para definir cómo lo llevaba, más bien, lo reservaba para la intimidad de su hogar por las noches.

Se levantó y se dispuso frente a un pequeño espejo que colgaba de la pared cerca de la entrada. Dejó caer su cabello suelto en cascada hasta la mitad de la espalda y sus rasgos femeninos se hicieron tan indudables como si se expusiera desnuda allí mismo. ¿Y si se le caía la boina delante de ese McAllen? Era algo muy peligroso. Descubierta ante el señor de esas tierras, se destaparía su pasado y la obligarían a… Sin titubear, sacó la afilada daga de su funda y cortó el primer mechón pelirrojo por encima de su oreja. Después de una dura batalla con su conciencia, sonrió. Al fin podría mandar al infierno a esa boina infernal.

Se revolvía el corto cabello cuando volvió Thom. Su expresión mutó de un asombro absoluto a un enfado descomunal. Luego salió de la casa dando un fuerte portazo. No llegaron a pasar ni diez minutos, cuando entró de nuevo sin dirigirle la palabra, ignorándola igual que si no se encontrara allí. No obstante, observó sus nudillos maltrechos y enrojecidos, y supo que se había desquitado con el tronco de algún árbol.

—Tenía que hacerlo, Thom.

—No hablo contigo, niña.

—Pero debes comprender…

—¿Comprender? ¿Qué debo comprender? ¿Que una mujer se haga pasar por hombre toda su vida para no asumir su obligación?

—Sí, eso mismo. No seré mujer si eso supone vivir como una criadora de niños con un hombre que ni me quiere ni…

—No sabes siquiera si te quería, Charlie. No le diste la oportunidad de declararse. Te cortejó con respeto, como cualquier mujer hubiera deseado…

—Qué sabrás tú lo que quiere una mujer —protestó apretando los puños a los costados y dando un puntapié al aire.

—Parece ser que todavía no lo sé tras cuidar de ti a lo largo de estos años. Eres la excepción a la regla, y la culpa solo la tiene tu padre…

—¡Ni lo menciones! —gritó, muy alterada.

—Lo hago porque quiero que sepas lo que opino. He consentido demasiado, pero ya estoy harto. Tu padre te permitió hacer lo que querías, era muy blando contigo y no tuvo en cuenta las consecuencias. Y ahora, aquí estamos, escondidos del mundo, en medio de la nada y sin un futuro claro por delante.

Charlotte sintió la culpa caer sobre ella igual que un jarro de agua helada. Desde la muerte de su padre, la presión de huir de una vida sometida a los designios de un marido parecía insostenible.

El brillo en sus ojos delató el remordimiento que la corroía por dentro, si bien, no pudo decir nada a causa del nudo en su garganta. Se mordió el labio inferior, una y otra vez, muy nerviosa.

—Ni se te ocurra llorar, Charlie. No me harás sentir peor de lo que ya me siento —advirtió señalándola con un dedo.

Aun así, chasqueó contrariado y su expresión se suavizó de forma considerable. Fraternal, abrió los brazos para recibirla, como siempre hacía. Con un irremediable sollozo, Charlotte corrió a su abrigo, necesitaba su cariño y comprensión, era lo único bueno que le quedaba en la vida.

—Yo lo único que quiero es encontrar mi propio camino. No puedo vivir a la sombra de lo que otros esperan de mí.

—Lo sé, mi locuela, y te entiendo —dijo apretándola con fuerza y dándole un beso sobre su cabeza rasurada—. Cálmate, por favor.

—No puedo calmarme, Thom. Como dices, estamos en mitad de la nada sin un futuro certero. Y lo peor de todo, ¿sabes qué es? Que te he arrastrado conmigo y tú tampoco tienes nada. ¡Soy una egoísta!

Charlotte lloró hasta que no le quedaron lágrimas. Thom, muy afectado por su estado, la alzó y la llevó hasta su catre, situado en el hueco de una de las paredes y escondido tras una tela recia. Allí la recostó y esperó sentado a la mesa hasta que ya no se oyó ni un ligero hipido.

La voz de su apenado amigo rompió el silencio al fin.

—Jamás pienses que me has obligado a estar contigo, niña. Yo también hui, ¿acaso no sabes que tampoco soy digno de un lugar en este mundo? Solo sigo aquí por ti. —Como ella no le contestaba, prosiguió—. Charlie, necesito que me hagas una promesa. —Ella al fin levantó la cabeza—. La vida no es amable para los que traspasamos los límites y si seguimos este camino tenemos que estar preparados, sin embargo, hazte un favor a ti misma: prométeme que no renunciarás al amor verdadero si algún día lo reconoces y asumirás tu porvenir con todas las consecuencias.

Ella aguardaba, suspicaz, sin decidir si doblegarse. El amor verdadero… Era absurdo tener miedo a jurar aquello. Sabía que no sucedería. Sacudió la cabeza queriendo espantar la irracional idea de una vida con el hombre a quien amaba y aceptó el voto.

—Acepto solo si tú del mismo modo prometes hacerlo, Thom. Somos dos errantes nacidos en un mundo donde no encajamos, y nunca dejaré que renuncies a ello por mí.

—Claro, niña. —Se levantó y apartó la tela que los separaba para ofrecerle la mano.

Charlotte lo pensó unos segundos antes de dársela, pero claudicó. Tras dejarle un delicado beso en el dorso, como si de una dama se tratara, le cayó un fuerte coscorrón en la cabeza que casi le hace morderse la lengua.

—¡Serás desgraciado! —protestó, levantándose para asestarle su dolorosa venganza—. Te dejaré el trasero como un trapo viejo.

Este corrió y reía a carcajadas limpias tras la mesa.

—¡Esa boca, señor Robertson! —gritó enseñando su blanca dentadura y simpática sonrisa.



Algo le decía que debería haber avisado de su visita al tal señor Robertson, pero no pudo resistirse a la curiosidad. Debía tratarlos con cautela, esos hombres se habían instalado en sus tierras sin

previo aviso durante años, así que no sabía qué esperaba encontrar. Aun así, se decía a sí mismo que era lógico no haberse percatado hasta el momento de su presencia, con tantas responsabilidades bajo su mando. La verdad era que la noticia de que un profesor viviera allí le hizo ilusión. ¡Por fin tenía a alguien con quien compartir impresiones nuevas sobre sus estudios! Imaginaba encontrarse a un viejo filósofo, o un pobre profesor ya retirado… ¿Quién sino acabaría vegetando lo mismo que un ermitaño en esa solitaria casucha?

—¡Me las pagarás, maldito traidor!

El grito de protesta de una mujer dentro de la casa lo alertó sobremanera y desmontó de Pegaso tan rápido que casi cae al suelo. Corrió hasta la entrada y oyó las sonoras carcajadas de un hombre. Aterrorizado por el alarido que oyó después, pegó con fuerza en la puerta.

—¡Señor Robertson o quien sea que se encuentre ahí, abra ahora mismo! —La voz grave de Irving reverberó afuera sobre la brisa de aquel paisaje herbario, y supuso que dentro también impactó bastante, pues se hizo un silencio inquietante que le puso la carne de gallina. Extrajo su brillante espada del cinto y aulló—. ¡No lo repito! ¡O abren esta puerta o la echo abajo!

No sabía si podría cumplir la amenaza, su estado físico no era el más garboso, pese a ello, nada impediría que la empujara con todas sus ganas. Además, desde que seguía las instrucciones de Adele de tomar ciertas infusiones por petición de su prima Elizabeth, se sentía rejuvenecido, y juraría que más enérgico en esos días.

El chasquido de la puerta lo hizo contener el aliento, entretanto moría por saber qué ocurría tras ella. Poco a poco, la rendija fue más amplia para al fin mostrar el amable rostro de un hombre ya maduro. No era desagradable, incluso le pareció familiar con ese cabello negro ensortijado y las patillas bien marcadas, igual que si ya se lo hubiera cruzado. Sus iris verdosos indicaban cierta expectación mientras se clavaban en él, curiosos. No parecía el rostro de un maltratador, mas no se dejaría embaucar por la amistosa sonrisa de un desconocido.

—Buenos días —dijo el hombre con voz profunda.

Él asintió con cautela, sin bajar la guardia y con la espada preparada para atacar.

—Soy Irving McAllen, hermano del *laird* de estas tierras. Oí el grito de una mujer ahí dentro y como señor del condado, le aviso que no estoy a favor de…

—¿Mujer dice, señor? —preguntó rascándose la cabeza—. Creo que se confunde. Aquí solo estamos el señor Robertson y un servidor. Pase, por favor —pidió, cediéndole el paso—. Y, por cierto, yo soy Thom Ramsay. Es un honor conocerlo y disfrutar de su inesperada visita, ¿verdad, señor Robertson?

Como esperaba, la casa era una casucha, no obstante, se encontraba muy limpia y ordenada. No pudo detenerse mucho a observarla, puesto que la desgarbada figura del supuesto Robertson se encontraba frente a él. Jamás se había imaginado un licenciado con aquel aspecto. Parecía un hombre a punto de expirar su último aliento enfundado de forma maltrecha en aquel recio traje. Lo observó, perplejo mientras guardaba la espada en su cinto, daba la sensación de perderse envuelto en un sinfín de telas.

Sabía que estaba siendo descortés, sin embargo, se hallaba impactado por la incómoda imagen. Este tosió para captar su atención e Irving pestañeó, fijando al fin su mirada en su rostro ovalado y pecoso. A pesar de que unas gafas vastas abarcaban gran parte de su cara haciéndole parecer un ratón de biblioteca, no podía apartar la vista de su boca bien cincelada. El hombre no paraba de morderse el labio inferior de color cereza y, por absurdo que le pareciera al advertirlo, le había despertado cierta inquietud.

—Charles Robertson, a su servicio. —Irving quiso contestarle, mas parecía haberse tragado su propia lengua. Esa voz extrañamente forzada y aguda… ¿Sería la que había oído desde fuera? Comprendió muy a su pesar que así era, y tragó saliva, muy avergonzado al comprender el estúpido error—. Señor McAllen, no se sienta avergonzado por haberse equivocado. Sé que mi voz no es

lo más grave que debería ser en un hombre, pero tampoco la elegí al nacer. Entiendo su confusión.

Irving reaccionó al fin, bastante nervioso por su estúpido agravio, y agachó la cabeza en señal de arrepentimiento.

—Lo siento. No esperaba… quiero decir… —Se cuadró en toda su envergadura e hinchó el pecho como un soldado para presentarse—. Buenos días, profesor Robertson, es un honor conocerlo.

Un fuerte suspiro del hombrecillo lo desconcertó y se fijó otra vez en su extraño rostro.

—El honor es mío. He oído hablar mucho de usted y su familia.

De nuevo, no podía contestar. Tras esas lentes desorbitadas, lo escrutaban unos ojos azul grisáceo y, por un instante, al contemplarlos, evocó el mar al chocar con los acantilados en uno de sus días más tempestuosos.

—Bueno, bueno, bueno, ahora que todos nos conocemos, nos encantaría invitarlo a tomar una taza de té, señor McAllen —ofreció Thom, dándole una fuerte palmada en la espalda que lo sacó de su ensoñación.

Irving tosió ante las sacudidas y procuró mantener el equilibrio.

—Siento haberme presentado sin avisar, pero pasaba por aquí —mintió al apreciar su propia imprudencia—. No deseo ser una molestia, señores. Será mejor que…

—No lo es, señor McAllen y aunque no nos haya avisado de su visita, el pequeño Tavish ya nos contó que pensaba venir. Será un placer conversar con usted.

No supo qué decir. Se moría por aceptar la invitación, pese a sentir también una extraña opresión en el pecho. Esperaba no sufrir uno de sus repentinos sofocos.

—Gracias, profesor, mejor volveré otro día, solo vine a saludarlo —dijo llevándose la mano al pecho todavía más asustado. Su corazón latía muy rápido y eso únicamente le ocurría cuando se ahogaba.

—¿Se encuentra mal? —preguntó Charles, acercándose a él en dos pasos.

El hombrecillo se encontraba a un palmo y pudo fijarse más de cerca en sus rasgos. El *bonnet* cubría gran parte de su frente y las lentes eran enormes. Sus ojos… Otra vez pensó en los acantilados tempestuosos. Al comprobar que este tenía la intención de sostenerlo, levantó las manos y retrocedió un paso fuera de su alcance.

—¡No! —soltó con voz alterada—. Estoy bien y… no debo demorarme. Tengo cosas importantes que hacer. Desearía visitarlo en otro momento y asistir a una de esas clases de lecturas de las que me habló Tavish. ¿Podría ser?

Los ojos tras los cristales se abrieron, sorprendidos; sus cejas se alzaron, curiosas. ¿Ese hermoso abanico rubio eran pestañas? Bajó la vista, avergonzado ante su descaro, lo que le resultó más incómodo, aun así, quedó absorto en la contemplación de su labio inferior, el cual mordía sin pausa. ¡Por el cielo!

—Claro, señor McAllen. —Su voz parecía aterciopelada—. Venga mañana mismo al mediodía, si lo desea.

—Lo deseo mucho… —¿Qué le ocurría? ¿Qué respuesta era esa? Carraspeó, otra vez incómodo, la opresión era más profunda—. Quiero decir, será un placer volver mañana.

Dio otro paso atrás y chocó con la mesa. Enseguida, se giró sobre sus talones y se dirigió a grandes pasos hacia la puerta. No se había percatado de que este lo había seguido y un ahogo repentino lo devastó. ¿Por qué se sentía tan violento ante su proximidad?

Sin esperar un segundo, abrió la puerta y salió. La luz del sol lo cegó y, con torpeza, llegó hasta su caballo. Montó en él y cogiendo grandes bocanadas de aire como le había enseñado Adele, miró hacia la casa.

Se notaba sin aliento tras tantas emociones vividas en tan poco tiempo.

El profesor y su amigo lo vigilaban desde la entrada, no podía distinguir sus expresiones, pero vio que Thom pasaba un brazo sobre los hombros de Charles. ¿Qué confianza se tenían esos dos? Con un moscardón tras la oreja y ensimismado en sus pensamientos, puso al caballo al trote dirección al castillo.

V



La expresión de Charlotte era ensoñadora a la vez que risueña mientras removía la sopa en la olla de la chimenea. Por el contrario, Thom pasaba las páginas de uno de esos libros que siempre andaban olvidados por cualquier lado en esa casa. Su mirada acababa la mayoría de las veces fija en la muchacha, a la que, con reiteración, oía soltar profundos suspiros y alguna risilla.

—¿Te parece divertido todo esto? —gruñó el hombre, haciéndola dar un respingo.

—Fue divertido, Thom. No me dirás que su cara no era de chiste.

—Lo era, y no me parece gracioso. No las tienes todas contigo si pretendes engañar a ese muchacho.

—¿Tú crees? Tuvo una conmoción al ver mi aspecto poco común. —Rio al recordar su cara de espanto, olvidando lo segundo—. Fue divertido.

Thom soltó un rugido al oírla y decidió disimular su ánimo jocoso mirando con atención el libro. Charlotte lo notaba. Lo conocía y sabía que contenía la risa ante el recuerdo de la imagen perpleja de Irving McAllen observándola por primera vez. Si hubiera estado solo, con seguridad hubiera explotado en carcajadas.

¡Qué hombre tan gallardo! Con ese cabello rubio y suelto, esa nariz bien perfilada y esos ojos tan hermosos… Por no hablar de sus labios, los cuales ya había percibido suaves y cálidos hacía mucho tiempo.

—Deja de suspirar, niña.

—¿De qué hablas? ¿Quién suspira?

—Tú ni siquiera te das cuenta, pero hasta el gato ha empezado a imitarte.

En ese momento, el animal pasó por delante de ella y maulló, desconsolado.

Arrugó la nariz, ya harta de sus ataques.

—Él no suspira, aúlla. Yo no suspiro, sino respiro de forma… animosa, ¿qué quieres que haga entonces? —Soltó el cucharón y con las manos en jarras se enfrentó a Thom—. Me tienes harta, ¡mucho! —Enseguida, le arrancó el libro de las manos y se fijó en el título: *El Asno de Oro*, de Apuleyo. Luego resopló al ver qué parte leía, concretamente—. ¿Cupido y Psique? ¿Desde cuándo lees romance?

—¿Desde cuándo lo haces tú?

—Desde siempre. Se aprende mucho del romance, Thom. Me permite entender mejor los sentimientos humanos, las emociones… Sin embargo, tú…

—Necesito entender qué te ocurre en realidad.

—No me ocurre nada. Estás desquiciado desde que vino McAllen.

—Suspiras, Charlotte. Y eso no es bueno. En este libro Psique también suspira por Cupido.

—Te preocupas estúpidamente. Yo no suspiro —soltó, señalándolo con el dedo acusador.

—Lo haces, igual que aquella vez que lo encontramos medio muerto. Te pasaste más de un mes como ese gato que maúlla al caldo.

Charlotte soltó con pesadez el aire de sus pulmones y al fin cedió. Era muy tozudo y jamás pararía de incordiarla hasta que lo admitiera.

—Bien, reconozco que lo hago un poco al acordarme de Irving McAllen. Es guapo, distinguido y amable, pero es una fantasía, nada más. ¿Acaso es pecado soñar?

—No lo es, aunque sí peligroso. Vendrá en un rato y estás descontrolada. ¿Dónde está la persona decidida que no deseaba ser mujer? Canturreas, y no canturreabas.

Charlotte no podía creer aquello, ella sí quería ser mujer, pero no se conformaba con el papel injusto que le imponían. Canturreaba, claro que sí lo hacía… Puede que esos dos días lo hiciera un poco más, no era motivo para darle tanta importancia.

—Será mejor que comamos, pronto llegarán Beatrice y Tavish —dijo dándole la espalda, nerviosa ante tantas evidencias.

¿Tenía razón Thom y estaba fuera de sí? La verdad era que la primera vez que lo vio tendido en el suelo y medio muerto su corazón le dio un vuelco. Fue algo inesperado, nunca había experimentado una opresión tan grande al ver a una persona luchar por la vida. Era extraño, ella había sufrido la terrible muerte de su padre, y ni con él, en ese horrible momento, había sentido aquello. Tal vez, fuera porque esta había sido una muerte anunciada, la cual ya tenía aceptada desde hacía tiempo, y ver a un muchacho joven al borde de expiar le resultaba inconcebible.

Su padre… Cuánto lo echaba en falta. Él había sido su pilar, su guía cuando no entendía nada y su consuelo en su lucha inconformista. Mientras movía el guiso, recordaba aquellos días de invierno compartidos con él junto al fuego de la chimenea de su hogar. Le contaba historias de tiempos pasados y comentaban las hazañas leídas en los libros, sacadas de la imaginación más inverosímil. Todo para olvidar lo que dolía perder a su madre, la mujer de su vida, su sueño.

Miró el fuego, susurrando una plegaria silenciosa: «Papá, solo deseo que estés orgulloso de mí. Por favor, no me juzgues por perseguir mi sueño».

Quizá, ingresar en esa universidad era una locura, mas no imposible para ella. En su interior, oía su voz cálida y segura, dándole fuerzas para seguir adelante con su idea. Lo tenía bien planeado después de esos años escondiéndose del mundo. Se había preparado a conciencia para el examen de ingreso, siguiendo las enseñanzas de su padre, inculcadas desde niña a escondidas de los feligreses. Sabía que podría lograr ser admitida. Se presentó disfrazada de hombre, bajo el nombre de Charles Robertson, y a pesar de no ser el prototipo normal masculino, pasó desapercibida. Todavía le temblaban las manos al recordar cuando le entregaron la notificación por escrita de que había sido aprobada su solicitud de ingreso. Con veinticuatro años, en unos meses entraría en aquella institución para licenciarse en Artes.

Soñaba con ello cada día de su injusta existencia, y se arriesgaría a ser castigada si era descubierta, valía la pena seguir adelante.

—No sabes lo que haces, niña. —Oyó murmurar a Thom, mientras servía su plato y se sentaba a su lado.

Hundió la cuchara en el guiso. Comieron en silencio, hasta que Charlotte ya no pudo soportarlo.

—Sé lo que me hago, amigo mío, y lo arriesgado que es. Todo en mi vida desde que hui de un futuro compromiso ha sido complicado. Estoy segura de que lo lograré y te agradezco en el alma que me apoyes, sin ti no podría haberlo conseguido. También te aseguro que ningún hombre, por muy gallardo que sea, me hará flaquear en mi empeño.

—Solo prométeme que dejarás esa institución a la mínima sospecha de ser descubierta. No soportaría que fueras apresada.

—Te lo prometo, además, tú estarás conmigo siempre. No podrás separarte de mí. —Halló una chispa de diversión en sus ojos y Charlotte se levantó para darle un beso en la mejilla—. Eres el mejor amigo, qué haría yo sin ti.

Él la apartó de un empellón y la obligó a sentarse de nuevo.

—Podrías casarte y ser feliz en un matrimonio con hijos, como cualquier mujer. Estoy seguro de que el día que le juré a tu padre cuidarte, no entraba en sus planes esto que te empeñas en hacer.

—Tú crees en mí, por eso me apoyas.

—Creo en ti, aunque no en tus métodos. Sostienes un imposible y yo soy un imbécil por seguirte.

—Saldrá bien, y, cómo te prometí, nos iremos en cuanto peligre mi falsa identidad, no soy tonta.

—No, eres una sabionda, una ilusa, una soñadora…

Unos golpes en la puerta interrumpieron los «halagos» de Thom, cosa que agradeció. Con rapidez, fue a colocarse las gafas de su padre y la boina, pero al acordarse de que se había cortado el pelo no se la colocó esa vez, y así comprobaría la reacción de los hermanos Smith.

Thom abrió la puerta.

—¿Ya estáis aquí? Habéis venido bastante pronto.

—Bueno, he comido antes hoy y me moría por dar las clases. —La voz de Tavish no sonaba muy convincente.

—No comimos hoy, señor. —contestó Beatrice desde la entrada, contradiciendo a su hermano—. Pero sí que es verdad que nos moríamos por dar las clases con el profesor.

—Déjalos pasar, hombre —pidió Charlotte forzando la voz.

Thom los dejó entrar a regañadientes y les indicó que se sentaran. Al principio la miraron extrañados al notar la diferencia. Era la primera vez que la contemplaban sin la protección de esa gorra y, tras una ligera inspección, parecieron conformes. Esas gafas eran lo suficientemente grandes para tapar sus femeninos pómulos. Contenta por superar la prueba de fuego, les devolvió la sonrisa.

—Buenos días, profesor. Sentimos importunarlo tan temprano —dijo Beatrice agachando la mirada al suelo mientras se frotaba las manos por delante de su delantal blanco.

Beatrice era la mayor de tres hermanos, tenía dieciséis años; la seguían Tavish de diez y Moira, de cuatro. Ese era el único momento del día que disponía para venir a su casa a echarle una mano con la molienda, pues su madre volvía del trabajo y se encargaba de la pequeña, dejándola libre. Vivían cerca del panadero, por lo que de manera habitual les traían algún bollo reciente de su propia cosecha, pero ese día se presentaron con las manos vacías.

—Buenos días, ¿he oído que no habéis comido hoy? —Los niños no contestaron y guiñó un ojo a su amigo—. Menos mal, porque no sé qué íbamos a hacer con tanto guiso, a Thom se le fue la mano y ha hecho demasiado. —El gruñido de su amigo le indicó su desacuerdo, sin embargo, sus labios se curvaron en una ligera sonrisa y se levantó a por unos cuencos—. Sentaos, debéis estar hambrientos.

Los dos asintieron, sus caras se llenaron de júbilo.

—Gracias, señor. No se moleste, Thom, yo los serviré —dijo la muchacha, solícita. Él le entregó los recipientes y volvió a sentarse sin decir palabra.

Tavish, a su lado, la observaba feliz. Tenía la cara y las manos sucias, y Charlotte fue por un paño húmedo.

—Anda, límpiate un poco, que no parezca que como con los cerdos. —El niño se frotó las manos con el paño, complaciente, pero no se dio en las mejillas, que estaban aún peor—. ¿A qué esperas para quitarte toda esa porquería?

Este, al oír su tono imperante, se frotó la mejilla y, entonces, supo por qué se había resistido. La porquería ocultaba un golpe bastante reciente.

Charlotte y Thom se observaron unos instantes, frunciendo el ceño.

—¿Qué ha ocurrido, Beatrice? —preguntó el hombre, rascándose una de las patillas, en tanto que ella dejaba el plato lleno delante de su hermano.

Esta les dio la espalda para volver a la chimenea y contestó, despreocupada.

—Mis padres discutieron hoy. Tavish debería haberse quedado al margen.

—¿Y por qué discutían, si puede saberse?

—Oh, cosas de parejas… ya sabe —dijo sentándose a la mesa con su cuenco lleno y humeante.

—No es verdad —soltó el niño, lo que sirvió para ganarse un pellizco de su hermana, aun así, no calló—. Padre no quiere que Beatrice venga a verlo. Dice que es indecoroso que una mujer con su edad vaya a la casa de dos hombres solteros.

—¿Y no le compensan los tres chelines que te pago por solo unas horas de trabajo?

—Le está buscando prometido, señor, y no le gusta que venga a verlo. Yo le dije que usted es más feo que un cigarrón, pero no me creyó y me golpeó por contradecirlo. Piensa que mi hermana suspira por usted.

—¡Oh, cállate, bocazas! —gritó la hermana muy sonrojada, dándole esta vez un fuerte coscorrón—. Pero tengo que decir que sin la boina no se ve tan mal —terminó de opinar con un aleteo de pestañas muy sospechoso.

No supo qué responder a eso, se debatía en reír o esconder la cabeza entre las rodillas. Thom la ayudó a pasar el trago prorrumpiendo en fuertes carcajadas.

¿Tan fea se veía vestida así? Debía de alegrarse, pues le convenía, sin embargo, la deprimió un poco. Ella había sido considerada una de las más bellas entre las vecinas y, por ello, ese afán de la comunidad religiosa en casarla pronto con el nuevo párroco, quien buscaba esposa y apoyo en su misión. Recordó, muy a su pesar, la nota que recibió de él:

Querida Charlotte:

Espero que se encuentre bien. Me atrevo a pedirle un momento de su tiempo para hablar de algo que llevo en mi corazón. Me encantaría tener la oportunidad de conversar con usted en persona sobre mis sinceros sentimientos.

¿Tendría el honor de concederme la dicha de expresarle lo que siento? Me encantaría oír sus pensamientos al respecto, que pienso que son los mismos después de estos meses de conocernos.

Quedo a la espera de su respuesta y ansío la ocasión en que podamos encontrarnos.

Con todo respeto y afecto,

Reverendo Evan Sinclair.

Y tanto que quedó a la espera. Sin dedicarle una simple respuesta, huyó de la ciudad con los ahorros de su padre y junto a Thom para embarcarse en esa nueva vida. Un escalofrío le recorrió la espalda y desechó el pensamiento.

Todos reían al final de cuentas y tras acordar en darle un chelín más para contentar a su padre, comieron en paz.

Observó a Beatrice mientras comían, nunca se había fijado en la muchacha. ¿Qué significaba eso de que no se veía tan mal sin la gorra? ¿Tendría razón el padre al pensar que ella suspiraba por «él»? ¡Por Dios que jamás la había incitado a pensar de otra forma que no fuera más que como profesor! Tendría que consultarlo con Thom.

Este parecía disfrutar del momento. La sorprendía con sus ojos puestos en la muchacha, la cual se sonrojaba en esa visita más que en ninguna otra, y no podía evitar ahogar la risa sorda.

«¡Será estúpido! Está disfrutando el muy mentecato. Verá cuando estemos solos, le van a llover los coscorrones de dos en dos», pensaba ella, más furiosa cada vez.

Decidió romper el incómodo mutismo, para tampoco soportar el sorbo reverberante al que los sometía Tavish. Menos mal que ya estaban terminando de almorzar.

—¿Qué os apetece leer hoy?

—¡Poesía! —respondió con rapidez la muchacha, haciéndole ojitos.

Procuró controlar sus nervios, esa mirada que le había dedicado no le había gustado nada.

—No, creo que es mejor leer una novela. Thom nos cederá la que estaba leyendo, seguro que estará encantado de que la comentemos juntos, ¿verdad? —propuso con una sonrisa maliciosa.

—Oh, yo me he dejado cosas que hacer en el molino.

—Eso puede aguardar, además, Beatrice y Tavish tienen que ganarse el jornal. Hoy no tardaremos mucho, además tengo visita.

—¿Vendrá el señor McAllen? —preguntó el niño, ansioso, y Charlotte asintió—. ¡Bien! Se quedó muy asombrado conmigo, ¿sabe?

—Sí, ya me lo dijiste.

—Y es muy amable. Quiero ser igual que él de mayor, tener una espada y montar en un caballo blanco como el suyo.

—Parecerías un príncipe —argumentó, divertida.

—¿Piensa que el señor McAllen parece un príncipe?

Charlotte no le contestaba, presa de haber revelado una percepción demasiado íntima, por lo que Thom insistió con intención.

—¿Eso piensas, que parece un príncipe, profesor?

Unos golpes secos en la puerta la hicieron brincar en su asiento y aprovechó para ignorar la pregunta.

—Creo que llegó el señor McAllen. Iré a abrir. Termínate la sopa y no hables más, Tavish —soltó con voz chillona y dirigiéndose a la salida.

Este, como si dependiera la vida de ello, sorbió aún más fuerte y rápido. Charlotte alzó la vista al techo, derrotada, y se dispuso a abrir. Justo antes y comprobando que nadie la veía, le sacó la lengua a su amigo, quien vigilaba cada uno de sus gestos.

VI



Pensó que sufriría un ataque de asfixia después de salir de esa casa montado en su caballo. No obstante, se extrañó de que no se produjera. Había sentido algo parecido a lo que a veces le avisaba: la opresión en el pecho, la alteración de los latidos de su corazón, ese nudo en el estómago…

Sin pretenderlo, la extraña imagen del profesor le vino a la cabeza. Su apariencia caía en lo caricaturesco y se le hacía bastante incómoda. Esos ropajes maltrechos y abundantes en un cuerpo tan menudo, una cabeza tan pequeña con unos labios tan gruesos y coloridos, esos ojos… tras esas gafas… Se parecían a los de los saltamontes que tanto lo aterraban. Asintió, convencido.

«Para nada se asemejan a los tempestuosos acantilados de la costa», se dijo, fervientemente.

Podría haberse quedado más tiempo conversando, pero intuyó que no llegaba en buen momento. Percibió a esos dos muy nerviosos, como si los hubiese pillado in situ. Y esos gritos que había oído. ¿Qué demonios escondían? Su instinto le decía que no eran trigo limpio.

Si lo pensaba bien, su presencia allí era muy rara. ¿Qué hacían un joven profesor y un hombre ya curtido en años viviendo alejados de la aldea sin apenas trabajo al que dedicarse? Debía tener en cuenta que poseían un molino y que molían las cosechas de algunos campesinos… ¿Con eso se contentaban? Moría por volver y hacerles miles de preguntas, de las cuales tenía todo el derecho a tener

respuestas, pues para eso vivían en sus tierras… Sacudió la cabeza, harto de darle vueltas.

Dejando atrás las sospechas por el momento, dirigió su atención al camino de regreso al castillo. Esos campos necesitaban ser arados, se encontraban dejados de la mano de Dios y la maleza cubría los senderos de forma salvaje. Se notaba que el *laird* no los gobernaba con buena mano. Ojalá fuera cierta una recuperación de su hermano para hacerse cargo de aquello. Su clan se veía cada vez más mermado y muchos emigraban a otros más seguros y fructíferos lugares donde vivir.

Era extraño, ni siquiera pensar en los problemas que lo asolaban, día sí y noche también, le hizo menguar el ánimo. En definitiva, las infusiones de Adele parecían haber surtido efecto de forma muy positiva, sentía una calma inusual en su respiración mientras cabalgaba, a pesar de su reciente alteración.

Al llegar al hogar, su madre lo esperaba muy molesta, algo que ya temía. No había una vez que no se preocupara por sus escasas salidas, sin embargo, esta vez, no esperaba que la preocupación fuera por otro.

—Cameron necesita a Adele, ¿por qué se fue?

—Él se encargó de echarla al fin, consiguió lo que se propuso desde un principio: quedarse solo.

—Pero…

—La quiere, sí, madre. La ama como jamás ha amado a nadie, aun así, no ha sido capaz de verlo.

—Él me lo confesó —le dijo reflejando la clara emoción con el brillo en su mirada.

Las cejas de Irving se alzaron, no era eso lo que le había confesado a él cuando lo mandó llamar a su amante. ¿Quizá su hermano comenzaba a abrir los ojos a lo evidente? Pero… Adele lo había abandonado.

—¿Sabe que ella se ha ido?

Eileen sollozó a la vez que asentía, confirmando su más temida sospecha. Sin más, se levantó y fue a verlo. Lo que encontró fue devastador. Si antes el alcohol dominaba su ser y lo hacía un ser horrible, en ese momento, tras saberse abandonado por esa mujer, era un completo despojo.

Toda esa noche la pasó cuidándolo. Sufrió su malhumor debido a la abstemia. La fiebre volvió a hacerlo delirar, incluso en alguna ocasión llegó a asustarlo, temiendo por su vida. No obstante, Cameron era fuerte como un roble y él confiaba en que lograría vencer a ese demonio que dominaba su cuerpo.

Irving se acostó al fin con el alba asomando por el horizonte. No habían pasado unas horas, cuando lo avisaron de que Cameron lo necesitaba de nuevo. Sin apenas haber descansado, llegó la hora de ir a visitar al profesor Robertson. Se encontraba exhausto, sin embargo, en ninguna circunstancia faltaría a esa cita, lo tenía claro. Las ganas de verlo de nuevo eran lo único que lo mantenía en pie y, aunque luego su cuerpo se rindiera al agotamiento, aprovecharía cada segundo que pudiera para resolver esa curiosidad que lo carcomía. Sin poder evitarlo, cada pensamiento se lo dedicaba a repasar su encuentro en aquella casa. Había algo extraño en esos dos hombres, sobre todo en ese profesor, en el que no llegaba a confiar.

Tras notar un escalofrío recorrer su cuerpo al pensar en ese personaje tan extraño, se levantó de su asiento.

—¿Vas a salir otra vez? Veo que te has arreglado mucho.

—Iré a la casa del molino a visitar al profesor Robertson. Le dije que volvería a charlar con él. —Su madre lo observó patidifusa, y no la juzgó. Sabía que salir tantos días seguidos del castillo era una novedad, y no muy deseada por ella—. Ayer lo visité en mal momento, le comenté que volvería hoy tras el almuerzo. —Al ver su ceja levantada, continuó—. Imparte una lección de lectura a unos niños.

—No entiendo por qué me das tantas explicaciones.

—Quiero hacerlo, adivino tu infundada preocupación. Estoy bien, madre, y me atrevería a decir que mejor que nunca desde que tomo esas infusiones de Elizabeth y hago los ejercicios respiratorios que me enseñó Adele.

—Sí, se nota tu mejoría… Pero ¿no crees que después de no haber descansado desde ayer, deberías quedarte en casa? ¿Tan interesante es ese hombre?

Su curiosidad le hizo gracia y sopesó su respuesta antes de contestar.

—No tuve muchas palabras con él, sin embargo, me resulta un poco rara su estancia en nuestras tierras. Según Ryan, el campesino que vivía en ella quiso emigrar a otro clan y se aseguró de que otro no disfrutara su antigua choza. Le prendió fuego, pero no sufrió muchos daños, según me contó. El profesor Robertson llegó hace unos años y adecentó la casa junto a otro hombre, un tal Thom Ramsay.

—¿Y no supimos de su existencia hasta ahora? —preguntó interesada.

Alzó los hombros.

—Ryan no los vio peligrosos y no quiso importunarnos con más problemas. Él mismo los supervisó.

Con una breve inclinación, abandonó la estancia bajo la mirada suspicaz de su madre y, dominado por una resolución que jamás había profesado, se dirigió a las cuadras.

A medida que cruzaba el patio, Ryan lo interceptó.

—¿Necesitas que te acompañe? —preguntó el guerrero con decisión.

Ryan era de los pocos guerreros fieles que quedaban en el castillo tras esos años de penurias. Era quien los había enseñado a pelear y usar la espada. Él no era muy diestro, a pesar de ello, se esforzó por aprender en esos últimos años. Apenas quedaban en el clan guerreros que los mantuvieran a salvo de los saqueos y hasta él mismo, un enfermo, era válido a la hora de defender la fortaleza.

—No, Ryan. Me quedaría más tranquilo dejando la seguridad de todos en tus manos. Yo no tardaré mucho, solo estaré fuera unas pocas horas.

Después de esas últimas palabras, montó en Pegaso y puso rumbo a la casa del molino negro.

¿Por qué estaba tan nervioso? Era como si la impaciencia le estrujara el estómago con una garra. Deseaba llegar pronto para aprovechar más tiempo las horas de sol y, con gran agitación burbujeando en sus venas, galopó hasta su objetivo sin apenas prestar atención al precioso paisaje que iba atravesando.

Se había aseado más de lo habitual, pues quería darle una buena impresión a ese hombre. Se había recogido la mitad del cabello en un moño alto y había dejado el resto suelto; ni muy formal ni muy desgreñado. También puso atención en la elegancia de sus ropajes para la ocasión. Quería dejar claro que él era el señor de esas tierras y había elegido adornar su tartán con su medallón familiar. Tras un buen lustrado de sus botas, se vistió con el mejor *kilt* que guardaba. Nadie dudaría de su origen noble y sería suficiente para hacer vacilar a esos dos personajes antes de mentirle con lo que fuera que se traían entre manos.

Trató de concentrarse en el camino, si bien, lo asaltó de nuevo el recuerdo de Robertson: solía morderse el labio de forma reiterada y había percibido un leve rubor en sus mejillas pálidas, salpicadas por unas graciosas pecas bajo esas gafotas enormes. Cuánto las odiaba. Ese artilugio del demonio le hacía parecerse al insecto que más le repugnaba. Sus ojos se veían enormes tras esos cristales… pero eran bonitos. ¿Bonitos? ¿Qué derroteros estaba tomando al pensar en ese *hombre*? Un sudor frío le recorrió la espalda y, de seguida, sacudió su cuerpo con violencia para deshacerse de la horrible impresión.

Gruñó, enfadado consigo mismo, y aligeró el trote, se le estaba haciendo eterno el camino.

Lo primero que hizo fue concentrarse en su respiración calmada e infundirse serenidad, pues no entendía qué era lo que lo llevaba al mismo punto: el aspecto de Charles Robertson.

Mientras trotaba, una campesina lo saludó al pasar por su lado. Le devolvió el saludo con una sonrisa y se fijó en sus ojos verdes.

«No son azules como los de Robertson —sopesó a la vez que examinaba con sumo interés su cabello rojizo y seguía absorto en sus divagaciones—. Ese cabello es más apagado que el de Robertson».

A pesar de llevar la enorme boina, asomaban unos despeinados mechones delante de sus orejas, llamativos como la luz de una vela, o más bien la de una hoguera. Sin entenderlo, había sentido ganas de aferrar esa fea gorra y comprobar si, con toda su cabeza expuesta, parecería esa candela que imaginaba.

Poco a poco, se vio tan abstraído que le pareció evocar su olor. Lo percibió sutil, pero inconfundible, olía a rosas. ¿Cómo podía ser posible? ¿Estaría preso de algún hechizo que lo hacía fantasear? ¿Serían brujos esos dos? Él no era muy dado a creencias vanas, sin embargo, al haberse criado escuchando las leyendas de su yaya irlandesa, a veces, como en esa ocasión, dudaba de su razón. Druidas, valquirias y dragones colmaban su mente antes de dormirse cada noche, ilusiones que, pese a que fueran inverosímiles para una persona estudiosa como él, le resultaban muy emocionantes.

Por fin vio la casa del molino tiznado y el corazón casi le explota de excitación. Respiró hondo, asustado ante su reacción desmedida y desmontó a una distancia prudencial. Quería sorprenderlos, aunque él mismo fuera el más confundido por el infundado nerviosismo. Ató al animal a un árbol y rechazó su estupidez. Hinchó el pecho, sobrado de confianza, derecho a esa puerta maltrecha.

Delante, oyó a través su voz. ¿Por qué le parecía tan estridente? El día anterior era más armoniosa. Ladeó la cabeza ante tal disparate. Picó con sus nudillos, inseguro, por eso no estaba preparado para que se abriera de sopetón y encontrarse la curiosa estampa. Charles vestía más adecentado, con un traje elegante, pero igual de sobrante: camisa abrochada desde el primer botón y con mangas muy recogidas. El chaleco oscuro, era demasiado holgado y los bajos en sus pantalones podrían servir de escoba a

falta de ella. ¿Andaría delicado y habría adelgazado de forma brusca? Esa penosa idea lo hizo estremecer.

Lo que más le impactó fue su cabello. Esta vez, lo llevaba sin cubrir y refulgía como la hoguera con la que momentos antes lo había comparado. Era de un matiz muy vivo y no mostraba signos de la debilidad de un enfermo.

Carraspeó, ante su mutismo. Tras esos cristales lo observaba con la misma inquietud. Tal vez se había pasado un poco al presentarse con una indumentaria más destinada a un rey que a un profesor malogrado.

El parpadeo de esos iris azulados le indicó que salía del trance y su boca de grosella emitió un susurro inaudible.

—Buenos días, profesor. —Irving le ofreció su mano, y al no tener respuesta, dudó—. ¿Puedo pasar?

—¡Claro, señor McAllen! —gritó Tavish dándole un empellón al profesor para colocarse a su lado y ofrecerle la suya con un fuerte agarre—. Lo estábamos esperando, ¿verdad, profesor?

La admiración de ambos era tan cómica que lo hizo sentir todavía más incómodo. Charles no dijo nada, pero le indicó que entrara con un leve gesto de la mano. Luego le devolvió el mismo empujón al niño, que protestó soltando un leve quejido.

—Señor McAllen, es un placer volver a disfrutar de su compañía. Siéntese, por favor —comentó Thom, levantándose de su asiento.

Evitó mirar al profesor al entrar. Notaba cada palmo de distancia con él como si fuera un abismo, su aroma dulce y persistente al pasar por su lado inundó sus fosas nasales. No obstante, el saludo del hombre al estrecharle la mano fue muy enérgico y lo ayudó a espabilar.

—Gracias, Thom, espero no haber venido muy temprano. En casa, andamos un poco desorientados estos días.

—Para nada, ya recogía la mesa —contestó indicándole con un gesto que tomara asiento junto a ellos.

A su lado, se sentaba una muchacha muy joven, un evidente rubor cubría sus mejillas y clavaba la vista en su plato con una fijeza febril. Debía ser la hermana de Tavish que también asistiría a la lectura.

Levantó la vista de ella al oír la ya conocida y chirriante voz de Charles.

—Perdón por mi descortesía, señor McAllen. Hacía tiempo que no veía a nadie vestido de forma tan distinguida. Es un placer tenerlo con nosotros. —Alargó su mano y se lamentó por dentro, sin entenderlo. Respondió a su contacto y, a pesar de durar un breve segundo, le pareció una eternidad—. Ella es Beatrice, la hermana de Tavish, y muy buena alumna.

—Encantado, Beatrice —musitó, dirigiéndose a la chica.

La muchacha no parpadeó, parecía más una estatua que un ser de carne y hueso. Si antes estaba sonrojada, pensó que en nada se desmayaría, pues parecía haber estado conteniendo el aliento. Todavía notando arder la piel de su palma ante el contacto con el profesor, decidió comentar algo trivial para terminar con esa situación incómoda, sin embargo, fue Tavish quien interrumpió con su gran naturalidad.

—Ella cree que lee mejor que yo, pero solo es porque lleva más tiempo asistiendo a las clases con el señor. Yo soy más aventajado y pronto la superaré.

—Bueno, eso lo tendré que decir yo, Tavish —soltó Charles, pues la hermana había levantado al fin la mirada azul del plato para fulminarlo con ella. Tavish le sonreía, sobrado de sí mismo—. ¿Sabías que la vanidad es la enemiga del progreso?

—Estoy muy de acuerdo, profesor. —Se atrevió a decir Irving con gran pasión y el niño gruñó.

Al ver que Charles le daba la espalda, sospechó que lo había molestado de alguna forma, no obstante, pronto se giró con un libro entre sus manos y una agradable sonrisa que le provocó un sinfín de sensaciones desconocidas.

—Comencemos a leer, Tavish. Demuestra tus dotes de buen lector al señor McAllen, que no se quede tu vanidad en canturreos —dijo al niño y le entregó el pequeño tomo.

Todos se sentaron cerca del fuego de la chimenea menos Thom, que se disculpó para salir a trabajar, no sin antes advertirles que no se durmieran en los laureles y que había mucho que moler.

Irving sonrió ante el gesto orgulloso del niño que comenzó en un primer momento nervioso, pero que luego, retomó muy suelto. Se asombró de la lectura que había escogido. Amadís de Gaula era un romance de caballerías romántico y fantástico, pero comprendía que debía motivar a esos chicos, puesto que si les proponía una obra muy complicada seguro desistirían pronto de seguir leyendo.

Mientras lo escuchaban, observó con detenimiento la actitud del profesor. Si tenía en cuenta que lo esquivaba desde que llegó, podía sospechar que le ocultaba algo. En otras ocasiones le dedicaba una inesperada sonrisa que lo removía por dentro sin explicación, borrando toda desconfianza. Aquello era extraño, demasiado para él. Jamás había percibido esas cálidas sensaciones y no sabía cómo interpretarlas. Sin darse cuenta, se abstraía contemplando su perfil y apenas escuchaba la lectura. Alguna vez, el profesor lo sorprendía mirándolo y, nervioso, se levantaba a mover los rescoldos de la hoguera o a hacer cualquier tarea rápida. Charles corregía con pasión y energía algún fallo a Tavish y eso le agradaba. Como buen profesor, pretendía ser firme, pero benevolente y alentador.

Era tanta su atención en el hombrecillo que ni siquiera se percató cuando los alumnos acabaron la lección. Parpadeó al verlos levantarse y esperar atentos su veredicto. Se sintió tan ridículo, que solo pudo aplaudirles y expresar unas corteses felicitaciones. Los hermanos salieron de la estancia con una sonrisa en los labios y muy orgullosos de haber cumplido bien su cometido.

Al fin se quedaron a solas el extraño profesor y él.

—Ha hecho un buen trabajo, profesor Robertson.

—Llámeme Charles, por favor. No soy profesor… todavía —confesó ruborizado y haciendo levantar una ceja interrogadora—. Nunca le dije que lo fuera, señor McAllen.

Él meditó unos segundos y aceptó su argumento, sin embargo, le molestó que no lo hubiera sacado del error antes. Con todo, respiró profundo para serenarse y darle la oportunidad de explicarse. Este pareció adivinar sus pensamientos y se dirigió a él con voz pesarosa y, no tan forzada como siempre mostraba.

—Perdóneme. Ellos me llaman así y a mí no me disgusta, la verdad. Cursaré mis estudios muy pronto en la universidad.

—¿Cuándo irá, Charles? —preguntó muy interesado.

Una gran emoción había comenzado a concentrarse en su interior al saber que iba a cumplir lo que para él era un sueño imposible.

—Pronto. Estoy muy entusiasmado.

—Entonces, ya no lo veré por aquí.

Charles asintió, desviando su vista al hogar que ardía con vehemencia tras haberle echado tanta leña. La luz del fuego hacía que su cabello corto pareciera arder, y sus pequeñas pecas se adivinaran bajo esas gafotas enormes.

La quietud los había envuelto en un incómodo silencio, entretanto Charles volvía a remover las brasas. Admiró sus pequeñas manos de piel suave y ardiente que, inexplicablemente, moría por rozar de nuevo. Se fijó en que, al agacharse, se le marcaba la figura dentro de esos amplios ropajes y confirmó que era muy menudo. Su trasero le resultó bastante respingón y… ¿sugerente? Un calor inusual ascendió desde su pecho hasta sus mejillas, quemándolo. ¿Era vergüenza y deseo lo que lo mortificaba hasta dejarlo sin aliento?

Este, al sentir la mirada penetrante sobre él, se enderezó con una aplastante lentitud y al girarse, a través de las lentes, sus ojos captaron las mismas emociones contenidas. Descubrir aquello era tan abrumador que casi dejó de respirar. ¿Podía ser que sintiera atracción por ese hombre? Deseaba ignorar las cosquillas que se

agolpaban en su estómago y el tirón fuerte de su entrepierna. Aquello no podía estar sucediendo.

Confundido, se levantó de la silla sin dejar de observarlo. No comprendía la emoción que lo nublaba ante su proximidad. Sus labios parecían ahora más gruesos, más rojos, más… Por un momento, le pareció ver la punta de su lengua jugar entre ellos y un rugido visceral resonó en su cabeza como un león hambriento.

—Te-tengo que irme —tartamudeó, retrocediendo, aterrado ante las obscenas fantasías que imaginaba con él.

Sorprendido ante el descubrimiento, empezó a respirar desacompasado. La falta de aire en su tráquea le indicaba que estaba sufriendo un ataque y se asfixiaba sin remedio. Se agarró del cuello, impotente, debilitándose, y cayó de rodillas entre jadeos desesperados.

No supo en qué instante llegó al suelo, pues se hallaba casi desfallecido.

«¿Moriré después de todo de esta forma?», pensó dejando escapar las lágrimas de impotencia y fijando la vista en el techo de esa choza.

De pronto, la imagen de unos ojos azules, los más hermosos que había visto nunca, se materializó delante de él y, apenas consciente, notó la calidez de una boca sobre la suya, regalándole su aliento. El aire cálido, pero a la vez refrescante, llenó sus pulmones, devolviéndole a la vida, poco a poco. Casi no la veía, confundido entre una maraña de imágenes incoherentes, mas notaba insuflarle su aliento reiteradamente.

Ya respirando por sí mismo, percibió la delicadeza de esos labios sobre los suyos como una caricia, la más dulce que había sentido. Embriagado de sensaciones y con los párpados cerrados, disfrutó del gozoso lapso y respondió a la dulzura de esa lengua que lo tentaba a seguir explorando. ¿Había muerto y estaba en el cielo? ¿Quién era esa mujer que le daba un beso sobrecogedor? Tan pronto como abrió los ojos, buscando responder a su curiosidad, el rostro de

Charles con sus gafas grandes y boca de grosella apareció delante de él, provocándole un escalofrío.

—¿Don-dónde está ella? —preguntó todavía sin resuello.

—Aquí solo estamos usted y yo —contestó con aspereza y voz nasal.

—¿Usted… y yo?

El impacto de conocer que eran los labios de ese hombre los que había disfrutado, sumado a la intensidad de su mirada tras esas endiabladas lentes, fue demasiado para él. Sintió cómo las fuerzas lo abandonaban y, antes de poder articular palabra alguna, lo vio todo negro.

VII



Al despertar, no fue consciente de lo que suponía enfrentarse a la cruda realidad, hasta que recordó el beso y casi le da otro ataque de asfixia.

A su lado se hallaba dormida su mucama en una butaca ancha. La observó unos segundos, preguntándose si ella, quien lo conocía como su propia madre, se habría dado cuenta de esa oculta condición suya. Seguro que sospechaba algo, no era normal que a esa edad siguiera impoluto y no se le hubiera relacionado ni con la amante de su hermano. ¿Sería cierto que era poco hombre? Moría al pensarlo. A pesar de lo sucedido, él no lo tenía tan claro. Su excitación siempre se había manifestado hacia el género femenino. En sus fantasías más profundas eran mujeres las que lo satisfacían y llevaban al clímax imaginario. ¿Por qué, entonces, sentía esa misma pasión por un hombre? Ese profesor, más semejante a un esperpento, ni siquiera era bien parecido.

¿Habría sido hechizado? La verdad era que desde un principio le había resultado un personaje extraño y fuera de lo normal. En muchas ocasiones lo miraba de reojo, como si buscara ocultar sus emociones… ¿Emociones? Sí, las había percibido en la misma medida que las suyas. ¿Podría ser que Charles también tuviera miedo de descubrir su desviación? Entonces, ¿por qué se había atrevido a besarlo?

Abrió los ojos mucho al comprender que, esa podría ser la razón de que viviera apartado del mundo. Huía de la sociedad para

sentirse a salvo de una condena a muerte. ¿Sería eso lo que le resultaba extraño de él? Podía ser. No obstante, lo sucedido entre ellos había cobrado mucho peso y no sabía cómo actuar.

¿Y Thom? ¿Sería otro desviado del camino del Señor? Por extraño que le resultara, ese pensamiento le molestó. Pensar en esos dos como posible pareja lo enervó sin razón. No debía importarle, a él le gustaban las mujeres. ¡Desde siempre!

Contuvo el aliento, agobiado, lo que provocó que tosiera de forma violenta y despertara a Eloise.

—Oh, hijo. ¡Qué alegría! ¡Por fin estás despierto! —exclamó levantándose para agarrarle las manos con cariño.

—Lo estoy, pero hubiera preferido estar muerto.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó horrorizada y sin entender su desasosiego.

—¿Cómo llegué al castillo?

—Ese hombre que vive en el molino, un tal Thom. Te trajo en una carreta y dijo que te habías desmayado por la falta de aire. Gracias a Dios que se quedó en un susto.

¿Cuántos sustos de esos había sufrido ya? Muchos, y ya hubiera querido él que todo fuera eso, un estúpido percance o incluso una pesadilla, y no una realidad terrorífica y vergonzosa.

—¿Cuánto tiempo llevo así?

—Desde ayer. El doctor Hope te reconoció y nos tranquilizó, pero te recomendó descansar.

—Qué sabrá ese médico de pacotilla —musitó entre dientes.

—¿Qué ocurre, mi niño? —preguntó apretando sus manos entre las suyas—. ¿Qué te preocupa?

La mujer se encontraba muy intranquila y se sintió culpable por inquietarla más. Pero ¿no se hallaba él mismo aterrado? A pesar de que le dijera que estaba bien, no le creería. Aun así, antes necesitaba meditarlo, por mucho que confiara en ella.

—Me gustaría estar solo, Eloise —pidió soltándose de su agarre y tapando su rostro con las manos. Ella guardó silencio unos segundos y, luego, se levantó para cumplir su deseo. Sin embargo, le era imperante preguntarle algo antes de que se fuera—. Espera.

—Dime.

—Yo… ¿Crees que soy diferente? —inquirió observándola entre sus dedos. Le carcomía la vergüenza.

—¿Diferente? —Lo ojeó confusa—. Lo eres, todos lo somos.

Irving no se atrevía a serle claro, temía que lo juzgara y rechazara. Hasta ese día, a pesar de su enfermedad, se había comportado de forma ejemplar, evitando las habladurías sobre su falta de hembra. De pronto, nada tenía sentido. ¿De qué le había valido cuidarse de las malas lenguas? ¿Para qué rechazar lo evidente si al final era un amanerado, tal como muchos pensaban? No se merecía vivir, y eso sería su destino si salía a la luz, lo humillarían en público o incluso podrían condenarlo a muerte.

—Da igual, Eloise, era una pregunta estúpida —aclaró y calló.

Ella puso una mano en su hombro, resistiéndose a abandonarlo.

—Según se mire, muchacho. Podemos ser diferentes de muchas formas y no por ello es malo, si es lo que crees. Tú, igual que todos, luchas contra un destino lleno de entresijos, a veces, ni nosotros los conocemos, otras se nos evidencian en algún momento de nuestra vida, pero lo importante es que te aceptes a ti mismo tal y como eres. Nunca dejes que el miedo y la vergüenza te definan.

Levantó la mirada, encontrando el consuelo que necesitaba en sus ojos. ¿Lo sabría?

—Gracias, Eloise. No sé qué haría sin ti.

—Siempre estaré aquí para ti. Recuerda, la verdadera valentía está en ser fiel a uno mismo.

Le dio un beso en la frente y lo dejó a solas con miles de pensamientos contrariados en su cabeza, sin saber a qué atenerse. Eloise tenía razón, uno debía aceptarse tal y como era, pero eso…

eso no era respetable, ni permitido. Era un pecado imperdonable. Pese a ello ¿y si solo había sido una confusión efímera a causa de la conmoción?

—Seguro que es eso. Debe ser eso, nada más. Gracias a Dios nadie ha sido testigo de la abominación. De todas formas, tendré que hablar seriamente con Charles.

No, no era Charles, era el señor Robertson, no debía albergar la mínima confianza con él después de aquello.

Sin pretenderlo, lo recordó moviendo las ascuas del fuego de la chimenea. Sus gestos delicados lo extrañaron al principio. Cada movimiento suyo tenía una gracia femenina que lo hacía sentir confuso, como si se tratara en realidad de una mujer. Sin dudarlo, era muy afeminado. Aun así, no entendía cómo él mismo podía haberse desviado tanto.

Sin darse cuenta, se vio luchando contra una marea de emociones desconocidas y una atracción intensa que lo abrasó como nada. Todo en Charles le parecía fascinante, esos labios carnosos, su piel suave como el terciopelo, las imperfectas pecas que asomaban tras las lentes y esa profundidad azul cuando lo miraba; era demasiado para él y moría por abrazarlo.

—¡No! ¡Es imposible! ¿Cómo puedo sentir algo tan horrible? Me doy asco —dijo al comprobar que debajo de las mantas estaba muy excitado—. ¿Cómo voy a enfrentarme a él si con solo pensarlo me siento más hombre que cualquiera? Soy débil y eso es lo que me ocurre, soy un maldito debilucho, enfermo y desviado.

Las lágrimas lo asaltaron en la intimidad de su alcoba. Temblaba ante la intensidad de sus emociones mientras la oscuridad de lo que parecían ser nubes de tormenta, tapaban el sol que iluminaba la habitación hacía un instante. Aquello lo desesperó todavía más, sumado a sentirse atrapado en ese torbellino de dudas y anhelos. La repulsión hacia sí mismo lo ahogaba más que con cualquiera de sus anteriores ataques.

—¿Qué clase de hombre soy? —se preguntó con un susurro en la deprimente penumbra—. ¿Cómo puedo sentirme vivo por primera vez tras besarlo?

Esa lucha interna lo consumía y se percató de que no tenía soluciones. Allí, en la soledad de su habitación, no podría conseguirlas y las necesitaba. Era curioso por naturaleza y analítico hasta la extenuación. Se volvería loco entre esas cuatro paredes. Tendría que encontrar respuestas si quería seguir adelante como hasta el momento y solo Charles Robertson podía dárselas. Debía enfrentarlo, muy a su pesar, pero esta vez iría armado, no con armas de acero, sino con una confianza inquebrantable en sí mismo, lo único que necesitaba era tiempo para poner en orden sus pensamientos. Puede que tardara días, semanas, y cuando estuviera preparado, enfrentaría a ese condenado.

No podía aceptarlo, jamás. Él era un hombre y tenía que confirmarlo. Para ello, se arriesgaría a tener al fin la compañía femenina de una de esas mozas bien dispuestas en su castillo. Se demostraría a él y a los demás que era el más varonil, porque únicamente una hembra podría excitarlo. Al encontrarse con Robertson, se reiría al percatarse de que todo había sido el embrujo de la situación, un hechizo pasajero y engañoso que jugaba a ser real.

Se recostó sobre la almohada con la vista fija en la ventana. El aire entraba frío y las cortinas bailaban con una danza fantasma. La luz de la vela de su mesa contigua temblaba menos que su cuerpo. Se palpó el pecho con la mano por miedo a que su corazón se saliera en algún instante y sintió mucho miedo a fracasar, no obstante, se juró sobre lo más sagrado que no se rendiría ante el pecado.

Agotado por tantas emociones, durmió hasta el día siguiente, sin embargo, la quemazón no se aliviaba ni lo más mínimo.

Se levantó maltrecho, aunque ya no notaba el sofoco del día anterior, y aprovechó para vestirse. No le apetecía hablar con nadie ni soportar la pena que reflejaban sus caras al mirarlo. Debía dar

una imagen diferente, una de un hombre digno de respeto. A partir de ese día iba a cambiar.

Ya había acabado de colocarse el abrigo tan pronto como la puerta chirrió.

—Hijo, estás… Estás vestido. ¿Te encuentras bien? —preguntó acercándose con precipitación.

—Estoy recuperado y listo para ser yo. —Su madre lo observó ojiplática, no entendía que quería decir—. No importa, madre… ¿Cómo anda Cameron? Me gustaría ir a verlo.

—Oh, estoy muy preocupada por él. Desde que Adele se fue está insoportable, y lo peor de todo es que se mudó a casa de los Allan. Recibimos un mensaje de Daviana de que Miles se encuentra herido de gravedad. Lleva dos días allí, se fue en cuanto supo que tú no corrías peligro.

Un escalofrío lo recorrió. Saber que Miles Allan, en mejor amigo de su hermano, se debatía entre la vida y la muerte podía ser determinante en el futuro de su familia. Él había sido un pilar fuerte para Cameron y si a este le sucedía algo, puede que jamás se recobrara. Cuando parecía haber una esperanza de recuperación, se desvanecía como el humo. Además, saber que Adele...

—¿Qué le ocurrió, madre? ¿Está Adele con ellos?

—Miles fue herido de bala, y creo que ella partió con él un día antes. No lo sé, yo… me quedé aquí contigo, cuidándote —anunció, pesarosa.

—Iremos con ellos, entonces. Y recemos por el alma de nuestros amigos.

Presurosos partieron camino de la casona de los Allan. Irving se hallaba tan preocupado que apenas pensó en sí mismo, a veces, sin darse cuenta, acababa suspirando con un nudo en el estómago y una sensación de pérdida como nunca había presentido. En esos instantes, su madre lo miraba extrañada dentro del carruaje, alerta a

cualquier cambio en su ánimo. Lo que no sabía era que su verdadera inquietud se hallaba en dirección opuesta a donde se dirigían.

Se obligó a no pensar más en ello y se centró en escuchar lo que le contaba Eileen. Su hermano los había visitado un día antes presintiendo una desgracia. Él mismo, cansado de velarlo toda la noche, había ignorado sus miedos y súplicas de acompañarlo y, en cambio, había ido a visitar al profesor...

No, no era profesor, se lo había confesado. Era un farsante, que se había burlado de él, confundiéndolo desde la primera vez en que se conocieron. Negó con la cabeza y gruñó, fastidiado. Su madre seguía observándolo, pero guardaba silencio. Sabía que sufría por algo que nada tenía que ver con los hechos y estaba seguro de que pronto sería el blanco de sus dudas.

Una vez en la casa de los Allan, tomó un papel dominante ante la situación. Hope lo había asistido, con todo, había perdido mucha sangre y la fiebre la protagonista de su lucha por sobrevivir. Su hermano se hallaba hundido, en parte por el estado de su amigo y también por no saber nada de Adele. Miles estaba inconsciente y ese guerrero que lo trajo a su hogar, no contó nada a su mujer. Adele se hallaba desaparecida y todos se sentían impotentes por no poder hacer nada.

A veces sorprendía a Cameron golpeándose la pierna inútil. No intentó siquiera consolarlo, se lo llevaban los demonios a cada segundo transcurrido y él ya estaba bastante ocupado con ayudar a Daviana a no desmoronarse delante de sus hijos pequeños. Se instalaron allí los días siguientes hasta ver que Miles salía del peligro. No se atrevía a irse por miedo a que, de forma inesperada, se sucediera la desgracia y su hermano se volviera loco de atar.

En uno de esos días, en los que Miles ya se hallaba mejor, llegó un mensajero con noticias de Dalness y una carta escrita por Edward McCain, donde exponía que todos se hallaban bien, incluso Adele, que había sido secuestrada por el malnacido que había provocado casi la muerte a Miles. Esta había añadido al final, de su puño y letra, una despedida por su regreso a Inglaterra.

¿Cómo decírselo a su hermano? ¿Cómo anunciarle que su esperanza había partido lejos de él? Tras meditarlo durante dos días interminables, y corroído por la culpabilidad, al final se lo confesó. Nunca pensó que su reacción fuera tan exorbitada, y temió por unos momentos que el ataque de ansiedad se lo llevara a la tumba, aunque luego despertó aliviado. Confirmar que su amada se hallaba a salvo era para él más importante que su propio egoísmo de tenerla cerca. Prefería que se hallara libre y fuera de peligros a exponerla a un escándalo.

Por primera vez en años, se sintió orgulloso de su hermano. Cameron parecía haber vuelto a la vida y la movilidad en su pierna seguía progresando. ¿Cuántos días habían pasado desde que llegó a esa casona? ¿Una semana, dos? Se hallaba perdido en un día eterno y se había olvidado de sus propios demonios, absorto en ser útil a los demás. Por primera vez, era él quien tomaba el mando y, junto al gran ánimo de su hermano, parecía ver la esperanza a un futuro bendecido por la paz.

O eso pensó él hasta que, de regreso al castillo, surcó de nuevo ese camino que le recordó lo ocurrido días atrás. Para su asombro, sus intensos sentimientos parecían no haber menguado, y las imágenes de Charles lo acosaban a cada instante. Recordaba ese tórrido beso y se echaba a temblar sin remedio.

¿Sin remedio? No, no podía dejar que sucediera de nuevo. Su verga solo se izaría por una mujer.

—John, haz que me traigan un baño, pero esta vez quiero que sea una doncella quien me asista. La más experimentada en… ya puedes imaginar en qué —pidió ocultando su rubor entre las páginas de un libro que era incapaz de leer desde hacía un buen rato.

Este abrió muy grande los ojos, no esperaba esa petición y mucho menos que prescindiera de su ayuda para sustituirlo por una criada con intenciones inmorales.

—¡Ahora mismo, señor!

Lo enfadó un poco su ímpetu. ¿Tan sorprendido estaba? Eso era una práctica muy común en un señor. Con todo, tuvo que reconocer que, viniendo de él, no era lo habitual, pues era la primera vez que lo solicitaba.

Se encontraba nervioso, del resultado pendía que fuera el mejor día o el último de su existencia. ¿Y si se ahogaba por el esfuerzo? No quiso pensar más en eso. Sumergió su cuerpo, dejando escapar un gemido de gusto mientras contemplaba humear el agua caliente de la bañera. Tocaron en la puerta y tras dar su permiso, entró una criada con semblante tímido, pero sonriente. Llevaba el cabello recogido bajo un gorro blanco y vestía un uniforme sobrio e insulso.

Irving le indicó con un gesto de la mano que se acercara y se dirigió a ella.

—Muchacha quiero saber si has venido con gusto. No quiero comportarme como un degenerado y deseo que lo que ocurra entre ambos sea gozoso y consentido.

—Señor, me honra ser la elegida para satisfacer sus más solícitos deseos, me conocen por ser fogosa y muy ardiente. Aprendí de la antigua amante del señor Cameron, fui una de sus pupilas.

La miró extrañado. ¿Pupilas? ¿Desde cuándo las mujeres aprendían unas de otras a satisfacer los deseos de un hombre?

—Entonces, sabrás lo que haces y espero disfrutar contigo toda la noche.

—Señor, como si me quiere para todos los días. Un hombre como usted no se ve nunca. Será un gusto enorme complacerlo —dijo sumergiendo su mano dentro del agua con rapidez y agarrando su miembro tras soltar un suspiro.

No la vio venir, por lo que dio un respingo, aunque no le importó. Aquello se alargaba en una cháchara absurda y deseaba gozar, probar su hombría. Ella lo acariciaba con delicadeza y su verga resurgía, juguetona. Su aliento dulce junto a su oído y oír sus gemidos de gusto lo exaltó. Con su otra mano le acariciaba el pecho y de vez en cuando le daba un pequeño tirón del lóbulo con los

dientes. Sí, ella sabía lo que se hacía, lo estaba haciendo enloquecer. La deseó con fiereza, la necesidad de llevar a cabo sus fantasías más ocultas con esa mujer lo llenó de impaciencia y le ordenó que se desnudara. Ella lo hizo. Su mirada felina lo puso más duro. La anticipación por lograr su objetivo lo impacientó y se levantó de golpe para ayudarla a entrar en el agua. Ella se pegó a su cuerpo, y notó su piel ardiente y suave. Femenina. Ambos gimieron de placer y de un tirón se deshizo de su estúpido gorro. Esperando ver una larga melena, se quedó petrificado al descubrir que tenía el cabello rojo y corto como un hombre.

—¿Qué ocurre, señor?

—Tu pelo es corto y pelirrojo.

—Oh, eso, la frutera me lo cortó hace unos días, acusándome de rondar a su esposo, pero no es verdad, se lo prometo. Me trató muy mal y mire usted cómo me dejó delante de todo el pueblo, más trasquilada que una oveja. ¿No le gusta? Qué vergüenza, señor… Volveré a ponérmelo si lo prefiere…

—¡No! Déjalo así… Me gusta —soltó, sin pensar y con labios temblorosos.

La verdad era que al verla en un principio lo impactó, sin embargo, un deseo irrefrenable lo inundó después. No deseaba saber cuál era el motivo, y la anhelaba mucho más que antes. Moría por hacerla suya en tanto la contemplaba, extasiado. Sus senos enormes, sus caderas voluminosas y redondeadas, su monte de Venus tan rojizo como su cabeza…

Entonces, ella tomó el mando y se dejó llevar. Afloró en él un instinto desconocido, el de un hombre hambriento tras tantos años de desconsuelo. Para su asombro no se sentía fatigado, sino más enérgico a cada instante y eso le dio valor para seguir adelante sin miedo ni prejuicios. La tomó con desesperación y ambos gritaron de deleite, desinhibidos en una salvaje explosión de jadeos y risas satisfechas, de besos y lamidas, de goce y éxtasis pleno en un vaivén de embestidas interminables. Solo al acabar, fue consciente de lo que había sucedido: ya no era virgen, era un hombre más que

satisfecho. Estrechó entre sus brazos a la mujer, feliz de haberlo logrado sin morir en el intento.

—Eres una mujer.

—Lo soy, señor, y usted es un portento, verá cuando lo cuente entre las…

Calló, sobresaltada, al percatarse de su error.

—Hazlo, cuenta lo que hemos hecho esta noche y lo que haremos a partir de ahora todos los días mientras no esté enfermo. Debo recuperar el tiempo perdido de muchos años y tú eres perfecta para mí. —La muchacha se ruborizó mucho al oírlo, pero se sonrió, orgullosa, y regalándole un beso muy húmedo—. Por cierto, no sé tu nombre todavía.

—Me llamo Liz.

Irving contuvo el aliento pues, sin saber por qué, en su interior albergaba una estúpida ilusión, por mucho que le disgustara admitirlo, en su lengua hormigueaba un nombre prohibido… Charles. ¿Por qué seguía pensando en él? Soltó una blasfemia y Liz se irguió, asustada.

—No te asustes, preciosa. No es por ti. Mi cabeza piensa demasiado y es un amasijo de problemas. Ven conmigo, tengo mucho que olvidar y aprender hasta el alba, Liz, o hasta que me muera.

VIII



¿Quién decidía lo que estaba bien o estaba mal en el mundo? Charlotte siempre se imaginaba preguntándoselo a sus alumnos en la escuela:

—Dios, señorita Robertson.

Ella les asentía, pero sabían que tenía una respuesta mejor…

—¿Dios os habla cada vez que tomáis una decisión?

Ellos arrugaban la nariz, contrariados o incluso levantando las cejas con curiosidad, y entonces les sonreía, confiada, y con gran temple les decía:

—Ya sabemos lo que Él opina, bien lo oímos en cada misa o cuando leemos la Biblia, ¿alguno sabe qué parte en nosotros mismos nos señala la verdad?

Uno de ellos levantaba la mano con timidez, otro, casi bailaba, deseoso de que lo escogiera para darle su solución.

Primero escogía al tímido, ya tenía mérito que se hubiera atrevido a exponerse.

—El corazón.

Cuando iba a responderle, interrumpía él exaltado, imponiéndose con fanfarronería.

—La cabeza. —El niño señalaba su frente, muy seguro de sí mismo.

Charlotte los observaba con una sonrisa juguetona, sabiendo que su respuesta era crucial en su enseñanza, tenía una responsabilidad enorme hacia ellos, ella era su ejemplo a seguir… Los haría reflexionar, pues, ¿para qué teníamos la mente si no era para ejercitarla?

—Ambos me habéis dado unas contestaciones muy interesantes —decía, paseando la vista de uno al otro, a cuál más atento—. Ahora, os haré una pregunta, y quiero que la meditéis: Cuando tomamos una decisión, ¿es solo la cabeza o nuestro corazón los que nos hablan? ¿Tal vez, ambos?

Los alumnos la miraban con curiosidad, pero ninguno se atrevía a opinar.

—A veces, cada uno nos dice una cosa diferente y, en esos momentos, es cuando debemos encontrar un equilibrio. La verdad no siempre es absoluta ni clara, sino una lucha continua entre lo que sentimos o lo que pensamos.

Solo el trinar de unos pájaros se oía afuera del aula y Charlotte, sonreía de nuevo, satisfecha. Había abierto una puerta nueva en sus mentes, una reflexión que crecería con el tiempo. Luego se volvía a dirigir a los mismos niños de antes:

—Decidme, niños, ¿qué pensáis ahora? —preguntaba, sabiendo que había logrado su objetivo: hacerles pensar más allá de lo evidente.

—¿Puedes dejar de soñar? —señaló Thom con claro enfado.

Parpadeó. Lo había vuelto a hacer y, arrepentida, le guiñó con timidez.

Tras una cena rápida en la pensión del Pino Rojo, se preparaban para dormir. Charlotte era incapaz de controlar su introspección desde hacía unos días, pues al fin se adaptaba a la rutina de esa nueva vida en Aberdeen. Los nuevos conocimientos le provocaban desasosiego, estaba más que preparada para discutir lo que aprendía.

—Sé que no soy muy buena compañía para ti últimamente, amigo, pero es que el doctor McGregor me hizo reflexionar sobre algunos temas. —Se frotó las manos y le clavó una mirada inquisidora—. A ver, ¿quién decide lo que está bien o está mal en el mundo?

—Ah, no, conmigo no, niña —protestó levantando las manos y continuó bajando el tono ante su alarma por haberla tratado como una mujer—. No me lleves por esos derroteros que yo estoy muy tranquilo sin cavilar tanto, ya tengo suficiente con preocuparme de que no nos ocurra nada o simplemente traeros un plato de comida todos los días.

Charlotte lo miró con fastidio, pero luego lo abrazó y lo hizo ruborizar. Desde que había ingresado en la universidad, hacía meses, la enseñanza de las numerosas materias ocupaba su mente. Se nutría del conocimiento que siempre había deseado en su vida y podía sentirse satisfecha… a medias. No tenía a nadie con quien razonar aquellos entresijos que se planteaban, y Thom, ni siquiera lo intentaba. ¿Qué sentido tenía experimentar aquel éxtasis de sabiduría si no había con quien compartirlo? Se sentía como un libro, el cual solo tiene vida cuando alguien se anima a explorar sus páginas. ¿De qué servía plasmar ciertos conocimientos o historias si a nadie le interesaba aprender o disfrutar de ellas?

Con rotundidad, cuando sus ideas encontraban el eco en las de otros, podía sentir que en realidad cobraban un valor. ¿Especial? Para ella el que más.

—¿Qué te ocurre? ¿Nunca estás satisfecha con nada?

—No es eso, Thom, bien sabes que estoy cumpliendo mi sueño a expensas de ser descubierta en cualquier momento y de saber que tú estás arriesgando tu vida por mí, pero necesito compartir lo que tengo dentro —dijo apretando su puño contra el pecho de forma pasional. Al ver que él ponía los ojos en blanco, prosiguió—. Me aburro.

—¿Cómo me dices eso? Ya puedes coger el petate que nos largamos lejos.

Ella rio ante su efusión al hacer como que metía en su zurrón sus cosas y se lo colgaba al hombro.

—No me entiendes.

—A ver, que no haya estudiado no quiere decir que sea tonto, niña. Te conozco e imagino lo que te ocurre por mucho que evites hablar del tema. Echas de menos al rubiales para *hablar*. Por fin lo he dicho y no me arrepiento.

La boca de Charlotte se mantuvo abierta unos segundos interminables, a la vez que un sonrojo más que evidente se concentraba en sus mejillas. ¿Cómo disimularlo? Thom no era tonto, era más listo que el hambre y había dado en el blanco con un tiro de triple saeta directo a su corazón.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Pues es evidente, porque te carcome la conciencia —afirmó con parsimonia y luego, ante su silencio, continuó—. Dios, si yo fuera él ya me hubiera ahorcado del árbol próximo.

—No digas eso, por favor —pidió soltando un leve hipido, estrujándose las manos con ansiedad.

—Era broma, seguro que está bien. Ven, hija, lo que hiciste no estuvo bien, pero ya no puedes deshacerlo —comentó sentándose a su lado del jergón y agarrándola por los hombros para consolarla—. Además, después de eso habrá fornicado con la mitad del condado para asegurarse de que su hombría está intacta. Seguro que ahora se cree el más macho de Escocia.

Charlotte contuvo el aliento. Odiaba lo que le decía, aunque era obvio. Los hombres se movían por instintos y la confusión que con seguridad había generado en Irving lo habría vuelto loco. ¿Y cómo haría cualquier hombre para cerciorarse de que su hombría era indiscutible? Gozando a diestro y siniestro con el sexo opuesto.

—Sabes que no me consuela nada saberlo, ¿verdad?

—Lo sé, aun así, debes de olvidarlo. Él no es para ti y cuanto antes lo aceptes será mejor.

Lo sabía, jamás sería para ella, salvo que, en su cabeza por no hablar del corazón, no se hallaba nadie más que él desde el día que lo conoció:

Era la primera vez que surcaban esas tierras, no conocían a nadie, nada más lo poco que habían descubierto en algunas conversaciones en el pueblo con los lugareños del mercado. Se hallaban en terrenos del clan McAllen y con saber eso era suficiente. Intentaban no llamar la atención mientras buscaban dónde pernoctar, hasta que encontraron ese molino abandonado.

Casi lloran de alegría bajo ese techo en mal estado al verse resguardados por primera vez del frío y de la humedad nocturna que los acompañaba durante muchos meses. Se habían establecido allí hacía unas semanas, y no habían pedido permiso a los McAllen, pero ¿a quién le importaría que unos vagabundos durmieran en una casucha medio quemada e inservible? Se instalaron y adecentaron la estancia para convertirlo en un hogar hasta lograr su objetivo: ser admitida en la universidad de Aberdeen.

Tal día que conoció a Irving, cazaban para la cena e iban a recoger un conejo al que Thom había alcanzado con una de sus flechas, cuando oyeron el sonido de unos cascos acercarse. Por instinto, su amigo se agachó entre los matorrales, arrastrándola con él y aguardaron en silencio. Oculta tras los matorrales, lo vio aparecer montado en su caballo blanco, tan guapo como un príncipe de cuento, solo que este parecía más muerto que vivo. Aun así, su cabello rubio y largo ondeaba al viento y ese rostro hermoso, semejante al del mismísimo Zeus, hizo que su corazón remontara igual que en plena estampida. Sus ojos brillaban intensos, azules como el cielo y su presencia emanaba la fuerza cautivadora de un rey.

Se alarmó al verlo caer al suelo, a pocos pasos de ella, y reconoció el jadeo de asfixia. Por desgracia conocía bien ese mal, aunque en este caso fuera verdadera suerte para el McAllen. Había vivido toda su vida con su padre aquejado de eso mismo. En varias ocasiones, sin obedecer las órdenes del doctor Smith de salir de la

habitación de su padre, había sido testigo de su técnica novedosa para evitar que exhalara el último suspiro, tras un ataque de asfixia. Se trataba de insuflar aire de manera directa por la boca. Evidentemente, este había utilizado un pañuelo entre ambos, sin embargo, ella se lanzó a socorrerlo sin pensarlo y sin tiempo que perder.

¿Cómo explicar lo que sintió con su contacto, a pesar de la sola intención de brindarle auxilio? Pensó que el cielo era lo que tenía bajo sus pies y notó cómo un hormigueo extraño se concentraba en su estómago para subir por su pecho y atravesar su boca, acabando, de forma ilusoria, en el interior de ese extraño príncipe encantado.

Aquello era lo más cercano a un beso que había dado y comprendió que, igual que sucede en los cuentos, ella acababa de encontrar a su príncipe. Era absurdo, irracional, fuera de tiesto en una mente como la suya, no obstante, lo supo. El dios del amor había lanzado su hechizo sobre ella, embriagándola desde la punta de sus pies hasta el último pelo de su cabeza. Contempló con embeleso sus facciones, durante meros segundos, suficientes para no olvidarlos jamás. Se sentía Psique y deseaba que él fuera Cupido para estar juntos por siempre como sucedía en la leyenda.

Loca, la había llamado Thom cuando le confesó lo que sentía por Irving McAllen. Era semejante a un segundo padre, hermano o como quisiera sentirlo; era su protector y confidente, lo consideraba de su propia sangre. Juntos, habían elegido huir de su tierra, ella para cumplir un sueño y él para recomponer su corazón. No le daba miedo de confesarle lo que su ser clamaba, él bien conocía lo que era estar solo, los dos eran almas incompletas y juntos se consolaban.

—Lo sé, Thom, pero, a pesar de que está tan lejos, siento que lo nuestro no termina aquí.

—¿Lo vuestro? ¿Te estás oyendo? Él...

—¡Quiso besarme! —insistió, algo molesta.

—Claro, luego de hacerlo tú, ¿a quién le amarga un dulce?

—No lo entiendes. Lo sentí, percibí que me aceptaba.

—Porque te creía una mujer. Charlotte, ese hombre, al descubrir que había besado a un *hombre*, debe…

—Lo sé, ya hemos hablado de ello muchas veces, no necesito más recriminaciones. A pesar de ello, aunque lo haya dañado, en el fondo no me arrepiento de haberlo hecho —le dijo sonriendo de oreja a oreja.

—Eres una embaucadora, niña. Lloras, te enfadas, ríes, todo en menos de lo que dura el aleteo de un colibrí, ¿y para qué me preocupo? Para que sigas en tus trece, pensando en el rubiales.

—El rubiales. —Lo abrazó fuerte, a su lado nunca se sentiría sola, ya fuera por su ternura o su carácter bromista, se afanaba en sacarle una sonrisa—. Me gusta.

—Anda, vamos a dormir. Gracias a Dios, mañana será un día más para restar a esta locura. Solo espero que no tenga que enfrentarme a esa universidad entera. Si tu padre nos viera…

—Mi padre seguro que nos está protegiendo, si no ¿cómo te explicas que nadie se haya dado cuenta de que no soy una mujer?

—Bueno, a simple vista eres el muchacho más feo en millas a la redonda. Esas gafas te hacen parecer de otro mundo, y por la gracia de Dios, todos piensan que no andas muy cuerdo al vestirte con ropajes tan grandes. La gorra tampoco te engalana, pues te tapa media cara, y reza para que esos polvos de maíz jamás se acaben, con nada más descubrir tu boca sonrosada y aunque vayas mostrando un bulto más grande que el de un toro entre tus piernas, provocarías un revuelo. ¿Recuerdas al rubiales? Estoy seguro de que fue eso lo que lo confundió. En ese tiempo no lo usabas.

Ella no estaba muy de acuerdo. Él no solo había contemplado sus labios de forma lujuriosa, también lo sorprendió atento a sus manos, sus ojos e incluso su trasero. Pensar en ello, la abochornó tanto que no tardó en refugiarse bajo las mantas de su jergón.

Él la imitó en su catre, justo al otro lado de la habitación. ¿Cuánto tiempo podrían permanecer en el hostal? Sin duda, un

estudiante de una familia pudiente no tendría problemas con vivir así años, pero ella no era rica. Su padre le había dejado una gran suma de dinero, suficiente para poder subsistir con dignidad, sin embargo, gastarlo de esa manera era una locura. En un año ya habría acabado con la mitad de la herencia y tendrían que buscar otra alternativa muy pronto. Para aliviar el gasto, mientras ella asistía a las clases por las mañanas, Thom echaba una mano al sastre a confeccionar chalecos y pantalones muy ajustados que tanto solicitaban los estudiantes, ávidos de ir a la moda para lucirse en las numerosas tabernas de la ciudad. En su pueblo natal era su oficio. Como a nadie se le daba transformar la ropa masculina en prácticamente un saco, ensanchando justo donde lo necesitaba para pasar desapercibidas ciertas redondeces.

Miró el techo de vigas grandes y oscuras antes de soplar la llama de la lámpara. Gracias a Dios tenían dónde guarecerse y todo iba tal y como había imaginado. Ella era un alumno ejemplar, algunos lo llamaban Charles, el talentoso, aun así, no se acercaban por su aspecto esperpéntico, esquivo e intransigente. Y, en realidad, era lo mejor que podía sucederle. En unos meses habría completado el primer año de formación en la Escuela de Artes, justo lo que necesitaba para sosegar su anhelo de conocimientos. ¿Podría ser la maestra de una escuela en un futuro? Lo dudaba. Ese sueño era tan imposible como que el hombre podría volar. A las mujeres no se les permitía estudiar, ni opinar, ni participar en el congreso, ni siquiera entrar en una biblioteca pública a no ser que fueras de clase alta o tuvieras una buena conexión académica… ¡Era tan injusto!

Se durmió pensando en todo aquello, pero sabiendo que no arreglaría nunca nada con lamentos.

La recibió el lunes, tras un fin de semana de aburrido descanso. Por fin, retomaría la monotonía diaria que vivía durante la semana. Tras vestirse con los grandes ropajes y asegurarse bien las opresivas fajas contra el pecho, se echó a la calle en una mañana gris, con el cielo cubierto de nubes bajas y una bruma ligera y envolvente. Las calles empedradas se hallaban húmedas por la reciente lluvia, y reflejaba en algunos charcos, la luz tenue del amanecer. A ambos

lados de la calle, los edificios de granito se alzaban imponentes, con fachadas de piedra tan oscura, que bajo esa luz deprimente parecían por entero negras. Las ventanas de madera estaban cerradas todavía, protegiéndose del frío.

Oía el eco de sus propios pasos resonar en la piedra mojada y, sin saber por qué, un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. Percibió que la vigilaban y buscó a su alrededor, pero allí nada más que había unos alumnos que se saludaban con jovialidad de camino hacia el mismo lugar. Las puertas de roble macizo, desgastadas, estaban cerradas a cal y canto, y no encontró ninguna figura observándola a su paso.

Fue extraño, solo una vez había notado algo parecido: cuando McAllen, desde su caballo, la evaluó con ojos desconfiados en su primera visita.

Sacudió la cabeza, espantando esos recuerdos, no le hacía nada bien pensar en su príncipe imposible. Thom tenía razón, debía olvidarlo para centrarse en estudiar.

Decidida, serpenteó las calles estrechas y observó cómo las tiendas y comercios de las plantas bajas comenzaban a despertar para empezar su jornada laboral. Hizo una parada en una de ellas y compró un trozo de tarta de manzana. Se la guardaría para más tarde y evitaría pisar los establecimientos abarrotados de gente para desayunar. Buscaría, como siempre, un lugar apartado y se daría un festín. Los estudiantes utilizaban sombreros de ala ancha y algún miembro perteneciente al ejército se presentaba con tricornios con plumas o cintas muy esplendorosas. A esos los evitaba más que a ninguno, no deseaba cerca a nadie con alma de militar indagando sobre su origen. Ella se presentaba como el hijo de su padre, el pastor Albert Robertson, quien todavía en vida, le había encargado formarse para seguir sus pasos en un futuro.

Cruzó la plaza con ligereza, no le gustaba exponerse en sitios tan abiertos donde se hacían más evidentes su gracia delicada al andar, prefería pasar desapercibida por las estrechas serpientes de la ciudad.

Respiró hondo, justo al encontrar el enorme edificio delante de ella, se alzaba majestuoso y orgulloso. Le imponía más que ninguno, a pesar de verlo todos los días en esos meses. A medida que avanzaba, veía las robustas puertas de madera maciza y hierro forjado. Lucían complicados grabados que contaban las historias del mundo, esas que habían marcado un antes y un después.

Sus pasos volvieron a resonar al subir los escalones de piedra y, justo antes de atravesarlos, percibió a su lado una figura demasiado cerca. Los alumnos solían evitarlo igual que un apestado, ¿por qué se empeñaban en incomodarla?

Decidió ignorarlo y seguir su camino como si no existiera, mas pronto no le quedó otra que detenerse al oír su nombre en los labios de la última persona que pensaba cruzarse.

—Charles Robertson, creo recordar.

—¡Dios!

—Hombre, no me considero un dios, aunque algunas mujeres se empeñen en llamarme así, ya sabe a qué me refiero, ¿verdad, *profesor*? —repitió poniendo énfasis en la última palabra.

Charlotte temblaba como una hoja y no se atrevía a encararlo, pero, le gustara o no, no le quedaba opción. Poco a poco, ladeó la cabeza, convenciéndose de que sería una ilusión producto de su deseo de volver a verlo. No obstante, no había destello anormal ni era ningún fantasma efímero. Era tan real como ella y casi babea al contemplar la imagen del hombre más bello en la faz de la tierra. Carraspeó y, con una estúpida sonrisa, habló con su voz más nasal y estridente:

—Señor McAllen, es un gusto volver a verlo.

IX



—Hermano, ¿por qué tienes tanto empeño en encontrar a ese profesor y a su amigo? No entiendo qué es lo que te inquieta si me explicaste que no habían hecho nada malo —preguntó Cameron mientras trinchaba un trozo de carne y se lo llevaba a la boca.

Irving detuvo el cuchillo, sorprendido por la pregunta. Luego, de un tajo, cortó el trozo y contestó con poca convicción.

—Yo no me empeño. —Masticó la carne con pausa, pese a que su interior era un gran hervidero de nervios.

—Si no vas a contármelo allá tú, sé de buena tinta que llevas meses buscando por todo el condado a esos dos, si bien, no voy a insistirte. Prefiero que me lo cuentes cuando confíes en mí. —Como él no le rebatió, continuó, pero la preocupación se había transformado en entusiasta alegría, algo inusual en él desde que Adele regresó a Inglaterra—. Hoy ha llegado correo.

—¿Te contestó el conde? —preguntó contagiado de su inesperada felicidad y olvidando lo otro—. Oh, vamos. Ya estás tardando en soltarlo, a pesar de que creo saber qué respuesta te dio. Solo hay que ver tu cara de bobalicón.

Cameron rio a carcajadas y él lo acompañó.

—Me ha concedido una cita con él. —Irving entrecerró los ojos, procurando adivinar qué más ocultaba. Que le hubiera concedido una cita, no quería decir que las tuviera todas consigo, aunque fuera un gran paso—. Está conforme con mis sentimientos hacia su hija y espera gustoso conocerme.

—Eso es una gran noticia, hermano.

—Lo es, pero estoy aterrado. Todavía no puedo valerme por mí mismo —dijo masajeando el puño de su bastón que siempre tenía cerca—. Seguro que me rechaza si me ve en estas condiciones.

—Debes estar aterrado, pues si no, no entiendo tus dudas. Cameron, has avanzado muchísimo, ya te pones en pie y andas sin ayuda de nadie. Nada más que una leve cojera y ese bastón en el que te apoyas, indica que sigues recuperándote. No tendrás problemas, tenlo por seguro.

—¿Y Adele? ¿Qué pensará ella? No estoy seguro de si echará a correr al verme. Sus cartas me dan esperanza, son lo único a lo que me aferro para no hundirme de nuevo en la tristeza. La necesito y tengo miedo de su rechazo, de no ser suficiente para ella, ¿entiendes?

¿Lo entendía? Él nunca había amado así, pero lo conocía y sabía que, desde que Adele había irrumpido en sus vidas, había recuperado las ganas de vivir. Estar sin ella era insostenible. ¿Era mejor vivir frustrado, y no arriesgarse a sufrir más?

Ah, el amor, ese difícil enigma que era muso de poetas, filósofos y artistas desde tiempos inmemoriales. Según había leído en los libros, el amor igual nos llevaba a vivir la extrema felicidad como los abismos más profundos de la miseria. ¿Debía su hermano atreverse? De forma inesperada, evocó una conversación con su padre que llevaba olvidada muchos años, y que respondía a esa pregunta mejor que cualquier cuento, historia, filósofo o sabio.

—¿Recuerdas las mariposas que mencionó padre cuando éramos unos niños? Fue el día…

—El día que cayó enfermo —lo interrumpió con seriedad, luego sonrió, sumido en ese recuerdo tan entrañable—. Yo me fui asqueado al imaginarme esos insectos llenando mi barriga.

Asintió, sorprendido de que se acordara.

—Padre me pidió que te recordara unas palabras suyas si hiciera falta algún día, y creo que este es el mejor momento para hacerlo.

—La mirada de su hermano se hizo tan intensa que le pareció quemarse con ella. Con gran emoción por tener toda su atención, prosiguió—. La fuerza y la valentía son importantes, pero también lo es el amor. Tú eres el líder y debes tener un corazón fuerte, el amor te hace más humano, Cameron. ¿Prefieres vivir igual que un valiente que apostó todo a ser feliz o como un frustrado cobarde el resto de tus días?

Este dejó los cubiertos encima de la mesa y se pasó una mano por el rostro de manera repetida. Los fantasmas y pesares del pasado eran difíciles de sobrellevar y sabía que aquello lo había sacudido como la peor de las tormentas. Sin esperarlo, se puso en pie y, ayudado de su bastón caminó hasta él. Irving se levantó y aguardó en silencio.

Jamás esperó que su hermano volviera a abrazarlo así, entregándole su amor de forma tan pasional. Ese abrazo era un consuelo postergado durante muchos años, pues el dolor, la pena y la amargura los había distanciado mucho tiempo. Por fin su alma le brindaba una promesa de paz entre ellos. Los últimos tiempos habían sido muy difíciles e Irving se había encargado de su clan de la mejor forma que sabía, nadie alcanzaba a conocer lo que en realidad sufría al no poder cumplir sus sueños, atado al infortunio del deber.

Mientras se aferraban el uno al otro, marcaban el final de su distancia y el comienzo de la cura de viejas heridas. Su hermandad era capaz de atravesar las situaciones más oscuras y limar cualquier aspereza.

Con los ojos brillantes y anegados de emoción, se separó un poco para hablarle de nuevo:

—Nunca podré agradecértelo, Irving. Sin ti no estaríamos vivos, ni yo, ni madre, ni ninguno de este clan. Sé que ha sido muy duro e injusto para ti asumir el mando, aun estando enfermo, eres la persona más valiente que conozco y un ejemplo para todos. Ahora eres libre al fin para soñar y vivir como te plazca, pues tengo algo que sé que te hará el más dichoso.

Cameron sacó un sobre de dentro de su chaqueta y se lo entregó. Él observó unos segundos el papel en sus manos, curioso. Lo volteó para leer el remitente y al descubrirlo, empezó a temblar. Clavó sus ojos en su hermano, incrédulo. Este le devolvió una sonrisa satisfecha.

Se sentó en su silla. Necesitaba sostenerse, temía desfallecer. Cameron apoyó una mano en su hombro a modo de despedida.

—Visitaré a madre antes de acostarme y le comunicaré la nueva, hermano.

Cameron sabía lo que esa carta suponía para él y se encargó de que los sirvientes salieran de la sala tras él. Pronto explotaría en llanto, uno desgarrador que había guardado muchos años, demasiados y no deseaba ningún testigo de su debilidad.

Con manos temblorosas, observó el distintivo sello de la Universidad de Aberdeen y leyó con detenimiento. Su corazón dio un vuelco al comprender que no era parte de una ilusión vana. Cada frase resonaba en su mente recordando una muy similar de un pasado y simbolizaba el puente a su felicidad. Este se había derrumbado y volvía a emerger con más fuerza.

La apretó con fuerza contra su pecho sin poder creérselo todavía. Respiraba desacompasado por la gran emoción y pronunció las palabras que tanto había anhelado decir en alto:

—Iré a la universidad.

Un mes después, preparaba los baúles con los libros que se llevaría de viaje. No era muy largo, solo unos días de camino, pero desde que leyó esa carta no había parado de nutrirse con todo lo que había relegado por la frustración. Llevaba una buena base y que lo hubieran aceptado sin tener que repetir la prueba lo consideraba una gran responsabilidad. Los académicos confiaban en él como antaño y no quería defraudarlos.

Por fin ponía rumbo a su sueño más preciado, aprender para abrir una escuela en sus tierras.

Sonrió ante la idea:

Se imaginaba ante sus alumnos, de unos nueve o diez años. Era el primer día enseñando y su seguridad era aplastante. El grupo, lleno de curiosidad, aguardaba formado en sus pupitres de madera, mostrando respeto. Por fin se apiadaba de ellos y los saludaba con voz firme y afable:

—Buenos días, niños. Soy el señor McAllen y seré vuestro maestro.

Los niños le respondían al unísono con un «Buenos días, maestro» y él esbozaba una sonrisa de satisfacción.

—Para comenzar, quiero que alguno de vosotros me cuente algo interesante que hayáis aprendido hace poco.

Un niño levantaba la mano con entusiasmo y él, con un gesto, le daba su permiso para hablar.

—El otoño acaba de terminar, y ahora estamos en invierno. Es la época más fría del año, pero a mí me gusta.

Irving asentía, contento con su respuesta.

—Muy bien, es una excelente observación. Y, ¿alguien puede decirme por qué cambian las estaciones?

Ninguno respondía e Irving hinchaba el pecho, orgulloso por tener la oportunidad de compartir su sabiduría. Decidido, se encargaría de que esas pequeñas mentes cambiasen la perspectiva de muchas cosas, como que dejaran de creer que lo único importante era la belleza y, en su lugar, empezasen a preguntarse el cómo y el porqué de las cosas.

—Hijo, a ese ritmo nunca terminarás de empaquetar —musitó Eileen en su oído, haciéndolo parpadear y despertándolo de su fantasía—. ¿Soñabas otra vez?

—Lo siento, madre. Este viaje me tiene absorto, todavía no me creo que al fin vaya a Aberdeen.

—Estoy muy contenta por ello, cariño —expuso con nerviosismo doblando un *plaid* sobre su lecho.

Irving estaba seguro de que se alegraba tal y como le indicaba, sin embargo, no podía ocultar su miedo a no volver a verlo. Sabía que era arriesgado, que podía enfermar una vez más y no superarlo. Era una realidad aplastante, y por ello, la quería aún más, por su aceptación, comprensión y por amarlo de esa forma tan entregada.

—Tendré cuidado, madre y volveré en cada oportunidad que me dejen. Además, no faltaré a ninguna fiesta de Natividad, no me perderá de vista tan fácilmente.

—Sí, eso espero…

—Madre, no tienes que preocuparte. Ya sabes que mi salud ha mejorado mucho desde que sigo los cuidados de Elizabeth. No he sufrido un ataque más de asfixia desde… —Hizo una pausa, para dar más credibilidad a lo expuesto—. Ni recuerdo ya esa última vez.

Era mentira, una vil y engañosa falsedad. ¿Cómo olvidar esa última vez? Por mucho que lo había intentado, le era imposible. No había un día que no pensara en ello y su corazón se encogiera. No podía engañarse a sí mismo, era un hecho maldito, pero cierto como su tormento.

—En eso tienes razón, has mejorado mucho, no obstante, no debes confiarte —dijo apuntándolo con el dedo igual que cuando era pequeño y quería llamar su atención—. Y sabes, todavía tengo la esperanza de que conozcas a una bonita muchacha y me la traigas con intenciones serias.

Carraspeó. ¿Una mujer? ¿Casarse? Cada vez veía esa idea más lejana. A pesar de haber tenido una gran actividad sexual en esos últimos meses y no dudar de cumplir como un portento en el lecho, las dudas lo acechaban sin piedad, sombras siempre presentes para acabar de un plumazo con su entereza.

—Ya veremos, madre, ya veremos. Mi prioridad es estudiar, luego Dios dirá.

Su madre sonrió, pues mantenía la esperanza, a pesar de su reticencia.

—Sé que el Señor escuchará mis súplicas. Eres bello, hijo, las damas se echarán a tus brazos en cuanto te conozcan, y no tendrás problemas para elegir. Solo espero que tu cabecita insaciable deje hueco para compaginarlo con tu corazón. Recuerda que lo importante, por mucho que te empeñes en negarlo se encuentra aquí. —Le colocó una mano en su corazón y continuó—. No olvides que las mariposas de las que tu padre te habló son una señal indudable del camino correcto.

Tragó saliva. Debía tomar aire, se estaba sofocando y no quería que su madre lo viera en esa tesitura. Sería un error tremendo que aniquilaría la poca confianza que tenía en él.

La abrazó fuerte, evitando que viera la ansiedad reflejada en su rostro y trató de serenarse. Tomó aire y contó hasta veinte, luego volvió a enfrentarla con una dulce sonrisa.

—Gracias, madre. Estaré atento a lo que me pides.

—Bien, te dejo terminar, el carruaje te esperará pronto en el patio —dijo enjugando una lágrima.

Le dio un tierno beso en la mejilla y se giró hacia sus libros. Ella salió y respiró hondo. ¿Por qué no podía evitar ese pellizco en su estómago? Lo alteraba, moría por arrancarse el corazón e ignorar que galopaba fiero en su pecho, y todo por esa culpabilidad que lo consumía. Les mentía a sus propios congéneres, a los que creían en él de forma ciega. Valiente le había llamado su hermano, a pesar de que él se consideraba el más ruin de los cobardes.

¿Cómo podía confesarles que, por mucho que lo intentara, su corazón solo latía por unos ojos azules y una boca de grosella que pertenecían a un hombre?

Dios sabía que lo había pretendido. Se había purificado con rezos y penitencias para poder salvar su alma. Se arrancaría los ojos si fuera la solución para dejar de ver a ese profesor, sin embargo,

aunque los cerrara, su imagen seguía presente, como una herida que nunca sana, pudriendo su conciencia.

Desde que se sintió fuerte y confiado, lo había buscado por cielo y tierra. Pero el muy escurridizo, había escapado sin dejar huella. Necesitaba probarse una vez más, y convencerse de que no sentía nada por él, que estaba muy equivocado. Para su más lamentable desventura, desapareció, dejándolo con un pesar hondo en su pecho y un desorden aún más difícil de asimilar.

Había llegado a tal punto contradictorio que tuvo que ponerse a prueba. Si su hermano supiera realmente por qué ponía tanto empeño en asistir a los entrenamientos militares se abriría el pecho en canal. Rodeados de hombres se dijo que, si en algún momento sentía la mínima atracción, bien podía buscar el árbol más próximo para colgarse, pues no tendría remedio. No obstante, tras las continuas exposiciones a torsos desnudos y luchas de cuerpo a cuerpo, se convenció de que su problema era con Charles Robertson.

¿Qué tenía él que no hallaba en los demás? ¿Por qué le hizo sentir tan violento, tan lujurioso, tan…? Se frotó la cara con fuerza, queriendo espantar la imagen de sus labios carnosos después de aquel beso. ¡Lo besó! Tras darle su aliento, se atrevió a besarlo y él lo correspondió. Lo gozó tanto que gimió, extasiado. ¿Por qué no gemía igual con las siervas? ¿Por qué percibió que su alma alcanzaba la plenitud? Cuánto lo anhelaba, bien lo sabía él y, por ello, con seguridad, se lo haría pagar con creces en el purgatorio el día de su muerte.

Se hallaba condenado a pasar el resto de su otra vida penando por su error y su tormento sería su castigo terrenal.

Cerró el baúl e indicó a John que ya podían llevárselo. Fue salir este por la puerta y aparecer por ella Eloise con semblante orgulloso. Irving le sonrió, encantado de verla.

—El carruaje te espera, hermoso niño ¿Estás preparado para comerte el mundo? —preguntó ofreciéndole el brazo para acompañarlo hasta el patio.

—Lo estoy.

El camino hasta la ciudad de Aberdeen fue incómodo, pero muy emocionante. Nunca había viajado lejos de sus tierras, y aquello se le hacía como la más fascinante aventura. La dicha por la incipiente llegada era tan grande que a veces se veía soltando alguna ridícula carcajada. Se había embarcado solo, a pesar de la reticencia de su madre, que se empeñaba en que lo acompañara John. En ese viaje no quería distracciones, ni antiguos testigos de sus tormentos. Necesitaba comenzar algo nuevo, forjar un recuerdo desde cero y sin ayuda de nadie. Incluso su hermano se había empeñado en buscarle alquiler en una de las casas más lujosas de la ciudad y hasta eso lo rechazó. Deseaba valerse por sí mismo, pues lo consideraba importante como parte de su aprendizaje y por ello, llegó a las puertas de la pensión del Pino Rojo buscando alojamiento.

Parecía un hostal tranquilo y su dueño lo recibió con alegría al poder llenarlo al fin durante la temporada estudiantil. Al entrar, Irving tenía una sensación extraña, la inseguridad lo hacía parecer torpe, pero era tan grande lo que se concentraba en su pecho que llegó a pensar que eran esas mariposas de hacía meses… Ciertamente era raro volver a experimentar ese hormigueo. ¿Por qué otra vez?

Esa noche apenas durmió, se la pasó tumbado en el jergón, observando las vigas del techo o embelesado en el baile hipnotizador de la llama de su lámpara. En ocasiones, oía voces en la pared de contigua, con seguridad, otros estudiantes charlaban sobre sus vidas allí. Sonrió, feliz, y no se percató de cuándo sus ojos se cerraron al fin.

A la mañana siguiente, se esmeró en su apariencia. Quería dar una buena impresión. Se enfundó en su pesado abrigo de paño oscuro y se lio la gran bufanda en el cuello. En vez del típico sombrero de ala ancha, optó por un *bonnet* negro con motivos de su clan y salió a enfrentar el frío cortante. En la calle, se encontró sin saber qué dirección tomar, no había caído en preguntarle al dueño e

iba a entrar de nuevo, tan pronto un extraño salió del hostal, dejando un aroma a rosas que bien conocía. Su cuerpo reaccionó como un resorte, sus sentidos se pusieron en tensión. ¿Podía ser…? Se giró un poco, manteniendo cautela y evitando no quedar expuesto. Necesitaba comprobar que esa persona era la que sospechaba o caería fulminado por la ansiedad.

Con sigilo, lo siguió en silencio, olvidando su inicial objetivo. Mantuvo una distancia prudente, la suficiente para no ser descubierto. Su espalda era pequeña a pesar de llevar unos ropajes anchos y un andar grácil. Un *bonnet* verde cubría su cabeza y a esa luz tenue apenas podía distinguir el color de su cabello. De repente, entró en una pastelería y aguardó cerca de la entrada, oculto en las sombras. A través de la ventana de la puerta de entrada se asomó, nervioso, y lo vio mantener una conversación con la dueña. Al fin pudo ver bien su figura iluminada por las suaves luces recién encendidas. El fuego de su cabello y el brillo de unas lentes enormes, esas que tanto había ansiado ver una vez más en su vida, lo hicieron contener el aliento y una repentina tos amenazó con asaltarlo. La contuvo, ávido de no perder ningún detalle de esa anhelada imagen.

—No puede ser —susurró para sí, dejando escapar el vaho cálido y empañando el cristal.

Corrió al resguardo de la esquina más próxima y esperó, apoyado contra la húmeda pared, tratando de recuperar el aplomo y la cordura.

¿Cómo era posible que Charles estuviera allí? Había salido de su pensión… ¿Acaso dormían en el mismo edificio? Gimió y sonó más a un lamento penoso. Si esa noche apenas había logrado dormir, las siguientes las pasaría en vela.

La puerta del negocio chirrió y unos pasos resonaron en la calle, alejándose poco a poco. Lo observó, conteniendo las ganas de ir tras él y sacudirlo con fuerza hasta hacerle daño. Deseaba que pagara por el suplicio que estaba viviendo.

«Maldito seas, maldito amanerado de mierda que me ha embrujado y vuelto loco», se dijo con el corazón latiendo con fuerza.

Se encaminó tras su estela de rosas que lo hacía sentir más ansioso, más anhelante y febril. Olvidó su deber con la universidad, y lo persiguió, loco por no perderlo de vista. Después de una larga caminata, se detuvo frente un majestuoso edificio. ¿Era posible?

Charles Robertson estudiaba en la misma universidad que él. No podía creerlo y sin entenderlo se sintió el más afortunado sobre la faz de la tierra. Confuso, apretó los puños, luchando contra esa sensación extraordinaria. No debía sentirse feliz, tenía que estar rabioso y lamentarse por el destino que se cebaba con él… Pero ¿no era esa su penitencia por ser un pecador? Furioso consigo mismo, se dijo que debía enfrentarlo y hacerle sufrir, de la misma forma que él penaba.

Un empuje repentino se adueñó de su cuerpo tembloroso y, en menos de lo que canta un gallo, se colocó a su lado sin saber qué decirle. Contempló su perfil delicado bajo esas feas gafas y buscó sus pecas, sus labios… pálidos. Eran pálidos, igual que el marfil de su broche, no se veían jugosos ni brillantes como los recordaba. Más agobiado aún por no volver a disfrutar en su totalidad de su rostro esperpéntico, habló sin pensar.

—Charles Robertson, creo recordar.

Este se detuvo y por unos instantes creyó que iba a desmayarse al verlo perder todo el color de sus mejillas. Parecía una estatua de sal a punto de desmoronarse delante de él. Tambaleante, casi se atreve a sostenerlo.

—Dios —balbuceó, igual de sorprendido.

—Hombre, no me considero un dios, aunque algunas mujeres se empeñen en llamarme así, ya sabe a qué me refiero, ¿verdad, *profesor*? —repitió poniendo énfasis en la última palabra.

¿Era alegría lo que reflejaban sus enormes ojos color cielo tras esos gordos cristales? Deseó arrancarle las horribles gafas del demonio. Sin pretenderlo, notó arder su cuerpo y ansió estrecharlo

entre sus brazos. Lo atraía sin remedio y, extasiado en su contemplación, codició el vaho que escapaba de su boca. Desde aquel día, suspiraba por percibir su aliento, moría por disfrutar de su calidez y saborear la dulce humedad…

La furia de nuevo lo asaltó, semejante a un río incontrolable, si bien, se obligó a mantener la calma. No podía descubrir que lo alteraba de esa forma, debía recobrar el control de sus emociones. Era mejor ignorar el pasado y actuar como si no hubiera pasado nada, pues si volvía a perderlo de vista otra vez, no lo soportaría. Cautivo en su peculiar aroma a rosas, sonrió, arrogante.

Charles tembló antes de carraspear y romper el hechizo con su horrible voz chillona:

—Señor McAllen, es un gusto volver a verlo.

X



—¡Charles! —Oyó la voz de Thom, lejana, pero firme. ¿Acaso las ganas de salir de esa situación le hacían imaginarla? No, este se hallaba unos escalones más abajo y la miraba con seriedad—. Te dejaste el libro, pensé que lo echarías en falta.

Charlotte parpadeó, saliendo del trance en el que quedó atrapada por aquella mirada azulada. Como una tabla en el océano se aferró a esa oportunidad de escapar. Bajó unos peldaños, temblando igual que una hoja y cogió el libro que su amigo le ofrecía. Sabía que la desesperación se reflejaba en sus ojos cuando lo encaró. Thom aprovechó para agarrar su mano y apretársela con fuerza, reconfortándola y trasmitiéndole ánimo. Sonrió un instante y respiró hondo, infundiéndose valor.

—Gracias, Thom. Estaré bien. —Y susurró—. Soy más fuerte de lo que parezco.

—Sé que serás capaz de salir de este lío. —Alzando la vista hacia la imponente figura que estaba unos escalones más arriba, prosiguió —. Me alegro de saludarlo de nuevo, señor McAllen. No esperaba verlo aquí también.

—Encantado de saludarlo, señor Ramsay. Llegué ayer a Aberdeen. Por cierto, no tuve la oportunidad de agradecerle que me llevara hasta mi…

—No lo haga ahora, señor McAllen. Si gusta, veámonos esta tarde en El Rincón Dorado, donde ponen muy buena cerveza.

—De acuerdo, allí lo veré.

Charlotte comprendió que Thom le estaba dando tiempo de distraer al noble, permitiéndole recuperarse y ordenar sus ideas. Al girarse hacia él, notó al menos que sus piernas ya no flaqueaban y podía enfrentarlo sin derrumbarse.

Numerosos alumnos comenzaban a subir las escaleras camino de las aulas, lo que le dio la oportunidad de centrarse en ellos y seguirlos para quitárselo de encima.

—Debería entrar, señor McAllen. Siempre vengo temprano para poder sentarme en los primeros asientos. Hoy ya voy un poco tarde.

—Oh, claro. ¿Le importa que lo acompañe hasta el aula? No recuerdo exactamente dónde se encuentra desde la última vez que visité la universidad hace años —rogó él, subiendo a su lado.

—Por supuesto, será un placer —contestó con resignación.

Ingresaron en silencio tras los estudiantes que reían y bromeaban a su paso. Algunos cuchicheaban entre ellos y luego le echaban ojeadas maliciosas, prorrumpiendo en risas descaradas y muy impertinentes.

Hasta el momento, se había mantenido a la sombra, solo era destacable en las clases por sus aportaciones y comentarios notorios a los profesores, y le resultó extraño ese nuevo comportamiento. ¿Sería porque por primera vez aparecía acompañada de alguien? Ella era considerada un bicho raro y pensar que podría repercutir de manera negativa en la reputación de ese esplendoroso *highlander* en sus primeros días la hizo sentir algo culpable. Pero ¿qué hacer si este se empeñaba en seguirla?

—Señor McAllen…

—Irving, por favor —la interrumpió—. Si vamos a vernos a diario qué mínimo que nos tuteemos.

Carraspeó nerviosa; sabía que no le quitaba ojo. Tragó saliva al pensar que tendría que luchar contra su atracción todos los días.

—Aquí —señaló a su alrededor—, se imparten las clases y si necesita algún libro para consultar dudas tendrá que salir. La biblioteca se sitúa en otro edificio apartado.

Irving asintió sin decir nada, algo que agradeció. En tanto que recorrían los pasillos, le iba indicando cuáles eran las diferentes aulas. Fascinada por la admiración que le provocaba el edificio, le explicó numerosas curiosidades de la belleza arquitectónica, apenas apreciables a simple vista. Este la escuchaba con gran atención y, en ocasiones, la sorprendía con una ligera sonrisa. Era entusiasta a la hora de hablar, y no controlaba su exaltación. Eso, además de tener un aspecto particular, le había costado ganarse el puesto de «pedante» y, posteriormente, ser relegada. ¿Qué culpa tenía ella de ver hermosos castillos donde otros apenas reparaban?

—¿Lo estoy aburriendo? Sé que puedo ser un poco… apasionado y puede que no le interese lo que le estoy contando. Hágamelo saber y no seguiré —propuso un poco avergonzada ante su extraña fijeza.

—Al contrario, Charles, me parece muy curioso. Creo que todo en este mundo tiene su importancia y por ello es muy enriquecedor escucharlo tratar con tanto mimo hasta lo más imperceptible.

«No voy a poder soportarlo», se repetía una y otra vez mientras tragaba el nudo en su garganta que le impedía seguir hablando. Ese hombre era su sueño, su príncipe encantado, hasta coincidía con ella en sus deliberaciones. ¿Cómo se resistiría a sus encantos si él por entero era la idealización de su más prohibida fantasía?

El rubor inundó sus mejillas sin poder controlarse. Se sentía tan abrumada que no sabía cómo proseguir la charla. Por suerte, al fin llegaron al aula.

—Aquí es, señor McAllen.

—Si se empeña en no tutearme tendré que hacer lo mismo, Charles.

¿Por qué sonaba tan bien su nombre en sus labios? Sin querer se los quedó mirando unos segundos más de la cuenta y, al percatarse de su error, volteó al frente la cabeza, dándose un leve golpe con la puerta que comenzaba a abrir.

Rezó porque no hubiera apreciado el desliz, pero no se detuvo a comprobarlo.

Entraron al aula ya llena, lo que le hizo chasquear la lengua con fastidio al comprobar que su sitio delante estaba ocupado. Con resigna, tuvo que conformarse con un lugar mucho más atrás de lo habitual. Irving se sentó a su derecha. ¿Por qué no se iba? ¡Deseaba estar sola!

Con pesar miró a su izquierda y descubrió su más terrible pesadilla en ese curso.

Archie Sullivan, un irlandés al que había aprendido a evitar por sus malintencionadas bromas, se encontraba a su lado, observándola con incredulidad.

Se encogió en el banco y cerró los ojos, esperando alguna estupidez de las suyas. ¿Cómo haría ese día para salir de allí viva? A un lado tenía al amor de su vida y al otro la peor pesadilla.

—Te has equivocado de asiento, Robertson —le susurró de forma amenazante.

—Es el único que queda, Sullivan —respondió, temerosa y con voz aguda y forzada.

—Ese no es mi problema, lárgate, rarito —imperó, provocándole que un escalofrío recorriera su espalda.

Iba a levantarse cuando notó una mano en su brazo. Volvió extrañada el rostro hacia McAllen, quien la sujetaba con fuerza, impidiéndole que se levantara. Su ceño fruncido no daba lugar a dudas de lo que pensaba ante aquella situación violenta.

—Creo que estamos bien aquí, señor Sullivan —dijo con tono tan amenazador como el que había utilizado el otro.

—Irving… —Al pronunciar su nombre, el escocés clavó sus ojos en ella de forma tan intensa que le robó el aliento.

Por mucho que quisiera no podía hablar, ese hombre era un ladrón de razones y con esa mirada la había anulado por completo.

Con prisa, desvió la vista a su regazo, apretando el libro con fuerza, sin saber qué hacer y aguardando en silencio.

—¿Irving? ¿Puede ser usted Irving McAllen? —preguntó un alumno sentado delante de él. Este se había vuelto en el banco y lo escrutaba con jovialidad. Irving contestó con un asentimiento de cabeza, un poco confundido, y prosiguió—. Soy Edwin Sullivan, hermano del necio de Archie. Estaba deseando conocerlo en persona, sabía que entraría este año y esperaba el momento de conocerlo. Es usted un genio para los profesores de esta universidad.

Un resoplido proveniente de Archie resonó, sin embargo, todos lo ignoraron.

—Encantado de conocerlo, Sullivan —dijo, ofreciéndole la mano para saludarlo—. Pero dígame, ¿a qué se refiere con eso de que soy un genio? —preguntó, muy desconcertado.

—Su examen de ingreso, hombre. Dio mucho que hablar hace años, nadie lo ha superado hasta el momento de forma tan impecable. Fue una lástima que no pudiera incorporarse. Hace unos días, por casualidad, oí una conversación entre los decanos comentando que al fin ingresaría. Es un placer conocerlo en persona.

—Gracias, Edwin, también es un placer para mí. Llámeme, Irving, por favor.

Charlotte escuchaba la conversación, tan anonadada como Archie. ¿Un genio? En ese instante se le hizo aún más inalcanzable, como si en vez de estar codo con codo, se hallara a mil millas de distancia de ella o en mitad del océano Ártico. Era el dios Zeus cuidando de sus aguas y ella un simple pececillo nadando a su alrededor.

—Un genio —musitó de forma apenas audible, no obstante, Irving lo oyó y alzó una ceja.

Charlotte se sonrojó mucho y disimuló, hojeando el libro que llevaba en sus manos como si, de repente, hubiera encontrado lo

más interesante del universo en él. Notaba que la observaba y no podía dejar de temblar. Era mucho, o quizá todo, lo que él le hacía sentir. ¿Podría soportar ese tormento? Debería huir lejos, mas vibraba de felicidad por tenerlo a su lado, aunque fuera engañándolo.

Se armó de valentía un instante y le devolvió la mirada a través de sus enormes lentes. Sonreía con esa ceja alzada de forma incrédula y aparecía ese hoyuelo cerca de la comisura de su labio, tentándola a tocarlo. ¡Por el cielo! Caería fulminada si no apartaba sus ojos de él. ¿Y por qué la miraba de forma tan intensa? Se suponía que ella era un hombre.

—¿Dudas de que lo sea? —Al ver que no le contestaba, continuó hablando con una sonrisa tan dulce que creyó derretirse como la mantequilla al sol—. Yo tampoco lo creo, seguro que ese día tuve mucha suerte.

—¿Te da miedo de que te hagan sombra, rarito? —soltó Archie de nuevo para incomodarla, solo que esta vez, el estado de nervios al que se hallaba sometida hizo incontrolable su fastidio al responderle.

—A mí no me hace sombra ni tu cabezón, pedazo de bruto.

Archie empezó a ponerse tan rojo como una amapola y mientras lo observaba, lo imaginó ardiendo. Temió lo peor y cerró los ojos, esperando su arrebato. Pero este no llegó. Cansada de esperar su impertinencia, volvió a mirarlo y lo halló con su atención puesta en el profesor que acababa de entrar a la sala. Ladeó el rostro hacia los otros, quienes ignoraban la situación con su contemplación al frente.

Se encogió de hombros y, con una sonrisa satisfecha en sus labios, trató de concentrarse en el catedrático. A pesar de que no había visto nada extraño, algo le decía que esos dos que tenía a su lado habían tomado parte en el asunto contra Archie para acallarlo. Por una vez había sido defendida por alguien y eso la enterneció. ¡Ya era hora de poner en su sitio a ese asno!

Notó que Irving la curioseaba un instante, sonriente, y ella no pudo reprimir mostrarle su júbilo sacándole la lengua, traviesa. Sacó

su pizarra del bolso y con tiza escribió en ella con presteza: «Este asno es incapaz de contener su estupidez. Me huelo que has intervenido».

Tras una carcajada, él sacó su pizarra y escribió: «No es un asno, sino un necio».

«¿Y no es lo mismo?», trazó.

«Un asno es un ser sin inteligencia y un necio es alguien obstinado que no quiere ver lo evidente».

«Vaya, tienes razón», aceptó.

«Soy un genio, ¿recuerdas?», respondió sin perder la sonrisa y marcando más su hoyuelo.

«Aun así, le veo las orejas más grandes hoy».

Él volvió a carcajearse y Charlotte lo imitó, llamando la atención de Archie, que la miró con furia contenida, sin embargo, ya no le provocaba miedo, sino risa. Borró la última frase con un trapo y escribió:

«Gracias».

«Me lo agradecerás esta tarde en El Rincón Dorado», le contestó con un guiño.

No le respondió esta vez. Prefirió ignorar la propuesta y prestar atención al profesor que parecía buscar a alguien entre la multitud.

No estaba convencida de que fuera una buena idea ir a esa taberna. Había estado alguna vez en compañía de Thom y era arriesgado. Aunque, en realidad, le apetecía mucho tomarse una cerveza y conversar con otros, relacionarse y conocer gente… Tendría que consultarlo antes con su amigo. Él ya se había citado allí con Irving, eso le daba confianza… Se mordió las uñas con nerviosismo.

—¿Señor McAllen? —llamó el doctor McGregor y catedrático de filosofía, erudito y conocido por su enfoque apasionado en la enseñanza de los principios de la Ilustración—. ¿Se encuentra por aquí?

Irving se tensó como un palo y, con rapidez, se levantó para encararlo. Al fin pudo observarlo en todo su esplendor de forma relajada. Su porte magnífico le sacó un largo suspiro. Era atlético, pero sin caer en la exageración común de los escoceses que parecían nacer musculados. Estos se trabajaban para enfrentar la guerra, sin embargo, Irving McAllen no parecía tenerlo como prioridad. Sería un genio sin duda si había pasado su vida estudiando a los maestros desde su infancia. Según había oído decir a algunos aldeanos, era un hombre estudioso que no conocía espada ni mujer. Ese rumor le parecía contradictorio, él mismo había comentado en su encuentro en las escaleras que ellas lo llamaban «Dios». No era de extrañar, ella misma lo comparaba con Zeus. También había notado su marcado tono acusador... Le guardaba recelo por su beso, estaba segura.

Otro largo suspiro escapó entre sus labios al fijarse en su gracia al dirigirse al profesor, así como su incipiente timidez, nacida de la inseguridad que sentía ante todos. No parecía vanidoso, cosa que lo honraba… Era perfecto.

Un gruñido a su lado la sacó de su ensoñación. Archie la ojeaba con disgusto.

—¿Quieres dejar de suspirar? Pareces una mujer.

Carraspeó, mas, envalentonada por su victoria de antes, lo encaró.

—¿Yo una mujer? ¡Ja! Deberías ponerte gafas como yo, no hay nadie con una verga más grande aquí.

Archie rio ante la burrada que había dejado escapar de forma desesperada, más común de él mismo. Enseguida, este la abrazó por los hombros con camaradería y luego la sacudió con tanta brusquedad que casi cae del banco. Sonrió frente la absurda situación y, cuando volvió a prestar atención a su príncipe, apreció que apretaba la mandíbula con fuerza mientras contestaba al profesor y les lanzaba miradas furtivas a ambos.

—Eso habrá que verlo, hombre —siguió punzando el cansino de Archie.

—Oh, déjame ya, pesado —protestó, cansada de sus fruslerías y deshaciéndose de su brazo.

—Eso, cállate ya, hermano, o nos echarán esta mañana.

—¿Qué ocurre por ahí, señor McAllen?

—¡Tierra, trágame! —exclamó Charlotte.

Edwin resoplaba frente de ella al descubrir que, al final, era él quien los había puesto en evidencia ante el catedrático.

—Levántense quien sea que esté ahí, por favor —pidió el hombre saliendo de detrás de su escritorio y acercándose a la primera fila. Luego, como un cisne, alargó el cuello para ver mejor.

—Mira lo que has hecho, estúpido asno… —masculló mientras se ponía en pie. Al comprobar que Sullivan no se levantaba lo agarró del brazo, obligándolo—. No creas que te vas a librar de esta.

—Oh, si es el portentoso señor Robertson. Me extrañaba no verlo sentado por aquí delante… Y también tenemos al señor Sullivan a su lado.

Este inclinó la cabeza de forma reverencial.

—Robertson me ayudaba a comprender unos temas importantes de los cuales tengo algunas dudas, señor —habló Archie con actitud angelical.

—Bien, me alegra que estén juntos ustedes tres. Sullivan podrá sacar provecho de su compañía… ¿Y se puede saber de qué tema en concreto le surgieron dudas? Tal vez, entre todos podamos sacar algo en clave.

Charlotte comenzó a sudar, la faja en su costado le agobiaba y su pecho apretado le dolía cada vez más. Notó que le faltaba el aire. Nunca le había costado hablar en público y exponer sus ideas, pero sometida a la presión del encuentro con su príncipe y el sin sentido de Archie a su lado, se hallaba superada. A todo se sumaba esa voz forzada y nasal que debía mostrar; era agotador.

Iba a contestar cualquier cosa cuando Irving la interrumpió.

—Hablaban de la medida en que puede valorarse la hombría de un hombre.

Charlotte se irguió aún más al oírlo. ¿Podía haberlos escuchado? Era cierto que podía considerarse un genio, si era capaz de llevar varias conversaciones a la vez. Con esa respuesta no le ayudaba nada, y no pudo evitar enfadarse, pues la había salvado del asno, pero la echaba a los leones sin piedad… Encima, le resultaba muy casual que sacara a relucir el tema de la hombría de modo tan visceral. Algo le decía que deseaba hacerle pagar el beso que le había dado en el pasado.

—¿La hombría de un hombre, dice usted? —repitió el catedrático con ojos brillantes de curiosidad en tanto que los examinaba.

Sintió que la observaban como aves de rapiña, ávidos por destrozarla. Su mente trabajaba rápido, buscando una salida digna al dilema.

—Sí, profesor —intervino Edwin Sullivan, con un tono seguro desde su asiento—. Discutíamos sobre cómo se ha percibido y medido la hombría a lo largo de la historia.

—Interesante —dijo el profesor McGregor, rascándose la cabeza. Caminaba lentamente por la tarima. Ajustándose las gafas sobre el puente de la nariz, prosiguió—. ¿Y qué conclusiones han sacado?

Archie la miró, suplicante. Su turno llegó muy a su pesar, respiró hondo y procuró sosegarse. Con decisión, habló:

—Consideramos que la hombría no se reduce a una sola virtud física, sino que es un conjunto de cualidades que varían según el contexto histórico y cultural… —Tras echarle una mirada intencionada a Irving que no le dejó dudas de que dirigía la respuesta a él, continuó—. En la antigua Grecia, la valentía en la batalla era esencial, la fuerza y el tamaño, mientras que ahora, creo que la capacidad de razonar y actuar de forma moral cobra más importancia.

—Interesante conjetura… Pero ¿podrían ustedes exponernos un ejemplo más cercano? Una situación radical que exponga ese razonamiento.

Sin esperarlo, la voz grave de Irving resonó en la sala, dirigida directamente a ella.

—Si un hombre está luchando entre la vida y la muerte por un ataque de asfixia, ¿se consideraría una falta de hombría socorrerlo insuflándole aire con el contacto de sus bocas?

—Esa es una situación muy radical —respondió el profesor.

Sin dejar de mirar a su príncipe guerrero y elevando la barbilla con orgullo, Charlotte expuso:

—Exacto, profesor, a mi entender el acto de socorrer a alguien en un lapso crítico demuestra la capacidad de actuar con rapidez y con compasión, sin importar los prejuicios, pues el valor reside en hacer lo correcto para salvar una vida, aunque desafíe las normas sociales.

Irving asintió, aceptando su explicación.

—Creo que, por su actitud, ese tema le afecta bastante. ¿Puede haber vivido alguna situación parecida, Robertson?

Sentía que desfallecería de un momento a otro, no obstante, sacando las pocas fuerzas que le quedaban, clavó sus ojos en el profesor y habló con sequedad:

—Salvé muchas veces a mi padre de morir de asfixia.

—Muy bien, señores. Creo que todo quedó bastante claro. Gracias por su valiente confesión, Robertson. Su acción nos demuestra que la verdadera hombría, y humanidad en general, se mide por nuestras acciones y capacidad de responder a los desafíos con entereza.

—Si me disculpa, señor MacGregor, desearía dar un paseo para aclarar mis ideas —pidió muy afectada, tragándose las lágrimas que luchaban por escapar.

—Lo comprendo. Tiene usted mi permiso.

Salió de la sala pasando al lado de Irving, quien trató de detenerla agarrando su brazo, sin embargo, contenía tal rabia por haberla puesto en ese aprieto que se soltó con violencia de un tirón.

Corrió fuera de la sala como alma que lleva al diablo y sin mirar atrás. No hizo caso a los gritos de Irving tras ella quien le pedía que parara. Alcanzó la salida y dirigió sus pasos hacia un carril terrizo que llevaba a la biblioteca. Tras varios minutos respirando con profundidad, consiguió calmarse sin soltar una lágrima y se sentó en un banco de madera junto a un árbol. El sol había salido y calentaba poco, mas era de agradecer; dirigió su rostro a él, entrecerrando los ojos y tratando de absorber su calidez. Se deshizo de las gafas, necesitaba sentirlo plenamente sobre su piel para desprenderse de la frialdad que había experimentado hacía un instante. Su príncipe era más frío que un témpano de hielo. No era Zeus, sino Bóreas quien, con su helado soplo, había borrado todo ardor de un bufido.

De pronto, un leve movimiento a su lado la sobresaltó y se colocó de nuevo las lentes. Rígida como un palo, se giró buscando al intruso. Para su sorpresa, no era otro que Irving McAllen.

—Siento lo de antes, Charles —dijo con voz pesarosa, sentándose a su lado.

—¿Lo sientes? No me lo creo. —Hizo una pausa, luego siguió antes de que él respondiera—. Quizá debí dejarte morir para no hacerte sentir menos hombre.

—Yo… eso no fue todo lo que ocurrió…

—Ah, ¿no? —Se hallaba desesperada y moría por confesarle la verdad, pero debía callar o expondría su secreto ante todos sin piedad, como hacía unos momentos—. ¿Y qué ocurrió entonces?

—Tú… me besaste. —La miraba con tormento, sus puños apretados evidenciaban su lucha por soltar tan indiscreta confesión.

Estaba tan bello con su cabello dorado enmarcando su expresión atormentada, que carraspeó, nerviosa.

—Creo que te confundes, te hallabas ido… ¡Jamás besaría a nadie de mi sexo! Solo te salvé igual que hice con mi padre hace muchos

años. No me considero menos hombre por eso y no entiendo que tú lo hagas.

—Yo no me considero menos hombre —respondió como un autómata.

—Bien, pues ya somos dos.

—Como dices, estaba muy mal, tal vez imaginé cosas… —Tras una breve pausa reflexiva contestó—. Gracias por salvarme la vida, Charles. Te veo esta tarde.

Charlotte suspiró contemplando al cielo, mientras su príncipe se alejaba, dejando una estela nívea a su paso.

XI



No lo entendía, seguía empecinado en ello, pues ¿cómo podía ser que fuera tan real, tan palpable, tan intensamente perfecto en su cabeza? ¿Acaso esa fantasía era la causante de que vibrara al estar a su lado o muriera de ganas por tocarlo? Se iba a volver loco si seguía así, y era inevitable.

Después de esos meses creyó que tendría remedio, gozando de tanta mujer como pudo para olvidar ese beso que lo atormentaba cuando cerraba los ojos. Si aquello no era suficiente, ¿qué lo sería, entonces?

Enterró el rostro entre sus manos, sumido en ese tormento que lo hundía cada vez más. ¡Dios! ¡Si sentía celos de cualquiera que se le acercara! Una furia desconocida lo embargó al ver la forma en que el estúpido de Archie lo estrechaba. No pudo soportarlo y se vengó de la manera más cruel: Tratando el tema en público. Deseó avergonzarlo… No obstante, descubrió que fue un error. Se arrepentía, ¿por qué? Debía acabar con él y hacerlo sentir culpable, como él mismo se sentía desde…

«¡No, él dijo que no fue un beso! El beso solo existe en mi inmoral imaginación», se dijo mientras simulaba escuchar la clase que impartía otro de los profesores.

En realidad, en su más hondo interior, sabía que el problema no era que le hubiera dado o no un beso, sino que deseaba más.

Ojeó a su alrededor, buscando a Charles, pero no lo volvió a ver entre los alumnos. Lo inundaba una sensación de angustioso miedo

a perderlo otra vez. Sin pensarlo un minuto más, en cuanto terminó la clase salió en su búsqueda hacia el banco donde lo había dejado.

En su camino, los alumnos lo saludaban como si lo conocieran de toda la vida, algo incoherente. ¿Por qué era tan popular? ¿Por ser agraciado? ¿Inteligente? Más probable sería por lo primero, pues ya vio cómo se habían reído de Charles los mismos. Aun siendo el más ingenioso, la malicia de sus risas se basaba en ese aspecto fuera de lo común. Los había odiado en lo más hondo. No podía controlar la furia que lo inundaba en cada fibra desde que había pisado la universidad al descubrir el rechazo que le profesaban…

Torció el gesto, confundido.

«Aunque se lo tiene bien merecido, ¿por qué lo defiendo? ¡Maldito saltamontes!», protestó en su fuero interior con toda su rabia.

Avanzó por el camino a grandes zancadas y afinó la vista al hallar el asiento a lo lejos, sin embargo, estaba vacío. El desconsuelo lo asoló y sintió cómo la garra del miedo oprimía su pecho. Respiró profundo, decidido a serenarse, pues se hallaba muy alterado.

Sonrió al recordar que la primera vez que lo había encontrado allí, no llevaba puestas esas lentes horribles… y le había parecido un ángel.

«¿Otra vez con eso, maldito desviado?», se reprochó apretando los puños y buscando a su alrededor.

¿Dónde podría haber ido? Le gustaba tomar el sol… igual que a los saltamontes.

Caminó por instinto en su dirección, percibiendo su calidez y aliviado tras tanto tormento. Poco a poco, sus pasos lo llevaron a rodear el enorme edificio que supuso sería la biblioteca y se abrió ante él un camino donde se disponían mesas. Algunos alumnos ya se reunían en ellas y desayunaban entre risas. Cómo hacía un momento, saludaban con entusiasmo al verlo. ¡Qué derroche de popularidad! No lo entendía y, además, lo enfurecía. Siguió adelante,

alejándose de la gente y surcó un sendero angosto junto a unos árboles. Entonces, lo vio.

Se paró en seco, pues lo que descubrió fue como recibir una bofetada. Se movía haciendo raros aspavientos y con una gracia singular en sus pasos. ¿Estaba interpretando una obra teatral imaginaria? ¿Y podía ser que devorara un trozo de tarta a su vez? Definitivamente, era una persona muy diferente.

Inesperadamente, una incipiente curiosidad se adueñó de él. Se acercó con cuidado de no ser descubierto, y sonrió al comprobar que representaba lo que parecía ser una obra de teatro. Pero lo que más llamó su atención, era que su voz no parecía la misma nasal de siempre.

«¿Quién eres realmente?», escuchó que susurraba Charles con gran expresividad.

Con una mano en el pecho, y dando media vuelta sobre sus talones, gritó:

«¡Psique! ¿Qué has hecho?».

«¡Eres un dios! ¡Eres Cupido!», se respondió otra vez el raro saltamontes, señalando con el dedo a algo imaginario delante de él.

Irving no creía lo que veían sus ojos. Si se cortaba las venas estaba seguro de que su sangre se hallaría cuajada. El extraño y menudo Charles interpretaba una de las leyendas que formaba parte de *El Asno de Oro*, de Apuleyo, en concreto la de Psique y Cupido.

Era tan divertido verlo actuar con tanta pasión y empeño mientras se comía el trozo de tarta a grandes bocados, que tuvo que taparse la boca para aguantar la risa. Su voz sonaba incluso más bonita. Negó con la cabeza, muy confundido. Aquel hombre lo desconcertaba hasta el imposible, aun así, siguió observándolo, ensimismado.

«Te advertí que no debías intentar verme. Ahora todo ha cambiado», expresó con arrojo y un gemido lastimero.

Cogiendo el bizcocho con las dos manos, lo contempló unos instantes en silencio, casi juraría que sus ojos brillaban de emoción

al proseguir.

«¡No, por favor! No me dejes. Haré lo que sea para demostrarte mi amor».

Sin poder reprimirse, Irving continuó recitando en alto, adoptando el papel de Cupido:

—El camino será duro, Psique, pero si en realidad me amas, superarás todas las pruebas…

Charles se giró hacia él, descubriéndolo, e Irving calló al momento, arrepentido por su osadía.

Paralizados, se observaron unos segundos con intensidad, mientras el tiempo pareció detenerse. Solo el pequeño bocado de tarta que había mantenido en su palma se atrevía a romper esa quietud mientras rodaba en el suelo.

—Lo lamento, no quería molestarte. Te andaba buscando y al verte… Luego yo… No debí curiosear. Siento lo de tu bizcocho.

Los grandes ojos azules parpadearon nerviosos tras los cristales, tomando consciencia por fin de lo sucedido.

—Es tarta de manzana —aclaró molesto—. ¿Por qué me buscabas?

Su voz sonó queda y lo escudriñaba sin piedad, con todo, sus mejillas fueron inundadas por un rubor tan evidente que le resultó enternecedor.

—Bueno, yo… —Se frotó la nuca, inquieto.

¿Por qué lo buscaba? Debía mantenerse lejos de él, y no sabía qué responder a eso.

Unas voces próximas llamaron su interés. Se giró hacia ellas y comprobó con fastidio, y en parte con cierto alivio, que los hermanos Sullivan lo habían seguido. Estos se acercaban con expresión risueña.

—Hola, chicos, qué lugar tan alejado os habéis buscado. ¿Os venís con nosotros a desayunar al Rincón Dorado? Ponen unos desayunos fantásticos —propuso Edwin con tono jovial.

—¿Yo? ¿Queréis que vayamos con vosotros? —preguntó Irving, sin perder detalle de cómo Archie se agachaba a coger el trozo de tarta del suelo y se lo ofrecía a Charles, quien negaba con asco.

Archie, encogiéndose de hombros, se lo metió en la boca sin pensárselo dos veces.

—Claro, ¿veis a alguien más por aquí? —dijo masticando y poniendo los ojos en blanco—. ¡Delicioso! Bueno, ¿venís o qué? Tengo hambre, necesito un buen plato para que esto funcione bien —prosiguió, señalando su frente con el dedo.

Charles bufó ante el comentario, y luego, algo indeciso, contestó:

—Yo… ya he desayunado. Me quedaré otro rato aquí, me gusta tomar el sol.

Edwin empezó a relatarle a Irving los exquisitos desayunos que ponían en la taberna, pero apenas lo escuchaba, pues su atención se hallaba en esos dos que parecían comenzar a entablar una buena amistad, al fin y al cabo.

—¿Tomar el sol? Mañana podrías venir con nosotros a bañarte al río. Vamos todos los martes, que es cuando las lavanderas bajan a lavar. Podríamos conocer alguna buena moza. —Charles balbuceó con incoherencia en respuesta—. ¿Qué? ¿No me dirás ahora que eres tímido? Me gustaría comprobar si es verdad que es tan enorme ese mandoble que tienes entre las piernas.

—¿Acaso te gustan los hombres? No me bañaría contigo, aunque me picara la roña de un año.

Archie rio con ganas y le dio unas palmadas en la espalda que casi lo tira al suelo. Al contrario de ofenderse, su reticencia parecía animarlo.

—Anda, déjalo, hermano. Nos vamos ya o no tendremos tiempo ni de dar un bocado —gritó Edwin siguiendo a Irving, que había comenzado a alejarse con la esperanza de que Archie ignorara a Charles.

Miró sobre su hombro y suspiró, aliviado, al ver que ese bruto los acompañaba. El confundido Charles quedó inmóvil observándolos,

con los brazos cruzados y una expresión de furia que bien entendía.

Por estúpido que fuera, había notado que Charles odiaba que Archie lo tratara de forma tan íntima, no parecía agradarle su cercanía. Pero lo peor era que él mismo ardía de rabia cada vez que era testigo de esa proximidad. Era absurdo, y no lo entendía.

Resignado, resopló. Ese cansino de Archie parecía querer estrechar lazos con Charles, a pesar de que este se opusiera, y estaba seguro de que volvería a la carga en cuanto pudiera.

Edwin, el otro hermano, era bastante agradable, por lo menos no era irrespetuoso. Y ya que no tenía más remedio que acompañarlos, decidió sacarle beneficio a la ocasión.

—¿Lleváis aquí desde principio de curso? —indagó con intención y preparando su siguiente pregunta.

—Eso es.

—¿Y Charles también ingresó con vosotros?

Edwin asintió y titubeó, sopesando qué decir.

—No es muy sociable. Mi hermano y yo tratamos de conocerlo a principio de curso y fue desagradable con Archie, este todavía no se lo perdona.

Al notar que el aludido se acercaba, desvió el tema.

—¿Cómo es el curso? —preguntó guiñándole un ojo.

—El curso es…

—Intenso, pero fascinante —interrumpió Archie, jadeando una vez los había alcanzado a la carrera—. No esperaba encontrarme con mentes tan brillantes.

Irving sonrió y Edwin pronunció en alto lo mismo que él pensaba:

—Hermano, para ti cualquiera es brillante.

Archie rio con ganas, dándole la razón e Irving lo imitó. En definitiva, era un asno, como había dicho Charles.

—¿Sabes qué es lo que más me ha sorprendido hasta ahora? —le preguntó Edwin muy exaltado. Irving negó con la cabeza,

limpiándose una lágrima que se le había escapado a causa de la risa —. La diversidad de ideas y perspectivas. Es apasionante, pues cada día aprendo algo nuevo y excitante.

—Y también hemos hecho buenos amigos —continuó diciendo Archie, dándole una palmada en el hombro.

¿Por qué le daba la impresión de que a Archie le gustaba tanto tocar? Se tomaba unas confianzas que no entendía. ¿Amigos? No creía posible que ese bruto hubiera hecho muchas amistades sinceras, a no ser que los amenazara con darles una paliza. En cambio, Edwin era diferente, una persona capaz de razonar y saber estar. No era que desconfiara de Archie, sin embargo, ofrecerle una camaradería tan pronto le resultaba violento.

Para él, ese rechazo tenía una explicación simple, jamás había tenido amigos. Su hermano, al hacerse cargo del clan a tan temprana edad, apenas pudo compartir tiempo con él estando enfermo. Y luego, cuando este cayó en la amargura del alcohol y, seguidamente, en la desesperación, Irving mismo era quien evitaba su compañía para no acabar peor que él. Se había pasado la vida solo, sin confidentes con los que tratar de temas como las mujeres o la guerra, que era lo habitual. De esa forma, enfrascado en los libros, logró liberar su espíritu más allá de esas paredes que lo encarcelaban y disfrutaba de aprender…

Abrió los ojos mucho al comprender algo: se había pasado la vida aprendiendo de los libros, pero no sabía nada de la vida real ni del mundo que lo rodeaba. Quizás, necesitaba de aquello de lo que nunca había optado, de una compañía amiga, de alguien con quien compartir sus inquietudes, que no eran pocas, y de esa forma olvidar lo que le traía de cabeza y confundía.

¿Le habría ocurrido algo parecido a Charles y por eso era tan inaccesible?

Asintió al obtuso que lo apretaba contra él y lo aceptó de buena gana. Tal vez, lo que le faltaba era un poco de diversión.

—Bien, espero que ese desayuno sea tan bueno como contáis, pues de repente, me entró mucha hambre.

—Acompañado de un buen vino es el mejor, amigo.

Edwin le devolvió la sonrisa y se acarició la barriga, anunciándole que se preparara.

Entraron a la taberna en la que había quedado con Thom esa misma tarde y donde esperaba, con suerte, volver a ver a Charles.

Las paredes de piedra se decoraban con tapices y candelabros de hierro. Iluminaban la grande estancia por doquier, llenando el ambiente de calidez y dándole un aspecto acogedor. Las vastas mesas de madera se hallaban llenas de estudiantes que discutían de forma animada sobre filosofía, ciencia y literatura, en tanto que disfrutaban de un desayuno sencillo, pero bien completo: pan recién horneado, queso, frutas y una gran jarra de cerveza.

Se veía que no perdían el tiempo en infusiones ni café como él solía tomar. Allí parecían tomarse el tiempo de recreo como guerreros, como si se prepararan para practicar maniobras militares y no como simples alumnos que se dedicaban a oír las explicaciones de un catedrático.

Sentados ya, le recomendaron la especialidad de la casa, que consistía en un abundante plato de panceta, huevos y judías.

—Lo necesitarás si no conoces todavía el vino de Aberdeen —le dijo Edwin, convenciéndolo de que aceptara su proposición.

Más estudiantes se sumaron a ellos y acabaron siendo un numeroso y animado grupo. La tensión del primer momento fue pasando y, poco a poco, compartió alguna que otra conversación. Terminó sumergido en ese remolino de voces y risas, la camaradería fluyó fácil con preguntas curiosas y respuestas ingeniosas. Se sentía relajado, incluso se permitió contar algunas anécdotas graciosas que provocaron las carcajadas entre sus nuevos compañeros.

Sin darse cuenta, el desayuno se alargó hasta el mediodía sin acordarse de las clases. En algún lapso de lucidez cayó en que no estaba haciendo lo correcto, pero después se decía a sí mismo que

no era malo divertirse de vez en cuando. Jamás lo había hecho, y un extraño entusiasmo lo embargaba, además del vino que corría por sus venas. Justamente, una fiesta como esa era lo que le hacía falta para distraerse de sus preocupaciones, para olvidar a… Cerró los ojos con fuerza y sacudió la cabeza.

—¡A la siguiente ronda invito yo, amigos míos!

—¡Bien! —gritaron los demás al unísono.

Todo le daba vueltas y no se atrevía a moverse, temiendo vomitar. Llegó allí con los hermanos Sullivan… ¿Qué había sido de ellos? ¿Cuánto tiempo llevaba solo? Ladeó el rostro y los vio dormidos sobre la mesa. Una leve risa lo asaltó. Le caían bien. Edwin con su entusiasmo innato y Archie con sus arranques apasionados, pero con escasa mala intención. Iba a despertarlos, tan pronto como apareció frente a él un rostro conocido.

—¿Thom Ramshaaay? —preguntó con pesadez al hombre que lo miraba con ojos críticos—. ¿Qué *hashe* aquí tan pronto? Era esta tarde *cuandooo*…

—Ya es esta tarde, señor McAllen. Creo que ha estado muy entretenido y no se ha dado cuenta de la hora que es.

—*Oooh*, puede *sheeer* —dijo, soltando un leve eructo—. Perdón, Thom. Estoy un *pocooo*…

—¿Borracho? —preguntó divertido, pero preocupado.

—Puede *sher*, Thom, puede *sher*… Iba a *dechir* perjudicado, pero *achepto* el término, *pareche* más correcto. ¿*Shabes*? *Creeeo* que los relojes *she* han amotinado y han *corriiido demasiadooo*.

Reprimiendo la risa, se sentó a su lado.

—Bueno, al menos parece haber descubierto que el tiempo perdido nunca se recupera.

Con la mirada desenfocada en un principio, se volvió un poco hacia él, sin embargo, lo veía un poco raro, parecía ver dos figuras y no una como era de esperar.

—Thom… ¿*Podríasss shentarte* delante mejor? ¿*Shabes*? Temo vomitarte encima *shi* me muevo mucho.

—Por supuesto, aunque le vendría bien largar el barril de vino que se ha tomado —dijo

—Thom —esperó que asintiera y continuó—, ¿qué me *dechías*?

—Le decía que el tiempo… —comenzó a decir, mas fue interrumpido por un exaltado Irving.

—¡*Exactoooo*! El tiempo y *yooo* no nos llevamos *bieeen*. Lo pierdo *shin* remedio.

—Usted es joven todavía, hombre. Tiene muchas alegrías que disfrutar.

—¿*Alegríasss*? Más *bieeen* penas, Thom. A mis años aún no he *shido* plenamente *felizzz* y ahora que por *fiiin* creo que podría *sherlo*, me *pasho* el día *penshaaando* en ese *shaltamontes*… ya *shabe*, su amigo…

—No diga eso…

—*Shabe* qué quiero *decirrr*, ¿verdad? Usted *essstuvo allíííí*. —Sus ojos se entrecerraron mientras lo observaba, sin embargo, acabó cerrándolos por completo.

—Señor McAllen —Irving abrió los ojos de golpe y volvió a enfocarlo—, creo que debería dormir un poco. Bebió mucho y…

—Noooo, ¿por *quéééé* no vino él? *Noooto* que me *temeee*. Usted lo *shabe*, Thom, *shabe* lo que ocurrió.

Irving deseaba gritárselo, si bien, a pesar de sentir rabia, no se atrevía a confesarle en alto su miedo.

—Iré a pagar y lo acompañaré a casa, señor. Por favor, aguarde.

Tras esperar unos segundos que se le hicieron como horas, el escocés volvió y, agarrándolo por los hombros lo ayudó a ponerse en pie. Irving intentaba avanzar derecho, pero sus piernas iban por libre y apenas coordinaba dos movimientos a la vez. Ramsay lo agarró fuerte y lo condujo afuera.

La oscuridad de la noche ya inundaba la ciudad y el frescor impactante en su rostro lo espabiló un poco, aun así, no se atrevió a marchar sin la ayuda de su acompañante. Avanzaron por la calle adoquinada con paso lento y vacilante.

—¿Sabe, Thom? —Este respondió con un resoplido debido al esfuerzo de sujetarlo—. Fue un *beeeso*. Aunque Charles y usted lo *niegueeen*.

—¿Y le gustó?

Lo obligó a pararse para mirarlo mejor a los ojos. En ellos no vio recelo ni pizca de que lo juzgara y entonces, no sintió miedo de afirmarlo. Con una sonrisa soñadora, confesó.

—Fue especial y… no *pueeedo* quitármelo de la cabeza. Debo *estarrr looooco*. ¿No lo piensa *asshí*? Yo lo creo, *shoy* un maldito desviado.

—No diga eso, hombre —insistió y lo volvió a asir del brazo para que siguiera caminando.

—¿*Hooombre*? *Diráá*á medio hombre, yo ya ni me entiendo. Gozo de las *mujeeeres* como cualquiera, pero sueño con…

—Con Charles —señaló, titubeante.

—¡Lo *shabía*! ¡*Usteeed* lo vio! *Shabe* que fue *reaaal*.

—Yo no vi nada, señor. Solo me limito a repetir lo que usted afirma.

Irving gruñó, desesperado, y hundió el rostro en sus manos.

—¡No me *engañaaan*! *Shé* lo que *shentí* y deseo *máás*.

Avergonzado por esa confidencia, se deshizo de un tirón del agarre y empezó a correr calle abajo. La vergüenza lo consumía, lo corroía. No necesitaba ver el rostro acusador de Thom, sabía que le reprobaría su inmoralidad.

Poco a poco, fue descendiendo el ritmo, se notaba sin resuello y cayó de rodillas. Alzó la vista al edificio que se erguía delante de él y, con sorpresa, leyó Pensión El Pino Rojo.

¿Había hecho todo el camino de regreso corriendo sin ahogarse? Aquello era asombroso y muy alentador.

Oyó pasos acercarse a la carrera y pronto supo que Thom lo había seguido. Este, apenas sin hálito, trataba de recobrarse tras la carrera.

—Maldita sea mi suerte, hijo. Corre usted más rápido que un galgo y eso que se ha bebido media taberna —protestó con esfuerzo —. Levántese, lo acompañaré a su habitación.

—¿Cómo *shabe* que me alojo *aquíí*? —preguntó entre sonoros ronquidos.

—Lo vi salir de él esta mañana tras mi amigo.

Irving aceptó, sin embargo, se percató de que no podía mover un músculo, estaba sin fuerzas.

—Thom, no puedo levantarme.

—¿Dónde hay un agujero por donde pueda desaparecer? —regañó en tanto intentaba alzarlo, no obstante, era demasiado pesado—. ¿Cuánto has engordado desde la primera vez que te levanté? ¡Maldición!

—Me quedaré aquí *tuuumbado*, Thom. No me *imporrrta*, me lo *merezzzco* —dijo derrotado.

—¡Joder! ¡Si es que eres enorme! ¿Te dieron de comer piedras?

Ante el comentario, Irving rio, no podía evitarlo, la risa lo invadió como un estúpido y ya no pudo parar durante un rato, ni siquiera cuando vio que Thom se largaba, dejándolo solo.

Cerró los párpados, derrotado y se tumbó en el suelo. No podía con su alma, deseaba dormir.

De pronto, notó un insoportable zarandeo. Oía que lo llamaban, era una voz nasal muy desagradable… pero que conocía bien. Abrió los ojos de golpe, buscando al culpable de su tormento y allí estaba su saltamontes inundándolo con su aroma floral.

Las rudas gafas cubrían parte de su rostro, y unos ojos bellos y azules lo observaban con ansiedad tras los cristales. ¿Estaba

recordando? ¿Se encontraba en la casa del molino e iba a recibir su aliento? Hipnotizado por sus labios carmesíes, esperó de nuevo el beso húmedo y apetecible…

—Vamos, Irving, tienes que ayudarnos.

La voz dulce algo disgustada lo hizo reaccionar y parpadeó, extrañado. ¿No era un sueño?

Con ademanes violentos al aire, se deshizo de las manos que lo aferraban de los costados y, con un esfuerzo tremendo, logró colocarse de rodillas. Volvieron a aferrarlo y consiguieron auparlo hasta ponerlo en pie. No podía apartar la mirada de ese saltamontes de ojos azules y pestañas rubias que lo sujetaba de su costado para mantenerlo en pie. Avanzó con torpeza, sin perder detalle: Su nariz era tan bonita, tan pequeña como la de un conejo, y un provocativo lunar castaño se mostraba justo sobre su labio superior. Su cabello caoba parecía tan suave… Moría por hundir sus dedos en él. Extasiado, oía sus jadeos provocados por el esfuerzo y creyó desfallecer de deseo…

Cayó de espaldas sobre un lecho blando y sonrió de gusto al sentir su cuerpo sobre el suyo. Lo aferró con fuerza, no lo dejaría ir, jamás lo perdería.

XII



—¡Suéltame! —protestó sin mucho convencimiento, a pesar de que en lo más fondo de su alma se hallaba bailando una danza de lo más animada. De soslayo vio que el casero, quien les había abierto la puerta, salía por fin de la habitación y pudo suspirar, aliviada.

¡Estaba en sus brazos! ¡Qué increíble sensación! Sus alientos se entremezclaban entre jadeos por el esfuerzo y echada sobre él, su cuerpo se amoldaba al suyo como si fuera un guante. Sentir su contacto, la fuerza con que la mantenía inmóvil era arrollador. Sus labios tan cerca de los suyos, sus ojos la contemplaban con una intensidad que le dejaba sin ánimo para luchar.

—No puedo, no quiero que me abandones otra vez.

—¡Se acabó! —gritó Thom, arrancándola de sus brazos, igual que si fuera una muñeca de trapo. Por otro lado, sujetaba a Irving, que pretendía levantarse para atraparla de nuevo—. Vete, ya me ayudaste bastante. Yo me ocuparé de él.

—¿Estás seguro de que podrás solo? —preguntó, sin ganas de largarse. Thom comenzaba a abrir la camisa de Irving, dejando desnudo su pecho, cubierto de un escaso vello rizado y rubio.

Con el ceño muy arrugado, le señaló la puerta y ella no pudo más que obedecer. Poco a poco, dirigió sus pasos hacia la salida, sin embargo, era incapaz de apartar la vista de su piel desnuda bañada por la luz dorada de la vela. El calor barrió su cuerpo subiendo desde los pies hasta la punta de sus orejas. Se hallaba abrasada y donde

más se concentraba era entre sus piernas, en forma de un latido desconcertante y extraño.

Abrió la puerta y salió al pasillo, pero poseída por un travieso impulso, no llegó a cerrar del todo y ojeó a través de la rendija.

Thom le sacó la camisa con un gran esfuerzo. Irving era un hombre grande y, pese a no ser muy atlético, así dormido debía de ser bastante pesado. Se quitó las gafas para apreciarlo mejor. Únicamente, usaba las lentes para leer, aunque las llevaba siempre puestas, procurando encubrir su rostro femenino. Eso la importunaba mucho, pues le impedía ver en la lejanía con nitidez. Y esa vez no quería perder la mínima puntada.

Contempló el sube y baja de su respiración pausada y cada movimiento sutil de su cuerpo, atesorando su imagen para la eternidad como un recuerdo audaz y prohibido. Se sentía cautivada por la serenidad que emanaba de él. Con una sonrisa, se preguntaba qué soñaba mientras dormía, ¿estaría pensando en ella? ¿O más bien en Charles? Desechó el pensamiento, ya tendría tiempo de sentirse culpable. Reprimió un bufido al ver que lo vestía con una nueva camisa, deseaba seguir disfrutando de la vista de ese magnífico torso.

La luz suave acariciaba su rostro, resaltando sus bonitos y dulces rasgos. Moría por besarlo de nuevo, pues todavía percibía su aliento. Volvió a suspirar, lo había tenido tan cerca como aquella vez… Si Thom no la hubiera sacado de su ensoñación y obligado a retirarse, era seguro que hubiera renunciado a su farsa y se habría dejado llevar por esa pasión arrolladora que calentaba su cuerpo con su contacto.

Gimió al verlo bajarle los pantalones, dejándolo vestido con solo unas finas calzas. Debía irse de allí, aquello era inmoral, pero se sentía tan seducida por saber qué escondía debajo que no obedeció a su razón. Una gran protuberancia, terrible y desafiante, se alzaba entre sus piernas bajo la delgada tela. Sabía qué encontraría allí, pues había cuidado a su padre en su última etapa de enfermedad, mas le extrañaba ese tamaño descomunal. Se acercó un poco más a

la rendija tratando de averiguar el recóndito secreto, cuando el ruido del chasquido de una cerradura la asustó. Tan rápido como pudo, se apartó y caminó por el pasillo, sintiendo sus piernas flaquear. Un hombre salió de dos habitaciones más allá y lo saludó con educación a la vez que ella se dirigía a la suya, justo al lado de la de Irving.

—¡Recórcholis! —protestó, dejándose caer en la cama a lo largo.

Se deshizo de las botas de un tirón rápido y contuvo un sollozo de frustración, mirando las vigas y aguzando el oído como un depredador. Su lecho daba justo a la pared contigua de la de su príncipe y la palpó con desesperación, como si así pudiera percibirlo.

Por instinto, se llevó la otra mano a su bajo vientre y poco a poco la adentró en sus calzones hasta llegar a su parte más íntima. Un cosquilleo muy asombroso la hizo apretar las piernas y encogerse, atrapando sus dedos entre ellas con energía, e impidiendo avanzar. Gimió al invadirla un placer extraño semejante a un espasmo ahí mismo. Al acariciarse de forma sutil, reviviendo lo anterior, sintió su cuerpo arder en llamas. En tanto que imaginaba el cuerpo de Irving rozarla, se llevó el puño a la boca y ahogó un jadeo, mordiendo con fuerza sus nudillos. ¿Qué era esa extraña fiebre que la gobernaba? ¡Por el cielo! ¿Qué le ocurría? ¿Por qué la encendía de esa forma ese hombre inalcanzable?

Se tapó con la manta y esperó a Thom, sabía que no tardaría mucho en llegar. Vaya sorpresa había sido para ella encontrarlo borracho. Sin saber por qué, nunca lo había imaginado en esa situación, lo idolatraba de tal forma que contemplarlo fuera de su típico autocontrol, se le hacía raro. Lo había notado dudoso y alterado ese mismo día y, poco a poco, empezaba a ver un hombre real y no una ilusoria imagen inventada. En su mente, él era un dios fuerte y seguro de sí mismo y, verlo flaquear ante los vicios, lo hacía tan normal y débil como cualquiera.

Sonrió ante la idea. Le gustaba verlo desubicado, pues mostraba una faceta impredecible que no conocía. Era un genio imperfecto que le había pedido con desesperación que no lo abandonara. ¿Qué debía pensar al respecto? ¿Se referiría a la vez en que se largó de

sus tierras? Era imposible que de alguna forma la hubiera echado de menos, ella no significaba nada para él y lo normal, si creía que ella era un hombre con tendencias sexuales desviadas… ¿Por qué deseaba que no se fuera? ¿Acaso quería repetir el beso del molino sin importarle su género?

Gruñó ante aquella idea descabellada. No era posible, se lo había echado en cara cuando sacó a relucir el tema con el profesor McGregor. Descartó ese pensamiento, no debía hacerse ilusiones vanas y menos aún con un noble.

En ese preciso instante, Thom entró a la habitación y el disgusto se reflejaba en su rostro. A pesar de lo que acababa de suceder, no abrió la boca como ella esperaba. Se dedicó a soltar su abrigo y a colocar algunas ropas en el armario, las cuales había traído ese mismo medio día de la sastrería del señor McDuff.

—¿No dices nada, Thom?

—Antes debo de ordenar.

—¿La ropa o tus ideas?

—Ambas cosas, niña.

—Está bien, esperaré.

—Creo que debería callarme lo que pienso, Charlie —contestó, dejando el último pantalón dentro del mueble y cerrando la puerta.

—Imagino lo que piensas de todo esto, pero no te estoy pidiendo tu opinión, sino que me cuentes qué ha pasado esta tarde. Creo que estoy en lo cierto al pensar que le diste bastante de beber, aunque no sé con qué fin.

—Lo encontré ya así, ni siquiera tomé una copa. Y sí, era mi intención sonsacarle información. —Comenzó a desvestirse con movimientos bruscos y ella se giró hacia la pared—. Lo que no esperaba era una confesión tan irracional.

Charlotte estaba preparada para oír cualquier cosa menos eso.

—¿Confesión? ¿Qué confesión? —preguntó procurando que no se notara la ansiedad en su voz.

Thom guardó silencio. No le respondió y oyó el sonido de la ropa de cama, para luego acabar sumidos en un silencio absoluto, roto nada más por su respiración pausada. Con gran interés se giró hacia él. Necesitaba leer en sus ojos qué estaba pensando, no podría ocultarle el mínimo secreto. Con pasmo, comprobó que se hallaba de espaldas a ella.

—¿Qué escondes, Thom?

—Nada, no te incumbe. Son cosas de hombres. Por cierto, no quiero verte cerca de ese muchacho.

—Tú no eres quién para decirme… —comenzó a decir, molesta.

Thom se giró también en el lecho hacia ella y la interrumpió.

—Que no sea tu padre no quiere decir que no pueda prohibirte nada. Fui su amigo toda mi vida y te he cuidado asumiendo su papel, no me vengas con esas. Puedo y lo hago porque me importas.

Charlotte dejó escapar un hipido desconsolado. Sabía que tenía razón, igual que estaba en su derecho de ordenarle. Aunque no estuvieran unidos por lazos de sangre, los unía algo más fuerte: el cariño y respeto que se profesaban.

—Lo siento, es solo que…

—No llores, por favor. Sé que mueres por saber, pero hay cosas que son mejor ignorarlas. No te hará bien conocerlas, deberías olvidarlo.

—No puedo, Thom. Lo sabes bien. Estoy profundamente enamorada de él.

—Estás confundida, niña, lo has idealizado. No conoces quien es en realidad.

—¿Y quién es, entonces? Dímelo tú.

—Un hombre perdido, débil y tendente a conformarse.

—Antes no opinabas así de él, decías que te gustaba. ¿Qué ha pasado hoy? —dijo saliendo de la cama y plantándose en jarras dispuesta a sonsacarle lo que le ocultaba.

—No ha pasado nada —afirmó dándose otra vez la vuelta sobre sí mismo e ignorando su atónita mirada—. Deberías cambiarte y meterte en la cama. Mañana…

—¡No! Quiero hablar de esto, Thom. Sabes que necesito…

—Es peligroso que estés cerca de McAllen. Te descubrirá, y cuando lo haga… No quiero pensar cuál será su reacción, Charlie. ¿Entiendes que él cree que fue besado por un hombre? Se siente mal por ello…

—Eso ya lo arreglé, le dije que no hubo beso —soltó, haciendo que se volteara otra vez hacia ella con los ojos muy abiertos.

—¿Entonces ya hablasteis? ¿Por qué no me lo contaste?

—Bueno, no lo vi relevante… No deseaba preocuparte.

—Todo es relevante, no intentes engañarme. Sé que estás encaprichada de ese hombre desde la primera vez que lo viste. Tienes la misma expresión que…

—Que tú cuando mirabas a Emily —sentenció determinante.

Guardaron silencio. Esa afirmación le había dolido. La herida de su corazón todavía supuraba.

—Perdóname, Thom —dijo al fin, colocándose de rodillas y cogiendo sus manos entre las suyas—. Soy una estúpida.

—No, no lo eres. Aunque no iba a nombrarla a ella si no a tus padres, es estúpido no admitirlo. Por ello, debes comprender que es algo imposible. Irving te acabará descubriendo y te destruirá. —La observó con intensidad unos segundos interminables y prosiguió tras posar un delicado beso en el dorso de su mano—. Recuerdas cual era tu sueño, ¿verdad?

Charlotte asintió, si bien no pudo evitar fruncir los labios, disgustada. Su sueño era aprender y poder enseñar, y pese a que lo primero lo estaba logrando al fin, veía improbable completar lo segundo. Que estuviera enamorada de Irving no iba a cambiar su meta. Sabía que amarlo era un imposible, nunca había mantenido lo contrario, sin embargo, moría por saberlo todo de él.

—No voy a abandonar, amigo.

—Eso espero, niña. Nos hemos embarcado en algo muy peligroso, y tal vez deberíamos echarnos atrás ahora que estamos a tiempo, pero sé que no serías feliz sin ello.

Cogió el camisón de encima de la silla e indicó a Thom que se volviera. Con rapidez, se preparó para acostarse. Sabía que esa noche se le haría larga, pues mil pensamientos la martilleaban sin compasión y la hacían contener el aliento. Cogió el libro de Apuleyo, ese que tenía más que releído, y que le recordaba tanto a Irving. ¿Por qué todo llevaba a él hiciera lo que hiciese? Rendida, se tumbó en la cama y lo abrió justo donde se narraba el momento de su representación de esa mañana.

Miró la vela que, con su vacilante titileo, hacía bailar las sombras de la pared como si jugara al escondite. No las veía, sus pensamientos se inundaban de recuerdos y de unos ojos intensos como el mar, de unos labios hermosos y de una voz grave y ronca…

«El camino será duro, Psique, pero si realmente me amas, superarás todas las pruebas».

Si por lo menos ella ya fuera dueña de su corazón para superar esas pruebas… Imposible, antes; imposible por siempre.

Una sonrisa estúpida se dibujó en sus labios, muy a su pesar. Había sido muy vergonzoso ser descubierta inventando los diálogos de ese cuento de amor, aun así, la divertía que él le hubiera seguido la corriente, haciendo que su corazón latiera más rápido como si aquello formara parte de una realidad entre ambos.

Los ronquidos de su amigo resonaban tan fuerte esa noche y tampoco la ayudaban a serenarse. Saber que nada más les separaba una simple pared cuando pensó no volver a verlo más, era tan emocionante que apenas simulaba su entusiasmo.

Sin pensarlo, se levantó del lecho. Se colocó unos calzones por debajo de la camisola y se lio un tartán alrededor de su cuerpo, tapando su desnudez bajo esa camisa semitransparente. Con seguridad, andaría dormido, y no se percataría de su presencia si

entraba a verlo un momento. Cogiendo el candil de la mesita, salió al pasillo.

Las suaves pisadas sobre el frío suelo apenas eran audibles y, con decisión, abrió la puerta e ingresó en el dormitorio. La luz dorada de la lámpara solo iluminaba una pequeña porción de la estancia dejando el resto en penumbra. Se dirigió al lecho donde lo había dejado tumbado, sin embargo, cual enorme fue su sorpresa al encontrarlo vacío.

Contuvo la respiración, asustada. ¿Podría haber salido a la calle de nuevo? ¿Se hallaría muerto de frío y desamparado?

De pronto, el sonido de un leve roce detrás de ella le hizo contener el aliento y se giró, sobresaltada, haciendo que el aceite del candil ahogara la mecha.

La oscuridad inundó la habitación, siendo muy consciente de la respiración irregular de Irving frente a ella. Su aliento embriagador y cálido la inquietó al rozarle la mejilla mientras sus manos rodeaban su cuello y hundían los dedos en su pelo.

—¿Notas cómo flaquea mi voluntad? Soy entero tuyo, saltamontes —dijo con voz rasposa y ebria en su oído—. Solo pienso en ti, siempre. En cada mujer, tú eres mi aliento.

El corazón de Charlotte latía tan fuerte que temía que fuera a darle un vahído o algo peor. No podía verlo, pero percibía el leve contacto como si acariciara cada célula de su ser. Una tormenta de emociones calentaba su sangre y la impulsaban hacia él.

Debía huir, escapar de su roce, sin embargo, estaba a su merced. Pegada a él, dejó caer hasta sus codos el tartán que rodeaba sus hombros. Únicamente, la fina tela de la camisa separaba sus senos libres de su torso desnudo y caliente.

Su pecho subía y bajaba con violencia contra el suyo e iba a protestar en un último lapso de cordura, cuando arrasó su boca, acabando con cualquier raciocinio. Todo se redujo a saborear la excitante lengua que la colmaba del embriagador dulzor del licor. Un gemido escapó de su garganta al verse rendida al mayor placer

imaginado, a la vez que ardía en deseo por aferrarse a él. Cada embate y respiración entrecortada la hacía gemir con arrojo, suplicando más pasión. Lo enérgicos dedos apretando su cabeza la incitaban a entregarse sin reserva y, sin poder luchar contra la locura, se dejó arrastrar por el deseo.

—Charles… —susurró entre jadeo y lamido con voz enronquecida por el ardor.

Ese sonido fue el más enloquecedor que había oído nunca, podía hacerla explotar de goce en un abrir y cerrar de ojos, sin embargo, su escasa consciencia, todavía alerta se percató de la horrible confusión.

¿Charles? ¡Ella no era Charles! ¿Cómo había permitido que pensara de nuevo aquello?

—¡No! —sollozó, apartándose con violencia de él.

Enseguida, un grito de dolor de Irving la espantó y casi cae al suelo al sentirse libre de su abrazo de forma tan brusca.

—¡Quema! ¡Joder!

En ese instante, se percató de que, con la pasión de la que se había visto envuelta, había olvidado que sostenía el candil en su mano y había dejado caer el aceite caliente sobre él.

—Lo siento. —Fue lo único que pudo articular antes de huir de su lado.

En plena oscuridad, apenas podía ver dónde se hallaba la puerta, pero la suerte la acompañó y salió al pasillo semejando a un vendaval. Sin volver la vista atrás corrió hasta su habitación donde ingresó con atropello. Contuvo el aliento al oír a Thom moverse inquieto en el lecho y siguió caminando descalza hasta el suyo. Bajo las mantas, se sumergió hasta la cabeza, tratando de aplacar los tambores que asaltaban su corazón.

Apretó los párpados con fuerza, como si así pudiera acabar con el terror que la embargaba. Debía estar loca. ¿Cómo se había atrevido a tanto? ¿Cómo había arriesgado su futuro por un loco momento de pasión? En el otro cuarto resonaban pasos, incluso algún lamento o

llanto. Se tapó los oídos con las manos. No deseaba oírlo, buscaba ignorarlo, aunque su alma llorara cada sollozo ahogado, quemándola igual que el mismo aceite hirviendo.

XIII



La oscuridad le dio los buenos días además de un terrible dolor de cabeza. Sus sienes latían sin pausa, eran un martillo en una fragua. Gruñó, apartándose el cabello que cubría parte de su rostro y buscó a su alrededor. Por la suave luz que entraba a través de la contraventana, debía haber amanecido. Eso lo disgustó mucho, pues no debía encontrarse en su habitación durmiendo, sino en la universidad. Con pesadez, apenas podía recordar o poner en orden las imágenes sin sentido que lo asediaban.

Se sentó con las piernas colgando en la cama y volvió a gemir. Le dolía el cuerpo, no solo la cabeza y se sentía igual que si lo hubieran atropellado.

Al pisar el suelo descalzo, se fijó en que vestía una camisa limpia para dormir y que se hallaba desnudo de cintura para abajo.

Avanzó hasta la ventana, sin embargo, se detuvo al darle una leve patada a algo en el suelo. Se agachó y descubrió que se trataba de un candil…

Como un rayo, la conmoción se adueñó de él y paseó el pulgar por los labios de forma inconsciente. Lo dominaba la rara percepción de haber besado a alguien, incluso el olor a rosas que tanto lo volvía loco parecía estar manifiesto en sus manos. Olisqueó sus dedos para asegurarse y con sorpresa lo percibió más intenso.

—Este olor… —comenzó a decir, pero calló al molestarle el sonido de su propia voz.

Con el candil en la mano y bastante confundido, abrió la ventana para que la claridad inundara la estancia y con ello lograr también aclarar sus ideas.

La luz lo cegó unos segundos y le molestó en un principio, aunque tras adaptarse a ese nuevo entorno, suspiró con la cabeza todavía retumbando.

Se sentó en el alfeizar y ojeó la calle en plena actividad. El bullicio lo espabiló un poco. Algunas personas caminaban apresuradas, otras disfrutaban de un tranquilo paseo. Vendedores ambulantes dirigían sus carretas a algún lugar para vender sus productos, entre ellos panes recién horneados que dejaban su exquisito aroma llenando el aire. Todo parecía transcurrir con normalidad, ajeno al remolino que experimentaba en su interior.

Observando la escena, llamó su atención la figura de un niño acompañado de su madre. Comía un trozo de tarta de manzana con un ansia voraz que le revivió cierta escena del día anterior.

Con una sonrisa, meditó la vez en que encontró a Charles representando la obra de Apuleyo mientras devoraba un trozo de pastel. Le encantó su entrega en cada escena y su voz… le pareció tan diferente. Arrugó la frente ante el pensamiento. Ese hombre era extraño, eso era evidente, y lo que más le interesaba era que, en ocasiones, percibía una particular delicadeza en él. Parpadeó, nervioso ante la sospecha. ¿Sería que se obligaba a interpretar un exagerado papel masculino en sociedad? ¿Se obligaba a ser raro, esquivo e incluso feo? No tenía facciones muy viriles, más bien, suaves. Sus ojos, intensos y expresivos, capturaban su atención, reflejando una mezcla de misterio y determinación. La curva tersa de sus mejillas, bajo esas gafotas del infierno, definía una línea refinada hasta la mandíbula. Los labios, en ocasiones, los entreabría en una sonrisa pensativa, semejando guardar secretos inconfesables. Nada en él era varonil.

Suspiró con profundidad y volvió a rozarse los labios… Sin saber por qué, la sensación de haberlo besado apasionadamente, lo tenía

tenso. Era como si la idea formara parte de su memoria, imaginando un rostro precioso, mas sabiendo que en esencia era Charles…

Cerró los ojos y se dejó llevar por la fantasía. Oyó su respiración, olió el aroma floral, saboreó su lengua dulce y caliente, y se rindió al ensueño. Cuando abrió los ojos, su piel sudaba encendida de deseo y su verga se alzaba dura e inhiesta como una bandera. Respiró con profundidad y se apartó de la ventana, ya bastante espectáculo daba, exhibiendo parte de su torso desnudo con la camisa medio abierta. Por suerte se hallaba en una planta superior y, a esa altura, no era visible para los transeúntes de cintura para abajo.

Con el candil todavía en la mano se sentó en una silla junto a la pared. Lo escudriñó unos segundos tratando de dilucidar cómo había llegado a su habitación, pero no podía pensar con claridad. Lo dejó en el suelo y necesitó darse alivio, su cuerpo explotaría de frustración. Cerró los párpados otra vez y, sin echar cuentas de en quién pensaba, lejos de la ilógica perversión, se dejó seducir por la suavidad de su pelo, por la dulce lengua enredada a la suya, por suspiros y jadeos que pedían clemencia y mucho más. Fue rudo con él mismo, pues el apetito era grande, no había lugar para la sutileza y un único desahogo, el más feroz, tenía cabida en su ilusión. Descargó su simiente por el piso, sin importarle lo más mínimo, y sonrió con satisfacción al imaginar al saltamontes.

Era extraño aceptar esa pasión que sentía por Charles. ¿Por qué él? Ningún otro hombre lo había hecho perder el rumbo, ni siquiera una bonita mujer. Gimió, atormentado. ¿Qué haría si seguía con esa prohibida obsesión?

El mundo giraba hacia adelante y él luchaba, al contrario. Sería condenado y también la vergüenza de su familia. Se frotó los brazos con energía, pretendiendo borrar la percepción de sus labios sobre los suyos y, de repente, notó un ligero escozor en el dorso de su muñeca.

Una molesta quemadura asomaba en su piel, hinchada y rojiza. ¿Cómo se la había hecho? Entonces, vio el candil en el suelo y se recordó a sí mismo aullando de dolor. A ese recuerdo incompleto se

le sumaron lamentos y una sensación de soledad terrible que devastó su corazón y todo tomó sentido.

Recordó la taberna junto a sus nuevos amigos, el alcohol calentando sus venas, el eco de las risas y la emoción de ganar unas partidas de dados… Thom sosteniéndolo en plena calle oscura…

Se levantó otra vez y corrió a la ventana. Fijó la vista en un punto en la calle y, como si lo reviviera, un escalofrío lo traspasó al percibir el gélido suelo.

El saltamontes lo agarró, lo olió, ¿lo besó?

¿Era realidad lo que imaginaba? ¿Eran recuerdos o fantasías?

Estrujó sus sienes en busca de una nitidez que lo sacara de dudas, aunque en el fondo ya sabía la respuesta.

«Perdóname, Dios, siento como si me fuera necesario para seguir respirando. Y él… me ha respondido, me ha besado, me ha deseado con todo su ser. Ahora no puede negarlo, también me besó en otra ocasión».

Por un instante, el júbilo superó al terror de la perversidad y su corazón latió fuerte, rechazando la condena que suponía.

«Señor, nunca he deseado tanto algo, pero no puedo, no debo. Mi corazón lo anhela, mas mi mente me condena. Tengo que apartarlo de mí como sea, sino me perderé. Ayúdame otra vez a olvidar lo sucedido», rogó buscando en el techo de vigas oscuras al Padre.

Era absurdo y cobarde, pues solo él mandaba en sus actos y era responsable de su futuro. No podía volver a tocarlo, ni acercarse al saltamontes. Se había aliviado pensando en él, reviviendo ese momento tan… delicioso.

Pero todavía estaba a tiempo de resarcirse. Recordaba que Charles había huido sin culminar el arrollador incendio…

El asco lo inundó, se sintió mal, y el ansia lo rebosó. Corrió hacia la palangana que se hallaba bajo la cama y largó hasta las entrañas

pensando en esa horrible idea. Era inconcebible, jamás llegaría a consumar un acto tan repugnante.

Con rabia, se vistió y salió en busca del casero.

—Señor McAllen, ha sobrevivido a la resaca… Ya es tarde, llegué a pensar que tendría que avisar al sepulturero, pero el señor Ramsay me aseguró de que estaba bien. —Al ver que fruncía el ceño, continuó más prudente—. Anoche apareció bastante ebrio. Comprendo que celebre su llegada con nuevos conocidos, si bien, hágase un favor, no se pierda, parece usted un buen hombre de provecho.

—Señor Grant, agradezco su consejo, no volverá a suceder, se lo aseguro. ¿Podría decirme qué hora es? Perdí mi reloj y no tengo manera de saberlo.

—Vaya, es una pena. Se lo vi ayer al salir por la mañana, era una auténtica joya. Espero que solo lo haya despistado y aparezca pronto… —Al ver que se masajeaba las sienes con molestia, carraspeó, nervioso—. Es mediodía, señor.

—Imposible —negó, confuso.

—Oh, le aseguro que sí. Podría mandarle un refrigerio si lo desea…

—Me parece bien, también necesito un baño, antes si pudiera ser.

—Ahora mismo mandaré a mis hijos a que lo preparen, señor McAllen.

—De acuerdo. —Iba a subir cuando recordó algo—. Sabe dónde se encuentra el señor Ramsay, me gustaría agradecerle su ayuda. Si me dice en qué habitación se aloja, iré a visitarlo.

—Oh, pues siento decirle que no está todavía de vuelta, aunque no creo que tarde mucho. Suele venir al mediodía y seguro hoy se ha entretenido en el taller.

—¿En qué trabaja? —preguntó curioso.

—Echa una mano a Morris a confeccionar trajes universitarios. A pesar de ser un sastre muy laborioso, tiene mucha demanda y

agradece que Thom le eche unas horas por las mañanas. Mire —señaló con el dedo hacia el bolsillo de su abrigo—, podría decirle que le cosiera ese feo roto que debió hacerse ayer ahí tirado.

Irving se sonrojó mucho y asintió sin decir nada. Ni siquiera se despidió, abochornado al evocar tan estúpido comportamiento. De pronto, lo oyó otra vez alzar la voz.

—Su habitación es la siguiente a la suya, señor McAllen.

Sin detenerse, siguió escaleras arriba y caminó por el pasillo hasta llegar a su cuarto. Miró de reojo la puerta contigua y retuvo un gemido abatido.

¿Podría ser tanta su mala suerte? ¿Acaso no tenía suficiente con saber que ese saltamontes se alojaba en ese mismo edificio que encima su habitación era la más próxima a la suya?

En definitiva, no podría dormir ninguna noche, sabiendo que lo tendría tan cerca. Debía poner remedio a la situación con premura…

Buscaría una mujer, guapa a ser posible, de cabellos negros y ojos verdes, lo más contrario a su tortura. Debía desahogarse con alguien que lo hiciera sentirse válido, viril y muy masculino.

Introdujo la llave y abrió la puerta con urgencia, temiendo un reencuentro con Charles en el pasillo.

«¡Dios! ¡Cómo lo odio!», se dijo quitándose el abrigo de malos modos y arrojándolo encima de la cama.

Apretó con fuerza los puños e iba a descargarlos contra el colchón, cuando oyó el clic de una puerta cerrándose justo en la habitación de al lado. Sus sentidos se pusieron alerta, su corazón latía con fuerza, casi no podía oír otra cosa en el silencio que reinaba.

Con cuidado, se acercó a la pared y aguzó el oído para captar cualquier sonido. La situación se le hacía tan absurda que ni siquiera entendía qué quería averiguar que no supiera ya. ¿Tal vez si dormían en la misma habitación? ¿O descubrir un idilio escandaloso que le resultara de una repugnancia insoportable?

Dos voces se filtraban a través de la delgada pared: una suave y urgente, casi juraría que femenina y que no supo descifrar a quién correspondía, y otra grave y controlada, sin duda sería Thom. Apenas distinguía qué decían, pero notó que el tono era tenso, como si debatieran algo urgente.

Con calma, cerró los ojos y se concentró en descifrar qué decían con esas pocas palabras que captaba: «arriesgado», «noche», «beso», «no irás», «enamorada».

Tan ensimismado estaba que no pudo evitar un grito de sobresalto ante la llamada de unos golpes en su puerta.

—Señor McAllen, su baño.

—Adelante, por favor —contestó con fastidio y retirándose de la pared.

Dos jóvenes corpulentos entraron en la habitación portando una grande tina. Tras ellos, una muchacha acarreaba un cubo en cada mano. Al agacharse para dejarlos en el suelo, dejó gran parte de sus senos a la vista y él no perdió detalle. Ella se levantó bufando, y al verlo carraspeó, nerviosa. El rubor convirtió sus mejillas en encendidas amapolas y le sonrió con picardía.

Tenía el cabello negro y sus ojos verdes refulgían de lujuria, mientras lo repasaba de arriba abajo con descaro. ¿Podría ser que el cielo lo hubiera escuchado?

Irving le devolvió la sonrisa y ella se mordió el labio con provocación. Tras la orden de uno de los hombres, se largó a por más agua; ellos la siguieron con prisa afuera, prometiendo volver pronto.

Sería un buen momento para empezar a olvidar a ese maldito saltamontes y aliviar su creciente deseo por él. Debía actuar rápido y sin vacilar. Corrió a pegar la oreja otra vez a la pared, pero ya no se oían voces tras ella. Sin embargo, una ligera tos le alertó de que no se hallaba solo.

Con rapidez, miró hacia la entrada.

—Thom y yo venimos a preguntarle cómo se encuentra después de... —La voz de Charles era de nuevo insoportable y nasal, y ya no tuvo dudas de que era forzada para no parecer tan femenina. Parecía realmente preocupado mientras lo ojeaba con mal disimulada curiosidad.

Al ver a Thom tras él, apenas pudo concentrarse en sus palabras. Su mente se llenó de sospechas y rabia al saber que compartían habitación.

—Estoy… bien —respondió, tratando de sonar seguro.

Se acercó a ellos, sus sienes latían con fuerza renovada por la ansiedad. La mirada de Thom era impenetrable, en tanto que la del otro parecía turbada.

—Quisimos asegurarnos de que estuviera bien después de… la noche pasada —dijo Charles, titubeante, cosa que lo alteró. Continuó frotándose los brazos con nerviosismo—. ¿Recuerda algo de lo que sucedió?

Irving apretó los puños, tratando de contenerse para no agarrarlo del cuello y apretárselo con brutalidad. Además de desear castigarlo por lo sucedido entre ellos, lo invadía una furia incontenible ante la proximidad de Thom hacia él, quien había colocado una mano sobre su hombro, evidenciando familiaridad.

—Recuerdo fragmentos —dijo con voz tensa y clavándole su mirada.

Notó que tras los enormes cristales buscaba en él algún indicio de reconocimiento. Y Charles pareció temblar ante su duro escrutinio.

—Bien, Charles, deberías volver ahora que sabes que está bien. Yo me ocuparé de disipar sus dudas. —El saltamontes parpadeó, nervioso, y desapareció tan rápido como si hubiera saltado dejándolos a solas—. Ayer lo encontré borracho y lo traje hasta aquí, señor McAllen. Charles me ayudó también.

Irving lo observó en silencio, por lo que este prosiguió hablando tras cerrar la puerta tras él.

—¿Recuerda nuestra conversación de camino aquí? —Irving entrecerró los ojos, le dolía la cabeza bastante y le costaba saber a qué se refería con exactitud, pues no recordaba haber conversado con él. Negó con la cabeza, frustrado. ¿Sabría ese hombre que su pareja lo había besado a escondidas?—. Bien, veo que no lo recuerda. Me dijo que no le gustaba este hotel y se mudaría a otro más cercano de la universidad. ¿Sabe ya a cuál? —Irving lo miró desconcertado. ¿Pensaba irse a otro hotel? Si no se lo hubiese dicho, no se lo habría planteado. Volvió a negar con la cabeza, muy molesto y Thom siguió argumentando—. Si quiere lo ayudaré a decidirse. Conozco unos cuantos. Será un placer ayudarlo…

En ese momento llegaron los hijos del casero cargando los cubos llenos de agua, pidiendo permiso para pasar. Thom les abrió y entraron junto a la morena de ojos verdes que parecía haberse bajado bastante más el escote del vestido.

La rabia lo inundaba. Rabia contra Thom por querer alejarlo de Charles de forma tan descarada, por saber que esos dos podían ser pareja, por sentir unos insoportables celos de él… En definitiva, tenía que acabar con eso.

—Muchacha, ¿eres también la hija del casero?

—No, señor, solo soy la criada —respondió con una sonrisa lobuna que no dejaba dudas qué deseaba.

—Bien, necesitaré que me traigas la comida que me preparó. ¿Serías tan amable de subírmela, preciosa?

—Por supuesto, es un gusto servirlo, señor. Ahora mismo vuelvo —dijo guiñándole un ojo y dirigiéndose a la salida con un provocador contoneo de sus caderas.

—Tengo mucha hambre —comentó y la mujer se rio antes de salir. Luego, se dirigió a Thom con una sonrisa sobrada—. No hará falta mudarme. Creo que aquí gozaré de un buen servicio de habitaciones.

Thom entrecerraba los ojos sin decir palabra. Después de unos instantes, se despidió. Al salir, tuvo que sentarse con urgencia, se

sentía derrotado. Hundió los dedos en su cabello largo y suelto, y tiró de él con rabia.

Tenía que demostrarse que era el más macho de los hombres.

Más tarde, cuando los gritos de gozo de la muchacha y él resonaron en la habitación como si no hubiera un mañana, se preguntó a quién realmente deseaba impresionar.

XIV



—No puedo soportarlo, Thom —protestó Charlotte con ojos brillantes y tapándose los oídos—. Me voy a dar un paseo.

—Iré contigo —contestó apesadumbrado, cogiendo su abrigo.

—No, quiero estar sola... —Enmudeció al oír intensificarse los gritos obscenos de la mujer en el cuarto de Irving—. ¡Arrgh!

Le dio una patada a la mesa y se hizo daño en el pie.

—Me da igual, no dejaré que hagas una tontería, niña. Estás fuera de ti.

—No haré nada que me perjudique, lo prometo. Solo necesito dejar de oírlos.

—Sabes que tú eres quien ha provocado esta situación, ¿verdad?

—No hace falta que me lo recuerdes —soltó con sequedad y salió con el abrigo en la mano.

—¡Charlie! ¡Vuelve!

Los gritos de Thom quedaron atrás al cerrar de un portazo. Al avanzar por el pasillo, se paró delante de la habitación contigua y, sin reprimirse lo más mínimo, le dio con gran furia un puñetazo a la puerta.

—¡Aauuuh! —gritó al notar un fuerte latigazo en la mano.

El dolor la atravesó y, mareada por el impacto, cayó al suelo, aterrizando de espaldas. Sus gafas volaron unos pocos pasos y una

de las lentes se rompió en varios pedazos. La observó con pasmo y, sin poder evitarlo, comenzó a llorar.

—Oh, niña, ¿qué has hecho? —susurró Thom a su lado, ayudándola con prisa.

—Las gafas de mi padre se han roto, Thom —dijo en voz baja conteniendo los sollozos por miedo a ser descubierta, sin embargo, la puerta de la habitación de Irving se abrió de golpe.

Vestido únicamente con unos calzones, los observaba desde el umbral con preocupación y sin saber qué pensar ante la escena. Por un instante, su mirada libre de cristales por medio, pero inundada de lágrimas, se cruzó con la de él por encima del hombro de Thom. Al ver que este elevaba las cejas, interrogantes, corrió a ocultarla, refugiándose en el torso de su amigo, quien la rodeó con sus brazos de forma protectora.

El otro, descalzo y un poco perdido por no saber qué había ocurrido, se acercó presuroso a echarles una mano.

—¿Puedo ayudarlos? —preguntó Irving, que también parecía muy alterado.

—No se preocupe, McAllen. Charles está bien, nada más tropezó y cayó. Yo me ocuparé, si no le importa. Usted puede seguir con sus… jueguecitos, pero háganos un favor a todo el edificio, tape la boca a esa mujer.

Con esto, la ayudó a levantarse, ocultándola en todo momento de su escrutinio y la acompañó de nuevo a su habitación, dando un portazo tras de sí.

—¿En qué estabas pensando, niña? —susurró Thom llevándola hasta su lecho para que se sentara en él. Al ver que ella encogía el rostro de dolor al abrir el puño, se compadeció—. Déjame verlo.

Charlotte no era capaz de decir nada, e irradiaba una tristeza capaz de derretir al más duro de los bárbaros. Le mostró la mano con miedo, mientras sentía que le latía cada vez más fuerte, aunque no tanto como su corazón.

—Creo que te has lastimado, por suerte no creo que sea rotura. Aun así, en cuanto te recuperes, debemos ir a que te lo vea un médico.

Unos golpes en la puerta los sobresaltaron y se observaron con inquietud.

—Thom, solo vengo a decirle que se dejó olvidadas las gafas en el pasillo y… —Thom fue corriendo a abrir y alargó la mano para recibirlas, pero este las guardaba a buen recaudo. Lo miró, confuso —. Yo me encargaré de llevarlas a reparar y correré con los gastos. No sé cuánto tardarán, si bien les pediré prioridad.

—No es necesario, Irving —dijo Thom con severidad.

—Lo es, con ello, saldaré mi deuda con ustedes, ¿recuerda? Después, no será necesario que volvamos a hablarnos si no lo desean —agregó con dureza.

No estaba preparada para oír su respuesta, y hundió la cabeza en el lecho, muy deprimida. Le dolía mucho la muñeca y presintió que Thom debía tener razón al comentarle que se había lastimado.

Su amigo cerró la puerta sin responderle y volvió a su lado.

—No debiste cerrarle así.

—Ese hombre es un peligro para nosotros, cuanto más lejos, mejor —dijo con voz grave.

Tras unos momentos en que Thom le examinaba la mano, Charlotte habló:

—Iremos a ver al doctor Fraser. Sé dónde vive, se aloja no muy lejos de aquí.

—Empolva tus labios al menos, en cuanto te vea esa boca hecha para besar adivinará que eres una mujer. —Anonadada, no supo qué responderle por lo que continuó—. Eres cada vez más hermosa, pese a que intentes esconderlo, y sino pregúntale al McAllen, está obsesionado contigo, a pesar de que siga pensando que eres un hombre.

Charlotte se ruborizó mucho ante el comentario, aun así, lo ignoró. Era absurdo seguir pensando que él podía sentir algo por ella, más bien lo sentía por Charles, su más odiosa mentira.

—Lo haré, pero no creo que se dé cuenta. No ve ni con gafas.

—¿Cómo lo sabes?

—Me confundió en la pastelería con su hijo mayor. Hasta mantuvo una conversación conmigo como si fuera él antes de que pudiera aclarárselo.

—Bien, ponte el abrigo, te acompaño.

Salieron del hostal ya pasado el mediodía. No habían almorzado y tenía un hambre atroz. A pesar de todo lo que había ocurrido, su estómago no le daba tregua y moría por un trozo de tarta de manzana de la señora Higgins, podría vivir solo a base de ese pastel.

Esa mañana, cuando se arregló para ir a la universidad, se entretuvo más de la cuenta, esperando ver salir a Irving, pues le carcomía lo sucedido la noche anterior. Le torturaba saber que él sufría por su confusión, de la que nadie más que ella era responsable. Se ruborizaba al recordar su beso apasionado, había sido una explosión de pasión en toda regla y moría por repetirla. Ansiaba entregarse a él, casi le suplicaba que la poseyera.

Rechazó el pensamiento, muy afectada. Era una cobarde sin escrúpulos, lo sabía. Estaba jugando con él y acabaría quemándose en ese juego delirante. Tenía pensado debatirle el beso, argumentándole que lo había soñado… ¿Qué más podía hacer? O era eso, o tendría que confesar que era una mujer, con la consiguiente condena y expulsión del centro. Por suerte, no recordaba nada tras la enorme borrachera y no tendría que darle explicaciones…

«¿Estará obsesionado conmigo como decía Thom?», pensó y una sonrisa satisfecha se dibujó en sus labios. «Ni siquiera me importa que se haya acostado con una mujer esta mañana, si en realidad soy yo quien posee su alma. Eso es más de lo que hubiera soñado

nunca, aunque sea un imposible», concluyó en su incesante lucha interior.

Esa mañana, tras colarse de nuevo a hurtadillas en su habitación y cerciorarse de que Irving dormía, antes de largarse tuvo que hacer un esfuerzo enorme para controlar sus impulsos. Hubiera dado lo que fuera por meterse en su lecho y abrazarlo, besarlo, desnudarlo… Moría por saber qué vendría luego de todo eso.

Chasqueó la lengua pensando en el profesor McGregor. Su análisis comparativo entre Descartes y Blaise Pascal resultaba de lo más que interesante y sería su próxima exposición, por lo que huyó a la universidad igual que una exhalación.

Caminaban con paso lento hacia la casa del doctor Fraser. Thom le permitía recuperar el aplomo tras lo sucedido en el pasillo, pues la había afectado mucho.

—Deberíamos alojarnos en otra pensión, Charlie —dijo este sacándola de sus recuerdos.

—¿Lo dices por él? No creo que sea un problema después de lo que ha pasado. Ya oíste lo que piensa de no tratarnos más.

—¿Crees que lo cumplirá? —Negó con la cabeza, muy serio—. No estoy seguro de ello, niña.

Le echó un vistazo, nerviosa. Sabía que Thom tenía razón, mas tampoco quería alejarse de su príncipe.

—¿Soy egoísta, Thom?

—Eh… Sí —concluyó, algo dubitativo al principio, pero con gran determinación al final.

—Yo solo quiero…

—No me digas lo de siempre. No solo quieres estudiar, lo quieres todo. Es imposible, siendo una mujer. Te haces pasar por un hombre, sin embargo, actúas como una mujer irracional cuando estás con él. No te importa lo que sufre, nada más piensas en ti misma. Has sacrificado tu vida cuidando de tu padre enfermo, pero ahora te rebelas al saberte liberada y tratas de manipular las

situaciones a tu antojo con mentiras. No estás actuando bien, Charlie.

—No quiero quedarme sola, Thom.

—No lo estás, yo estoy contigo.

Sonrió, enternecida con su entrega fraternal.

—Sé que nunca me dejarás, pero no es eso a lo que me refiero. Me encuentro en una encrucijada donde mi deseo de conocimiento lucha contra mi necesidad de amor. Lo amo, pese a que creas que es nada más que un capricho. Deseo estar con él siendo mujer…

—Si lo amaras no le mentirías.

—Sé que persigo un sueño inalcanzable, y que no puedo tenerlo todo, por eso elijo ser libre aquí —señaló su frente y prosiguió—, aunque no lo sea aquí —ultimó llevando su mano sana a su corazón —. ¿Qué mal estoy haciéndole a Irving? Él está confundido y pronto lo olvidará. No le costó nada buscarse a una fulana, incluso tiene edad para encontrar esposa… Es un noble guapo, inteligente, perfecto; te puedo asegurar que no tardará en hacerlo. Buscará a otra de su misma condición social, él nunca se fijaría en mí como otra cosa que no fuera un capricho u otra fulana a la que disfrutar en su cama.

—Subestimas el corazón de un hombre, Charlie —respondió su amigo con tono severo—. Que sea noble no significa que sus sentimientos no sean auténticos. Cabe la posibilidad de que no seas solo un capricho para él. Los hombres también sienten muy profundo y sufren por amor. Quizás él te vea por quien en realidad eres, más allá de las apariencias y mentiras. Vuestras miradas son tan semejantes…

Ella tembló ligeramente.

—Soy una farsa, mas no puedo dejar de amarlo, aunque sepa que lo nuestro es imposible… ¿Qué clase de vida me espera si renuncio a mis sueños y le digo la verdad?

—Una vida sin remordimientos, en la que puedas verte en el espejo y saber que fuiste honesta contigo y con los demás.

Aquella frase se le hizo igual que si le clavaran un cuchillo en su corazón, este sangraba por descubrirle a Irving su verdad y arriesgarse a… ser rechazada.

—Elijo callar, pues no se fijará en mí como yo deseo. Me convertiría en un objeto de usar y tirar, tras renunciar a mi sueño de estudiar —sentenció cayendo en un abismo donde su decisión de enfrentar la realidad le era insoportable.

Prefería estar a su lado engañándolo, antes que traicionarse a sí misma. Estar cerca de él, aunque fuese bajo la apariencia de un hombre, era suficiente para poder seguir respirando.

Se pararon frente a la puerta de una casa humilde, pero bien cuidada. Se sentía nerviosa tras la conversación con Thom. Él le había propuesto unas posibilidades que nunca se había planteado y se negaba a afirmar. ¿Podía Irving amarla pensando que era un hombre y con un único beso? Arrugó el ceño, odiaba la mentira que estaba llevando a cabo, ¿podía alguien enamorarse de la esencia de una persona sin importar el género? ¿Acaso no eran las almas las que unían el destino? ¿Tenían género una vez se encontraban en la unión profunda?

El dolor en su muñeca era insignificante en comparación con la tormenta emocional que la consumía. Se preguntaba si Irving podría ver más allá de su fachada y enamorarse de su alma, independientemente de su disfraz.

«Tal vez, solo tal vez, hay una oportunidad para el amor verdadero, donde las almas se reconozcan, sin importar las circunstancias», pensó antes de ingresar en la casa del doctor. Se bajó el *bonnet* sobre la frente, tapando como podía su rostro y, con firmeza, su razón rechazó el pensamiento.



En la otra punta de la ciudad, Irving entraba a la óptica del señor Stewart. Todavía se sentía contrariado por la decisión que había

tomado: alejarse de Charles y Thom. Sin duda eran pareja, algo horrendo a ojos de cualquier ciudadano civilizado y racional, pero sin saber por qué, en su interior, solo condenaba el hecho de que estuvieran enamorados, pues en realidad deseaba a Charles para él.

Se golpeó la cabeza de forma repetida mientras esperaba ser atendido por el encargado de la óptica. Le había recibido su hija Fiona, una joven muy hermosa. Tenía el cabello tan rubio que parecía plateado, igual que una valquiria irlandesa. Lo llevaba suelto hasta las caderas, trenzado en sus sienes y engarzado con hebillas de fantasía floral. Su aspecto era el de la feminidad personificada, como una Venus del Olimpo.

Había desaparecido tras una puerta oscura. El ambiente era cálido, gracias a la iluminación de lámparas de aceite y candelabros. Observó el mostrador de madera, donde algunas cajas de caoba disponían frascos de vidrios con diferentes lentes. Estanterías en la pared exhibían herramientas y materiales para la fabricación de gafas.

Junto a estas, grabados y dibujos de anatomía, completaban la decoración, dándole un aire científico y muy interesante.

Pronto sus ojos chocaron otra vez con los de Fiona, tan verdes como las manzanas, tan vivarachos como los de una niña curiosa.

—Señor McAllen, le presento a mi padre, Robert Stewart —indicó con una agradable sonrisa.

Irving chirrió los dientes ante su aguda voz, demasiado chillona para sus oídos sensibles.

—Mucho gusto en conocerlo, señor.

—El gusto es mío, y dígame, ¿qué le trae por aquí, señor McAllen?

—Bueno, necesitaría reparar estas gafas —dijo extrayendo de debajo de su abrigo un bulto envuelto en un pañuelo blanco.

El hombre contuvo el aliento al descubrir las lentes y las contempló con una adoración tal como si se tratara de un objeto

especial y único, lo que lo intrigó bastante. Esperó, expectante, a ver qué tenía que decirle.

—Vaya, vaya, ¿son suyas? —Al ver que negaba con la cabeza, continuó—. ¿De dónde las ha sacado? Son bastante antiguas, casi de hace medio siglo, diría yo, aunque no comenzaron a elaborarse con patillas hasta hace unos pocos años. —El hombre sacó una gran lupa y miró tras ella, luego rio con suficiencia—. Claro, han sido modificadas… Yo diría que se añadieron las patillas hace unos pocos años.

Todo aquello le parecía insignificante, pero entendía que debía dejarlo disfrutar de su pasión. Aguardó paciente a que le contara algo útil y tras un minucioso examen, al fin le habló con gran elocuencia.

—Podría agregarle una nueva lente… En realidad, debería cambiar las dos para que quedaran igual. La lente que ha sobrevivido al impacto está muy desgastada, arañada, hecha un desastre, está casi inservible.

—Arregle las dos, entonces, por favor. Pero le advierto de que es un encargo urgente. ¿Tiene algún modelo más moderno? —preguntó Irving interesado en unas gafas muy bonitas de marco de acero y cristales mucho más pequeños que la de Charles. Por un momento se lo imaginó con ellas y le agradó mucho la idea. Se fijó en unas muy finas, con algunos detalles grabados de hojas en sus esquinas —. Me gustan estas. Prepárelas también para la misma persona.

Fiona levantó la tapa de cristal de la caja donde las guardaba y la sacó para que las viera mejor.

—Son la última moda llegada de Londres… Algo caras, tal vez —señaló, probándoselas a su hija que hacía de modelo. Ella aleteó sus pestañas y le regaló una cautivadora sonrisa sonrosada.

—El dinero no es problema. Dígame, ¿cuándo podría venir por ellas?

El hombre asintió, satisfecho.

—¿Dónde se aloja, señor McAllen? Fiona podría apuntar su dirección para poder avisarlo en cuanto las tuviera. Mejor aún, podría llevárselas.

—No se molesten ustedes, vendré encantado en cuanto me manden el aviso —dijo apreciando una gran desilusión en el rostro de la muchacha.

—Querida, cógele nota. —Con un breve asentimiento, se dirigió a él—. Le avisamos pues. En una o dos semanas calculo que estarán listas.

—Le ruego que no se alargue más de una, señor Stewart.

El hombre, después de despedirse, desapareció tras la puerta oscura dejándolos a solas.

Fiona le parecía preciosa, sin embargo, que le sonriera tan forzosamente lo agobiaba un poco, pues lo obligaba a corresponderla de igual modo. Tras una breve charla que se basó en descubrir qué hacía en Aberdeen, lo obligó a prometerle volver a visitarla pronto e invitarla a dar un paseo.

Mientras regresaba, se masajeó la mandíbula con exageración. Estaba seguro de que esa muchacha se había equivocado a conciencia en todas las ocasiones que pudo para alargar su retraso. Sonrió, sobrado de sí mismo. A pesar de todo, seguía conservando su lustre más varonil.

XV



La noche transcurrió tranquila en el hotel, pese a que Charlotte bullera por dentro al pensar en los últimos acontecimientos. Dio cien vueltas sobre sí misma, y con el constante ronquido de Thom a su lado le era más difícil descansar. Con el tiempo superaría aquello como él también hizo en un pasado. Era feliz, o al menos, lo parecía. En algunas ocasiones, se preguntaba si ella lo subyugaba demasiado. Quizás existiera en el mundo una persona que lo colmara de alegría… aunque temía que, por permanecer junto a ella, no le prestara atención.

Su mejor amigo, por no decir que lo consideraba un segundo padre, había sufrido mucho y no se merecía tantos quebraderos de cabeza. Tras la muerte de su tía Emily ya no fue el mismo. Permanecer junto a ella y a su padre había sido su mayor consuelo tras su muerte y, cuando se quedó sola, él le prestó su hombro. No hubiera logrado nada sin él, lo amaba, no obstante, lamentaba arrastrarlo de forma tan injusta.

Se levantó antes de lo previsto, pues el doctor le había inmovilizado la mano y sabía que le costaría bastante enfajarse el pecho. Tendría que soportar esas vendas e incómodas tablas durante una interminable semana. Además, no tenía sus gafas y sin ellas, si bien no veía mal en la lejanía, leer y escribir se le harían un mundo, por no decir un imposible.

Aclaró sus labios a conciencia con el polvo blanco, y estiró su boina de forma que la cubrió hasta las cejas. Preparada para

afrontar el nuevo día, salió de la habitación con cuidado de no hacer ruido al cerrar.

Cruzó el pasillo veloz como un zorro y bajó las escaleras con alegría por no haberse encontrado con el McAllen. Saludó cordial al casero, quien la miró con más extrañeza de lo habitual, y pisó la calle al fin. Se paró a respirar hondo, con una sonrisa enorme de satisfacción, contemplando la noche que le regalaba unos minutos más de intimidad…

—Veo que te han vendado la mano. —La voz de Irving resonó tan brusca a su lado que la sobresaltó y, conmocionada, soltó un ridículo chillido—. ¿Te asusté? No era mi intención.

Lo observó con detenimiento bajo la boina. Su rostro no denotaba el mínimo arrepentimiento, más bien, juraría que disfrutaba. Disgustada, se guardó lo que pensaba y, dispuesta a ignorarlo, empezó a caminar con rapidez.

Él la siguió y pronto se situó a su lado.

—Vamos, ¿ahora no vas a hablarme?

—Suponía que era usted quien no iba a hacerlo jamás —respondió con voz seca y muy forzada.

—Lo sabía, es imposible que te resistas a responderme. Tutéame, por favor. Tras lo que hemos compartido creo que es muy absurdo. —Al oírla gruñir, rio—. Como también es inútil que fuerces conmigo tu voz con ese desagradable sonido nasal.

Tras la acusación, muy a su pesar, perdió el paso. Tropezó con un adoquín, no obstante, las manos de él la sujetaron de los hombros.

—Suéltame, McAllen —habló, forzando la voz hasta hacerla más desagradable que nunca. Luego arremetió contra su costado con la bolsa llena de libros que portaba en la mano que le quedaba libre.

Irving alzó los ojos al cielo con exasperación y se separó de ella, dejándola con su trasiego. Su proximidad se le hacía tan incómoda que había olvidado respirar.

—Te prefiero sin gafas, aunque creo que es algo que no se puede remediar…

—Exacto, las necesito, ¿y qué significa eso de que me prefieres? —preguntó, perpleja, interrumpiéndolo. En tono muy severo, prosiguió—. ¿A dónde las llevaste?

—A una óptica, las tendrás reparadas en una semana.

—Bien, eso espero —alegó con firmeza—. Y no hace falta que me pagues nada. Yo puedo…

—Lo haré igualmente —señaló encogiéndose de hombros.

Charlotte entrecerró los ojos. ¿Qué demonios buscaba? Parecía de buen humor, algo que la descolocaba. En su último encuentro estaba enfadado, incluso dijo que no volvería a acercarse a ellos, sin embargo, eso no era lo que demostraba.

—Ya lo veremos —masculló.

Apresuró el paso lo que la hizo jadear al minuto. Vestir de esa guisa era incómodo, le sobraba la mitad de esas telas y el abrigo pesaba casi lo mismo que ella.

—¿A quién pertenecían las gafas? —Ante la fugaz mirada de asombro que le mostró, insistió—. Sé que no son tuyas. El doctor las examinó y dijo que tenían muchos años, que habían sido modificadas.

—Eso no te incumbe —soltó, grosera, si bien su falta de insistencia la extrañó—. ¿Por qué quieres saberlo? ¿Por qué no me dejas en paz?

Él se encogió de hombros, resignado.

—Necesito un amigo con quien debatir. —Él la miró con una intensidad que la removió por dentro, luego desvió la vista—. Es obvio que no puedo alejarme de ti, ni en pensamiento ni en espacio. Me rindo a lo elocuente y quiero sacarle provecho a la situación.

—Con no perseguirme lo tienes todo solucionado, Irving. Ya me advirtió Thom de que eras conformista —espetó, su tono era

violento debido a su nerviosismo y contraatacó—. Tienes a los hermanos Sullivan.

—¿Esos? No están a mi nivel. Ellos son solo… meros conocidos para tomar unas cervezas. En cambio, contigo sé que podré avanzar, creo que nos ayudaríamos mucho mutuamente.

—No es buena idea.

—Podemos intentarlo. Te aseguro que no volverá a suceder lo de la otra anoche. Ignoraré tu condición de desviado. —Al verla boquear como un pez, constató enseguida—. Yo… estaba borracho y comprendo que fue un desliz. Estaba oscuro… y creí que eras una mujer. Puede que otro en mi lugar te hubiera matado por… —Carraspeó y sopesó cómo seguir. Con un gesto severo, concluyó—. Ya sabes. —Hizo otra pausa para coger aire con profundidad y luego soltarlo—. Yo no soy de *esos*. Valoro los hechos, a las personas por… otras circunstancias. Pienso que Thom y tú sois muy valientes al exponeros, pero mi hombría sigue intacta y no deseo…

«Mi condición de desviado», pensó con perplejidad.

¿Debía tomar en serio esa conversación? Era un tema muy delicado, sin embargo, no pudo evitar divertirla que tratara de excusarse. Para rematarla, ¿los acusaba a Thom y, en este caso, a Charles de vivir un idilio?

—Basta, no sigas. Vamos a hacer como que no hemos hablado de esto y yo seguiré mi camino por aquí y tú veinte pasos más allá. —Señaló la otra punta de la calle con un gesto de la barbilla, aguantando la risa.

—No te devolveré las gafas si no accedes a ser mi compañero de estudios —sentenció él con rotundidad.

Charlotte respiró hondo ante la amenaza, controlándose, y por desgracia para él, su inicial diversión y perplejidad se transformaron en pánico. En un instante, lo vio todo tan rojo que, sin acordarse de que tenía su mano lastimada, arremetió contra él con todas sus fuerzas.

—¡Auuu! ¡Serás…! —Irving no pudo terminar la frase, asustado al verla también aullar de dolor.

—¡Aaaahhh! ¡Mi mano! ¡Malnacido!

—Eres imbécil y te lo tienes bien merecido.

Charlotte se encendió de nuevo al oír el insulto y, aguantando el dolor de la muñeca, se lanzó a por él. Quería castigarlo. ¡Además de sus gafas! No obstante, Irving estaba preparado y la esquivó con facilidad. Rio y eso la molestó aún más si podía ser.

—Júrame que me devolverás mis gafas —dijo con furia.

—No estoy de broma, Charles, solo te las devolveré si me revelas a quién pertenecían antes y…

—¡De mi padre! ¡Eran de mi padre! —interrumpió con las lágrimas a punto de inundar sus mejillas.

—Y, además, si aceptas ser mi compañero —ultimó sin atisbo de vacilación.

—Eres un aprovechado —dijo, quejándose por el dolor cada vez más latente de su muñeca.

—No digamos quién es más aprovechado de los dos.

La expresión de Irving se había vuelto insondable, y no sabía si sus ojos brillaban a causa de la furia o la diversión de tenerla a su merced. ¿La acusaba de aprovecharse de él en un momento de fragilidad? Tenía que reconocer que tenía algo de razón, no pudo resistirse a esa debilidad, se hizo agua en sus brazos y se dejó llevar, siendo la única consciente y responsable de la horrenda confusión que generaría en él. La culpabilidad que tanto la reconcomía a diario la sobrepasó, haciéndola desviar la vista al suelo.

—Cuando me las devuelvas dejaremos de ser compañeros.

—Eso ya lo iremos viendo —respondió con una sonrisa sobrada.

Charlotte bufó como un toro y fue a golpearlo de nuevo con la mano, pero al segundo se arrepintió, pues la muñeca volvió a darle otro latigazo.

En menos de un pestañeo, Irving dejó caer su bolsa de libros en el suelo y la agarró con firmeza. Con un movimiento preciso, colocó el brazo flexionado contra su pecho. Luego, sacó un pañuelo de un bolsillo de su abrigo y, con habilidad, lo ató alrededor del cuello y la extremidad herida, asegurando un cabestrillo y dejándosela inmovilizada.

Deseaba no respirar, su aroma la embriagaba y la hacía sentir mariposas en su estómago. En silencio, lo observó actuar con agilidad. Parecía que había hecho aquello muchas veces. Al terminar, sus ojos se cruzaron por un instante que se le hizo eterno, hasta quedársele la boca seca.

—Gracias —dijo muy sonrojada y apartándole la vista como si le quemara.

Igual que un autómata, Charlotte continuó caminando calle abajo, sosteniendo en la otra mano la bolsa con los libros.

Oyó los pasos pausados tras los suyos, y el nerviosismo la inundó de nuevo. Sus mejillas eran teas ardiendo, y sabía que él había vuelto a descubrir su deseo, lo que la hacía vulnerable.

De pronto, lo oyó correr y, al girarse, lo vio entrando en la pastelería de la señora Higgins.

Esperó, pensando con pesar, que esos días no podría comprar su trozo de tarta para desayunar, pues solo contaba con una mano útil para llevar los libros y nada más. Dio una patada a una piedrecita en el suelo. No había cosa que gozara más en el día que comer su pastel, representando alguna obra maestra.

Irving regresó al poco tiempo, portando un paquete envuelto en la mano y no agregó nada. Siguieron la marcha en silencio.

Bajo la grácil luz del amanecer, parecían envueltos por una bruma misteriosa. Las calles estaban más tranquilas de lo habitual, puede que fuera algo temprano y los estudiantes se hallaran todavía rumiando en sus lechos. Ambos caminaban lado a lado, cada uno perdido en sus pensamientos, pero conscientes de la presencia del otro. El aire frío acariciaba sus mejillas, haciéndolos consecuentes de

la prisa por llegar a la universidad y ponerse a resguardo. Sin embargo, sin entender porqué, Charlotte disfrutaba del paseo. El suave murmullo de la ciudad despertando le proporcionaba serenidad, justo lo que necesitaba en ese instante.

Disfrazada de hombre, notaba el peso de su secreto como una losa en su espalda, si bien se consolaba pensando que, gracias a eso, podía disfrutar de esa intimidad junto a él.

Irving se detuvo para observar un solitario bichito que pretendía escapar de entre las grietas del pavimento. Sorprendida, sonrió y también lo observó, finalmente rompió el silencio.

—Resulta maravilloso cómo algo tan frágil puede sobrevivir en lugares tan duros.

Irving asintió sin apartar la mirada del escarabajo.

—Sí, pero en cualquier momento, algo más fuerte puede acabar con él —respondió, dando un paso al frente, pisándolo.

Continuó y Charlotte necesitó un segundo para seguirlo. Sentía un nudo en la garganta que no era capaz de deshacer, había percibido una enorme pena en su voz.

Entonces, él se detuvo de nuevo con la vista puesta al frente.

—Te he comprado tarta de manzana.

Charlotte carraspeó y no pudo evitar que una ligera sonrisa se dibujara en sus labios.

—¿También me darás de comer? —preguntó divertida, colocándose a su lado.

Una enorme paz inundó su pecho al ver que recuperaba la alegría de nuevo. Verlo tan triste se le hacía insoportable.

—Seré tus ojos y tus manos durante esta semana.

—¿Y yo qué seré?

—Serás mi amigo —dijo contundente.

¿Podría ser su amigo? No lo sabía, lo amaba demasiado y esos momentos junto a él eran como un regalo para su corazón ermitaño.

—Thom y yo no somos pareja.

Él se frenó en seco y cuando Charlotte se giró hacia él, comprobó que la contemplaba con pasmo.

Otra vez notó que se sonrojaba hasta las orejas y maldijo por dentro por no tener la mano sana para cubrirse más el rostro con la boina. Por un instante, le pareció que sonreía, pero fue algo fugaz, pues pronto reanudó la marcha con más brío que antes.

¿Por qué le había confesado aquello? Puede que fuera porque siempre había pensado que entre los amigos no debía haber secretos… Bufó para sus adentros, meditando aquella tontería. ¿Secreto? Ella entera era la reina de los secretos, por no decir el rey de reyes.

Tras el gran reproche imaginario no pudo reprimir su satisfacción. No podía negarse que le resultaba insoportable pensar que ella pudiera pertenecer a otro. Era algo estúpido, pero así funcionaba su cabeza al tenerlo cerca, por no hablar de los suspiros imaginarios que silbaban cada vez que ponía los ojos en ella.

Un rayo de sol iluminó a Irving dándole un aspecto que bien había soñado muchas veces en sus noches solitarias. Zeus, Cupido… cualquiera de ellos le valía para nombrarlo. Como Venus o Psique, ella era suya en corazón, alma y cuerpo, aunque este lo ignorara.

La luz se fue tan rápido como apareció, siendo cubierta por una gran sombra.

—¿Qué te ha pasado?

Igual que una bofetada, la pregunta del curioso Archie la despertó del ensueño, regresándola al presente.

—Buenos días, Archie, ¿cómo estás? Bien, ¿y tú? Yo, estupendamente…

—Eso está de más, Charles —añadió Irving con sorna, soltando una carcajada.

—¿Me vas a responder o no? —volvió a preguntar, aproximándose a su rostro como un sabueso.

Bufó con fuerza, provocando un vendaval en el estúpido rostro de Archie. La carcajada de Irving la exasperó más.

—Me caí.

—Bueno, más bien creo que eso fue después. Oí un gran golpe en mi puerta, de esos que provocan un buen puñetazo… —agregó el Zeus trasformado en un sátiro con cuernos.

—Me caí —reafirmó, cabezota, apartándose de Archie y sosteniendo la mirada amenazante con el risueño Irving.

—¿Dónde están tus gafas?

Otra pregunta más de Archie y se desplomaría, agotada mentalmente.

—Rotas.

—¿Por qué?

—Me caí y volveré a hacerlo si no te callas.

Archie la miró con detenimiento, lo que la puso de nuevo muy nerviosa. ¿Podía ser que el más lelo tendría un lapso de lucidez y pudiera descubrirla?

—Sin ellas pierdes tu atractivo. Así nunca podrás enamorar a ninguna mujer.

—Vaya, eso no lo esperaba… Aunque prefiero dejártelas todas a ti, Archie.

Archie soltó una carcajada y le dio un amistoso golpe en el hombro que la molestó. ¿Por qué le gustaba tanto tocar?

—Atiende, Charles: si sigues cayéndote, rompiendo tus gafas y mostrándote tan feo, yo no podré ayudarte —dijo con una sonrisa traviesa—. Pese a ello, les diré que lo hiciste con estilo, y las impresionarás con tu elegancia.

—Gracias, maestro, eres tan generoso. No sé qué haría sin tus consejos. —De soslayo, veía a Irving apretándose la barriga para no explotar en risas, lo que la divirtió—. Añadiremos que tú llegaste en el último segundo, montado en tu caballo blanco, para salvar el día.

Archie alzó una ceja y se cruzó de brazos.

—Oye, no es mala idea. Aun cuando mi caballo preferido sería oscuro, ya sabes, para que parezca más misterioso…

La voz de Archie se perdió entre las risotadas de Irving, quien se doblaba en dos. Charlotte, se contagió sin remedio. Sus risas se mezclaron al unísono en una mañana más luminosa, anticipando dulces momentos.

XVI



Sentados a los pies de su árbol favorito, Charlotte e Irving desayunaban el trozo de pastel. Hasta ese día, solo habían hablado de temas sobre filosofía, música y discutido sobre estilos artísticos. Eran unas charlas interesantes, aportaban visiones diferentes y llegaban a conclusiones sorprendentes.

El sol comenzaba a encumbrar lo más alto del cielo, y las sombras de las ramas contrastaban contra el rostro de Irving, apagando el dorado brillo de los rayos sobre su cabello. Charlotte se recostó contra el tronco, cerrando los ojos para disfrutar del calor matinal.

A veces, cuando entreabría los párpados, lo sorprendía absorto con la vista fija en ella. Imperaba una expresión bobalicona que la confundía e inquietaba. ¿Qué pensaría en esos momentos? Ella era un hombre a sus ojos, aunque claro estaba que su aspecto no era el común, y menos sin las gafas, pues exponía todavía más sus facciones femeninas. Podía excusarse en que también existían hombres con aspecto más delicado… Esos eran sus pensamientos mientras lo observaba comer como si paladeara la mejor de las exquisiteces. Parecía un niño, como si nunca hubiera disfrutado de la naturalidad de descansar sobre un lecho de hierbas o la brisa natural.

—¿Tienes amigos? —preguntó Charlotte.

—Define a qué te refieres con amigo.

—¿En serio? ¿Tengo que explicarlo?

—Hay muchas clases de amigos. Los hay de la infancia a quienes ya perdiste de vista hace años; amigos de borracheras, los hermanos Sullivan son un buen ejemplo; amigos de estudios, como tú y yo…

—Amigos de confianza a los que cuentas tus confidencias, por los que pondrías la mano en el fuego —aclaró con hartazgo.

—Solo tengo a Adele, la esposa de mi hermano.

—¿Y tu hermano…? —Irving le lanzó una mirada inquieta, por lo que calló.

—A él nunca le he contado mis confidencias. Siempre ha estado ocupado con las obligaciones del clan y yo he vivido confinado al encierro a causa de mi mal estado de salud. Luego, cuando Cameron tuvo el accidente del caballo, se sumió en la desesperación y nos rechazó a todos. Tras recuperarse, volvió a asumir sus ocupaciones —concluyó, encogiéndose de hombros.

—¿Y consideras a su esposa tu amiga y a él no? —preguntó, confundida.

Irving asintió con una sonrisa ausente, mientras meditaba algo. Sin quererlo, la contagió, haciendo que también las comisuras de sus labios se curvaran. Al verla, alzó las cejas, interrogante.

—Se te ilumina la expresión cuando hablas de ella. Debe ser muy especial.

—Es perfecta, la flor más hermosa de los McAllen —respondió soñador.

Charlotte desvió la mirada hacia el libro en su regazo, intentando concentrarse en la lectura, pero al hallar las letras difusas, recordó que era inútil. Sin ninguna razón, notó una punzada de celos hacia esa Adele. Por un momento, la envidió. Ella soñaba con ser la dueña de sus pensamientos, de sus sueños, sus secretos y deseos, y esa mujer parecía haberse hecho un gran hueco en su corazón. ¿Estaría enamorado de ella? Rogó que no fuera así, temiendo que fuera muy desgraciado, tanto como ella misma, quien sabía bien lo que significaba no ser correspondido.

Entonces, recordó la vez que la besó en su cuarto, estando borracho, y se sonrojó mucho: «¿Notas cómo flaquea mi voluntad? Soy entero tuyo, saltamontes. Solo pienso en ti, siempre. En cada mujer, tú eres mi aliento».

—¿Por qué te sonrojas? —preguntó. Charlotte maldijo entre dientes al percibir su interés—. Somos amigos, puedes confiar en mí.

—Amigos de estudios —puntualizó, si bien, se compadeció de él al verlo desilusionado—. Recordé… —Calló sin saber cómo seguir, finalmente, derrotada con tanto esfuerzo por salvaguardar las apariencias, se dejó arrastrar por su impetuosidad—. ¿Te gustan los saltamontes?

Él la ojeó, confundido. Sin lugar a duda, no recordaba lo que le había dicho esa noche.

—¡Los odio! —Se levantó de repente y sacudió los brazos con cara de asco, como si los estuviera espantando a manotazos—. ¿Cómo sabes eso?

Ella rio, entretanto él se cruzaba de brazos, receloso. Estaba tan guapo con esa pose de sobrada suficiencia que casi se atraganta.

—Vale, ya paro. Me parece algo muy ridículo en un hombre tan grande como tú. —Este arrugó el ceño aún más y ella volvió a reír, algo nerviosa ante su escrutinio.

—¿Por qué me hiciste esa pregunta?

—Oh, ni yo lo sé —contestó encogiéndose de hombros y disimulando—. Tal vez lo haya intuido.

La observó, evaluando si tomar su respuesta por válida.

—Tú pareces uno de ellos con esas gafas del infierno.

—Oh, gracias, es todo un halago saber que te repugno.

—No te quedan bien, por mucho que diga Archie lo contrario. Seguro que debió darse con una piedra en la cabeza —dijo con desfachatez.

No podía creer que se reiterara tanto en insultarlo y abrió la boca para protestar cuando la voz de Archie resonó pronunciando su

nombre en la lejanía.

—¿Por qué lo nombraste? —reprochó dedicándole una mirada asesina que le valió para hacerlo reír a carcajadas.

Los hermanos Sullivan llegaron hasta ellos exhibiendo una gran sonrisa. Eran una pareja peculiar, uno correcto y encantador, otro desastrosamente insolente y, al fin y al cabo, excusable por su falta de seso. Charlotte trató de disimular su fastidio como pudo, mientras este se sentaba en la piedra de delante, mas la expresión vanidosa que Archie le regalaba la exasperaba.

—¿Otra vez comiendo tarta? —Ella, desconfiada, escondió su trozo bajo la solapa de su abrigo—. No hace falta que lo guardes, no me apetece, ya vengo saciado —soltó con retintín.

—Es verdad que ya hemos desayunado en la taberna, Charles, pero yo no bajaría la guardia.

Archie bufó mirando a Edwin, si bien, no le contradijo. En cambio, le tiró una piedrecita a Charlotte.

—¿Cómo lleváis el estudio? Espero que tengáis un rato libre esta tarde y nos acompañéis al río a bañarnos.

—Las lavanderas estarán también allí —añadió Archie con una sonrisa maléfica y ella no pudo más que reír.

—Me apunto —dijo Irving con gran entusiasmo, dejándola pasmada—. Nunca me he bañado en un río, debe ser divertido. ¿Te animas, Charles?

—Conmigo no contéis, no sé nadar —comentó tajante.

—No hace falta nadar, podrías quedarte en la orilla y refrescarte —contraatacó Archie.

—Tiendo a resfriarme.

—Y yo he pasado mi vida luchando entre la vida y la muerte por culpa de los enfriamientos, pero estoy dispuesto a correr el riesgo.

Charlotte no sabía qué excusa inventar ya y entonces Edwin la apoyó de manera inesperada.

—Creo que con la mano vendada no es buena idea, chicos. Será mejor que lo dejes para cuando estés recuperado, pero podrías venir y acompañarnos un rato. Se trata de un lugar idílico y es una pena que no puedas disfrutarlo.

—Es verdad, mi mano. Ya no recordaba que la tenía lastimada —respondió tan nerviosa que hasta Archie ladeó la cabeza, extrañado. Al notar su desconfianza, no tuvo más remedio que aceptar su proposición—. Iré. Si vosotros os bañáis, yo podré pasear con alguna moza.

Archie aceptó el comentario con una carcajada y se relajó. Charlotte respiró más tranquila, sin embargo, captó una fugaz y enigmática mirada de Edwin sobre ella que no le resultó indiferente.

Irving carraspeó, llamando la atención de todos que se centraba, precisamente, en ella.

—Edwin, tengo una duda sobre el otro día. Ya sabéis cómo acabamos con tanta bebida… ¿Tenéis idea de dónde fue a parar mi reloj de bolsillo?

—Lo perdiste apostando —contestó con seriedad.

La expresión de Irving no era menos sorprendente que la de ella, que no podía cerrar la boca por el pasmo.

—Sí, te llevaste un buen disgusto, no parabas de decir que era de tu padre, lloraste un buen rato por ello.

—¿En qué consistió la apuesta? No lo recuerdo.

Irving parecía despreocupado, su actitud era serena y desinteresada, no obstante, Charlotte detectó un temblor nervioso en sus manos, las cuales cerró con fuerza. Debía ser muy frustrante para él no recordar nada y asumir un error tan estúpido a causa de una borrachera.

—Neil usó el *backgammon*. Es el mejor jugador que he visto nunca.

—Me ganó porque estaba borracho. —Sus nudillos se mostraban blanquecinos, debido a la tensión que contenía—. Lo retaré y lo

recuperaré.

—¿Sabes jugar bien? Se te veía suelto al principio, pero claro eso fue antes de beberte tres jarras de vino —comentó Edwin. Irving asintió, reafirmándose—. Bien, pues lo buscaremos mañana, si gustas. Está siempre en la taberna por las tardes, buscando contrincantes. Espero que tengas suerte. Neil es imbatible, además le gustó mucho tu reloj, no sé si querrá arriesgarse a apostarlo.

—Lo hará —respondió tan seguro de sí mismo que nadie le rebatió.

Un silencio incómodo los envolvió. Solo el sonido de las hojas mecerse rellenaba esos gélidos claros de leves matices más cálidos.

—Deberíamos volver, las clases comienzan pronto —propuso al notar que el pesar invadía a Irving.

—Sí, vayamos —le dijo Archie con prisa, ofreciéndole su mano para ayudarla a levantarse.

Charlotte se hallaba tan preocupada por Irving que no cayó en que dejaba el trozo de tarta expuesto y este aprovechó para robárselo y metérselo en la boca de una sola vez. Con toda su caradura lo masticó como una tonta vaca delante de ella.

—Serás… ¡Me las pagarás, maldito cabeza hueca!

—Si yo soy un cabeza hueca, tú eres un ingenuo.

Charlotte se levantó, veloz. Archie la imitó, habiéndose tragado ya el trozo de tarta y mostrándole una sonrisa llena de migas.

—¡Eres imposible! —exclamó ella, enseñando el puño en alto—. ¡Voy a tener que esconderte mi comida de ahora en adelante!

Archie rio y extendió las manos mostrando una falsa inocencia que la molestó aún más.

—Vamos, no te enfades. Te compensaré dejándote a la más guapa de las lavanderas esta tarde.

Charlotte soltó un gran rugido frustrado.

—¡No te aguanto! ¡Apártate de mi vista! —gritó, echando a andar a grandes zancadas.

—¿Qué vista si no ves ni tres en un burro sin tus gafas?

Archie la alcanzó y se colocó delante de ella, haciéndole mohines absurdos con su boca y ojos.

—Veo el peor delante de mí y con eso me basta para una vida entera.

Camino de las clases, tuvo que seguir soportando su estupidez mientras Irving y Edwin los seguían, bastante divertidos. Alguna vez oía la risa de su príncipe y eso la llenaba de alegría como si fuera el mayor de los regalos. Lo había visto tan apenado al descubrir su metedura de pata que no le importaba seguirle la corriente a ese bobo de Archie si con eso lo hacía olvidar.

Cruzó alguna que otra ojeada con él que calentó su pecho y le hizo latir el corazón más rápido. Cuando eso sucedía, la invadía una sensación maravillosa, como si unas mariposas revolotearan en su interior. La hacía sentir mujer a través de sus ojos y dejaba de ser el chico que intentaba aparentar. Era ella por un instante.

Durante las clases, Irving y Charlotte se sentaban juntos. Él leía los manuscritos que pedía el profesor en voz baja, solo para ella, su voz era un susurro que hacía vibrar el aire entre ambos. Ella se derretía, imaginando dedicarle palabras de amor de aquella manera y en otras circunstancias más íntimas.

En uno de los pasajes de un poema, embriagada por tanta emoción, no pudo contener lo que pensaba.

—Irving, me haces sentir como si estuviera en un sueño cuando lees —murmuró con sus ojos cargados de admiración.

Él levantó la vista del manuscrito, sorprendido por la confesión. Una sonrisa tímida se formó en sus labios, y no agregó nada. Siguió leyendo, pero comenzó a hacer pausas cada vez más largas, conteniendo el aliento y entrecortando la respiración. Charlotte lo contemplaba sin perder detalle, hechizada por esos sonidos que soñaba con atrapar con su boca.

De pronto él se interrumpió y volvió a mirarla. Sus ojos se perdieron en los suyos, parecían remover su interior, revelando sus pensamientos más recónditos y haciéndose cómplice de ella. Deseó devorar con ansia sus labios entreabiertos. Contuvo el aliento al regresar a la profundidad de su mirada, la más ardiente que había advertido en un hombre.

—Chicos, pasamos a recogeros sobre las tres y media para ir al río —dijo Edwin a su lado en el banco, apretando su hombro y despertándolos de la burbuja donde habían quedado absortos.

Parpadeó y carraspeó, muy nerviosa.

—De a-acuerdo. —Se puso en pie al comprobar que la clase se hallaba cada vez más vacía y, fijando la vista en el suelo, comenzó a seguir a los demás como un autómata.

Sentía sus mejillas arder, su cuerpo se hallaba acalorado y le agobiaba la faja en su pecho. Necesitaba salir de allí lo antes posible, pues notaba que le faltaba el aire a cada paso, tropezando con los demás alumnos.

Tras una buena caminata, alguien la agarró del brazo con firmeza y al volverse descubrió a Edwin a su lado que la arrastraba con premura hasta afuera. Se dejó llevar lejos del edificio, dejando atrás a todos y por fin pudo respirar en paz.

—No puedes evitar amarlo, pero no debes dejar que lo vean. —Charlotte levantó la vista, aterrada. Edwin la observaba con una seriedad que la dejó atónita—. No hace falta que disimules conmigo. Sé que no eres un hombre desde la primera vez que te vi.

Tras unos interminables segundos, sopesando todo, cogió aliento.

—¿Por qué no me has descubierto? ¿Esperas algo a cambio? —preguntó en susurros jadeantes y desconfiados.

—Tengo mis razones, si bien, las guardaré para mí. No debes preocuparte, no espero nada tuyo, Charles.

—No entiendo qué te mueve a no pregonarlo a voz en grito si no deseas beneficiarte, pero te lo agradezco. Nunca me prestaría a ciertas prácticas, prefiero ser expulsada o condenada.

—Lo imagino, y ya hablaremos. Por ahí viene mi hermano e Irving, y este último creo que bastante preocupado. Sígueme la corriente —musitó y continuó en voz alta—. Luego te llevaré mis poemas, necesito conocer tu opinión sincera.

—¿Otra vez con eso, hermano? ¿Qué esperas que te diga Charles que no te haya dicho yo? Sabes que son una joya —soltó Archie a su lado, echándole la mano por los hombros, apretándola contra él.

La sacudió tan fuerte que casi la hace caer, no obstante, Irving la sujetó pasando un brazo por su cintura de forma posesiva.

¿Qué ocurría allí? Se sentía tan agobiada entre esos dos gigantes y sabiendo que su futuro se hallaba en manos de Edwin, quien se mostraba entre perplejo y divertido, que ya no pudo aguantar más.

—¡Necesito estar solo! —Mirando a Edwin, concluyó—. Tráeme tus poemas luego, Edwin. Será un gusto leerte, gracias.

Sin echar la vista atrás, se largó calle abajo, tratando de no pensar en todo lo que había sucedido esa mañana.

XVII



Irving siguió a Charles tras despedirse escuetamente de los hermanos Sullivan. No apretó el paso para alcanzarlo. ¿Para qué? Charles no deseaba su compañía. Entendía que se hubiera enfadado, pues tanto Archie como él lo habían asaltado, Sullivan lo estrechó igual que a cualquier amigo, pero él… A él lo había invadido un sentimiento de posesión desconocido que lo hizo comportarse como un obtuso.

Al largarse con prisa de la universidad, apenas le dio tiempo de recoger las pertenencias de Charles olvidadas en el banco. Lo peor vino al verlo hablando con Edwin, apartados en una esquina en plena calle. Sin entenderlo, por un momento sintió unos celos terribles, algo estúpido. ¿Por qué desde que parecía atraerle Charles, creía que todos guardaban el mismo propósito?

Lo perdió de vista entre la gente y siguió paseando más tranquilo. Miró su bolsa de libros y sonrió, feliz de tener una excusa para pegar en su habitación.

No pretendía dejarse arrastrar por esa atracción incomprensible que sentía por Charles, mas debía reconocer que con él era con quien se sentía bien, no le costaba abrirse ni exponer su sensiblería artística. No tenía que fingir ningún absurdo papel de guerrero, y disfrutaba con sus charlas enriquecedoras. El saltamontes era listo y un buen argumentador, algo que valoraba más que a nada por ser difícil de encontrar. Entendía bastante de matemáticas, era bueno razonando y aportando ingeniosas soluciones. Le gustaba tenerlo

como el mejor compañero de estudios y… ¿amigo? Todavía no podía llamarlo así, no sabía nada de su vida ni su pasado. Lo único que había esclarecido era que cuidó de su padre, quien padeció de asfixia igual que él, y que murió de eso mismo.

Conocer aquello lo deprimió un poco, pues era uno de sus miedos acérrimos. Al enfermar, debía extremar ciertos cuidados si no quería sufrir golpes de tos que podían acabar con su vida. Era cierto que, desde hacía un tiempo, había mejorado mucho. No enfermaba con tanta asiduidad y al hacerlo, no era golpeado de forma intensa. Visto estaba que había disfrutado al fin de la compañía femenina y sin privarse de sobreesfuerzos. Ninguna mujer podía decir que era un debilucho, por lo menos, respecto a sus encuentros amorosos.

Era tan extraña esa atracción hacia Charles que le resultaba toda una incógnita y, cómo no, cada vez más desconcertante. Cuando estaba a su lado no veía a un hombre, aunque lo fuera. Desde el principio había notado que desprendía de él una esencia femenina y una gracia delicada que solo había visto en su cuñada Adele. No podía negar que la primera vez que la vio no se sintiera atraído. Era de una belleza sin igual y su porte aristocrático le parecía fascinante. Irradiaba una dulzura que jamás había conocido, además de una enorme soledad. Tal vez se sintió identificado en cierto modo con su desamparo, el mismo que él arrastraba desde la infancia. Quizás fuera eso lo que lo cautivara de Charles y lo estuviera confundiendo con una atracción física irrefrenable…

Contento con esa posible solución a su problema de hombría, llegó hasta el hotel. Saludó con cortesía al casero y le avisó que ese medio día disfrutaría de su menú dispuesto. Este asintió, encantado de tenerlo por primera vez de comensal y aumentar sus depósitos económicos una jornada más.

Se sentó en el saloncito comunitario acompañado del señor Grant, quien se esmeraba en ser un buen anfitrión. Al entrar, reconoció a ciertos alumnos de la universidad, quienes a su vez lo saludaron con cordialidad. Seguía sin entender por qué era una

persona popular. Se sentó en una mesa de madera donde algunos charlaban afables, tomando unas cervezas.

El líquido ambarino le produjo aprensión, el alcohol era un demonio que había corroído su existencia y la de su familia por muchos años. La voluntad de su hermano Cameron había sido anulada por la bebida, acabando con su hermandad, separándolos. Hacía unos días, él había caído en la misma estupidez y había perdido uno de los presentes más preciados que guardaba de su padre en vida.

Recordaba como si fuera ayer cuando le dijo esas palabras que parecía llevar grabadas a fuego en su corazón: «El tiempo perdido no se recupera, pero cada momento es una oportunidad para crear algo valioso». Luego le regaló el reloj de bolsillo hermosamente tallado. Él sabía de su sufrimiento y frustración al quedar en cama durante tantos días sin poder disfrutar de su infancia. Conocía su pena y procuraba hacerle ver que el tiempo que viviera era un tesoro que debía apreciar y que nunca recuperaría si no lo aprovechaba.

Por eso estaba ahí, haciendo lo que no pudo cumplir en un pasado, porque se le brindaba la oportunidad después de tantos años de frustración.

Echó la vista hacia un rincón donde un individuo con aspecto descuidado y una sonrisa chulesca lo observaba sentado en un gran sillón. Sus ojos oscuros lo penetraban con descaro y parecía esperar que lo saludara. En realidad, le era familiar, y pensó que sería un alumno más que se había cruzado en la universidad. Tras no recibir ninguna reacción por su parte, el hombre negó con la cabeza y rio con expresión incrédula. Los muchachos que se hallaban sentados junto a él guardaron silencio.

Extrañado, se levantó y se dirigió a él.

—¿Nos conocemos? Creo que espera que lo salude, sin embargo, no recuerdo…

—Me alegro de volver a verlo, señor McAllen. Por lo que veo estaba más borracho de lo que pensaba la otra tarde. Mi nombre es Neil McDougal, jugamos unas cuantas partidas.

Irving apretó la mandíbula y no pudo contestarle en un primer instante, controlándose las ganas de cogerlo por la pechera y darle una buena paliza. Finalmente, carraspeó, nervioso, y asintió, aceptando el comentario.

—La verdad es que lo estaba, señor McDougal. Es una pena que yo no comparta el mismo sentimiento de alegría hacia usted, pues entiendo que le gusta aprovecharse de esas debilidades para vanagloriarse de sus victorias.

—Lo dice por esto, ¿verdad? —Neil extrajo un reloj de bolsillo de su abrigo y lo exhibió con una sonrisa burlona delante de él—. Es muy bonito, le confieso que cuando me gusta algo suelo poner más empeño en ganar… No obstante, usted no es rival para mí.

Neil se encogió de hombros con despreocupación e Irving se enfureció más. Al mostrarle el reloj tuvo que reprimirse para no lanzarse sobre él y quitárselo a golpes.

—Eso es porque, como ya sabe, estaba tomado. Podríamos volver a jugar, pero en circunstancias igualitarias, McDougal.

Un brillo codicioso en los ojos de Neil le advirtió que acababa de caer en un juego más que planeado de antemano y apretó los puños. Temblaba de contención, tan pronto como el casero los interrumpió.

—Señor McAllen, su mesa está preparada.

—Mañana por la tarde nos veremos en la misma taberna. Llévese mi reloj, será la última vez que lo vea.

Neil asintió con una gran sonrisa encantadora y sus acompañantes aplaudieron ante la batalla que auguraban disfrutar.

Se volvió por fin hacia el señor Grant.

—Lo acompaño, gracias.

Siguió al casero, no sin antes recoger la bolsa de libros de Charles. De camino a la sala contigua, trataba de calmar su rabia. No era propio de él actuar de forma tan impetuosa y se odiaba a sí mismo por parecer haber caído en su maraña ilógica, aunque se decía que era imposible que pudiera predecir sus movimientos sin apenas conocerlo.

Contaba con que Neil era un experto y, sobre todo, tenía la corazonada de que era más que eso: un embaucador de almas y adivinador de emociones. Debía de tener cuidado con él, no albergaba ninguna duda.

Entró en una sala compuesta de unas pocas mesas de madera cubiertas por manteles blancos. Las paredes se adornaban con cuadros pintados al óleo con motivos florales y de labranza. Algunas mesas se hallaban ocupadas por otros alumnos a los que apenas prestó atención, sumido en sus pensamientos meditabundos. La tensión lo hacía preso y sentía que ya no tenía tanta hambre. El señor Grant le dispuso una mesa cerca de la ventana y fijó su atención en las vistas que le brindaba de la calle.

Tan absorto se hallaba en sus meditaciones que se sobresaltó al notar una mano sobre su hombro. Tras saltar en su asiento, buscó al culpable de su inesperada agitación. De pronto, sus ojos se encontraron con unos verdosos que conocía bien. Aun así, no pudo articular palabra unos segundos.

—Siento haberte asustado —dijo Thom con un leve rubor en su rostro sereno. Al mostrarle una sonrisa afable, continuó—. Estaba esperando que Charles bajara y, al verte tan solo, me preguntaba si te gustaría acompañarnos.

—Será un placer, Thom. —Se levantó igual que un resorte y se dirigió a la mesa que le indicaba. Tras sentarse a su lado, tragó saliva antes de hablar—. Siento lo de anoche, no debí hablarte de forma tan grosera. Yo… llevé las gafas a reparar y cómo te dije correré con los gastos. Lo de no volver a dirigiros la palabra sobraba, lo sé.

—No te preocupes, muchacho. Todo sucedió muy rápido y me da que te acometen nuevas situaciones que no consigues asimilar cabalmente. Yo tampoco fui muy cortés al cerrarte la puerta en la cara, y espero que no me lo tomes en cuenta. Ya me contó Charles que lo ayudarás estos días mientras no pueda leer ni arreglárselas él solo con la mano vendada. Eres muy amable, aunque...

—No me pesa.

El silencio entre los dos se hizo por un momento muy incómodo, sin embargo, pronto no le importó, al centrar su atención en Neil que entraba a la sala junto a sus amigos y se sentaba justo donde él lo había hecho antes. Al contrario de él, no le dirigió ni siquiera un vistazo. Apretó la mandíbula y soltó un gruñido, haciendo que su acompañante levantara una ceja, extrañado.

—¿Ocurre algo con ese? —preguntó Thom, señalando a Neil con la cabeza.

Irving suspiró, resignado, ante su falta de dominio y ser tan trasparente.

—Me sacó el reloj de bolsillo de mi padre jugando al *backgammon* la otra tarde de borrachera. —Thom asintió, entendedor—. Hemos quedado en volver a jugar mañana. Pienso recuperarlo.

—No conozco mucho a ese Neil, pero sé que es bueno. Deberás estar muy seguro de ti mismo si quieres ganarle, chico.

—Lo estoy. También soy bueno.

—A Charles tampoco se le da mal ese juego, siempre me insiste en que juegue con él, si bien, lo aburro después de un rato y termina rindiéndose y dejándome ganar —soltó entre risas. Irving, imaginando la situación, lo imitó—. Es un juego tonto.

—Siento contradecirte, Thom, pero no pensaban así los antiguos mesopotámicos. Es un juego de estrategia y que requiere un cálculo cuidadoso de probabilidades. La mente debe ser muy hábil y planificar con anticipación los movimientos.

—Creo que harías buena pareja con Charles —dijo Thom de manera despreocupada con un gesto de la mano. Irving no supo qué decir al pensar en el significado oculto que su cabeza se empeñaba en mostrarle y no la inocente frase que le había expuesto. Por fortuna, este no parecía haberse dado cuenta y prosiguió—. Oh, al fin llega.

Sin desearlo, se tensó como un palo y procuró serenarse. Una emoción de alegría inigualable lo inundaba cada vez que lo tenía cerca. De repente, vio que antes de sentarse dirigía una mirada a la mesa de Neil, a quien saludó con un gesto de la cabeza. Este le devolvió el saludo con cortesía y una enorme sonrisa.

—Hola de nuevo, Irving. Veo que comeremos además juntos, aunque no creo que necesite tu ayuda para eso —soltó con intención.

Sin duda, seguía enfadado con él.

—Siento lo de antes, pensé que Archie te estaba agobiando, solo quise salvarte de sus zarpas, *amigo mío* —acentuó las dos últimas palabras a propósito.

—Sí, ya vi —contestó clavándole sus ojos azules con fiereza.

Irving le sonrió sintiendo un cosquilleo en su estómago. Le encantaba su expresión furibunda cuando se enfadaba. Desde que no llevaba las gafas podía disfrutar de sus rasgos delicados, y verlos constreñidos le resultaba gracioso.

Thom los observaba en silencio y sin perder detalle.

Al fin desvió la vista y, en seguida, dio un respingo al fijarse en el bulto a su lado.

—Te traje tu bolsa con tus libros, la olvidaste en el banco —explicó Irving con rapidez.

—¡Gracias! —respondió con entusiasmo y una ligera sonrisa, lo suficiente para hacerlo sentirse muy satisfecho.

Tras acercarse el camarero a tomarles nota de lo que tomarían, se relajaron. La conversación fue amena y sin sobresaltos ni

acusaciones. Disfrutaron de unos platos muy buenos basados en un guiso humeante de cordero. La deliciosa sopa de cebada, verduras y trozos tiernos de carne los hizo gemir de gusto al mojarlo con *bannocks*, también recién hechos por la señora de Grant.

La charla continuó degustando un plato de *haggis.* Tras devorarlo, Irving se sintió pleno, cosa que el enorme Thom no parecía apenas saciado. No pudo ni tomar un trozo de la tarta de avena y miel que este tragó con gusto. Irving lo observaba con una mirada atónita.

—Come demasiado —le dijo Charles entre risas—. Ya le tengo advertido que se pondrá gordo como una vaca si sigue así.

—Si me muero, que sea después de un banquete semejante a este, niña.

Los dos rieron a la par. Irving, contrariado, arrugó el ceño, pensando que lo había oído mal al referirse a Charles como niña. Decidió no darle más importancia y anunció que subiría a su habitación a cambiarse para ir al río. Sin embargo, Neil se levantó antes de su mesa y se despidió de ellos con un cortés saludo.

Irving lo ignoró, pero Charles le respondió con efusión.

—¿Lo conoces?

—Hemos echado unas partidas más que interesantes al…

—*Backgammon*, lo sé —lo interrumpió.

Charles lo observó suspicaz y luego pareció recordar algo.

—Él fue quien te ganó tu reloj, recuerdo que lo mencionó Edwin esta mañana.

—No me lo ganó, me lo robó, insisto. —Ante su cara de incredulidad, continuó con hartazgo—. Estaba borracho.

—Pero eso solo es problema tuyo, tú jugaste y él ganó el reloj.

Irving se levantó de golpe de la silla, con las manos apoyadas sobre la mesa y haciendo un gran esfuerzo por contenerse y no gritar. Era frustrante saber que Charles tenía razón y que, únicamente, él era el responsable, pero más rabia le daba que no le

diera importancia. Lo que para Neil no suponía nada, para él significaba la pérdida de algo muy valioso.

—Lo recuperaré —gruñó y se dirigió a la salida sin decir nada más.

Charles y Thom lo contemplaron con preocupación en tanto que se alejaba y eso lo enfureció mucho más. Sabía que estaba actuando como un estúpido, sin embargo, que Charles le diera la razón a ese odioso de Neil, lo enervaba y lo hacía sentirse más irracional e infantil. Él no era un niño, era un hombre y sentirse derrotado lo enfurecía, pero ver que alguien a quien consideraba su amigo no se ponía de su lado, lo desalentaba.

«No es tu amigo en realidad, idiota. Charles es tu compañero de estudios», se repetía mientras entraba a su habitación y daba un portazo.

Se deshizo del nudo que tenía hecho en su cuello, que le ahogaba igual que una garra y dejó caer el abrigo sobre la silla. Desnudo, buscó una camisa ancha y otros pantalones más holgados. Una vez vestido se dejó caer con pesar en la cama mirando al techo. Con un brazo sobre sus ojos probó a serenarse, tomando profundas respiraciones, tal y como le había enseñado Adele, primeramente, y luego su prima Elizabeth McCain, la sanadora.

Poco a poco, el ritmo de su corazón bajó y cayó en una duerme vela, calmosa. Sin darse cuenta, la oscuridad lo envolvió y se sumió en un profundo sueño:

Debía llegar al castillo lo antes posible, pero le faltaba el aliento. Su pecho ardía en llamas entretanto veía su propósito cada vez más imposible de cumplir. Su hermano podía morir en manos de esos mercenarios…

A lomos de Pegaso, lo vio todo blanco y lo envolvió el silencio. Abrió más los ojos, pues una luz blanca lo cegó y perdió la noción del tiempo y lugar. Aspiraba fuerte, capturando cada sorbo de aire del cual dependía para sobrevivir. Entonces, el aire inundó sus pulmones llenándolo de un alivio cálido y enérgico. Notó cómo la

vida lo inundaba de nuevo y comprendió que su final, aunque casi alcanzado, todavía quedaba lejos. Tenía otra oportunidad… Los ojos azules, bajo la profundidad de una capucha oscura, lo embelesaron unos segundos donde el tiempo desapareció como por arte de magia.

Unos fuertes golpes en su puerta lo hicieron despertar sobresaltado. Los gritos de Archie en el pasillo lo acuciaban a salir. Había cerrado con llave, y estaba seguro de que gracias a eso no lo había asaltado. Suspiró con hartazgo y se levantó.

—¡Ya voy! —gritó poniéndose su abrigo y metiendo en una bolsa una toalla y otra muda.

Cuando abrió la puerta, tres pares de ojos lo observaban con impaciencia, pero solo los de Charles llamaron su interés: eran iguales que los de su sueño ¿o era tal vez un recuerdo?

XVIII



El río era de unas aguas tan cristalinas que invitaban a bañarse. Obnubilada, las contempló y una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios al reparar en la cara de espanto de Irving.

—¿Qué te ocurre? ¿Te da miedo el río? Solo es agua.

Él entrecerró los ojos ante su divertido tono.

—Debe estar helada. Creo que no voy a bañarme.

—¿Cómo que no vas a bañarte? ¡Eso lo veremos! —gritó un exaltado Archie que había aparecido detrás de ellos, totalmente desnudo.

Charlotte se quedó petrificada ante la imagen. El colosal grandullón, más blanco que un queso, agarró a Irving por el cuello y, con ayuda de Edwin, también como su madre lo trajo al mundo, lo desvistieron en su presencia.

Quiso apartar la mirada, se sentía abochornada y bufaba, aun así, le era del todo imposible no fijarse en otra cosa que no fueran ese torso musculoso, esas caderas esculturales y ese… grande miembro entre sus piernas y que se sacudía como un gran látigo a causa de la lucha encarecida por resistirse.

«No mires, no mires más. ¿Puede ser *eso* tan grande? Oh, Señor, perdóname de nuevo por ser tan curiosa, pero ¿no es la curiosidad semejante a un gato con nueve vidas, que siempre tiene algo nuevo que aprender?».

Con un esfuerzo enorme trató de disimular su turbación. Al final, les dio la espalda y se alejó unos pasos.

—¡Cuando te cures te tocará a ti, Charles! —bramó Archie y oyó la risa de Edwin acompañarlo.

Este, sabiendo que era una mujer, debía estar pasándolo de lo lindo. Solo había que verle la cara de contención y disfrute.

Miró de soslayo, y cayó de nuevo en el hechizo de una enorme espalda y trasero perfecto antes de hundirse en el agua. Se persignó varias veces como si con eso pudiera borrar las obscenas imágenes. Irving gritaba insultos y repartía golpes a diestro y siniestro contra Archie, que parecía disfrutar cada vez más, salpicándole.

Con prisa, recogió el cuaderno que Edwin le había traído y lo abrió, intentando distraerse con algo que no fuera el continuo chapoteo del agua detrás de ella. Al encontrar las letras difusas, alzó los ojos al cielo.

—¡Maldición! No debí venir. ¿Qué haré ahora? —Cerró los ojos, tratando de serenarse, y recordó sin pretenderlo la entrepierna de Irving—. Su… cola es muy grande, más que las de los otros. ¿Será normal? ¿Tendrá alguna malformación heredada de su padre? Si fuera así, tampoco fue un problema a la hora de tener hijos, además, puede que eso influyera en tener gemelos… cuanto más grande, más… de todo.

Caminaba y caminaba, y más se hablaba a sí misma. En voz baja mantenía un soliloquio absurdo y sin sentido, pero que necesitaba como nada.

—Papá, perdóname por… sentir tantas cosas —expresó en voz más alta, consternada.

El río serpenteaba y sus aguas reflejaban los tonos verdes y marrones de la arboleda que seguía, así como el azul del cielo bastante despejado. Los árboles altos, con sus hojas susurrantes, ofrecían un murmullo mezclado con el melodioso canto de los pájaros. El aire se impregnaba del dulce aroma de las flores y un agradable olor a jabón.

Se cruzó con las lavanderas de las que Archie le había hablado con tanto descaro y, la desconcertó ver a alguna echándole el ojo. Incluso le pareció que le guiñaban y sonreían.

Esto le dio mucho en lo que pensar: «en realidad, no soy lo que los demás dicen que soy, sino lo que ellos quieren ver en mí. Irving, Archie, las lavanderas… ven a un hombre, simplemente porque no se les ha pasado por la cabeza otra posibilidad».

¿Qué significaba entonces ser auténtico en un mundo donde la percepción estaba sujeta a la interpretación de los demás? ¿Deberíamos ser fieles a nosotros mismos, sin importar lo que los demás esperaran? ¿Hasta dónde debíamos permitir que las opiniones y percepciones nos moldearan?

Demasiadas preguntas y reflexiones la asaltaban, apoyada en un árbol, observando a las mujeres frotar las ropas sucias.

Ella era consciente de que su real apariencia no era viril, sino delicada. Por ello, se había afanado en exagerar su aspecto, llevándolo a lo grotesco, incluso a lo ridículo. Sin embargo, después de ese paseo, llegó a la conclusión de que uno es solo lo que los demás quieren ver.

Esas mujeres se hallaban influenciadas por su condición masculina, sabía que una mujer jamás se vestiría de esa forma, por lo tanto, veían un hombre y les gustaba. Tal vez, ese era el motivo por el que nadie se había dado cuenta antes de su verdadera identidad. Todos, menos Edwin.

De repente, una de las lavanderas dejó su trabajo y se giró hacia ella. La observó con picardía y se acercó con pasos muy sugerentes. Comenzó a ponerse muy nerviosa, no tenía bastante con esquivar a esos brutos desnudos que también lidiaría con las de su mismo género. Guardó la compostura y esperó a que la saludara.

—Hola, ¿te has perdido? Nunca te había visto por aquí. Mi nombre es Isla.

—Encantado, Isla —respondió con la voz más nasal y desagradable que pudo poner. A esto ella arrugó un poco la nariz,

algo que Charlotte festejó por dentro—. Yo soy Charles Robertson, y no, no me he perdido. Vengo con unos amigos. Ellos se están bañando media yarda más arriba.

—Oh, veo que tiene la mano vendada… Si gusta, yo podría darle buenos cuidados, señor Robertson —soltó de sopetón guiñándole un ojo, acercándose a ella de forma peligrosa y dejándola con la boca abierta.

—Yo… —Se irguió tan rápido cómo pudo, quiso retroceder, mas tenía el tronco detrás y se lo impedía. A media voz, continuó—. No, gracias. Ya me lo vio el doctor.

—Estoy segura de que sí, pero mis cuidados son mucho más efectivos.

Sin darle tiempo a más, Isla la empujó contra el tronco y colocó su mano en su pecho, la cual introdujo bajo su abrigo. Charlotte quedó paralizada ante su intimidante asalto, pues los ojos de la lavandera reflejaban un confuso reconocimiento. Sin lugar a duda, había adivinado su pecho pequeño, pero bien formado bajo la tela apretada.

La voz grave de Edwin las hizo dar un respingo y salir de la confusión momentánea.

—¿Interrumpo?

Este se aproximaba junto a Archie e Irving y, al verla acorralada, se adelantó unos pasos.

—No, señor, yo... Ya me iba —dijo la muchacha, retrocediendo con el rostro muy ruborizado y avergonzada.

—Isla, ha sido un placer —dijo Charlotte.

Cruzaron sus miradas, y le rogó con esta que guardara silencio. Por suerte, pareció entenderla y asintió. La muchacha regresaba al río cuando la interceptó Archie con una gran sonrisa.

—Gracias, Edwin —musitó y este sonrió, aunque parecía preocupado.

—Chicos, quedaros vosotros aquí un rato, Charles y yo vamos a pasear, quiero leerle mis poemas. Ahora volvemos.

—¿No podéis hacerlo aquí mismo? —preguntó Irving, contrariado y con el rostro encendido de rabia.

—Me gustaría hacerlo en privado, ya sabes, es algo demasiado íntimo y me da un poco de vergüenza —contestó Edwin con soltura y echó a andar.

Charlotte lo siguió, sin saber qué decir. Luego miró sobre su hombro y se encontró con la furibunda mirada del rubio. No le había gustado la idea de que se fueran juntos y, sin saber por qué, eso mismo la divirtió y la hizo sentir bien. ¿Acaso estaba celoso?

—Charles…

—Charlotte —corrigió.

—Si no te importa, seguiré llamándote Charles, creo que así evitaré confusiones. —Ante su aceptación, prosiguió—. No sé si eres consciente de que estás jugando con fuego.

—Lo sé, Edwin. Pero esa mujer me abordó y no pude evitarlo…

—No me refiero a esa mujer, me refiero a Irving. Lo tienes muy confundido y no es justo.

—No sé a qué te refieres con…

—No te hagas la tonta. Como bien sabemos, eres una mujer. Él lo percibe y está loco por ti, sin embargo, cree que eres un hombre y eso… no está bien.

Charlotte se detuvo y este se volvió hacia ella.

—Uno —levantó el dedo de la misma forma que hacía el profesor McGregor en las clases—, Irving no está loco por mí; dos, no entiendo por qué no me acusas delante de todos, cualquiera lo haría…

—Esa mujer no lo ha hecho, ¿piensas que no me di cuenta de cómo te miró?

—Bueno, tal vez lo haga…

—No, ella temió por ti si se descubría, aunque no te conociera. Tuviste la suerte de dar con alguien que habrá pasado por lo suyo con un hombre y no deseaba lo mismo para ti. ¿Hay tercero? Cuando me lo expongas, te responderé al fin a lo segundo.

—Y tercero… —masculló, confusa—. Se me olvidó lo tercero.

—Bien, escúchame, Charlotte. —Su tono era firme y reprochador —. Solo esta vez te nombraré así, pues creo que es importante que tengas en cuenta tu verdadera identidad para entenderlo. A Irving le gustan las mujeres no los hombres, te ha elegido de entre todas las personas como suya, te guste o no. Él reconoce en el fondo la mujer que eres, pero no ve clara la realidad y se aferra a lo lógico. Jamás imaginaría que una mujer se haría pasar por un hombre en una universidad si no fuera por…

—Un sueño. Es mi sueño desde que tengo uso de razón. Quiero aprender, tener el mismo derecho al conocimiento, sin este no soy nada.

Edwin continuó más pausado, pero no menos determinante.

—Entiendo que sea tu sueño, más de lo que crees, aun así, juegas con Irving. Se estará planteando razones que no entiende, su corazón sufre y lo hará todavía más cuando te descubra. Únicamente espero que pueda perdonarte.

—No lo hará si no lo descubre.

—Lo hará, es un hombre y no podrá contener su instinto.

—Antes desapareceré de su vida.

—¿Lo amas? —Edwin cogió su mano y se la apretó al recibir una respuesta tan esclarecedora a través de su silencio—. ¿Podrás vivir abandonándolo a ese dolor y dejándolo dudar de sí mismo?

—Se acostó con la criada del hotel, no le costará nada reafirmarse con todas las mujeres de esta ciudad, Edwin.

—¿Y dejarás que lo haga? ¿Sacrificarás tu corazón por conseguir esa sabiduría que tanto aprecias? Puede que él te comprenda más de lo que piensas y quiera ayudarte con eso sin correr el riesgo de

exponerte a ser condenada por un tribunal. ¿Qué es la sabiduría sin nadie con quien discutirla?

Charlotte rio, titubeante, y se soltó de un tirón de su agarre, dolida e insegura. Todavía así, estaba preparada desde hacía muchos años para exponer su argumento, uno que cada vez se sentía con menos derecho a mostrar por sus actos egoístas. Sin pensar en las consecuencias, había besado a Irving, confundiéndolo, no en una sino en dos ocasiones.

—Tú no sabes lo que es ser mujer en un mundo de hombres, eres como ellos, nunca me entenderías.

—Te aseguro que lo entiendo bien. —Al ver que ella negaba tozuda con la cabeza, continuó—. Soy una mujer atrapada en un cuerpo de hombre.

Charlotte se llevó las manos a la boca, conteniendo un grito de sorpresa.

—No pensé que…

—Claro, de eso se trata, de que nadie se dé cuenta. Solo quien yo quiera que lo sepa.

—¿Confías en mí?

—Absolutamente. No sé si te has dado cuenta de que ahora estamos en igualdad de condiciones. Los dos dependemos del silencio del otro y será más fácil sobrevivir si unimos nuestro apoyo.

—¿Con qué fin, Edwin?

—Proteger a nuestros…

—Príncipes. —Él aceptó, pero algo se le escapaba—. ¿Quién es el tuyo? ¿Cómo podría yo…?

—Al principio, mi intención era nada más la de ayudarte, sé lo que es sufrir la frustración de no poder demostrar el amor de forma abierta, sin embargo, hay algo que ha ocurrido y que me preocupa. Se trata de ese reloj de Irving que le ganó…

—Neil. —Lo observó confusa, y con gran ingenio relacionó todo —. ¿Él es tu…? —Al ver que él no lo negaba, continuó tratando de

estar serena—. ¿Cómo puedo ayudarte? No sé qué pretendes, no entiendo nada, Edwin.

—Neil es tajante cuando juega, en la vida da su brazo a torcer, y es el mejor. Irving no le ganará y este lo arruinará antes de devolverle algo que cree que le corresponde por derecho.

—Tal vez le gane, Edwin. —comentó sintiendo que estaba siendo demasiado confiado.

—No. No lo permitirá. —La observó con gravedad—. Usará artimañas, si es necesario. Ya lo emborrachó la otra vez.

—Eso no es justo para Irving —protestó muy enfadada.

—Tú también lo engañas sin sentir remordimiento, por lo que veo —contraatacó.

—Sí que tengo remordimientos, muchos. No sé lo que es dormir desde hace meses sabiendo lo injusta que estoy siendo con él.

—Entonces comprendes mi situación. Yo solo quiero evitar que se enfrenten y salgan mal parados. No sabes lo que odio el juego, es lo único que se impone por encima de nuestro amor, lo prefiere a él antes que a mí.

—¿Has pensado que lo mismo no te quiere lo suficiente?

—Me quiere tanto como yo a él, pero no puede dejarlo. Es semejante a un dragón que lo domina y lo consume, es más fuerte que él y que todo en su vida. Es inútil luchar contra ello.

Charlotte sintió su pesar como el suyo mismo y esta vez fue ella quien agarró su mano, reconfortándolo.

—Pues si estás tan seguro, dime ¿qué podemos hacer para evitarlo? Mañana por la tarde será el encuentro.

Justo en ese momento, el sonido de unos pasos acercándose les obligaron a callar. Irving se aproximaba con cara de pocos amigos. Su cabello dorado se veía más oscuro a causa de la humedad por el baño. Caía desordenado enmarcando su rostro ceñudo, pero no menos atractivo por ello. En sus ojos se adivinaba un fuego abrasador, incontenible, y Charlotte notó que su corazón estallaría

sin remedio. La camisa se adhería a su torso marcando su musculatura y trasparentando sus pezones oscuros. De repente, lo imaginó desnudo, tal y como lo había visto hacía una hora, y se sonrojó mucho. Él no le quitaba ojo, y ella no podía apartar la vista de él. Ojeó sus manos entrelazadas con las de Edwin y adivinó sus pensamientos como si los gritara en voz alta. La había elegido, igual que le había dicho su acompañante, la reconocía como su pareja.

Sonrió, a pesar de la situación tan ridícula, rocambolesca e imposible entre ambos.

—¡Oh, son unos poemas magníficos! Es imperante que los publiques —exclamó, guiñándole un ojo a Edwin, que la miraba confuso—. Deberías presentárselos al profesor Murray.

—¿Tú crees? —continuó él sin entender mucho a dónde quería llegar.

Irving se paró en seco delante de ellos con los puños apretados, su respiración era forzosa debido a la caminata acelerada.

—¡Irving! Tienes que leerme el resto de sus versos, son maravillosos. Lo permitirás, ¿verdad, Edwin? No puedo hacerlo sin gafas. —Este afirmó no muy conforme.—. Bien, estoy deseando que me los leas.

Se soltó de Edwin y, distraída, colocó la mano sobre el pezón de Irving, lo que fue su perdición. Deseaba tanto a ese hombre, que sentir su cuerpo de aquella forma tan directa la enardeció.

Perdida en esa pasión, se mordió el labio inferior con provocación y él, que había abierto la boca para decir algo, enmudeció, sin dejar de mirarlo. Ella gimió, incontenible, dominada por un deseo irrefrenable.

Jugaba con fuego, pero no pudo resistirse a invitarlo a besarla entreabriendo su boca. Ser consciente de que lo dominaba le resultaba muy excitante y ambos quedaron atrapados en un hechizo muy peligroso. ¿Sería ella como Neil cuando llevaba al extremo la pasión de lo que más amaba?

Un carraspeo insistente los hizo reaccionar.

—Creo que deberíamos volver, está levantándose aire y pronto pasaremos frío si no nos secamos bien. Llévate el cuaderno si quieres, será un honor que Irving también lo lea.

—Gracias, amigo —dijo apartando la mano del pecho de Irving, quien gruñó como un animal desechado.

De vuelta, el cielo se cubrió por nubes oscuras que amenazaban lluvia y, como había advertido Edwin, se levantó una brisa fría muy desagradable.

Irving llevaba la toalla sobre su hombro, de forma descuidada, lo que le daba un aspecto más atrevido. Su cabello empezaba a secarse, por lo que se onduló un poco enmarcando su rostro, incluso algún tirabuzón asomaba travieso, tentándola a deshacerlo. Sin pretenderlo, su vista se cruzaba con la de él, que parecía estar ya más sereno. Lo sabía por su leve sonrisa mal disimulada cuando la miraba, regalándole su irresistible hoyuelo junto a la comisura de su boca.

Archie se había quedado en el río, disfrutando de la compañía de Isla y Edwin los acompañaba con expresión preocupada.

Al día siguiente los dos hablarían del tema en la universidad, no creía que fuera difícil encontrar un hueco para terminar de explicarle su plan para evitar el desagradable encuentro.

Vaya sorpresa le había supuesto conocer que Edwin se sentía mujer. Aquello era una locura: ella disfrazada de hombre enamorando a un *highlander* confundido y Edwin atrapado en un cuerpo que no correspondía con su razón de ser… Eran pecadores en un mundo inmisericorde.

Por un momento, se imaginó un escenario montado en medio de la plaza que cruzaban. Dos sogas colgaban de un esqueleto de madera y muchos ciudadanos se agolpaban con piedras en sus manos, preparadas para ser arrojadas con toda la furia.

Tal vez se estaba equivocando al ir en contra de las reglas y debía haberse quedado en su pueblo. A esas alturas ya estaría casada y, quién sabe, con hijos colgados de sus faldas. No obstante,

miraba a su príncipe y todas sus dudas se aclaraban, pues ¿qué era la vida sin amor, al fin y al cabo?

Sin poder evitarlo, su corazón ganaba terreno a su razón y eso era muy peligroso. No podía dejar de pensar que, tanto Edwin como ella, estaban en riesgo constante y que, obligadamente, engañaban a todos por la falta de empatía e imperante dominio sobre el mundo.

Un fuerte estornudo de Irving llamó su atención y lo observó a la vez que le seguía una ligera tos. Arrugó la frente al ver su expresión grave. Sabía de sus faltas de aire y sus muchos resfriados. Quizás no debió bañarse esa tarde en aguas tan frías…

Ella le sonrió para reconfortarlo, esperando que le devolviera la sonrisa, pero este no lo hizo y un fuerte golpe de tos lo asaltó de nuevo.

XIX



Irving se refugió en su habitación como un oso cavernario el cual sabe que no podrá salir en mucho tiempo a ver la luz del sol. El frío lo hacía tiritar y la tos, cada vez más insistente, lo cansaba. Él ya sabía cómo hacer en estos casos. Había pasado muchos años de cuidados y conocía cuál sería su evolución con suerte de que no se complicara. Puso unos paños, una palangana, la jarra de agua y una taza llena encima de la mesilla. Una vez con la ropa de cama, se cubrió con varias mantas para soportar el frío que ya conocía y lo asolaría en la próxima jornada. Era la primera vez que lo afrontaría solo, y eso era algo que lo inquietaba. Puede que muriera asfixiado y nadie se enterara hasta el día siguiente.

Tras varias horas soportando la tos y el mal cuerpo, no oyó los golpes en la puerta ni la voz preocupada de Charles hasta que lo despertaron con varias sacudidas. Temblaba, se sentía más muerto que vivo y no era del todo consciente de lo que ocurría a su alrededor. La noche la pasó entre jadeos, estornudos y tiriteras. En ocasiones, le parecía oír la voz dulce de Charles susurrarle palabras alentadoras, otras, la voz de Thom lo animaba a ser fuerte. Por fin, se durmió y despertó con la luz solar inundando la habitación. Tenía mucho calor, pero era algo más consciente de la realidad, aunque con la sensación de que tenía la cabeza metida dentro de un cubo. Debía tener fiebre, pues notó que le ardían los ojos y la cara. Sus manos se hallaban tan frías como un témpano de hielo y sus pies casi dolían, gélidos.

Ladeó la cabeza con pesar hacia su izquierda y descubrió con asombro un bulto grande en la cama de al lado. Alguien compartía su habitación.

Con la manta liada alrededor de sus hombros y tanteando controlar la debilidad en sus piernas, se puso de pie y caminó hacia el catre con sigilo. No esperaba descubrir el rojizo cabello que tanto le gustaba y con el que soñaba acariciar alguna vez.

Se agachó a retirar la manta que cubría su rostro con cuidado de no despertarlo y quedó obnubilado ante la hermosa imagen. Desprendía un olor maravilloso a rosas. ¿Tenía que creer que era un varón lo que tenía delante? Juraría que no, ¿cómo un hombre podía poseer unas facciones tan delicadas y oler tan bien? Rozó con sus dedos la mejilla pálida y tersa. Parecía tan joven… A esa edad debía haberle salido el vello, sin embargo, no vio ni la mínima pelusilla de un niño que comienza a hacerse adulto. Sonrió al oírlo balbucear algunas palabras ininteligibles, no sabía si era su imaginación o sus ganas de que fuera así, pero le pareció oír nombrarlo. Guio el dedo por sus labios cálidos, rojos como una cereza, hinchados igual que su miembro. Sin pensárselo dos veces, se agachó sobre ellos y los besó de forma fugaz, dominado por un deseo irrefrenable de devorarlos. Gruñó, luchando contra la avaricia que lo impulsaba a conquistarlos, hechizado por ese olor floral que lo volvía loco.

Se incorporó de golpe, frustrado y enfadado consigo mismo. Tosió un poco y se tambaleó, sintiéndose muy débil. Observó a un solo paso de él, su nariz pequeña y perfecta, semejante a la de un ratoncillo. Aun sabiendo que era un pecado, se lo comería a besos sin reservas. Si se entregaba a él estaba seguro de que lo recibiría, así se lo había demostrado esa tarde. Su entrepierna se endureció más, ávida de deseo por tumbarse a su lado y abrazarlo. Su instinto sexual despertaba ante esas largas pestañas y las pecas traviesas que imaginaba lamer cada vez de forma más violenta. Sin poder controlarse, se acercó de nuevo y hundió los dedos en su pelo. Gimió de placer al percibir su suavidad.

Al notarlo, Charles abrió los ojos de golpe y él retiró la mano con rapidez, avergonzado de verse expuesto ante tal confusión. Con inquietud, Charles se incorporó en el lecho y lo miró, interrogante. Rápidamente, el rubor inundó sus mejillas al reparar en su estado de excitación. Suspiró e Irving se lo tomó como una invitación que lo volvió loco. Lo necesitaba como a nada en el mundo. Soltó la manta y abarcó su rostro entre sus manos, manteniéndolo frente con frente, mezclando con él su aliento forzoso y necesitado. Sus ojos reflejaban el mismo deseo, guardaban el mismo ardor. Como la peor de las batallas, luchó contra el anhelo de lanzarse al vacío, lo deseaba demasiado, dolía tanto. No podía más, Charles lo empujó con brusquedad y salió de la cama, alejándose unos pasos.

Jadeaba como si hubiera hecho un esfuerzo sobrehumano, y eso despertó aún más su instinto sexual. Su miembro pujaba tremendo bajo los calzones y, perdido de deseo, se acercó a atraparlo entre sus brazos para obligarlo a despertarlo a ese mundo prohibido.

Jamás esperó que huyera ni tampoco ese terror que reflejó su rostro, pero no podía controlarse. Ardía en llamas y lo veía todo rojo, su cuerpo exigía hundirse en él o morir. Gruñó igual que un poseso y al tratar de acorralarlo contra la pared recibió el gran impacto de un puño en su mejilla, dejándolo muy atontado. Se tambaleó e iba a caer, cuando el cuerpo menudo de Charles lo sujetó por la cintura a tiempo. Confundido, se dejó conducir hasta la cama.

Al caer en el lecho, notó como si mil agujas se clavaran en su cuerpo mientras Charles lo tapaba con las mantas. Aquello no era otra cosa que un frío aterrador que conocía bien, anticipando fiebres más altas y peligrosas. La muerte lo atenazaba de nuevo en oleadas hasta hacerlo temblar. Ese contraste de temperatura acabaría pronto con él.

Tosió fuerte y aspiró con fuerza, asustado. Charles colocó su mano sobre su garganta con delicadeza, haciéndole saber con su calidez que estaba allí y eso lo tranquilizó. Poco a poco, recuperó el aliento y lo miró al fin.

—Me has dado un puñetazo —susurró, riendo entre dientes.

—Me obligaste a hacerlo, ibas a…

—¡No! —protestó alzando un poco la voz, lo que lo hizo volver a toser. Al recuperarse, continuó—. No digas algo que jamás ocurrirá.

Controlaba el temblor de sus manos en tanto que agarraba la taza que le ofrecía Charles. Con un esfuerzo enorme le sonrió, borrando la oscuridad que inundaba sus ojos azules tan hermosos. Le encantaba que prescindiera de esas horribles gafotas, pues podía leer todo lo que pensaba en ellos sin artificio de por medio. En ese momento, a la vez que le sonreía, descubría un afecto sincero que lo removía por dentro.

Al asir el recipiente, su mano cubrió la suya como una caricia inocente, pero cargada de intención. Luchaba contra sus sentimientos con todas sus fuerzas, sin embargo, deseaba que formara parte de su vida de forma natural, de su día a día. ¿Cómo había dejado que ocurriera? Dios sabía que sufría por ello. En su mente, en sus sueños, siempre volvía a él, a su boca de labios húmedos y sonrosados, y a unos ojos que le robaban el poco aliento cada vez que lo miraban. Incluso estando enfermo tenía ganas de tocarlo y, por raro que le pareciese, al hacerlo se sentía vivo.

Una descarga lo recorrió y quedó absorto. Con sorpresa, notó sus dedos escapar de entre los suyos, cediéndole la taza y despertándolo del hechizo. Bebió del agua con ansiedad, se encontraba sediento.

El sonido de la puerta al abrirse llamó su atención. Charles se acercó a ella. En la postura en que se encontraba era difícil ver quién era, pero pronto oyó la voz conocida de Thom.

—Charles, no deberías saltarte más horas de estudio, yo puedo cuidarlo —dijo el hombre, sin perder ojo de nada de lo que sucedía mientras se acercaba—. Iré por el doctor para que venga a reconocerlo, no veo que esté mejor.

—No, no me moveré de su lado —contestó, rotunda.

—Está bien, volveré en un rato. Avisaré al casero para que esté pendiente.

—De acuerdo, amigo. No tardes mucho, tiene mucha fiebre otra vez.

Thom asintió y se largó con premura. El silencio inundó la habitación de nuevo. Oyó como arrastraba una silla y la acercaba hasta su lecho.

—No puedo ni leerte, Irving. Vaya desastre de cuidador estoy hecho —dijo provocándole una sonrisa.

—Con que estés a mi lado es suficiente. —Calló unos segundos, sopesando qué decir—. Siento lo de antes, no era dueño de mí.

—Sé que no eras tú, por eso no debes disculparte. Ahora, te aviso que, si vuelves a intentarlo, probarás también el izquierdo. Pese a que esté vendado, ándate con cuidado.

Rio, sin pretenderlo. Hablaban de algo tan escandaloso que no podía evitar ruborizarse. Harto de guardar la compostura ante él, siendo tan evidente, se rindió.

—Deseo, Charles. El deseo por ti es algo que no puedo dominar. Creo que nunca anhelé tanto a nadie. Me has perdido en un limbo del que no puedo escapar —confesó ojeando el techo, sin atreverse a mirarlo a la cara—. No cederé, a pesar de que haya parecido otra cosa. Estoy febril. Te ruego que no me temas, no volverá a ocurrir.

Charles asió su mano y se la llevó a los labios, donde dejó un beso en su dorso, a modo de respuesta. Él acarició su mejilla y Charles la apretó contra sí. No hacían falta palabras para saber lo que expresaban sus ojos. ¿Lo amaba? Sin entenderlo, su pecho rebosaba de una alegría que en la vida había sentido, igual que miles de mariposas revoloteando. Como un relámpago, todo en él cobró sentido al recordar la última conversación que mantuvo con su padre fallecido:

¿Y cómo sabes que estás enamorado, padre? —preguntó Irving, embelesado.

Su padre sonrió con la mirada perdida en el fuego del hogar.

—Cuando te enamoras sientes un cosquilleo en el estómago, como unas mariposas…

…Como sabes, la fuerza y la valentía son importantes, pero también lo es el amor. Un verdadero líder debe tener un corazón fuerte. Esas mariposas o el amor, como quieras llamarlo, nos hacen más humanos, no lo olvides. Puede que tengas que recordárselo a él algún día.

—No lo olvidaré, padre. A pesar de que no me corresponda ser el líder de este clan, ayudaré a mi hermano a no ignorar esas mariposas… Además, las buscaré también para mí y, al encontrarlas, sabré que podré ser tan feliz como tú.

No podía dejar de mirar a Charles al evocar ese momento. ¿Era Charles su felicidad?

Un golpe de tos fuerte lo asaltó dejándolo exhausto y casi sin aire. Notaba las manos de él, sujetándole la cabeza con firmeza, mientras le indicaba cómo hacer una respiración profunda. Él se esforzaba en seguir sus instrucciones y pronto recuperó el aplomo, si bien, sus ojos se cerraban en contra de su voluntad al notar sus dedos masajearle las sienes. Sin quererlo, la debilidad lo sumía poco a poco en un sueño profundo.

Sentía mucho calor, ardía por dentro. La fiebre lo arrebujaba como un manto pesado y sofocante. Cada respiración era un esfuerzo, y sus pulmones se quejaban con un silbido doloroso. El peso de la manta le impedía moverse, estaba tan débil…

La habitación se había convertido en una prisión de sombras y murmullos. No veía ni tampoco oía a nadie en concreto lo que se le hacía muy inquietante. Todo a su alrededor, como fantasmas de un sueño febril danzaban sin rumbo fijo, confundiéndolo. En la duermevela, vagaba entre lo real o imaginario. Veía rostros conocidos, el de su hermano o su madre y, tan pronto como probaba tocarlos, desaparecían. Una voz dulce y constante nunca lo dejaba, llegando a él igual que un eco distante, mas con la seguridad de que era lo que necesitaba.

Desvariaba y navegaba en un mar de locura, donde se le aparecía un saltamontes y lo asustaba. Huía de él a toda prisa, pero el insecto volvía a alcanzarlo. En esas escenas tan extrañas, sentía

que no era un insecto, sino una mujer encapuchada, entonces con grandes lagunas alrededor de las visiones, aparecía el rostro de Charles y él recuperaba la paz que necesitaba. En esos momentos luchaba por gritarle que lo correspondía, que borrara su rechazo y que se entregaría a él, pues no le importaba que fuera hombre, que estaba enamorado de su esencia, de su hermosa alma, de todo su ser. Él lo atravesaba tras sus grandes lentes con expresión enamorada y lo veía claro.

Como en un sueño, lo imaginaba acariciándolo con suavidad y a veces con rudeza. La imagen de sus manos palpando su entrepierna lo acuciaba, lo volvía demente y dependiente de la noche. Tenía escenas ilusorias donde Psique lo amaba, besaba y acariciaba, dándole el alivio que tanto rogaba. Él era Cupido y se dejaba llevar a la locura donde gritaba su nombre y gemía de placer absoluto.

En sueños, Psique se transformaba en Charles, lo que le daba fuerzas, aunque fuera por esos breves instantes, antes de que la fiebre volviera a sumergirlo en las aguas turbulentas de la oscuridad.

No sabía diferenciar la realidad del limbo, aun así, dejaría que lo cuidara eternamente de esa forma. En sus brazos moriría feliz. Solo le faltaba una cosa para conseguir la plenitud, hacerlo suyo.



—Doctor, dígame que está mejor, por favor —le pidió Charles mientras observaba cómo le desliaba la venda de la mano.

—Hoy noto una leve mejoría en él. Que ya no le dé fiebres durante el día es un gran logro. Sin embargo, no hay que bajar la guardia. Al menos le queda una semana más para estar fuera de peligro. No desfallezca, es un gran esfuerzo lo que está haciendo por ese muchacho. Le deberá la vida cuando se recupere, pues solo unos cuidados tan afanosos podían salvarlo.

—Es mi amigo, nunca lo abandonaré —dijo moviendo con ligereza la muñeca y comprobando que ya no le dolía.

—Me alegro de que tenga un buen amigo. En los tiempos que corren es difícil encontrar a alguien desinteresado que valore el compromiso y la lealtad. Demasiadas modernidades están colonizando nuestras raíces y ya no podemos fiarnos ni del vecino.

Sonrió, contenta. Llevaba una semana atendiendo a Irving sin descanso, placando su fiebre, ayudándolo a respirar con vapores calientes de eucalipto, frotando su pecho con un ungüento de fuerte aroma proporcionado por el médico y suministrándole un amargo jarabe que le hacía expulsar las flemas. Ella sabía lo que era cuidar a un enfermo, limpiar sus heces, lavarlo y mantenerlo sano. Así consiguió que su padre estuviera junto a ella tantos años, únicamente, su dedicación y amor podían lograr el milagro.

Se había mudado a ese cuarto a expensas de las regañinas de Thom, quien acabó aceptándolo, al ver el estado de gravedad en el que se encontraba. Ya era hora de que fuera mejorando y escucharlo de boca del doctor era alentador.

Todas las noches volvía la fiebre. Él, sumido en esa delirante amargura, le suplicaba que lo abrazara y lo amara. Esos momentos eran tan duros para ella… Algunas veces se veía tentada a desnudarse y desinhibirse. Tras los cuidados, conocía cada rincón de su cuerpo y moría porque él descubriera el suyo. A veces las caricias se volvían momentos únicos que atesoraría como íntimos secretos.

Su enorme miembro ya no le asustaba, y deseaba sentirlo como cualquier mujer. La curiosidad la tentaba a llegar a más, pero finalmente se quedaba en un simple roce accidental.

Pensaba mucho en ello. ¿Y si se abandonaba al deseo y se dejaba amar por él? ¿La perdonaría por engañarlo? ¿Aceptaría sus motivos para hacerlo? ¿Dejaría que siguiera cursando sus estudios sin acusarla ante todos?

Temía tantas cosas que nunca daba el paso, no obstante, saber que estaba mejor la tentaba a probar de nuevo, antes de que se

recuperara de la fiebre y su razón la rechazara.

XX



Tras despedirse del doctor, Charlotte decidió hacerse con unos trozos de tarta de la pastelería de la señora Higgins. Quería que Irving, ya que se encontraba mucho mejor por las mañanas, disfrutara de un pastel y no la forzosa papilla de avena que había estado desayunando esa última semana.

Con prisa, caminaba por el pasillo, cuando escuchó una voz femenina muy chillona procedente de la habitación de al lado. Extrañada, y no menos furiosa, su cabeza imaginó una escena tórrida entre él y la criada de la pensión. Ni siquiera llamó a la puerta y la abrió de sopetón, irrumpiendo igual que un vendaval en la estancia.

Tres pares de ojos la contemplaron con perplejidad, estupefactos por su tempestuosa entrada. Una dama realmente hermosa, como salida de un cuento irlandés, se hallaba sentada en una silla junto a Irving y la que supuso que sería su criada, esperaba de pie al fondo de la sala. Sorprendidas, ambas se habían llevado la mano al pecho con miedo. Irving, en cambio, incorporado en su lecho, la observaba con una sonrisa de alivio, como si ella fuera un salvador de leyenda.

Con ojos entrecerrados y las manos en las caderas dio unos pasos al frente. Estaba tan enajenada ante la presencia de esa hermosa mujer que era incapaz de disimularlo. No le importaba quién fuera.

—Es muy pronto para recibir visitas —comentó.

Irving no contestó, asombrado por su actitud belicosa. La mujer se puso en pie y se dirigió a ella, ofreciéndole su mano para que se la besara.

—Buenos días, soy la señorita Fiona Stewart. Es un placer saludarlo, señor…

—Señor Robertson—aclaró, tomando su mano y saludándole con un rápido apretón de manos.

Esta la miró con asombro, pero no se amedrentó ante el gesto descortés.

—Es un placer, señor Robertson. Comprendo que Irving esté todavía delicado, no esperaba encontrarlo en tan mal estado de salud. Si lo hubiera sabido, habría venido antes a hacerle compañía, a leerle o a contarle historias. ¿Sabe que me encanta inventar historias científicas? Mi padre, Robert Stewart, es el mejor doctor en medicina de la ciudad y está especializado en la visión óptica. Él me inculcó su pasión y no puedo remediar inventar cuentos que parecen absurdos y que nadie entiende…

La mujer siguió con su perorata durante unos minutos en los que Charlotte fue incapaz de concentrarse en otra cosa que no fueran sus labios. Se movían tan rápidos que parecían no coger aliento entre frase y frase. Agotada, ojeó a Irving, quien contenía la risa a duras penas y entornó los ojos al fijarse en la bandeja de pasteles de nata que había encima de la mesita junto a la cama.

«Será bruja…», pensó con el demonio de su conciencia incitándola a arrancarle la lengua a la insoportable valquiria. Fiona la observó con extrañeza ante su gesto huraño y calló, disgustada.

—¿Le ocurre algo, señorita? —preguntó Charlotte, al fin aliviada por su silencio repentino.

—Me ocurre usted, no sé qué problema tiene, pero yo he sido muy educada a pesar de su falta de cortesía. Soy especialista en miradas y no me gusta la suya, me figuro que no soy de su agrado.

—No tengo nada en contra de usted, acabo de conocerla, pero todavía no ha dicho el motivo de su visita. El señor McAllen se halla

exhausto tras una difícil noche febril, y el doctor no le dará el alta hasta un mínimo de una semana. Si no le importa, me gustaría que fuera un poco más escueta.

—Oh, jamás he visto a nadie tan grosero. Olvide que es un placer conocerlo, es más, negaré que existe para conservar vivo mi ánimo apacible —reprochó con escándalo, girándose hacia Irving.

—Disculpa a Charles, querida. Se toma demasiado en serio mi cuidado —dijo con un avergonzado vistazo a la mujer, prosiguió dirigiéndose a Charlotte con dureza—. Fiona venía a traerme un recado de su padre, Charles. Algo que te interesa, además.

—¿A mí? —preguntó confundida, procurando no tomar en cuenta cómo se tuteaban desde el principio.

Irving la ignoró y prosiguió cortésmente con su visita, quien exageraba estar muy afectada por su ataque.

—Sería un gusto enorme disfrutar de tu compañía. A lo largo de las mañanas suelo sentirme mejor; me encantaría volver a verte mañana, Fiona.

La mujer casi daba saltitos de alegría ante la petición y, elevando el mentón con altanería, respondió clavando sus ojos helados en Charlotte.

—Será un gran placer hacerte compañía, Irving. —Volvió a dirigirse al enfermo, quien parecía encantado—. Estoy deseando que te recuperes para dar ese paseo que me prometiste la última vez. Ahora debo irme. Revisa las lentes y si ves algo con lo que no estés satisfecho, mañana me lo puedes avisar.

Tras una larga y exasperante despedida de las dos mujeres, al fin se quedaron a solas en la habitación. El silencio reinante parecía sanar el ánimo, alterado nada más por el insoportable tono de voz de la dama. ¿Cómo podía ser tan desagradable?

—Has sido muy mal educado, Charles. Tanto entrando sin avisar como tu actitud hacia Fiona.

Cruzada de brazos y apoyada en la pared, se tensó.

—Pareces conocerla desde hace tiempo, incluso le prometiste un paseo por lo que veo. ¿Pretendes cortejarla?

—Me trajo tus gafas reparadas, Charles. Y sí, ¿por qué no? No me digas que no es una belleza, ¿acaso tu condición sexual te hace obviar lo evidente? Puede que conocerla a fondo me ayude a curar mis… dudas.

No podía creer lo que escuchaba. ¿Qué pretendía diciéndole aquello? No podía significar otra cosa que cortejaría a la dama de forma íntima y luego se olvidaría de ella…

«De Charles», se corrigió.

Sin darse cuenta, se había aproximado al lecho hasta quedar a solo un paso de él. Enmudeció, aquello era doloroso, como si después de toda esa semana en que se había sacrificado por él no hubiese significado nada. No obstante, ¿qué podía pedirle? ¿Quería que le prometiera amor a un hombre? No, no a Charles. Deseaba ser su mujer, no un amigo; algo imposible pues sería el fin de su futuro en Aberdeen.

Observó el paquete envuelto en una tela marrón y atado con un lazo rojo encima de su regazo. Las gafas de su padre…

Comenzó a sentirse mal, su pecho se llenaba de ansiedad y soltó un sollozo. Él, con cara de preocupación, quiso agarrarla, pero ella retrocedió a tiempo, negando con la cabeza.

Necesitaba irse de allí, debía alejarse de su príncipe…

«No es tuyo y nunca lo será, siempre será de otra», oía gritarse en su interior con reitero y cada vez más fuerte.

Ignoró su insistente llamada, pidiéndole que se acercara y salió corriendo al pasillo. Caminó apresuradamente a la calle, hasta no oír los gritos. De pronto, la voz de Irving le llegó desde la planta de arriba y paró en seco.

—¡Vuelve, Charles!

—No soy Charles, soy Charlotte —musitaba en voz baja, audible tan solo para ella, sin embargo, con todo el dolor que albergaba en

su corazón, no pudo reprimir el reproche amargo—. ¡No! ¡Ahora llama a tu Fiona para que te cuide esta noche!

Sin titubeos, corrió a través de la calle, en dirección hacia la plaza. Las lágrimas rodaban sin contención y se bajó la boina para disimularlas. Acabó sentada en un banco, observando a la gente pasear y eso la tranquilizó un poco.

Después de un rato de imaginar las vidas felices de los viandantes y compadecerse de su destino, resonó su tripa, demandándole atención.

—Tienes hambre, ¿verdad? ¿Qué tal una doble ración de tarta de manzana? —se dijo a sí misma mirándose el estómago.

Se fijó en sus ropas anchas, tan horribles y desgarbadas. ¿Cómo se le había pasado por la cabeza que podría fijarse en su persona con ese aspecto absurdo? Pensó en la preciosa Fiona, sin olvidar su desagradable voz, pero que, al fin y al cabo, era algo irrelevante con esa impresionante fachada. La mayoría de los hombres se dejaban impresionar por la apariencia de una mujer, nunca se fijarían en la inteligencia, ni en la genialidad. Únicamente las mujeres bonitas eran estimadas, las demás, como bien calificaba la expresión, se hallaban en un ámbito ordinario o común y fuera de valía.

¿Cómo había sido tan ingenua? Bajo la apariencia de un hombre, esos días había procurado impresionarlo con filosofadas, incluso algún teorema matemático, de esos que tanto le agradaban. No obstante, de qué le valía si el paseo se lo prometía a Fiona, la princesa vikinga de sus sueños en la intimidad. Todos los hombres eran igual que Archie, al fin y al cabo. Todos menos Edwin, que resultaba ser tan enamoradizo como ella y se dejaba llevar por el corazón.

En esa semana, además de tratar con Irving y Thomas, había mantenido el contacto con Edwin, quien quedó con ella el día anterior en esa misma plaza para hablar sobre su plan de abortar la partida de *backgammon*. Ensimismada, recordó el encuentro:

—Mi plan es lograr que Irving recupere su reloj usando alguna artimaña contra Neil.

Abrió la boca, patidifusa ante la propuesta.

—¿Harías algo así? Pero… qué hay de tu dignidad, ¿podrás vivir con ese peso sobre tu cabeza? Serías un tramposo, no sé si yo…

—Podría, igual que él vive sin demostrarme su amor. Realmente, no se merece que lo apoye con esa vida absurda que lleva. Cree que, por ser un noble sin castillo que gobernar, su vida es un sinsentido, además de soportar la culpabilidad de una torcida sexualidad.

—Sabía que Neil era noble, pero…

—Neil es hijo primogénito del clan McDougal, aunque su padre lo desheredó tras descubrir sus diferencias sexuales. —Charlotte ahogó un grito. Eso suponía una gran afrenta para un laird*. Tras una breve pausa, siguió relatando—. Todo ocurrió después de conocernos aquí en Aberdeen. Estudiando juntos, se enamoró de mí hasta la perdición. Yo fui quien lo… introdujo en este mundo que en él ya apuntaba maneras desde su nacimiento, pero que se hallaba dormido por su exclusiva formación como guerrero. —Lo observó con tristeza y ella sintió estrujarse su corazón—. En una de sus visitas a su hogar, intentó olvidarme, no aceptaba su nueva identidad y quiso cambiarme por mujeres. No lo conseguía, pues su libido no era el de antes, sin embargo, no quería verse atado a mí de ninguna forma, y para castigarme buscó a otro… hombre y además lograr olvidarme.*

—No puede ser, Edwin, debiste sufrir muchísimo con esa traición.

—No tanto, me enteré tarde, a su vuelta. Más que su infidelidad, me dolió su rechazo. Su padre lo descubrió con ese hombre y lo echó de su hogar. Todo quedó oculto y su hermano ocupó su lugar.

—Eso es horrible.

—Lo es, pero peor hubiese sido que lo hubiera acusado y entregado a la guardia para, finalmente, ahorcarlo. —Se levantó, alterada, con muchos pensamientos vengativos e injuriosos en su

cabeza—. Siéntate, no he terminado todavía. —Charlotte le hizo caso con expresión de sorpresa—. Halló en el juego una forma de escape a los problemas y perder es para él como ceder ante lo prohibido.

—Entonces, ¿no estáis juntos? —Edwin negó con la cabeza—. ¿Y por qué volvió aquí? Podría haber ido a otro lugar, cualquiera donde no verte.

—Sabe que lo amo. Quiere castigarme con su presencia y saber que no logro llegar a él, lo satisface.

—¡Eso es inhumano! Está confundido y te castiga por ello.

—Espero que entiendas ahora por qué te dije que, si Irving descubre que has jugado con él, no te perdonará.

Oír aquello fue igual que recibir un guantazo en pleno rostro. Abrió su mente, aceptando que todo su teatro, aunque nacido de la casualidad, no había sido aclarado en su momento y que toda esa farsa era un error. Si él la descubría, nunca la perdonaría.

Una lágrima cayó por su mejilla acabando en la comisura de su boca. Edwin la miró, consternado.

—¿Por qué no te vas, Edwin?

—Porque lo amo, a pesar de que él me trate de esa forma. Sé que en el fondo también me ama, pero no es capaz de aceptarlo.

—No puedes vivir así siempre.

—Solo hasta que acabe el curso, me quedan dos años todavía —dijo regalándole una triste sonrisa.

—¿Y luego dónde irás?

—Tengo familia, no poseemos un castillo, mas no vivimos mal en mi ciudad. Buscaré cómo emplear mi vida sin aburrirme.

Charlotte no quiso alargar más su sufrimiento y, sin tener en cuenta la gente que andaba a su alrededor en la plaza, lo rodeó con sus brazos, reconfortándolo. Tras eso, quedaron en volver a encontrarse para hablar sobre cómo hacer para que Neil perdiera.

Sus tripas volvieron a rugir, tanto que ojeó a su alrededor, pensando que alguien más las habría oído. Con brío se levantó y caminó hacia la pastelería.

—Ese vanidoso no me quitará al menos el gusto de disfrutar de mi tarta preferida.

Salió de allí enfurruñada, masticando uno de los trozos… ¿Por qué había comprado dos? Él ya tenía una bandeja de pasteles. ¡Maldita sea! ¡Ojalá le siente mal!

Obstinada, decidió comerse los dos ella solita, sin embargo, al terminarse uno ya no podía engullir más y no tuvo más remedio que guardarlo para más tarde.

Poco a poco, sus pasos la llevaron hasta la taberna de El Rincón Dorado. Se quedó pasmada ante su puerta robusta. ¿Estaría Neil dentro? Quizás le vendría bien echar unas cuantas partidas para despejar su cabeza, además de entrenarla tras tantos días sin estudio.

¿Y si lo hacía perder hasta el último penique? Se lo tendría bien merecido por parecerse tanto a todos los hombres del mundo, aun así, en el fondo se sentía mal por desear aquello. Sin darse cuenta, se vio comparando su situación con la de Edwin. Ambos amaban a otro que no les respondía, se sacrificaban por ellos, y nunca hallarían una solución. ¿Sería ella capaz de revelarle la verdad? ¿La perdonaría o se vengaría de ella acusándola ante la universidad? Puede que eso último no lo hiciera, no veía a Irving haciéndola ahorcar, pero sí temía su reacción. Su rechazo sería el peor de los castigos, y sabía que lo pagaría de alguna forma, aunque no la amase.

Entró en la taberna y comprobó que en el rincón de siempre se hallaba Neil delante de un tablero de *backgammon.* Por la mañana, el ambiente no era el enrarecido que se respiraba por las tardes. No había tanta gente a esa hora, ya más tarde se llenaría de estudiantes en su descanso de la universidad.

—¡Hola, Neil! ¿Una partida? —saludó, tomando asiento frente a él.

Este levantó la vista, sus ojos oscuros reflejaron una chispa divertida.

—Espero que no hayas traído mucho dinero. Te voy a desplumar —bromeó con una sonrisa ladeada.

Sacudió la cabeza.

—No traigo un céntimo, solo un trozo de tarta de manzana. Es de la señora Higgins —insistió ante su incredulidad.

Él se encogió de hombros, enseñando los dientes en una gran sonrisa.

—Si es de ella vale su peso en oro. Empecemos.

—¿No me preguntas qué quiero si te gano?

—Siento entristecerte, pero eso es imposible que ocurra.

—Pregúntame —retó.

—Está bien, si te hace ilusión… ¿Qué quieres que te dé si me ganas?

Charlotte sonrió de oreja a oreja.

—Quiero el reloj que le ganaste a Irving McAllen —dijo, provocando las carcajadas de Neil.

—Claro, ahora lo entiendo. Como no se presentó a su cita, ese cobarde te manda a ti. ¿Eres su perrito faldero, acaso?

—Él cayó muy enfermo ese mismo día, lleva toda la semana batiéndose entre la vida y la muerte, y no, no soy su perro, ni tampoco soy su amante, aunque ya quisiera serlo nada más para permanecer a su lado. Porque lo quiero, como tú también amas a Edwin. —Hizo una pausa valorando la situación, era absurdo confesarle su identidad, con seguridad ya lo habría descubierto tras la completa inspección a la que la estaba sometiendo con esa mirada impenetrable—. Él no sabe que he venido a esto. Es más, yo tampoco lo pretendía, sin embargo, depende de que aceptes mi

desafío que le confiese mi amor. Si logro no ganarte, me marcharé y lo dejaré libre.

—Está bien. Aun así, respóndeme algo, ¿por qué estás dispuesta a perder? ¿No es mejor huir, sin más?

—¿Sabes? Siempre será más fácil huir, pero los remordimientos me perseguirán hasta mi muerte y eso no resolverá mi problema.

—¿Te quiere con esa apariencia?

—No lo sé, todavía.

—Debes estar loca.

—De amor, Neil. No obstante, qué es la vida sin riesgo, sin amor o sin tener con quien compartir un trozo de tarta de manzana.

Neil asintió. Parecía comprender qué significaba lo que quería decirle y rezó porque esas palabras sirvieran de algo.

Aspiró hondo y colocó las fichas sobre el tablero.

—¿Torneo?

XXI



—¿Con una partida normal no tienes suficiente?

—Quiero darte ventaja, Neil. —Las carcajadas de su contrincante llamaron la atención de algunos en la sala, interesándose por la partida que iban a comenzar.

—De verdad que me das mucha pena, Charles. Pero prometo invitarte a un buen whisky cuando terminemos.

Charles lanzó un dado para decidir quién empezaba.

—Cinco.

Neil lo imitó.

—Cuatro.

—Vaya, creo que hoy no va a ser tu día. Hasta en esto voy a ganarte. Blancas.

Neil rio ante el desafío con ojos brillantes de emoción. Los espectadores, que habían empezado a congregarse alrededor, también lo hicieron.

Nueve horas más tarde, la tensión se palpaba en el ambiente. Cada lanzamiento era decisivo en esa última partida. Llevaban mucho tiempo jugando, solo habían parado para almorzar y beber algo. Alrededor de ellos, se habían mantenido desde esa mañana un grupo que los acompañaban con vítores, aplausos y brindis por cada jugada maestra. Ninguno se había movido del sitio, pero, además, se les habían sumado los que visitaban la taberna por la tarde, quienes apostaban entre ellos quién quedaría vencedor.

Charlotte estudiaba a Neil y este, de igual forma, lo hacía con ella. Parecían conocerse de toda la vida después de tantas horas juntos. Cada respiración o gesto fuera de lo habitual y detectado en el contrincante adquiría un significado crucial. La gente esperaba cada movimiento en silencio, respetando la concentración de cada jugador.

Un murmullo de expectación recorrió la sala cuando Charles, en un arriesgado movimiento, volteó la partida a su favor. Neil lanzó los dados con destreza. Tras todas esas partidas, se había dado cuenta de que ella lo estaba dando todo y que, además, era tan buena como él. No solo se jugaba el reloj, estaba segura de que no le interesaba mucho, pero sí le importaba mantener su prestigio de vencedor. Sin darle más vueltas, tomó una decisión.

Finalmente, con una jugada maestra, Neil logró colocar la última ficha en su lugar, arrancando exclamaciones de asombro y aplausos muy exaltados de los presentes. Charlotte simuló sorpresa y admiración, luego saludó con respeto, reconociendo su destreza. La taberna estalló en un coro de vítores y risas, mientras ambos se miraban con fijeza. Neil no sonreía, en cambio, fruncía el ceño, disgustado. Charles le ofreció su mano, sellando el fin de la partida. El otro, en un principio titubeante, se la estrechó, luego se dejó abrazar por algunos y no tuvo más opción que reír.

Tras un largo rato soportando las numerosas palmadas de ánimo, se dirigieron a la barra para alejarse un poco de la multitud asfixiante.

—Duncan, ponle el mejor whisky que tengas.

—Prefiero *Drambuie*, si no te importa, Neil. —Este aceptó y pidió dos.

El silencio se hizo entre ambos mientras veían al tabernero servir el dulce líquido ambarino. Al fin a solas, Neil habló.

—Gracias.

—Espero que me las des por hacerte temblar más que nunca frente a ese tablero —dijo poniéndole delante el trozo de tarta

acordado. Este rio, a su vez, colocándole delante el reloj de Irving—. No entiendo.

—Juré que cuando me ganaran dejaría de jugar. Por fin, he comprobado que es posible, Charles. Gracias a ti, sé que todos somos vencedores a medias y solo está en nosotros decidir si alcanzar un sueño o ponernos límites. —Charles sonrió ojeando el reloj antes de levantar la vista y encontrarse con una mirada de serena determinación—. Ahora, vamos a disfrutar de esta tarta, ¿te parece?

Los dos brindaron por ese trozo de pastel y por la compañía de un buen amigo. Neil, tras esa partida, parecía capaz de enfrentarse a cualquier desafío que se le pusiera delante, el primero y más importante de todos, Edwin.

Tres horas después, Neil no paraba de reír con ella, quien iba muy tomada. Además, el otro llevaba lo suyo, pero estaba acostumbrado a las noches en las que la única compañía era una botella. Era consciente de todo, aunque la felicidad por darse al fin una oportunidad lo tenía mucho más embriagado que otras veces.

—¿Sabes qué es lo mejor? —preguntó Neil, tras darle un último trago al vaso.

—Suéltalo, *teennngo ganasssh* de *volveeerrr yaaaa*.

—¡Que me ha ganado una mujer! ¡Sois unas brujas! —susurró exaltado en su oído.

—Shhh. —Con un dedo contra sus labios le indicó callar—. *Serrrá mejorrr que nooos vayaaamosss*. —Al llegar a la calle, lejos de la gente y abrazada a él de la cintura, prosiguió—. Y tú, ¿sabes algo? —Este esperó con cara de bobo—. *Que hablasss demasiaaado. Creeeo que conozzzco una mujerrr perfecta para tiii, es rubia como una valquirrriaaa…*

—En mi vida solo existen dos mujeres importantes, mi madre y tú, a partir de ahora.

—*Graciaaas, es un honnnooorr, pero de verdaaad te digo que esa valquirrriaaa…*

—Charles, estoy completamente enamorado de Edwin. Es hora de espantar los demonios. Elijo ser feliz, amiga.

—*Me alegrrro, Edwiiinnn se merrrece ser feliiizzz*.

—Tú también, ¿qué harás? No has perdido, aunque todos crean lo contrario.

—*Yo soy una cobarrrde, una egoísssta. Además, ¡Irving prefiere a esssaa brujaaa rubbbia y prrreciossaaa!* —soltó con el mayor asco que pudo reunir entre sollozos.

Charlotte iba muy borracha y no caía al suelo porque Neil cargaba con ella sobre su cintura, llevándola como un saco contra la cadera. Sus pies casi no tocaban el suelo en cada paso, camino de la pensión.

Neil la sentó al fin en un banco de la plaza.

—*¿Ya hemosss llegaaado?* —preguntó confundida—. *Perrro shhi estamosssh en la plazaaa* —dijo dándole un puñetazo mal coordinado en el hombro.

—Y aquí estaremos hasta que se te pase un poco la borrachera o Thom me colgará de los huevos en mitad de esta plaza.

—*¿Sabesss que fue aquííí donde hablé con tu Edwiiinnn por última veeezzz?* —Una sonrisa soñadora se dibujó en los labios de Neil ante el comentario y ella hundió el dedo en su pecho—. *Ay, pillíiin, has puesssto cara de bobooo*.

Ella perdió el equilibrio y aterrizó con la mejilla sobre su torso. Neil alzó los ojos al cielo y la abrazó contra él. Al momento, Charlotte dormía como una recién nacida.

No sabía cuánto tiempo pasó refugiada en los brazos de Neil. Nada más fue consciente de la realidad, cuando despertó en mitad de la noche, calentita bajo una pesada manta. Forzó la vista para ver algo en esa oscuridad que la envolvía, pero le dolía la cabeza y volvió a cerrar los ojos, arrepentida. No le hizo falta esperar mucho para adivinar en qué habitación dormía, pues los grandes ronquidos de Thom la hicieron apretar los dientes.

—Maldito bruto… —musitó intentando incorporarse.

Debía ir rápido con Irving. ¿Y si estaba sufriendo las peligrosas fiebres? Nunca se perdonaría que le ocurriera algo por no haberse ocupado de su cuidado. Ya no parecía estar tan ida, mas todavía se hallaba mareada. Debía tener cuidado al andar o podría tropezar y romperse más de un diente.

Encendió la lámpara. Vio el reloj de bolsillo ganado a Neil encima de la mesita y ojeó la hora: las tres de la madrugada. Con este en la otra mano, salió al pasillo. Ni siquiera se percató de que iba vestida nada más con una camisola beige que le llegaba por encima de las rodillas y sin la faja alrededor de sus pechos.

Entró en la habitación tambaleándose. El mareo constante la hacía dar pasos vacilantes y le era imposible mantenerse firme. En el silencio de la noche, oyó la respiración desacompasada de Irving y se acercó con prisa hasta el lecho. Este parecía dormir plácidamente, por lo que respiró más tranquila. Le palpó la frente para comprobar su temperatura, cuando este le aferró la muñeca, haciéndola dar un respingo.

Sus ojos la miraban vidriosos, y se preocupó. Tenía fiebre, aunque no mucha más que otros días. Parecía desorientado, pero algo más consciente esta vez.

—¿Eres tú, Charles? —preguntó cogiéndole su mano y llevándosela a su boca para besársela en el dorso. Charlotte suspiró, y no dijo nada, embelesada—. Estaba preocupado por ti. Pensaba que me habías abandonado.

Irving comenzó a sollozar, lo que le provocó un poco de tos. Ella, con celeridad, apagó la lámpara y se sacó la camisola por encima de su cabeza, luego regresó a su lado.

—Soy Psique. ¿Deseas amarme?

—Sí, te necesito, Charles.

—Shhh, esta noche soy Psique —dijo metiéndose en su lecho, abrazándose a él como imaginó hacer tantas veces esa semana interminable—. Ámame, mi dios, soy toda tuya.



Horas antes

¡Demonios! ¿Dónde habría ido Charles? Tiró el paquete sobre el lecho y gruñó, desesperado. De súbito, pegaron a la puerta. Era Thom preguntando también por él.

Solo podía decirle que se había ido muy enfadado y por un segundo vio cómo se contenía para no golpearlo. Si lo hubiera hecho, quizás se sentiría algo mejor, pues se lo merecía. Había utilizado a Fiona en un afán burdo de darle celos y lo que había conseguido era avergonzarlo y hacerlo sentir prescindible. Él había sido su cuidador, sin él no habría superado aquello, no se merecía esa mofa.

Thom lo observaba desde la puerta, furioso.

—Lo amo, y lo traté muy mal por ello.

Thom abrió mucho los ojos ante la confesión, esa vez no estaba borracho y lo decía sin tapujos.

—Estos estúpidos jóvenes. Esto no acabará bien —gruñó entre dientes, girándose para irse, sin embargo, Irving se adelantó y lo agarró del brazo.

—Dale esto a Charles, por favor —dijo, ofreciéndole el paquete envuelto con las gafas.

—¿Por qué no se lo das tú?

Negó con la cabeza.

—No lo aceptará —determinó rotundo y el otro cogió el bulto. Luego, desapareció por el pasillo.

Llevaba muchas horas pensando en Charles. Lo amaba, lo había reconocido ante Thom y, al contrario de lo que creyó que ocurriría,

no se arrepentía. Por fin se había liberado tras muchos meses de tortura. ¿Cómo había pasado?

Se hallaba muy preocupado. Odió su grito de rabia en la calle, espetándole que buscara a otro que lo acompañara. No quería a nadie más, él era su amigo, su acompañante y lo necesitaba como amante.

Deseaba abrazarlo, amarlo sin reservas, entregarse a esa pasión que lo consumía. Lo había decidido y ya no le importaba si él era un hombre. Se había dado cuenta de que estaba enamorado de su esencia, de su alma solitaria como la suya. La vida ya no tenía sentido sin su compañía, sin sus críticas constructivas, sin sus aportes geniales y sin esa sonrisa que lo hacía vibrar de emoción. Las mariposas lo asediaban cuando estaba a su lado, lo avisaban de que ninguno más podía ser su felicidad. Pero al desaparecer, estas se iban con él y dejaba de sentirse vivo.

Entrada la tarde, la preocupación por que le hubiese ocurrido algo lo hizo vestirse para salir a buscarlo. Thom lo había sorprendido en el pasillo, y con poco esfuerzo, lo había llevado de nuevo de regreso a la habitación. Se encontraba tan débil otra vez que no le costó desvestirlo y meterlo dentro del lecho entre tiriteras y espasmos.

Llegó la oscuridad y con ella las pesadillas. Otra vez dejaba de existir en el mundo real para navegar por ese océano de escenas inconexas y, en otras ocasiones, macabras. Y así también llegó la luz dorada de Psique, a quien abrazó con fuerza su cuerpo desnudo. Era una realidad a medias, pues, sumido en esa oscuridad, solo palpaba y percibía su feminidad. La diosa de las mujeres se hallaba a su lado, piel contra piel ardiente, y lo llevaba a lo más alto entre susurros ahogados y promesas de amor. Tomó sus pechos con la boca y besó sus pezones como si dependiera de ellos su vida, entrelazó su lengua con la suya con una sed arrolladora, nacida de tanta falta. Empujó sus nalgas como una bestia henchida de deseo, y jadearon juntos en una danza brutal y desenfrenada. La hizo suya y él se

entregó a ella, mientras gritaba su nombre y lo llevaba hasta el Monte Olimpo transformándolo en un dios eterno.

—Charles —susurraba sobre sus labios y esta lo besaba de nuevo para no dejarle decir lo que deseaba gritar a los cuatro vientos. En ese momento saboreaba en su lengua la sal de unas lágrimas y arrugaba el ceño, confundido—. ¿Lloras?

Psique suspiraba y guardaba silencio, luego, después de él acariciar su cabello corto y suave, le respondía.

—Soy feliz, Irving. Lloro de felicidad porque estoy contigo. Me has hecho tuya y al fin he sentido que soy mujer. Me has regalado lo más hermoso que nunca pensaba imaginar, tener tu amor durante una noche.

—Te lo daré siempre, somos eternos ahora. Todas las noches serás mía y te haré mujer. —Ella suspiraba y volvía a sollozar—. ¿No me crees? Ven, te lo demostraré tantas veces como pueda, moriría amándote si hiciera falta.

Su miembro erecto empujaba sobre su vientre urgiéndola a entregarse a ese río de emociones. Paseó sus manos sobre su piel caliente, descendiendo por su cuello hasta sus senos. Los abarcó en su palma y masajeó con el pulgar, haciéndola jadear. Eso lo excitó más, haciendo que su verga saltara con un leve espasmo.

—Te deseo tanto, mujer.

Su mano abandonó el pezón erguido, el cual tomó con la boca, lamiéndolo, succionándolo, haciéndola sollozar y rogar clemencia. Conquistó su entre pierna, allí en ese monte venus hundió los dedos jugando a las escondidas con sus rizos. Traviesos, acariciaron sus labios húmedos entre las piernas, palparon el elixir más preciado. No pudo resistirse y bajó sobre ellos, bebiendo de él, lamiendo y succionando hasta la última gota. Sería eterno como ella. Antes de que estallara en gozo se colocó entre sus firmes piernas y se hundió en lo más hondo de su interior, cautivando con sus arremetidas cada rincón de su cavidad. La embistió sin pausa, lento en un principio, saboreando cada roce, percibiendo en su contacto enérgicas

sacudidas, igual que rayos directos al corazón. Eran sus flechas, ella también poseía un arco con el que lanzaba saetas de amor, volviéndolo loco. Poco a poco aumentaba en él la urgencia y acababa poseyéndola como un animal desesperado por alcanzar su tesoro. Un tesoro que hallaban juntos en una melodía de gruñidos de placer y suspiros ahogados. Dentro de ella era alguien poderoso, ese que siempre había creído ser en sueños. Viviría toda la vida dentro de ella y tomaría su aliento cada vez que le faltara. Lo había salvado de morir en la tristeza y lo hacía el hombre más feliz de la tierra.

Tras horas de conquista y aprendiendo el uno del otro, cada roce encendía más su llama, una hoguera donde acababan calcinados una y otra vez. Acabaron exhaustos, refugiados uno en los brazos del otro, suspirando como guardianes de esa gloria para la eternidad.

Irving despertó feliz, nunca en su vida había sentido tal plenitud. Buscó entre las sábanas, pero el lecho se hallaba vacío, y arrugó el ceño. Pensaba encontrarlo entre sus brazos, Charles lo había visitado esa noche y se habían entregado a la pasión. Se sentía cansado, mas era un cansancio gozoso, fruto de tanto amor. Había comprendido entre sus brazos que, aunque lo tomara a él, seguía siendo un hombre. Sonrió al recordar algunas escenas ardientes y su miembro cobró vida de nuevo. Acababan de amarse y ya lo echaba de menos. Sería insaciable a su lado, pero lo tendría junto a él, para llenarlo de amor cada vez que le dejara.

¿Dónde habría ido? Con seguridad, habría salido a asearse al cuarto de Thom, en busca de un poco de intimidad. Estaban empezando una relación, y a pesar de que él lo hubiera cuidado toda esa semana, debían ir despacio, como cualquier pareja normal, ¿verdad?

Suspiró, soñador, y reunió fuerzas para salir del lecho y desperezarse. Por raro que pareciese, su cuerpo vibraba como nunca, se percibía vigoroso y feliz.

Un objeto brillante llamó su atención en la mesita y se acercó a esta. Con gran asombro lo cogió, percatándose de que era el reloj de su padre. Confundido, lo palpó con insistencia, pensando que su imaginación le estaba jugando una mala pasada. ¿Qué hacía su reloj allí? Se lo había ganado Neil al *backgammon* y ya lo había dado por perdido después de ni siquiera haber podido avisar que postergaba la partida pendiente. De repente, vio una nota de papel en la mesita. No sabía por qué, algo le decía que saliera de allí corriendo y buscara a Charles. Algo no andaba bien. Con prisa y manos temblorosas, desplegó la hoja doblada.

Mi amado,

Con el alma abatida y tu olor todavía en mi piel, te escribo después de nuestra maravillosa y sublime noche juntos. El recuerdo de esos momentos me llena de melancolía pues, aunque te tengo a mi lado, sé que pronto ya no lo estarás. Soy cobarde, pero temo que me mires con desprecio. No podría soportar la idea de ver tu desdén, por lo que prefiero huir antes que sentir tu rechazo.

Decido seguir mi rumbo en soledad, como he hecho hasta ahora. Dejo en tus manos el reloj de tu padre, para que recuerdes lo preciado que es tu tiempo. Recuerda, mi amor, que cada segundo cuenta y que debes aprovecharlo. No dejes que las horas pasen sin sentido, pues cada instante es un regalo.

No quiero interferir en tus proyectos y ambiciones, porque sé que mi presencia solo te traería problemas. Eres un ser maravilloso y mereces todo lo bueno que la vida tiene que ofrecerte. No quiero sentirme una sombra, quiero ser la luz, como tú ya lo eres.

Siempre en ti, me despido.

Psique.

—¡No! —gritó explotando en sollozos, corriendo hasta el otro cuarto a buscar a Charles—. No podré vivir sin mi alma, no podré

vivir sin mi aliento[3] —se dijo entre lágrimas.

XXII



Charlotte pasaba largas horas llorando su pérdida cada noche. Sabía que no le servía de nada lamentarlo, pues ella era la que lo había propiciado. Por sentirse suya, se lo jugó todo a una noche con la esperanza de enfrentarlo con la verdad. Sin embargo, no contaba con el pánico al rechazo, algo que la hizo huir de su lado.

No pasaba un día que no lo recordara con pesar y no tuviera ganas de embarcarse camino de Aberdeen. Fue muy duro aceptar que no volvería a verlo.

Esa noche horrible, sentada a la luz de la lámpara, lloró lágrimas amargas al escribir cada palabra en el papel. Le llevó más tiempo de lo estimado, no llevaba sus gafas y a duras penas entendía lo que plasmaba sobre la hoja. Rezó porque no quedara nada inentendible y comprendiera sus motivos. Daría lo que fuera por saber qué pensó esa mañana al despertar y descubrir que era una mujer, que Charles Robertson era en realidad Charlotte y no Psique, una de las diosas más bellas del Olimpo.

Corrió a dejar la nota sobre su mesita y colocó encima el reloj de bolsillo de su padre. Esperaba sacarle al menos una sonrisa con ello entre tanta farsa.

Sin tiempo que perder, tras darle un beso en los labios y grabar en su memoria cada detalle de su hermoso rostro, salió en busca de Thom y lo despertó con urgencia, instándolo a huir con ella. Este, en un principio reticente, se oponía a hacerlo, argumentando que Irving la amaba. Ella lo asustó, rebatiéndole que él solo se había

enamorado de Charles, que pronto la acusaría y descubriría ante todos. No lo pensó dos veces, cogió las pocas pertenencias y buscaron al señor Grant.

Antes de salir, y todavía arriesgándose a que Irving despertara en cualquier momento, pidió al casero que la llevara hasta la habitación de Neil, con quien tuvo unas palabras. No deseaba irse sin despedirse de él, tras cuidarla y llevarla a salvo hasta el hotel.

Una lágrima se le escapó con ese emotivo recuerdo de hacía ya mucho tiempo.

—¿Huyes sin más? —La miraba sin entenderla—. Él te quiere, da igual que seas hombre o mujer, se ha enamorado de ti, no de otra persona. ¿Qué hay de lo que hablamos? ¿Qué es la vida sin riesgo, sin amor o sin tener con quien compartir un trozo de tarta de manzana? Debemos vivir el presente porque el tiempo pasa y no se recupera.

Ella enjugó una lágrima, pero no cedió, temía más el rechazo que una espada hundida en su vientre. Le sonrió y lo besó en la mejilla con ternura.

—Cuídalo, Neil. Está solo y necesita un amigo. Te gustará serlo, es la mejor persona que he conocido. Quiérelo por mí, vélalo junto a Edwin en las noches cuando esté enfermo, escúchalo y apóyalo.

—¿Te vas para siempre? ¿A dónde irás?

—No lo sé, simplemente, sé que no puedo afrontarlo ahora. Tal vez, con el tiempo, me haga más fuerte y reúna el valor para aparecer.

Él le sonrió y la estrechó entre sus brazos. Luego, la dejó ir.

—Gracias, Charles, y recuerda ese trozo de tarta de manzana.

—Llámame Charlotte, por favor.

—Volveremos a vernos, Charlotte.

—Eso espero, amigo.



Años después…

Castillo McAllen.

—Zeño Chaaarlo ¿guzta?

—¡Me encanta! ¡Ay, te como entero! ¡Lo vas a hacer genial! ¡Serás la estrella, mi amor! —exclamó ella, abrazándolo y repartiéndole besos por el rostro infantil ilusionado de Andrew.

—¡Lo *ché*! —chilló este bajándose del banco. Dio varios saltitos y corrió a abrazar a su madre que acababa de aparecer.

Adele McAllen lo recibió entre risas y lo estrujó con cariño.

—¡Vaya! Os he escuchado, y pienso que es una de las mejores piezas interpretadas que he oído nunca —le dijo a su hijo haciéndolo chillar de emoción.

—Sí, seguro que ganará el concurso —apoyó Cameron sin mucho entusiasmo—. ¿Andrew, te gustaría dar un paseo y ver los guerreros luchar con la espada?

El niño lo miró con extrañeza, dudando qué hacer, pero pronto se le iluminó la cara y le pidió que lo alzara en brazos. Este sonrió con suficiencia a su mujer, quien frunció el ceño mientras ponía las manos en su cintura.

—No conseguirás apartarlo del piano, por mucho que te empeñes, esposo mío.

—Eso ya lo veremos —le contestó con diversión y se alejó con Andrew, que jugaba a hacerle cosquillas en el cuello.

—Le diré a Matilda que no haga pastelitos de menta en un año.

Cameron se giró con el niño para mirarla con los ojos entrecerrados.

—Matilda me hará caso a mí, ya lo sabes.

—¿Apostamos algo? —inquirió maliciosa.

—Un baile —terminó contestando con una gran sonrisa y viró sobre sus talones, simulando danzar un vals con Andrew en brazos.

Ambos salieron de la sala, dejando a las dos solas en la estancia. Adele rio, ensimismada en algún recuerdo de su pasado. Charlotte se subió las gafas un poco sobre el puente de la nariz y se dispuso a recoger las partituras.

—Deberías dejarme llevarte a arreglar esas gafas, no sé cómo soportas que se te caigan tanto. Y no te excuses en que, si no, no verás nada. Ya me dijo Thom que tienes otras de repuesto —dijo Adele, observándola con esa expresión avispada.

Le sonrió y se encogió de hombros en respuesta, prometiéndose mentalmente cortarle un trozo de lengua a su amigo cuando lo viera. Su amiga Adele era tan tozuda que no cejaría en su empeño hasta que lo consiguiera y ella no deseaba desprenderse ni un segundo de ese regalo tan preciado que le había hecho su amado.

—Oh, vaya, ¿ni respondes? Se nota que estás nerviosa con la Fiesta de la Estrella.

—Un poco, no te voy a decir que no. Nunca he tocado en público, no sé si me dará un vahído inesperado.

—¿Sabes? ¡Tengo una gran noticia que darte! —Charlotte la observó intrigada por encima de las lentes, puesto que se le habían vuelto a caer y posaban sobre la punta de su nariz—. Estoy muy emocionada. ¿Recuerdas cuántas veces te he dicho que deseaba que Irving terminara sus estudios? —Al oír ese nombre, como siempre le ocurría, su cuerpo comenzaba a temblar por miedo a lo que tuviera que contarle. Conseguía disimularlo, sin embargo, esa vez tenía una corazonada extraña y aguardó, expectante—. ¡Irving vuelve!, ¿no es genial? Mi mejor amigo, ha terminado sus estudios universitarios.

Charlotte parecía haberse convertido en una estatua de sal. No podía expresar nada, ni siquiera moverse, pues temía desplomarse.

—¡No me lo puedo creer! Primero lo abrazaré, lo quiero tanto, aunque luego tendrá que escucharme, a mí, a su madre y a Eloise, además. Ha sido un descastado al no visitarnos ni en Navidad, postergando conocer a su sobrino con excusas vanas. ¿Quién diría que nos olvidaría tan pronto con lo familiar que siempre ha sido? —Adele hablaba y daba vueltas sobre sí como si bailara un vals, por lo que no se había dado cuenta de la palidez que había cubierto sus mejillas—. ¿Y sabes otra cosa? Viene con su prometida, una tal Fiona Stewart, hija de un…

Cerró los ojos y lo último que oyó fue un «¿Te encuentras bien?» antes de desmayarse.

Despertó con un olor intenso y desagradable de sales aromáticas penetrando en su nariz. Se sintió abrumada, sin saber, en un primer momento, dónde se encontraba. Tosió al sentir una leve irritación en su garganta y lagrimeó, muy agobiada.

—¡Apártate un poco, Eloise, déjala respirar tranquila! —Oyó decir a Adele.

Al ver unos ojos azules cerca, dio un respingo, creyendo que era Irving quien le sujetaba el rostro y daba ligeras palmadas en las mejillas. Cuando fue consciente de que no era otra que su amiga Eloise, la antigua mucama de su amado, no pudo reprimir las lágrimas y los sollozos.

—¿Qué le ocurre ahora? No entiendo nada —dijo Adele frente a ella, mirándola como si fuera un insecto raro.

—Puede que esté desorientada… ¿Charlotte? ¿Estás bien? —preguntó Eloise, en un intento de animarla a hablar y esclarecer qué le ocurría.

—¡No! ¡No estoy bien! ¡Esto es un desastre! ¡Jamás pensé que…! —Calló al percatarse de que frente a ella esos dos pares de ojos la miraban fijamente, esperando que revelara qué le aquejaba tanto. —Tengo que irme. Lo antes posible.

Quiso levantarse, sin embargo, el ceño fruncido de Eloise y sus manos sujetándola por los hombros lo impidieron.

—Niña, sabemos que te has desmayado por algo que te ha afectado mucho, puedes contárnoslo por las buenas o... —Reservó completar la frase, amenazadora.

—¿Qué significa «o»? ¿Puedo guardármelo para mí? —preguntó, con esperanza de salir de allí impune y huir lejos de Escocia si hiciera falta en menos que cantara un gallo.

—Significa que, lo cuentas o lo cuentas. No vamos a dejar que te vayas sin más. Te queremos y vamos a ayudarnos como buenas amigas.

—Eso, somos amigas y las amigas se cuentan todo —secundó Adele, obstinada.

—No puedo. ¿Podéis llamar a Thom? Lo necesito.

Eloise la ojeó con disgusto antes de hablar.

—Thom está con Eileen cuidando de tus hijos. A estas alturas deben estar preguntándose por qué tardas tanto, pronto vendrán en banda, pidiéndote su ración de leche. ¿Te doy más motivos para desembuchar, niña? Tal vez, puedo opinar que siempre olió a caca que aparecieras en este castillo, ofreciéndote como criada e institutriz… Recuerdo a un Charles Robertson, quien vivía en tu misma casa, junto a un Thom. ¿Sigo? —Charlotte balbuceaba sin poder creer que todo ese tiempo esa mujer hubiera adivinado sus secretos y no dijera nada—. Charles y Charlotte Robertson ¿Acaso tienes un hermano mellizo? Me dijiste que eras hija única. Y tus hijos…

Adele las miraba sin comprender, no tenía toda la información y, por su expresión confundida, hallaba muchas lagunas en lo que contaba Eloise. Sin embargo, finalmente, ató cabos y cayó redonda en el sofá, también mareada.

—Es imposible. —Adele la contemplaba, aterrada—. Tus hijos… Psique e *Irving* son… ¿Irving es su padre? ¡Por Dios, Charlotte! ¡¿Cómo?!

—Creo que es evidente, querida —remató Eloise, para aumentar su zozobra.

—Oh, calla, no me refiero a eso y lo sabes. Sé cómo se hacen los hijos, mujer —respondió con elocuencia, como si hubiera nacido con esa información. Dirigiéndose a ella y cogiéndola de la mano, la instó —. Comprendo que la noticia de su vuelta te haya afectado tanto, pero eso solo me lleva a pensar que lo que hubo entre ambos no fue solo un momento de… exaltación. Pues ¿por qué refugiarte junto a su familia? ¿Puede ser que sientas algo importante por Irving?

Charlotte sollozó, no tenía escapatoria. Lo imaginaban todo, y ella sería descubierta por Irving, quisiera o no, con hijos incluidos. Era un desastre. Nunca pensó que los hechos sucederían de esa forma, con una prometida de por medio. No deseaba acabar siendo un estorbo en la vida de su príncipe. Imaginaba que al volver sería difícil al principio, pero aquello no tenía solución.

Tras dos meses huyendo lejos de Aberdeen, su cabeza preparó un plan para desaparecer: Junto a Thom, se iría a las Américas en unos de esos barcos que desembarcaban cada mes y se haría pasar por profesor para trabajar como maestro en alguna escuela. Tenían los pasajes comprados y al día siguiente partirían, sin embargo, un inesperado desmayo llevó a Thom a avisar a un médico para reconocerla. El doctor acabó su visita dándoles la enhorabuena, serían padres en unos meses.

No lloró, casi inunda Glasgow con el diluvio que escapó de sus ojos durante días enteros. Thom se negó a partir con ella en su estado y, en consecuencia, perdieron los billetes.

Charlotte, después de una semana elaborando otro plan de supervivencia, le pidió que la escuchara. Este, en un desesperado intento de hacerla entender que no podía seguir huyendo, le expuso todos los hechos sobre la mesa.

—Niña, Irving va a ser padre. Tienes que contárselo, te guste o no. No puedes negarle un hijo.

—Lo haré. Pero ¿cómo? Después de haberlo abandonado así, nunca me perdonará. Él no me ama, Thom.

—¿Otra vez con eso? Cuantas veces tengo que decirte que él te ama a ti, no a tu doble identidad. Él me contó que te amaba.

—¿Cuándo? —preguntó esperanzada.

—Cuando desapareciste para echar esa partida con Neil.

—Ah. Claro. Ama a Charles...

—Niña, despierta de esa bruma en la que vives envuelta constantemente. ¿No entiendes que Charles y Charlotte sois una misma alma? Hasta un asno como yo soy capaz de verlo.

—Nunca me habías hablado de forma tan profunda, Thom… Bueno, lo de asno sobraba —expresó con el corazón latiéndole rápido al aceptar aquello.

Thom tenía razón, él le había confesado que la quería un montón de veces. Mientras lo cuidaba estando febril, siempre pronunciaba el nombre de Charles, algo que la torturaba sin piedad. Pero también se lo había expresado haciendo el amor de la forma más hermosa, siendo Psique. ¿Por qué seguía empecinada en no afirmar lo evidente? Ya era hora de que lo aceptara: Charles y Charlotte tenían una misma alma, ambos eran una misma persona. Y ella se había mostrado a Irving en cada instante tal y como era, logrando enamorarlo.

—¿Sabes? Se lo contaré.

—Bien.

—Pero no todavía.

—¡No puede ser! Si no lo haces tú, seré yo quien lo haga, lo juro —dijo besando sus dos dedos y mostrándolos en alto a modo de promesa—. No me harás partícipe de algo tan descabellado.

—Thom, si se lo cuento ahora, jamás terminará sus estudios, su sueño… ¿Recuerdas?

—Tú abandonaste el tuyo por él. Antes pensabas que una mujer tenía los mismos derechos que un hombre. —Le echó en cara su

amigo.

Cerró los ojos un momento, asimilando ese golpe bajo.

—Ahora ya no es lo mismo —respondió muy afectada.

—Eso de que no es lo mismo… Tampoco puedes negarle crecer con su hijo, esa decisión es suya… ¿Y su familia? ¿Qué opinarán de esto?

—Solo serán unos años, luego se lo explicaré todo, dejaré de esconderme —dijo rotunda, tratando de parecer segura en su razonamiento.

—Niña, sabes que siempre te apoyo y seguiré a tu lado, pero esto no me gusta. No sé si él podrá perdonarte al descubrirlo.

—Son tantas cosas las que acumulo desde hace tiempo y por las que me siento culpable —dijo prorrumpiendo en un llanto desconsolado.

Thom la abrazó contra su pecho y acarició su pelo, como cuando era una niña.

—¿Te dejarás el cabello largo?

—Claro, tendré que volver a ser yo.

—Bien, eso me gusta más. Ya es hora de que todo se encauce. Encontraremos la forma de solucionarlo sin que sufráis.

—Y vine aquí, con la esperanza de trabajar de sirvienta en el castillo para que su familia paterna estuviera cerca de mis hijos. Con esto, he privado a Irving de sus primeros años, pero al menos, os daba esa oportunidad a Eileen, Cameron, Eloise y a ti, Adele —acabó de relatar, abatida.

Tras contarles lo sucedido entre ambos, Charlotte esperaba impaciente un veredicto. Eloise y Adele se miraban con una determinación temeraria. Juntas, esas dos confabularían con seguridad un plan coherente que acabara en final feliz.

—Si conseguí esclarecer una conspiración contra los McEwen, encontraré la forma de solucionarlo todo —dijo Adele, golpeando

con su dedo su barbilla, de forma pensativa.

—Lo primero es impedir esa boda —propuso Eloise.

Charlotte iba a protestar ante esa idea cuando Adele agregó su opinión, mostrando una sobrada confianza en sí misma:

—No te preocupes por eso, en cuanto vea que tiene dos hijos con la mujer de su vida, será coser y cantar.

—Eso es verdad. Será fácil soportar un poco de llanto, unos cuantos gritos y cuando menos lo esperemos tendremos boda en el castillo, pero no con esa Fiona —soltó entre risas y frotándose las manos.

—Debéis estar locas si creéis que impediré esa boda para ser yo la que lo fuerce a casarse conmigo. ¿Y si no me ama ya? ¿Y si me olvidó y se encaprichó de Fiona? Van a casarse, por Dios. Están pensando en formar una familia juntos. Conozco a esa mujer, es preciosa y seguro que le resultó fácil de enamorarlo, parece una valquiria de leyenda con su cabello casi blanco…

—Paparruchas. Su amor verdadero eres tú, y eso no lo borra ninguna rubia resultona, por muy valquiria que sea. Te lo digo yo —dijo Adele, obstinada, desechando su argumento con un gesto rápido de la mano.

—¿Cuándo dices que llegaba? —preguntó Eloise, elucubrando en su cabeza algo.

—Vendrá a la Fiesta de la Estrella… Pretende casarse con la valquiria delante de todos. Era una sorpresa, me rogó que no lo contara —comentó con la boca muy chica.

Charlotte ahogó un sollozo.

—Ay, niña, no desfallezcas, todo saldrá bien. Y si no te acepta, él se lo pierde, hasta la eternidad nos tendrás contigo.

—Gracias, amigas mías. ¿Cómo podré pagaros vuestra lealtad?

—Las amigas no necesitan nada a cambio, simplemente se quieren y confían las unas en las otras, con eso es suficiente, mi niña.

En ese instante, Thom y Eileen entraron con sus hijos en brazos. En cuanto la vieron, pidieron que los bajaran al suelo para lanzarse a la carrera a sus brazos. Charlotte recibió a ambos repartiendo besos por doquier.

Con algo más de ánimo, miró a Thom y lo vio muy sonrojado. Eileen le decía algo al oído, mientras este buscaba dónde esconderse. ¿Sería posible que esos dos…? Podría, por qué no. Viéndolos contentos, se dijo que, si ellos habían sufrido tanto por amor y ahora se daban una segunda oportunidad, ¿por qué ella no podría lograrlo también? Si no, siempre le quedaba el amor de sus preciosos hijos.

XXIII



Irving había caído en una pesadilla sin retorno. No le importaba nada, ni su futuro, ni nadie de su alrededor. Había perdido la noción del tiempo, no sabía ni en qué época se hallaba. Neil, Edwin y Archie habían intentado muchas veces sacarlo de ese cuarto, hasta usando artimañas. No deseaba sermones ni palabras de aliento, ¿para qué si su todo lo había abandonado? Lo único que deseaba era dejar de respirar. ¿Por qué no cogía otro mal resfriado y se iba al hoyo de una vez?

—Jamás pensé que te encontraría en una situación como esta, imaginaba cualquier cosa, pero esto… —Cameron McAllen contemplaba a su hermano, muy borracho y tirado en la cama con una botella de whisky en la mano—. Me extrañó que no vinieras a vernos en Navidad, has sido tío hace un mes y pensaba que te importaba, si no tu familia, tu amiga Adele, quien no para de nombrar la ilusión que le hace que lo conozcas.

—¿Por qué no dejas de protestar y te tomas una copa, hermano? Estoy seguro de que te mueres por saborearlo de nuevo.

—Eres un imbécil, siempre he estado orgulloso de tenerte como hermano y, después de lo que hemos pasado por culpa del alcohol, no entiendo que caigas en mí mismo error, Irving. ¿Qué te ocurre? Quiero ayudarte, igual que tú lo hiciste conmigo. Confía en mí.

—¿Y por qué debería confiar en ti? Tú fuiste mi *laird*, pero nunca fuiste mi amigo. ¡He estado solo toda mi vida! —gritó y se sacudió

con tanta rabia que se le escapó la botella que cayó al suelo, haciéndose trizas.

Cameron se sentó a su lado, abatido. Enterró el rostro en sus manos y lloró igual que un niño. Irving se quedó sentado en el lecho, observando con sorna cómo este se lamentaba y le pedía perdón.

Era su hermano, el *laird*, en la vida tuvo tiempo para un enfermo como él. Aun así, lo había apoyado, incluso cuando no pudo ejercer su obligación debido a su inservible pierna. Se sacrificó al ocupar su puesto sin saber cómo hacerlo. Pensó que tendría la oportunidad de demostrarle que valía para algo y que, al estar postrado y no ocupado en los campos de batalla, compartiría por fin su tiempo con él. Sin embargo, lo echó de su lado, la bebida lo transformó en un fantasma amargado. ¿Cuántas veces le había rogado que retomara su vida aun con una pierna menos? Prefería verlo lejos en los campos antes que hundido. Nunca lo escuchó. Solo su cuñada Adele consiguió remover su negro interior y hacerlo reaccionar.

Rio a carcajadas durante un buen rato en que Cameron lo observaba, anonadado.

—Pensaba que ya habíamos limado asperezas, Irving… —comentó muy afectado y continuó—. Lamento no haber sido el mejor de los hermanos, ya conoces nuestras circunstancias y no puedes culparme por hacerme cargo de nuestro clan siendo tan joven. Y, como bien dices, no fui tu amigo, no estuve a tu lado. Quizá, después de cada día de eternas maniobras en los campos, debía ir a visitarte, pero era un niño, caía rendido, tanto que no era capaz a veces de llegar solo hasta mi cama. Reconozco que fui un cobarde al refugiarme en la bebida y dejarte al cargo. Me siento orgulloso de ti, de tu sacrificio y tu lealtad, lo desempeñaste tan bien como lo haría cualquier jefe de clan, todavía estando enfermo. Los dos nos sacrificamos y no disfrutamos de la mejor infancia, si bien, después de tantos años, puedo serlo si me dejas. Dios sabe cuánto me arrepiento de haberos hecho padecer a ti y a madre. No quiero

que tú cometas el mismo error que yo. Por favor, te quiero, hermano mío.

Irving se sentía derrotado, ¿podía confiar en él? Contarle sus vergüenzas, sus nuevos deseos sexuales por un hombre, su descubrimiento al amor…

—Quiero que seas mi amigo. Eso era lo que más deseaba en el mundo y todavía sueño con ello, Cam.

Cameron sollozó, consciente de que volvía a darle una oportunidad. Lo miró con intensidad, enjugándose las lágrimas.

—Puedes confiar en mí, palabra de hermano.

—Espero no arrepentirme, tal vez, después de contarte todo lo que he vivido en los últimos meses, decidas matarme y al fin consiga irme al hoyo antes.

—No creo que sea tan grave.

Él rio de nuevo y Cameron hizo una mueca de desconcierto.

—Me parece que me hace falta una copa para asimilar esto, Irving.

Lo observaba con expresión seria, pero ya no se avergonzaba. Tras tanto sufrido, había entendido al fin que no se puede decidir a quién amar, simplemente ocurre, sea quien sea. Él había conocido el amor, algo que muchos no lo podrían decir en toda su existencia.

—Se rompió la botella, hermano. Aunque tampoco te daría, prefiero morir antes que enfrentarme a mi cuñada. Ahora que conoces mi secreto, ¿prefieres abandonar a tu desviado hermano?

Cameron negó con la cabeza y soltó un bufido de hartazgo.

—Debes estar sufriendo mucho. Pero no voy a compadecerme de ti, como pareces desear. Si tanto dices que lo amas, ¿por qué no lo buscaste? Yo lo hice, ¿recuerdas? Fuiste tú quien me alentó a hacerlo. ¿Por qué no haces lo mismo?

—Porque es un hombre, Cam. Lo amo con todo mi ser y no podemos tener un futuro juntos.

—¿Estás seguro de que lo es? Dices que cuando… *ya sabes*… os entregasteis, te pareció que era una mujer. No entiendo muy bien lo que quieres explicarme, pero estoy seguro de que yo distinguiría bien qué tendría en mi cama, por muy enfermo que estuviera.

—Es Charles Robertson, el profesor, el que vivía en la casa del molino negro. Su aspecto es el de un saltamontes con gafas grandes, pelo corto y pelirrojo como si estuviera en llamas, cuerpo débil, extraño, suele fruncir los labios y, cuando se abstrae, se lleva el dedo índice del mismo puño hasta la punta de su nariz, apretándola con ligeros empujones una y otra vez.

—Nada de eso indica que sea un hombre —espetó negando con la cabeza.

—Tiene un lunar precioso a la izquierda del labio superior… Si fuera una mujer me hubiera dado cuenta antes —rebatió, molesto.

—No estoy tan seguro de eso, Irving. Siento decirte esto, siempre has sido un poco lelo para esas cosas, ya sabes, las que hay bajo las faldas.

—No era lelo, temía por morir ahogado mientras gozaba con alguna…

Esta vez fue Cameron quien rompió a reír.

—Eres absurdo, hermano. —respondió enjugando las lágrimas, luego se tranquilizó y continuó—. Además, te digo algo por experiencia, cuando nos enamoramos, no vemos lo que tenemos delante, nos volvemos ciegos igual que un topo y tontos como un asno.

Al escuchar eso la rabia lo inundó.

—Prefieres pensar que me he confundido antes que aceptar que soy un desviado, es eso, ¿verdad?

—No, pero sí pienso que eres el rey de los tontos, no me cabe la menor duda —dijo Cameron, rompiendo de nuevo a reír.

Aunque le molestaba que se riera de él, aceptó darle una tregua. Creyó que acabaría moliéndolo a golpes, como un energúmeno y

arcaico guerrero, sin embargo, verlo divertido le gustó. Quizás, tomarse las cosas con naturalidad era lo más apropiado en esa esperpéntica situación.

Al final, la mención a los saltamontes dio pie a recordar las veces que Cameron lo había hecho rabiar con ellos y las numerosas travesuras compartidas antes de que todo se complicara tanto. Una paz o extraña liberación lo llenó, y estaba seguro de que su hermano lo sintió igual. Acabaron abrazados pues, por fin, tras haberse perdido tantos años como hermanos, se habían encontrado de nuevo como amigos.

Cameron le permitió seguir en Aberdeen, a cambio de rehacer su vida y retomar sus estudios. Él le prometió mirar hacia adelante y dejar de lamentarse. A pesar de haber perdido el amor de su vida, había ganado el respeto de su hermano y la confianza de un amigo verdadero.

—Ojalá que madre y Adele no se enfaden mucho conmigo por no visitarlas hasta que termine los estudios. El castillo está cerca de… aquello me trae demasiados recuerdos, caería de nuevo en la tristeza, hermano. Es más, no sé si algún día lo superaré, pero deseo acabar esta etapa con éxito y montar la escuela.

—Entiendo tu decisión y confío en ti. Espero tus cartas.

—Y yo las de vuelta.

—Eso se lo dejaré a Adele —respondió guiñándole el ojo, sonriente.

Tras un emotivo abrazo, se despidieron hasta dentro de varios años.

Irving cogió el sobre que le ofrecía el casero y al ver que el remitente era su cuñada Adele, corrió a su habitación. Habían pasado varios meses desde que su hermano se despidió de él en ese cuarto y se encontraba deseoso de saber cómo les iba.

Con nerviosismo, se sentó en su nuevo escritorio y rajó el sobre con el abridor de cartas. Contempló con una sonrisa el papel

ligeramente amarillento y soltó el aliento antes de desplegarlo.

Querido Irving,

Te escribo muy emocionada tras tanto tiempo sin tener noticias de ti. Ya me gustaría abrazarte en vez de escribirte, pero me dijo tu hermano el motivo por el que no vienes. Estudias demasiado, amigo mío. Sé que tu objetivo es montar una escuela para tu sobrino, es el mejor regalo que podrías hacerle y siempre te lo agradeceré. Se parece a ti, ¿te lo puedes creer? Tiene el cabello negro y los ojos de su padre, pero tiene tu carácter sensible y reflexivo. Elieen lo adora y no lo deja a sol ni a sombra. Eso me quita mucho trabajo y yo la dejo, pues así tengo más tiempo para mis clases de baile. ¿Sabes que tu hermano baila conmigo? Si lo vieras… ¿Quién iba a decir que un vinagre como él fuera al final el pastelito de menta más delicioso del mundo?

Si vieras, el castillo se ha llenado de llantos de recién nacidos. Tu hermano ha acogido a una mujer recién parida de mellizos, y ya sabes que no puede resistirse a dar cobijo a todo el que le pide ayuda. Lo mejor es que mi hijo tiene con quien compartir juegos y risas, a él no le faltarán los amigos, como a ti y a mí, de eso me voy a encargar yo.

Son tan bonitos juntos. Es una pena que su padre se pierda verlos crecer, pero la vida es a veces complicada y hay que confiar en el destino y el amor que todo lo encauza con el tiempo.

Uno es un niño rubio igual que un ángel y sus ojos son azules como el cielo, su hermana pelirroja tiene caracoles en vez de rizos, sus ojos son más profundos, semejantes al mar embravecido. Si uno ríe, los demás también, si uno llora los otros le siguen. Deberías venir, estoy segura de que te gustaría conocerlos.

Tu madre está loca con ellos, parece haberlos adoptado y dice que los tres son sus nietos. La madre de los bebés está encantada, imagínate, de venir de no sé dónde con tan tremenda barriga y creer que sería expulsada, ahora es casi de la familia. Vive en la casa del molino negro, me contaron que es de ese color porque se quemó y

no volvieron a pintarlo. Para que no tuviera que desplazarse tanto con los niños, tu madre le pidió que se mudara al castillo, pues será la institutriz de Andrew, pero se empeña en vivir en esa casa abandonada de la mano de Dios.

Te echo de menos, amigo. Todos lo hacemos. Tu hermano te adora y está muy emocionado con tu proyecto, estoy deseando veros juntos otra vez, compartiendo risas como grandes amigos. Cuando te tenga delante voy a estrujarte mucho, así que prepárate pues te dejaré lastimado una semana como mínimo.

Tu madre me pidió que te mandara muchos besos y te recordara que te quiere. Además, que te abrigues y comas bien, ya sabes cómo es de aprensiva y lo mucho que se preocupa por ti. Eloise, en cambio, me dice que va a tirarte de las orejas por no venir a verla. Entre mi abrazo y su tirón de orejas, espero que te quede nuestro recuerdo si decides irte, aunque estoy segura de que, una vez aquí, no volverás a viajar. Te esperan muchas personas que te aman y te añoran. Yo la primera.

Tu amiga, siempre.

Adele.

Emocionado, dejó la carta sobre el escritorio y lloró. Así estuvo un buen rato hasta que llamaron a su puerta. Era Neil, quien venía a recogerlo para ir a dar un paseo por la ciudad. En esos meses, había retomado sus estudios y amistades. Su sonrisa no llegaba a sus ojos, pero no conseguía sentirse mejor después del abandono de Charles. Lo añoraba todos los días, notaba haber perdido una parte de él. Este le había robado la otra mitad de su corazón, y en la vida podría sustituirse.

Se limpió la humedad de las lágrimas con la manga y con el abrigo colgado del brazo, salió al encuentro de su amigo. A la vuelta, respondería a Adele.

Querida Adele,

Me llena de alegría recibir noticias tuyas. Te echo mucho en falta, amiga mía. Bien me harían esas conversaciones en el jardín y tu risa, siempre contagiosa. Tus palabras me han transportado al castillo, hasta puedo oír los llantos y risas de los pequeños.

Estoy encantado de saber que mi sobrino se parece a mí. ¡Qué honor! Y lo de mi hermano bailando contigo… Debe ser un gran espectáculo. ¡No lo hubiera imaginado de él! Como ya te dije, lo has hecho el hombre más feliz del mundo. Estamos encantados de tenerte en la familia.

Me imagino el castillo más animado que nunca con todos esos bebés. Me encantaría conocerlos y ver a mi sobrino rodeado de amigos. Me has pintado escenas tan bonitas que casi siento que estoy con ellos.

Me hace muy feliz saber que mi madre disfruta de ellos como sus nietos. Siempre le gustaron los niños, son su pasión. La alegría ha faltado demasiado tiempo en su hogar. Espero que la madre de los mellizos se sienta parte de la familia, con el tiempo.

Como te dije antes, también te extraño, Adele. Me emociona saber que me recordáis y esperáis con tanto cariño. Me dais fuerzas para seguir adelante con mi proyecto. No puedo esperar para volver y compartir risas con vosotros.

Dale un abrazo fuerte a mi madre, dile que la quiero y que me estoy cuidando mucho, incluso he cogido algunos kilos de más. Y a Eloise dile que mis orejas están listas para sus tirones, la quiero muchísimo. Os tengo a todos en mi corazón, estoy deseando volver.

Con cariño, tu amigo, Irving.

P.D. Prepárate para un abrazo de oso cuando nos veamos. ¡Te dejaré magullada un mes!

En las cartas siguientes, Adele le relataba la vida en el castillo, las travesuras de su sobrino con los hijos de la institutriz, las primeras tomas de contacto de estos con el piano y la frustración de su hermano por inculcarle a Andrew su pasión militar y ver que este se

inclinaba más por las artes y no tanto por las espadas. Él le respondía contándole sus éxitos universitarios, pues había recuperado de sobra sus clases perdidas, hasta por adelantado. También le contaba, con mucho entusiasmo, sus andanzas con sus amigos y sus paseos con Fiona Stewart, la hija del mejor óptico de Aberdeen.

Poco a poco, cayó en una monotonía reconfortante que le hacía sobrellevar los días de forma más amena. Esperaba recuperar su risa habitual, aunque de momento nada más lo conseguían las bromas de Archie, quien se empeñaba en acompañarlo junto a Fiona, y las cartas de Adele, que lo transportaban a ese ambiente hogareño que había creado. En ocasiones, se imaginaba estar allí con ellos, ya parecía conocerlos. No faltaba una vez que no le hablara de los mellizos, debían ser adorables. De la que sentía mucho interés por saber era por su madre, de la cual solo hablaba de forma escueta, sin dar apenas detalles. Seguro que se había convertido en una estricta profesora con cara de amargada, todas solían acabar así, le comentaban sus amigos.

Pasaron los meses y acabó sus estudios. No podía creer que lo hubiera conseguido y, además, con un éxito imbatible. Genio, lo llamaron e hicieron una placa en su honor, colgándola de una de sus antiguas paredes.

Por fin, volvía al castillo junto a Fiona Stewart, y sus amigos Archie, Neil y Edwin, a quienes invitó a pasar unos días y disfrutar juntos de la Fiesta de la Estrella, la cual estaba en vísperas de celebrarse.

XXIV



Desde que conoció que Irving volvía al castillo, se encontraba en un sinvivir continuo en el que todo la hacía llorar, hasta contemplar a sus hijos jugar con su primo Andrew. Por suerte, contaba con el apoyo de Adele y Eloise para desahogarse, estas la animaban, comentándole que pronto se solucionarían sus problemas.

Al principio planearon que Charlotte diera la cara en el mismo castillo, no obstante, pensaron que la confianza de estar entre paredes conocidas daría a Irving ventaja para dar rienda suelta a un temperamento que nadie deseaba. Tras muchos quebraderos de cabeza, acordaron que el encuentro se daría en la Fiesta de la Estrella, durante la actuación de Andrew. De esa forma, tendría tiempo de asimilar la verdad sin dar un espectáculo delante de todos y los dos gozarían de igualdad de condiciones. Listo, ahí terminaba el plan, luego sería cosa de ella confesarle la verdad.

Qué fácil parecía dicho de esa forma tan pueril, como si hacerlo creer que era un hombre y haberle ocultado sus hijos todo ese tiempo, fuera tan comprensible…

Arrastraba de las trenzas a la esperanza, la cual imaginaba semejante a una mujer que acababa de escapar de arenas movedizas. En algún lugar recóndito de su corazón todavía estaba viva, aunque un poco perjudicada después de tanto remordimiento.

Esperaban para el viernes su llegada. Fue por eso por lo que, cuando una de las sirvientas avisó de su inesperada entrada por los muros del castillo McAllen, tuvo que agarrarse fuerte de la barandilla

de la escalera. Luego, sacando fuerzas de donde pensaba que no le quedaban, corrió como un vendaval en busca de sus hijos, quienes había dejado al cuidado de Eloise, buscando insectos en el mismo patio de armas por donde aparecerían. Se paró en seco tras la gran puerta al oír los cascos de caballos arribar en el patio.

Tan solo unos pasos los separaban de acabar con la farsa y, cansada de tanto remordimiento, respiró hondo y dio un paso al frente, decidida a mostrarse y asumir las consecuencias de sus errores. Sin embargo, unas manos la sujetaron del brazo y arrastraron con ímpetu tras la puerta, otra vez.

Confundida protestó, intentando zafarse con brusquedad.

—Si has decidido mantenerte oculta todo este tiempo, no lo estropees ahora, querida.

Charlotte ahogó un grito con las manos al ver el rostro severo de Cameron frente a ella.

—Ca-ca-cameron, quiero decir usted. Usted sabe… Adele le contó…

—Supe que eras Charles Robertson desde el primer día que te vi sentada en las cocinas con tu cabello corto y rojo como el fuego. Tenías una pose pensativa mientras fruncías los labios y te llevabas el dedo índice del mismo puño a la punta de tu nariz, empujándola ligeramente. Además, tienes un lunar ahí —señaló con el dedo su labio—, todo encajaba.

Alzó la ceja sin entender y quiso hablar, pero tenía tal nudo en su garganta que no pudo articular palabra. Se quedó allí, deshecha, sin saber a qué atenerse.

—Seguiremos el plan de mi esposa. Si te presentas ahora ante mi hermano será demasiado traumático, él todavía piensa que Charles es un hombre, ¿comprendes? No quiero imaginar cuál sería su reacción hacia ti, con los niños delante... Me pongo en su lugar y se me remueven las entrañas, ha sido muy duro callar todo este tiempo, te lo aseguro.

—¿Él no descubrió que soy una mujer? ¡Dios mío! Pero…

—Pero nada —cortó con severidad—. Sal del castillo cuando entremos y nos volveremos a ver en la fiesta en unos días. Enviaré a Eloise con tus hijos tras de ti en cuanto pueda.

Charlotte asintió ante su orden, sin embargo, no se movió del lugar.

—Quiero verlo, lo necesito.

—Entra en mi dormitorio, desde mi ventana gozarás de la mejor vista sin llamar la atención. Adele se encuentra todavía allí, te irá bien su compañía en estos momentos.

Tras decirle aquello, salió al patio sin darle ninguna opción a decidir. Como una niña pequeña a la que acaban de regañar por haberse portado mal, caminó con la cabeza gacha y acabó corriendo escaleras arriba, saltando los escalones de dos en dos. Sin pensárselo, irrumpió de forma atropellada en el dormitorio del *laird.*

Adele y su criada, Lilith, se sobresaltaron mucho al verla. Charlotte se frotaba las manos con nerviosismo, y no se detuvo hasta llegar a la ventana. Miró de soslayo a la criada, indicándole que su compañía sobraba.

—Lilith, ¿podrías preparar a Andrew y traérmelo, por favor?

Esta, como buena entendedora, salió de la habitación sin decir nada. Al quedar a solas, comenzó a sollozar.

—Está en el patio, Irving ha llegado.

—Lo sé —comentó poniendo una mano tranquilizadora en su hombro.

—Pero mis hijos, ¡sus hijos! Va a verlos, Adele.

—Tiene que conocerlos algún día, Charlotte, no te preocupes. Observemos qué sucede y confiemos en que todo saldrá bien. ¿De acuerdo?

Asintió entre hipidos y Adele abrió más la ventana, cubrió la abertura con el visillo y le indicó que se acercara con un gesto de la mano. Temblorosa, no pudo contener una exclamación cuando, a través de la trasparente tela, lo vio erguido sobre su caballo. Junto a

él, también sobre sus monturas, se hallaban sus amigos Edwin y Neil, algo muy inesperado. Sin embargo, solo tenía ojos para Irving.

Era tan hermoso como lo recordaba, quizás se hallaba un poco más delgado, pero conservaba ese porte tan majestuoso que siempre la había fascinado. El corazón le latía tan fuerte que pensó que le explotaría mientras observaba cómo desmontaba y luego se quedaba mirando a Psique. Esta saltaba dando palmadas, emocionada por tener los caballos tan cerca.

Irving arrugó el ceño un segundo, sumido en algún pensamiento tormentoso, no obstante, tras sacudir la cabeza, sonrió. Luego se agachó para decirle algo que debió gustarle mucho, pues le echó las manos al cuello, riendo. Cameron alzó la vista a su ventana y le dedicó una sonrisa apaciguadora, haciéndole saber que todo andaba bien. Adele le echó un brazo por los hombros y le plantó un beso en la mejilla, tratando de darle ánimos, aunque se hallaba absorta en la escena, controlando las ganas de romper a llorar.

De repente, Irving alzó en brazos a la niña y claro, solo faltaba que su hijo la viera para que se le antojara también que lo cogiera. Todos rieron ante el llanto del niño que tiraba de sus calzones y Psique llamaba a su hermano para que trepara por su pierna.

—Oh, Dios, ahora me arrepiento más que nunca de que no los haya conocido antes, Adele. Soy muy mala persona y él no me perdonará por esto. —Arrugó el visillo con ambas manos—. ¡Ha cogido a Irving! ¡Lleva a los dos en brazos!

Sin darse cuenta de la tensión que arribaba, tiró tan fuerte de la tela que arrancó la cortina, quedándose expuesta. Justo, él miró hacia arriba con los niños en brazos y, asustada por ser descubierta, se echó a un lado, aterrizando contra la pared.

Adele la ojeó para asegurarse de que se hallaba bien, y luego saludó con la mano a Irving que sonreía muy emocionado desde abajo.

—Ojalá pudieras ver esto. Está feliz con sus hijos, lo abrazan y besan sin parar, parecen saber que es su padre. Oh, Dios, creo que

voy a llorar, ¡no puedo soportarlo!

Adele se apartó de la ventana y se unió al llanto de Charlotte, quien no se retiraba del frío muro, como si fuera a traspasarlo en cualquier instante.

Al fin más tranquilas, Adele sostuvo su rostro entre ambas manos y le clavó los ojos ambarinos con firmeza.

—No puedes rendirte ahora, Charlotte. Por ti y por tus hijos, debes luchar. Si él no te perdona a la primera, tendrás que luchar por otra segunda oportunidad, igual que Psique tuvo que demostrar su amor a Cupido. ¿No era esa la leyenda que me contaste?

Asintió, temblorosa, y se dejó llevar hasta una silla. Su cuerpo temblaba y se frotó las manos con vigor.

—Por fin se han conocido… Parecían quererse, ¿verdad? —musitó y sin esperar respuesta, elevó el mentón hacia Adele que aguardaba frente a ella, también muy alterada. Con decisión, dijo—. Lucharé por él con la verdad. Le mostraré mi auténtica identidad en la fiesta, amiga mía.

—Así me gusta verte. —Le cogió las manos con fuerza y la levantó de la silla de un tirón tan enérgico que la hizo tambalear—. ¿Y ahora? ¿Cómo haremos para sacaros de aquí?

—Tu esposo se encargará de eso. Nos mandará preparar una carreta para que Thom, los niños y yo podamos volver a casa. Ya nos veremos en la fiesta, Adele.

—¿Mi esposo lo sabe todo?

—Todo.

—No me lo puedo creer, nunca me contó nada. —Se tocó con el índice la barbilla pensativa y prorrumpió con energía—. Ese no come pastelitos en una semana, no… mejor en un mes… ¡En toda su vida!

—Creo que podrás perdonarlo, Adele…

—¡Que te lo has creído! —Charlotte rio, pero no esperaba lo que iba a decir después—. ¿Sabes? Después de una buena riña, vienen

las reconciliaciones… Nos encanta reconciliarnos. No te digo nada de lo que te espera a ti. Encargaréis niños a pares.

Abochornada, no supo qué contestar, así que guardó silencio. En ese momento, entró Lilith con Andrew en brazos. Este, con unos cuantos meses más que Irving y Psique, pronunciaba el nombre de su tío mejor que cualquier otra cosa, como si compartiera su día a día con él. Pidió que lo bajaran al suelo y luego echó a correr hacia su madre para tirar de su mano e instarla a salir.

—Ya vamos, amor mío. Conocerás a tío Irving, por fin. —Echó un último vistazo a Charlotte y, moviendo los labios sin articular sonido, pronunció—: Te quiero.

Tardó en levantarse de la silla, sintiendo el calor de esas palabras en su corazón, mientras pensaba en todo lo que tendría que enfrentar esos días. Dio un respingo al oír carraspear a alguien en la habitación. No se había dado cuenta de que Lilith se hallaba con ella.

—Señora Robertson, el señor me pidió que la acompañara a las cocinas donde le espera el señor Ramsay con sus hijos.

Asintió y se levantó. Las piernas le temblaban un poco, pero se obligó a caminar y dejarse de lamentaciones. Siguió a la criada hasta las cocinas, sintiendo una mezcla de miedo y tensión al pensar que él se encontraba bajo el mismo techo.

—La visita se encuentra en el salón —dijo Lilith, queriendo tranquilizarla y Charlotte se preguntó cuánto más sabría de lo que le ocurría.

Al llegar a la cocina, encontró a Thom jugando con Psique, quien al verla chilló entusiasmada.

—¡Mamááá!

—Mi dulce niña, cuánto te quiero, mi amor. ¿Dónde está Irving? —preguntó, extrañada por no verlo allí.

El llanto desconsolado de un niño se escuchó afuera, cada vez más cerca.

—¡Aquí traigo a don caprichos! —gritó Eloise, entrando por la puerta con este en brazos—. Se encontró con Andrew y ya sabes que es su debilidad. ¡Cualquiera los separa! ¡Han montado una buena estos dos! Imagínate, Irving quería acompañarme, preocupado por tal berrinche.

—Oh, mi bebé precioso, ven con tu tío Thom —dijo el hombre con una voz ridículamente dulce, echándole los brazos. Irving lo abrazó, olvidando el gimoteo con rapidez.

—Debemos irnos ya —propuso, cada vez más nerviosa.

—Vamos, tengo todo preparado —dijo su amigo.

Ya camino del molino, echó la vista atrás con tristeza. Después de tanto tiempo sin ver a su príncipe, su corazón había caído en una especie de letargo en el que lo único que le indicaba que seguía vivo, era el amor que sentía por sus hijos. Tenerlos fue lo más consolador para sus heridas y dio gracias a Dios por ellos. ¿Cómo lo habría superado Irving? No tenía mal aspecto… ¿Podría ser que la hubiera olvidado sin más? Iba a casarse, a ella ni por asomo se le había ocurrido.

«Las mujeres somos diferentes», pensó, luego ojeó a Thom, quien llevaba toda su vida llorando a su tía fallecida y parecía que había decidido darse una oportunidad con Eileen. «No, el corazón es el mismo», concluyó.

Achuchó a sus hijos, quienes dormían abrazados a ella, sentados en la carreta y se consoló, pensando que le quedaban muchos años de alegrías junto a ellos.

Una vez en el molino, tras darles el pecho, los dejó acostados en sus camitas. Luego se reunió con Thom en la sala, quien jugaba pensativo con un palito encima de la mesa. Le colocó delante un vaso de vino y un trozo de tarta de manzana en un plato. Después se sentó a su lado.

Thom la miró, interrogador, y ella se encogió de hombros.

—Me lo puso Eloise en una cesta antes de partir. No está tan bueno como el de la señora Higgins, pero servirá para charlar

contigo.

—¿No prefieres interpretar una de tus preciadas obras en tanto que lo comes?

—Eso ya lo dejé de hacer hace tiempo, Thom.

—Tu sueño.

—Ahora mi sueño es otro —dijo mirando a donde había dejado acostados a sus hijos.

Él asintió, complaciente. Habían hablado mucho de ello. Él la animaba a no renunciar a su sueño y retomarlo más adelante, aunque ambos sabían que era un imposible. Tal vez, dentro de muchos años, la mujer podría estudiar en universidades y disfrutar de los mismos derechos que un hombre, pero con ser institutriz debía sentirse satisfecha.

Cortó el pedazo de tarta en dos y lo instó a comer.

—Me alegro de lo tuyo con Eileen —dijo, guiñándole un ojo a su amigo, quien casi se atraganta mientras masticaba.

—No sé de qué hablas.

—Bueno, si no deseas contármelo entenderé que ya no confías en mí y…

—Oh, calla, niña. No me hagas sentir culpable o… —Charlotte rio ante su exagerado bochorno y preguntó, azorado—. ¿Cómo lo has sabido?

—Pones cara de bobo cuando estás con ella, los dos lo hacéis. —Volvió a reír al verlo soltar el bizcocho, tan apurado y absurdo.

—No ha pasado nada entre nosotros, niña —la regañó—. No obstante, me hace reír y olvidar que solo soy un patético sastre sin futuro. Me ha animado a intentarlo de nuevo. Hay una sastrería en el pueblo y me apremió a visitarla y ofrecerle mis servicios. Creo que lo haré, después de todo… Nos entendemos, Charlie. Y siento algo extraño cuando estoy con ella.

Thom la miró de forma tan intensa que la removió por dentro. Su amigo, tras la pérdida de su tía Emily, ya había descartado que su

corazón volviera a latir por otra mujer.

—Te mereces ser feliz, amigo.

—Tú también, mi pequeña locuela. El rubiales te necesita. —Cogió su mano y se la apretó. Charlotte hipó, emocionada—. Le daré una paliza como te haga daño.

—Yo ya se lo hice, Thom —sollozó sin poder contenerse.

—Eso no me importa, es un hombre fuerte.

—Yo también soy fuerte, ¿no?

—Tú más, eres una gran mujer —dijo atrayéndola contra su pecho—. Todo saldrá bien, mi niña.

—Por mis hijos, eso espero.

—Por ti y por ellos, si no le daré una zurra…

Charlotte consiguió tranquilizarse un poco. Thom la conocía mejor que nadie, era su pilar, su segundo padre, su amigo sobre todas las cosas.

XXV



Edwin e Irving galopaban una milla delante del carruaje donde viajaba Fiona Stewart, su criada y, el enamoradizo y bromista, Archie. Neil había detenido su caballo a esperar al carruaje, para preguntarle a la dama si le hacía falta algo.

Era un alivio viajar durante un rato a caballo para despejar la mente de ruidos bastante molestos.

—No te entiendo, Irving. Deberías haber ido tú a preocuparte por tu prometida, seguro que Archie ya la ha hecho incomodar con alguna estupidez de las suyas.

—Parece que no conoces a tu hermano. Neil te tiene comido el cerebro.

—Y otras cosas… —contestó riendo y haciendo que Irving se sonrojara hasta las orejas.

—Guárdate las intimidades, por favor.

—Seguro que si Neil fuera una mujer no te importaría escucharlas —reprochó Edwin.

—No me gusta hablar de esas cosas, Edwin, ni siquiera si es de una mujer.

—De acuerdo, lo acepto y me disculpo, no suelo hacer ese tipo de comentarios, son más del estilo de mi hermano, pero Neil me hace tan feliz… Por eso, no entiendo por qué estás prometido con Fiona, siempre tratas de evitarla.

Irving alzó los ojos al cielo rogando ayuda, pero sabía que no podría salvarlo esa vez.

—Hice una apuesta con Archie, fue hace unos seis meses… —Calló un instante, no podía recordarlo sin sentir un enorme remordimiento—. Tu hermano y yo nos emborrachamos celebrando que Archie había aprobado uno de los últimos proyectos del profesor McGregor…

—¿Qué tipo de apuesta? —lo cortó escandalizado.

—Yo… estaba con Archie en la taberna, ahogando nuestras penas en cerveza…

—¡Archie no tiene penas!

—Vuelvo a repetirte que no hablas mucho con él últimamente.

—Vaya, tal vez tengas razón —dijo rascándose la cabeza y echando un vistazo al carruaje a lo lejos—. Sigue, por favor.

—Fuimos unos estúpidos, Archie estaba loco por Fiona desde que los presenté en uno de nuestros paseos por el río. Comenzó a acompañarnos con más frecuencia, algo que yo agradecía mucho, pero él insistía en que ella solo tenía ojos para mí. Ese día se lamentaba de que, por mi culpa, él moriría de amor. Decía que yo era demasiado guapo y que, si fuese como el Saltamontes, no tendría problemas en conquistarla, pero contra mí no tenía ninguna oportunidad. Yo le respondí que ella debía estar loca, y que necesitaba que su padre le pusiera unas gafas, que yo estaba hecho una piltrafa y más tras haber pasado por… ya sabes. En medio de nuestra charla, me retó a confesarle que nada más me interesaba como amiga y que era Archie el interesado en ella… Y yo accedí, seguro de terminar con aquel absurdo. Nunca pensé que Fiona confundiera mi confesión con una proposición, Edwin. Estaba tan borracho que era bochornoso verme andar, imagínate hablar… Apenas se me entendía cuando me presenté en su casa y… ¡Maldición! Ni siquiera me dejó hablar, y yo… estaba tan confundido… Solo conseguí hacer más infeliz a Archie, y ahora no sé cómo hacerle ver que quien verdaderamente la ama es tu hermano,

sin causarle daño. Sería muy vergonzoso para ella y tu hermano se niega a hacerle pasar por eso.

—¿Entonces no piensas casarte con ella? —preguntó balbuceante al asimilar aquello.

—Jamás, Edwin. Sigo con esta farsa con la esperanza de que lo comprenda o se arrepienta al demostrarle mi escaso interés. No sé cómo hacer que se fije en Archie.

—Lo que no entiendo es por qué él no ha intentado embaucarla de alguna forma…

—Fácil, está tan enamorado de ella y quiere hacer las cosas bien.

—Es tonto desde que nació… ¿y ahora quiere hacerse el interesante? Si me cortara las venas, no me saldría sangre. ¿Por qué la traes a conocer a tu familia?

—Se autoinvitó, Edwin. Ella es muy… así, igual que se inventó que quería cortejarla seriamente. No puedo más, no soporto su voz, y lo siento por si se convierte en tu cuñada en un futuro, pero es la verdad.

—Tienes razón, es insoportable, me parece oír a un gato maullando en celo cada vez que abre la boca.

Ambos rieron ante esa imagen y luego guardaron silencio, cada uno ensimismado en sus pensamientos.

—Me he equivocado tantas veces, Edwin —se lamentó.

—Simplemente has estado alelado, apenas has salido de tu castillo y no sabes afrontar la realidad. Pero no te preocupes, Neil y yo conseguiremos juntar a esos dos, como sea.

—Gracias, amigo. Si me sacas de esta, te prometo…

—¿Me prometerás abrir los ojos a la realidad, y escuchar tu corazón cuando tengas delante a la mujer de tu vida?

—Creo que eso no sucederá…

—Promételo o no te ayudo, ¡maldito seas! —protestó con firmeza.

—Lo prometo —aseguró confuso por su arrebato.

Edwin conocía lo que había vivido con Charles, y sabía que no podría enamorarse de nadie más. ¿Por qué le hablaba como si pudiera amar a otra persona?

En el horizonte vislumbró el castillo y olvidó el tema. Por fin regresaba a su hogar, vería a su madre y a tantos que lo amaban. Necesitaba de su cariño, sentirse querido para llenar ese vacío que lo ahogaba más que cualquier falta de aire.

Edwin avisó a Neil con un silbido y este galopó a su encuentro. Pronto se sumó a su marcha y trotaron juntos, felices por poner fin al largo viaje de pernoctar en posadas y comidas no muy elaboradas.

—¡Es impresionante! Ahora sé por qué no te cambia Fiona. Va a ser difícil, pero no imposible.

Irving rio por no llorar ante el comentario. Sabía que esa mujer no era tonta, igual que advertía que él no la amaba, no podía ser más evidente, ni siquiera la había besado en todo ese tiempo. Sin embargo, se aferraba a su compromiso como un clavo ardiente. O era conformista o interesada, una de dos. Por el bien de Archie, deseaba lo primero. A unas malas, tendría que ser sincero con ella a expensas de hacerle daño, pues nunca la desposaría.

Se abandonó a admirar el paisaje que bien conocía. A solo unas millas se hallaban los acantilados y al otro ascendía una ligera pendiente donde se erguía el imponente castillo de piedra ocre. Sus altos muros, robustos, habían recobrado su antigua majestuosidad. Los senderos estaban bien cuidados y los campos bien delimitados. Se notaba que su hermano volvía a ejercer con maestría su mandato. Soldados se apostaban en cada torre, y en la entrada del castillo, igual que hacía muchos años, velando por su seguridad.

La vida había vuelto al clan McAllen e Irving sonrió ante el hermoso despliegue de señorío. Los soldados le daban la bienvenida con un saludo militar, algunos sirvientes lo reconocían y aplaudían su llegada, unas criadas le dedicaban caídas de ojos y regalaban besos

al aire. Neil reía al observarlas y les seguía la corriente, haciendo como que cogía los besos en el aire y se los llevaba al corazón. Todo eran risas por parte de Irving y algún gruñido de Edwin, que finalmente terminó por reírse de la situación.

Al fin, habiendo cruzado el largo patio, llegaron a la entrada, donde detuvieron los caballos. Reconoció con sorpresa a su queridísima Eloise, quien jugaba con una niña muy pequeña y pelirroja. Bajó con nerviosismo del caballo y abrazó a su mucama con cariño. Iba a decirle cuanto la había extrañado cuando los chillidos y risas de la niña llamaron su atención. Su amiga se apartó al ver su simpatía hacia ella.

La observó unos segundos y, sin saber por qué, sus pensamientos acabaron en alguien a quien no deseaba recordar. Esos ojos de mar embravecido tan semejantes a los de Charles, lo miraron con una intensidad que le hicieron sentir un escalofrío. Luego, su cabello, su naricita y sus labios de cereza eran tan parecidos que sintió ganas de abrazarla. Percibía que se estaba confundiendo al notar tanta similitud, y sacudió la cabeza, espantando una estupidez como aquella. Aun así, esa sensación familiar no se iba y se agachó a observarla de cerca. Entonces cayó en que debía de ser la hija de la institutriz, de la que tanto le había hablado Adele en sus cartas.

—Hola, pequeña, eres Psique, ¿verdad? —La niña asintió con una entregada sonrisa que lo derritió—. Tienes un nombre precioso, tan bello como el de una diosa.

Dio unos saltitos, feliz.

—*Shique* —dijo señalándose a sí misma, luego lo colocó el dedo en su pecho, y entendió que preguntaba su nombre.

—Yo soy Irving.

—¡*Iviiin*! —chilló, muy efusiva, y se tiró a su cuello a abrazarlo con energía.

Rio y casi muere de amor allí mismo. Esa niña, con tan solo una sonrisa, había cautivado su corazón y mente. La alzó en brazos y se

sintió reconfortado como cuando el amor inundaba su alma al lado de Charles. De repente, notó que le tiraban del pantalón con insistencia a la vez que lo golpeaban con fuerza en la rodilla. Miró hacia abajo, curioso, mientras oía las risas de los demás.

—¿Qué…? —Sus ojos se cruzaron con otros azules, pero esta vez no eran el mar lo que veía en ellos, sino un cielo radiante. Su rostro de querubín lo removió por dentro, era un niño precioso—. Vaya, tú debes ser su hermano…

—¡*Iviiiin*! ¡Ven! ¡Ven! —Psique lo llamaba e instaba a trepar por él.

Divertido, lo alzó en brazos, y colocó uno a cada lado de su cadera.

Un fugaz movimiento en la ventana de Cameron llamó su atención y vio en ella a su amiga Adele, quien lo saludó, feliz. Entonces, los dos niños comenzaron a besarlo, a acariciarlo, y se emocionó tanto que no deseaba soltarlos cuando Eloise fue a rescatarlo.

—¡Vamos, niños! ¡No agobiéis al señor! Todavía tiene a muchos a los que saludar…

Dejó que Eloise se los quitara de encima, a pesar de su reticencia interior y se los llevó adentro. Luego alzó la vista para encontrarse con unos ojos dorados enrojecidos por la emoción.

—¿Vas a llorar, hermanito? Eres el *laird* no debes mostrarte tan nenaza por el regreso de tu hermano.

—Oh, cállate, estúpido alelado —dijo y lo abrazó con tanta fuerza que le costaba respirar.

—Otro que opina como yo. —Oyó decir a Edwin con voz afectada por la emoción detrás de él.

—Vaya, ya sé lo que intentas, quieres asfixiarme para acabar conmigo y hacerlos creer que sufro uno de mis ataques.

Cameron lo liberó del abrazo y le besó la frente.

—Te echaba de menos, no tienes tan mal aspecto como pensaba.

—Yo también te quiero, hermanito.

—¿Ellos son…? —preguntó señalando a sus acompañantes que presenciaban la escena muy divertidos. Entregaron las riendas de sus monturas a un muchacho y se acercaron.

—Te presento a Edwin Sullivan y Neil McDougal.

Se saludaron cordialmente. Después, Cameron miró a su alrededor, confundido.

—¿Dónde está tu prometida? —comentó su hermano que parecía haberse atragantado con la última palabra.

—Ni se te ocurra nombrarla así, solo la estoy cortejando, si es que se puede afirmar eso.

—No entiendo, Adele me dijo que pensabais casaros.

—Tiene razón, yo también creía eso —secundó Neil alzando las cejas.

—Cállate, anda, luego te cuento —le dijo Edwin al oído, pero no lo suficientemente bajo.

—Será mejor que todos sepamos qué ocurre, Irving —dijo sonando más a una amenaza que a una petición.

Irving alzó los ojos al cielo e iba a relatarlo de nuevo, cuando se oyó llegar el carruaje.

—Luego os lo contaré, si os parece.

Cameron lo miraba con el ceño fruncido todavía y eso lo ponía nervioso, temía que lo acusara de jugar con los sentimientos de Fiona en cuanto se enterara de la situación.

Al detenerse el carruaje, toda su atención se centró en este y ya pudo respirar mejor, a pesar del nudo en el estómago que tenía.

Del vehículo salió primero Archie, quien mostraba una expresión soñadora, pese a que al cruzar su vista con él se transformó en tormento. Luego ayudó a las damas a descender. Fiona se acercó a los presentes con una sonrisa de oreja a oreja y pronto supo reconocer al *laird*, lo que la hizo sonrojar bastante. Irving, con

presteza y como era su deber, se acercó a ella sin apenas mirarla y la llevó hasta su hermano.

—Cameron, te presento a Fiona Stewart.

Este la observaba, impresionado. Tan rubia y perfecta, su apariencia era la de una estatua marmolea, como una diosa salida de una leyenda. Fiona era una belleza… hasta que abrió la boca.

—Encantada de conocerlo, mi *laird.* —saludó con una sonrisa y una leve genuflexión de sus rodillas—. Tenía tantas ganas de ponerle cara al fin al hermano gemelo de mi… de Irving. Llámeme, Fiona, por favor. Pronto seremos más que amigos.

Cameron pareció despertar del sueño donde se encontraba y parpadeó, nervioso. Balbuceó un poco, y lo ojeó de soslayo. Todos arrugaban la frente ante la estridente voz. Al fin, Cameron se aclaró la garganta y le respondió.

—El placer es mío, Fiona. Espero que la estancia sea de su agrado y podamos conocernos mejor. —Fue escueto y parecía muy incómodo.

—Claro, estoy seguro de que sí, aunque el viaje fue agotador.

—Podrá descansar si lo desea ahora mismo. Avisaré a una criada para que la lleven a su dormitorio, señorita.

—¡Muchas gracias, mi *laird*!

Dicho esto, con un gesto de la mano señaló a una sirvienta que se acercó para conducirlas adentro. Las mujeres, tras despedirse con una leve inclinación de cabeza, la siguieron sin decir nada más.

Le llegó el turno a Archie, quien no parecía muy contento con la situación. Y no se entretuvo mucho con Cameron.

—¡Tenemos que hablar esto ya! —le dijo su hermano cuando se aproximó a él.

Irving bufó, temiendo una reprimenda asegurada.

Los siguieron al interior del castillo, donde se encontró con Adele, bajando las escaleras que daban al vestíbulo. Esta llevaba a su sobrino en brazos y gritaba su nombre sin parar.

—¡Tío Irving! ¡Tío Irving! —El niño, al verlo ya frente a él, se lanzó a sus brazos de forma tan impetuosa que clamó un grito general entre todos los presentes, sorprendidos.

Rio con ganas, lo abrazó, besó y arrulló durante un rato. A su lado, Adele que siendo de lágrima fácil, ya iba pasando a un llanto muy efusivo. Cameron la agarró de la cintura y la apretó contra sí. Ella, aunque refugiada en el pecho de su marido, le hablaba entre sollozos.

—Me debes un gran abrazo en cuanto sueltes a Andrew, no creas que te librarás, te dejaré para el arrastre.

Rio más al escucharla y le guiñó un ojo entre las palmadas de felicidad de su sobrino. Cameron se lo quitó de encima a regañadientes y les indicó a sus visitantes que lo siguieran al salón, dejándolos a solas. Adele e Irving por fin pudieron darse ese entrañable abrazo que hacía años que se debían.

—Dios, te he echado tanto en falta. No puedes irte más de mi lado, amigo mío —le dijo entre lágrimas cerca de su oído.

—No lo haré, te lo prometo. No podría moverme del lugar donde sé que me quieren y querrán siempre. Yo también he echado de menos tu risa cantarina y tus impulsivas respuestas. Lo siento por mi hermano, pero Andrew se parece más a ti.

—Y a ti —comentó ella cogiéndole el rostro entre sus manos—. ¡Y me alegro tanto por ello!

—Pobrecito, espero que no sea un alelado igual que yo. Según veo todos opinan eso de mí.

—Estoy de acuerdo, es algo que forma parte de ti y eso te hace único y diferente, amigo mío. Eres el más sensible, vulnerable y confiado del mundo, y es por eso por lo que te quiero tanto.

—Gracias por tus cumplidos, pero no sé si los otros se refieren a lo mismo, Adele. Me hablan como si no viera lo que tengo delante de mis ojos, como si lo más evidente pasara desapercibido para mí y comienza a incomodarme.

—Muy pronto abrirás los ojos, Irving.

—Ves, ¡tú también haces lo mismo!

Adele rio, pero no comentó más y lo cogió de la mano para conducirlo al salón donde se hallaban los otros. Irving, cada vez más frustrado por no saber a qué se referían con eso de que no se enteraba de nada, se dejó llevar con resignación. Al entrar y ver a los tres niños jugar juntos en una esquina del salón, lo olvidó todo. Por un momento, al contemplarlos, evocó recuerdos muy emotivos del pasado, justo en ese mismo rincón. Cameron y él cruzaron sus miradas, y comprendió que de la misma forma revivía esos instantes tan preciados.

Eloise anunciaba la despedida de Psique cuando esta avanzó de forma inesperada hacia él, pidiéndole que se agachara para decirle algo. Irving lo hizo y ella le cogió el rostro entre sus manos para plantarle un ligero beso en los labios.

—¡*Ivin*, mío! —le dijo con una preciosa sonrisa que volvió a relacionarla, extrañamente, con la de Charles.

—¿Yo, tuyo? —La niña asintió feliz y él rio—. ¿Y tú, mía?

—*Chiiiiii*.

Enternecido por la dulzura de la niña, posó un beso en su frente, antes de dejarla ir con Eloise, que le ofrecía la mano para llevarla hasta la salida.

—Creo que mi corazón ya tiene dueña, Edwin. —Este y los demás, lo observaban consternados y mudos de emoción. Como siempre parecían saber algo a lo que él no llegaba nunca—. No os entiendo.

Cameron carraspeó entretanto sujetaba a Adele, que parecía tener intenciones de desmayarse entre suspiros, aunque pronto se repuso y comenzó su perorata de saludos y presentaciones con sus amigos. La observó mientras los trataba, era encantadora, tan delicada y a la vez vivaracha. Tenía suerte de contar con ella como mejor amiga.

Se sentaron al calor de la chimenea, a la vez que los oía charlar, pero no podía apartar los ojos de ese pequeño, que parecía una

pequeña réplica de él mismo. Incluso tenía un pequeño hoyuelo justo al lado de la comisura de sus labios, exactamente igual que el suyo. Eloise volvió a por él, se lo regresaba a su madre que, sin saber por qué, tenía ganas de conocer. ¿Sería pelirroja o rubia? El pequeño, al ver que lo separaban de su amigo, comenzó a berrear tan fuerte que todos dejaron de hablar para prestarle atención. En un segundo, Irving se levantó y se dispuso a ayudar a Eloise con su batalla.

—¡No! ¡Tú, malo! —El niño, al ver que también quería separarlo de Andrew, le pegó con su manita, enfurecido.

—Pero, bueno, ¿me pegas?

Al decirle aquello, el niño reaccionó con un llanto atronador que casi los deja sordos. Irving, preocupado, lo cogió en brazos, mas este estaba tan colorado y conmocionado por saber que había obrado mal que ni se dio cuenta. Eloise se lo quitó de los brazos y se alejó con él. Irving no podía sentirse más culpable y la siguió hasta el vestíbulo. La mujer, al darse cuenta, se detuvo de sopetón.

—¿Dónde crees que vas?

—Estoy preocupado por él.

—Es solo un berrinche, siempre los monta cuando se separa de Andrew.

—Pero…

—Pero nada, vuelve con ellos, te esperan en el salón.

Cabizbajo, regresó mientras oía al niño llorar todavía desde allí. Era absurdo, mas su corazón parecía haber sido machacado. Se sentía tan mal por haberle hecho llorar…

—No has sido tú el causante, si es eso lo que te aflige, Irving. Quiere estar todo el tiempo con Andrew y si fuera por él, no se separarían. Pronto se le pasará, no te apures —le susurró Adele al oído en tanto que los otros conversaban.

—Supongo que se lo llevan a la casa del molino con su madre. —Adele asintió. Sus ojos se hallaban brillantes de una emoción que no

entendía—. Es un lugar muy bonito para vivir. Yo… creo que no lo pisaré jamás.

—Nunca digas de esta agua no beberé, amigo.

De repente, la potente voz de Cameron los interrumpió.

—Creo que ha llegado el momento de que nos cuentes por qué tengo a una damisela en mi casa, convencida de que pronto se casará contigo, hermanito, mientras tú huyes de ella como un ratón.

Irving tragó saliva y tras pedir permiso a Archie con la mirada, quien aceptó estar de acuerdo con exponerlo, comenzó a relatarlo. Cuando terminó, Adele se frotaba las manos, muy entusiasmada.

—Y decía mi madre que Escocia era un lugar aburrido.

XXVI



Notaba que le faltaba el aliento con cada yarda recorrida, era igual que si estrujaran un poco más su corazón herido a cada paso de la carretera. A lo lejos ya veía el imponente castillo y la falda de la montaña lucían con esplendor los estandartes de diferentes clanes. No podía apartar la vista del montón de gente que se arremolinaba en torno a los puestos, con temor a que se encontrara entre ellos ese rostro tan temido y que, en el fondo, ansiaba ver.

El clan McLeod se hacía cargo este año de la fiesta tan poco común, donde sobre un escenario elegían la mejor actuación. Ella participaría junto a Andrew, su alumno aventajado, y tocarían el piano demostrando su gran talento a pesar de ser tan pequeño.

No sabía si podría lograr subir a ese escenario, sabiendo que la mirada de Irving se hallaría sobre ella. ¿Cómo escapar? No podía, simplemente debía enfrentarlo.

—¿Estás bien? —preguntó Thom a su lado con voz grave, cogiendo las riendas con una mano y pasando el otro brazo por sus hombros, apretándola contra sí—. Sabes que todavía estamos a tiempo de desaparecer.

—No, no puedo huir más, qué clase de vida les daría a mis hijos si lo hiciera. No soy tan egoísta como piensas.

—Has sido egoísta en un pasado por oír solo a tu corazón. Ahora es tu razón la que habla, has madurado, por fin, pequeña.

—Puede ser —respondió, bajando la vista—. Pero he dejado muchas cosas sin resolver.

—Sabes ese dicho que dice: ¿se pilla antes a un mentiroso que a un cojo? Pues precisamente no lo hicieron para tu amado, el príncipe más alelado del reino. A ese lo ponía yo a trabajar de sol a sol y lo espabilaba pronto.

Charlotte prorrumpió en risas y ya no pudo parar en un rato. Necesitaba sacar todos esos nervios de alguna manera y qué mejor que riendo. Así fue como logró la serenidad que necesitaba mientras veía avanzar la carreta, refugiada en su abrazo. Habían salido de madrugada para llegar a tiempo. Las actuaciones no empezarían hasta después del almuerzo, y aunque iban un poco justos de tiempo, era suficiente.

—¿Crees que mis hijos estarán bien con Eloise? Es la primera vez que…

—Estarán bien, esa mujer los quiere igual que si los hubiese parido.

—Me resulta raro que Psique pregunte tanto por su padre. No sabe quién es en realidad y no para de repetir que es suyo.

Thom rio y la cabeza de Charlotte rebotó sobre su hombro.

—Esa niña es lista, se parece mucho a ti, igual de egoísta.

Ella se irguió con cara de pocos amigos, luego le asestó un golpe bajo entre sus costillas.

—¡Au! Eso es jugar sucio, no puedo defenderme.

—Te lo mereces, abuelo. —Entonces, recordó algo que la había hecho disfrutar esos interminables días—. Estás muy guapo. Se ve que te has esmerado bastante para la fiesta… ¿No será más bien para alguien?

—¿Ya empezamos?

Charlotte rio al ver su sonrojo y siguió pinchando.

—¿Sabes que te convertirías en mi padre si te casaras con Eileen y yo con Irving? —Le costó decir eso último, pero le encantó. Al fin y al cabo, ese era el plan, acabar juntos para siempre.

—Anda, niña, ¿quién ha hablado de casarse? Y por lo de ejercer de padre, creo que ya lo he hecho desde que salimos de Stirling.

—¿Cómo que no pretendes casarte? Ah, eres de esos… No pensaba que tú…

Él se volvió hacia ella con rapidez, con los ojos entrecerrados y muy molesto.

—¿A qué te refieres con que yo?

—Bueno, yo me entiendo. Acabas de traumatizarme para toda la vida.

—Oye, no soy ningún embaucador, no pienso aprovecharme de Eileen. Nos estamos conociendo, niña.

—Lleváis mucho tiempo conociéndoos. ¿No crees que deberías pasar a algo más íntimo? A ella la vi bastante dispuesta…

—Métete en tus asuntos —la regañó, más enfadado todavía.

—De acuerdo, pero no dejes pasar la oportunidad, Thom, es una mujer maravillosa y en esta fiesta se hacen muchas amistades nuevas —dijo y tras darle un beso en la mejilla no comentó nada más.

Lo había dejado inquieto, y era lo que buscaba, que no se relajara. Eso ya lo haría en la tumba.

Comenzó a oír las gaitas y el vello se le erizó por la emoción. Era espectacular el despliegue de colores y de diferentes personajes que se paseaban delante de ellos. Charlotte se atusó primero la trenza. ¿Sería un peinado muy simple?

Quizás, debería haberse esmerado más en su apariencia, sin embargo, dejar a los niños en el castillo McAllen, le había llevado más tiempo de la cuenta, pues Irving no paró de llorar al ver que se marchaba. Psique, que parecía más madura para tener tan corta edad, lo abrazaba consolándolo, como si adivinara su plan.

«Esa niña es demasiado lista, nos dará problemas», le había dicho Thom en más de una ocasión. Y ella sonreía, ya que eso le encantaba.

Al llegar de madrugada al molino, nada más le dio tiempo de recogerse el pelo en esa simple trenza que le llegaba a la cadera y colocarse unas pocas horquillas. Por lo menos su vestido de muselina era hermoso, tan azul como sus ojos y tan provocador que hasta a Thom le había sacado más que un sonrojo. Cuando se lo encargó a su amigo, lo hizo con esa misma intención, provocar la reacción de un hombre, para no pasar indiferente. Necesitaba sentirse mujer delante de él, mostrar sus encantos para no dejarlo pensar en otra cosa que no fuera ella. Podía ser una artimaña antigua, pero era efectiva y esperaba sacarle provecho.

Bajaron de la carreta con una mezcla de excitación y familiaridad. Al saltar afuera, casi se le caen las gafas que le regaló Irving. Eran preciosas y, a pesar de que no estaban bien ajustadas al puente de su nariz, le gustaban así, tal y como las había encargado su amado. De esa forma lo notaba más cercano a ella, aunque fuera absurdo. Las engalanadas mujeres la miraban con curiosidad y admiración, al parecer no provocaría reacciones solo en los hombres.

Thom y ella se acercaron a un puesto de comida y este le pidió un trozo de pastel de carne a pesar de su negativa a tomar nada.

—Te ordeno que comas.

—¿Me ordenas, mi señor? No sabía que era tu sierva.

—No quiero que enfermes. Desde que supiste que ese rubiales venía apenas pruebas bocado y has adelgazado mucho. No puedes seguir así, tus hijos te necesitan fuerte.

—Sí, tío Thom—soltó divertida y continuó—. Hoy, precisamente, no es el mejor día para que lo cambie, creo que vomitaría hasta el agua.

—No quiero excusas. ¡Come! —ordenó poniéndole un trozo de pastel delante de su nariz.

No tuvo más remedio que obedecer y lo probó. Al minuto se lo había acabado entero y Thom la miraba con una sonrisa satisfecha.

—Voy a traerte otro.

—¡No! Thom, por favor…

Pero este ya se había perdido entre la multitud. Se ajustó el chal sobre sus hombros, mientras respondía a los numerosos saludos de hombres que la miraban, deslumbrados. Se sentía algo incómoda así vestida, pues, con asiduidad, llevaba ropas de diario muy aburridas que la hacían parecer más una hoja mustia que una flor de jardín. Rogó para que Thom apareciera temiendo que en poco tiempo los tendría revoloteando a su alrededor como moscones.

De repente, oyó una voz estridente que nunca olvidaría y que le erizó hasta el vello de la nuca. Ojeó en la dirección de donde provenía y para su más profunda congoja, vio a Fiona Stewart cogida del brazo de su amigo Archie. Sin dudarlo un segundo, corrió a ocultarse tras un grupo de gente a su lado. Nerviosa, buscó a su alrededor, pero no vio a nadie más y aprovechó para observarlos.

Una mezcla de emoción y miedo bullían dentro de ella al verlos. Por un lado, la enterneció ver a Archie de nuevo, su expresión era galante y risueña, se veía muy feliz del brazo de la valquiria. Y si no fuera porque era la prometida de Irving, juraría que la cortejaba. ¿Qué hacía la valquiria del brazo de un acompañante sin su carabina?

—¿Qué haces? Te he buscado por todas partes. —Thom la hizo dar tal respingo que casi escupe el corazón por la boca—. ¿A quién espías? Oh, ya veo.

—Ella es Fiona —aclaró, rechazando la comida que le ofrecía.

—Ah, la valquiria. Tenía ganas de conocerla, es muy bella. Sí que tenías motivos para temerla. —Lo miró enfurruñada—. Tenías, niña. Ahora no te llega ni a la suela de tus zapatos.

—No hace falta que disimules, sé que es muy hermosa. Oye, no sé si soy yo o… ¿No ves a esos dos muy acaramelados? —Thom asintió, mientras devoraba el pastel—. ¿Dónde se supone que está Irving? Debería ser él quien la acompañara.

—Bueno, eso indica que ella no está tan dispuesta a casarse con él —dijo soltando una carcajada.

—O que lo está engañando —comentó con gran dramatismo que su amigo borró de un plumazo.

—No me extrañaría.

—¿Por qué dices eso?

—Ese hombre, como ya te dije, no se entera de nada. Será un cornudo fácil.

Iba a protestarle, pero calló. Debía de reconocer que Irving parecía ir siempre con una venda en los ojos. ¿Cómo no se dio cuenta durante los días juntos en Aberdeen de las miradas cargadas de anhelo que le dedicaba? Hasta a un ciego le sería fácil adivinarlo.

—¿Thom Ramsay? —preguntó una voz familiar detrás de ellos. Este se giró con rapidez.

—El pájaro no tocó suelo. —Ella alzó las cejas ante su explicación, confundida, y este, al ver que no se volvía, aclaró con voz cansada—. No hay peligro, Charlotte.

—¿Charlotte? —Resonó la voz con urgencia, llamando la atención del grupo tras el que se ocultaba.

Cuando se giró sobre sus talones se encontró con los rostros de Neil y Edwin, que la miraban con sorpresa.

—¡Amigos míos! —gritó sin poder contenerse y se abrazaron los tres, muy emocionados.

—Dios, estás… estás… —comenzó a decir Edwin, pero su emoción era tal que apenas podía continuar.

—Hermosa —concluyó Neil con una gran sonrisa orgullosa—. Mucho más que la valquiria.

Charlotte rio. ¿Cómo sabía lo que necesitaba?

—Me alegro tanto de volver a veros. Veo que compartisteis la tarta de manzana. —Neil rio divertido. Luego, al acordarse de Irving preguntó, insegura— ¿Él está…?

—No te preocupes por Irving, lo dejamos tirando al arco con Cameron en la otra punta de la fiesta. Nosotros acompañábamos a

Fiona a dar un paseo, y como Archie es el único que la aguanta…

En ese instante, entendió que la valquiria solo disfrutaba de la compañía de esos tres, sin ninguna pretensión. Debería alegrarse por él, si bien, no pudo evitar sentir cierta decepción.

—No sé por qué, pero creo que no estáis muy sorprendidos de verme.

—Bueno, tu amiga Adele… escribió a Edwin pidiéndole que viniéramos…

—Lo sabéis todo.

—Todo —respondió Edwin con rotundidad.

—Os advierto: uno, no necesito un sermón; dos, ¿por qué os pidió que vinierais?

—Tranquila. Uno, no íbamos a sermonearte, querida. Faltaría más, eres nuestra heroína —dijo este y Neil puso su mano en el corazón mientras inclinaba ligeramente la cabeza con adoración—. Dos, quería que le echáramos una mano con su plan.

—Ay, su plan… —Se retorció las manos, muy nerviosa y luego preguntó con brillo en sus ojos—. Entonces, ¿no pensáis que hice mal?

—Mujer, no llores o llamarás la atención más de lo que ya lo hemos hecho —advirtió Thom, muy serio.

—Creemos que fuiste muy valiente y Adele me explicó por qué lo hiciste. Me parece muy respetable tu sacrificio, dejaste la universidad y te alejaste para que Irving acabara sus estudios…

—Yo no estoy tan convencido…

—Tú te callas.

Thom rio ante el gruñido inesperado de Edwin y por cómo Neil agachaba la cabeza, sumiso.

—Chicos, en ese momento estaba muy confundida, y no sabía qué era lo mejor, simplemente actué como una mujer desesperada.

Temí que él me acusara de embaucarlo para someterlo a un enlace indeseado, mis hijos crecerían en un ambiente enrarecido…

—¡Mellizos! Los hemos conocido y casi me muero al ver a Irving con ellos. Fue tan tierno… Y son tan bonitos como vosotros, Charlotte… ¡Qué gusto llamarte así! ¡Charlotte! ¡Charlotte!

—Basta, querido. Harás que Fiona la descubra, y esa tendrá una voz insoportable, pero de tonta no tiene un pelo blanco de su cabeza —señaló Neil con ansiedad.

Edwin se tapó la boca, conteniendo su entusiasmo.

—Será mejor que vaya a ver a Adele, ahora que no está con Irving.

—Te acompañaremos —propuso Neil con determinación.

—Pero, Fiona…

—Deja a esos dos tranquilos, parecen entenderse mejor de lo que pensábamos —soltó Edwin con una risita traviesa.

Thom rio de nuevo y ella se lo reprochó con la mirada. Aunque en el fondo le agradaba la idea. Quizás, su amigo tenía razón e Irving sería un cornudo fácil.

Por el camino, los tres comentaron mil y una confidencias con pausada tranquilidad, pues Thom se hallaba alerta, siempre pendiente de si Irving aparecía. Fue tan emocionante compartir risas de nuevo con ellos siendo en realidad ella.

Al fin llegaron junto a Adele y los demás. Andrew la abrazó emocionadísimo, después de unos días sin verla y, según su amiga, no había parado de nombrarla en todo el tiempo. Hasta le contó que Irving se sintió tentado una vez de llevarlo a visitarla al molino.

Junto a la familia McLeod, conoció a una dulce y encantadora Hellen con la que compartió muchas risas. Neil y Edwin parecían haber hecho buenas migas con ella y con su marido Ian Kelly, quien tuvo que reconocer que estaba de muy buen ver. ¿Por qué tenían que gustarle tanto los rubios? Eran su perdición. Hablaban de

montar una escuela en América y eso les interesó bastante, pues tenían plazas vacantes de profesores.

Fue presentada a otras mujeres, todas muy agradables y divertidas, como Jane Scott que, junto a su marido Ronald y su hijo de tres años, no desaprovechaba una oportunidad para bailar. Hizo aparición un sacerdote, un poco perjudicado por abusar del vino, a quien notó que no le hacía mucha gracia la presencia tan arrimada de Thom hacia Eileen. Estos dos se divertían como niños danzando, desinhibidos. Charlotte los observaba y no podía evitar sonreír, hasta lagrimeó cuando su amigo le guiñó el ojo, desbordante de felicidad.

—Bueno, ahora, cuéntame cuál es tu plan, me tienes en ascuas, Adele. ¿Por qué me da la impresión de que todos lo saben y yo no?

—El plan es que salgas con Andrew y des el concierto. Luego ya se verá.

—¡No, no y no! Será un desastre. Algo más tendrás pensado, ¿verdad?

—Algo, pero no lo sabrás hasta que toques allá arriba.

—Me das mucho miedo.

Adele se frotó las manos, dejó escapar una risita traviesa y Charlotte se estremeció. Después de un tiempo, decidió no tentar más a la suerte y se alejó de allí junto a Thom, no obstante, camino de unos puestos de bebida, sintió un escalofrío recorrerla por todo el cuerpo al percibir la presencia de Irving. Era algo que siempre notaba cuando lo tenía a su lado, como si ella respondiera a su proximidad, atrayéndola sin remedio.

Miró sobre su hombro y, entonces lo vio. Sus ojos se cruzaron por un segundo fugaz, lo suficiente para advertir reconocimiento. Tembló y el terror la inundó tanto que huyó despavorida, logrando perderse entre la multitud.

—¡Dios mío! ¿Me habrá reconocido? —se preguntó en voz alta, casi sin resuello y colocándose bien las lentes sobre el puente de la nariz.

XXVII



Qué ganas tenía de largarse de esa fiesta. Lo que podía haber sido una estancia de inmenso gozo con sus mejores amigos, se había convertido en una horrible pesadilla.

Fiona no lo deja respirar, lo seguía a donde fuera, y casi sentía que había perdido parte del oído izquierdo por soportar su timbre de voz. Por suerte, nunca los dejaban a solas, siempre acompañados por un Neil, Edwin y Archie. Este último era patético con su despliegue de hombría magnificada ante su amada.

En ocasiones, ella había aplaudido su portentosa fuerza, mientras levantaba alguna roca o había reído coqueta al verlo abrirse un poco la pechera de la camisa, alegando que hacía demasiado calor en las horas más frías de la mañana. Archie parecía un animal en celo, desplegando toda su galantería ante una anonadada y fascinada Fiona.

Todo eso les daba esperanza para terminar con esa estúpida relación o no-relación, según se viera.

Era absurdo, pues echaba de menos a los pequeños Irving y Psique. Se sumaba al llanto de su sobrino Andrew por no poder jugar con ellos. Hasta había propuesto llevarlo con él a visitarlos, pero su amiga Adele se había negado rotunda y a él no le había quedado otra que aguantarse. Era tanto lo que habían conquistado su corazón que a punto estuvo de visitarlos él solo, aunque no se atrevió por miedo a no soportar los recuerdos que le provocaba el lugar.

Psique, la había llamado esa institutriz a su hija. ¿Casualidad? Ella era una persona formada, conocería la leyenda y no le pareció raro que lo eligiera, pues era una de las divinidades más hermosas del Olimpo. Podría ser, sin embargo, tenía una corazonada que no lo dejaba respirar, acelerando sus latidos y llenándolo de ansiedad. Incluso había soñado otra vez que el encapuchado lo salvaba. Cada vez percibía con más claridad su rostro, pensando que podía ser una mujer quien le hubiera prestado su aliento.

Sin quererlo, imaginaba que unas lentes reflejaban su brillo dentro de esa capucha, y despertaba sobresaltado, comprendiendo que únicamente lo provocaban las ganas de que fuera Charles. Qué difícil vida le había tocado; sufrir por amor era, sin dudarlo, la peor de las desdichas.

Había pasado unos meses que no se los desearía ni a su peor enemigo y todo por enamorarse de alguien equivocado. Lo consolaba el recuerdo de esa maravillosa noche que evocaba de forma incompleta. En su interior sentía que lo hacía con una mujer, hasta percibía su cuerpo femenino bajo esa febril inconsciencia. Se asombraba de cómo la mente humana podía tergiversar lo vivido a lo que en realidad deseaba. No obstante, aun pensando que era una mujer y no un hombre con quien yació, fue el día más feliz de su vida. Entregado en cuerpo y alma a Psique se sintió el ser más poderoso y eterno del universo.

La voz de Cameron lo sacó de sus pensamientos más recónditos.

—Fiona, ¿te importaría prestarme a Irving unas horas? Me gustaría practicar con él al arco y a otros juegos. Te prometo que luego será todo tuyo.

—Yo te acompañaré, preciosa Fiona —secundó Archie.

—Y nosotros —dijeron a la vez Edwin y Neil con una sonrisa.

Fiona solo parecía tener ojos para Archie, quien la observaba expectante.

—De acuerdo, me apetecería probar esos bollos de leche que tanta fama he oído comentar a Adele.

—Cógete de mi brazo, preciosa, me haré con una bandeja entera para ti —dijo Archie sacando pecho como si fuera un pavo real y desplegara sus alas con su cortejo.

Ella no lo pensó y se colgó de su brazo, hasta Irving juraría que se apretaba demasiado al cuerpo de Archie, quien no salía de su asombro. Pobre mujer, así de ignorada debía de sentirse por su culpa. Estaba seguro de que, si le daba la oportunidad a Archie, los dos llegarían a ser muy felices.

Cameron e Irving caminaron sin mirar atrás, para no darle la oportunidad a Fiona a arrepentirse de su decisión. Respiró aliviado al verse libre de nuevo para poder disfrutar de la compañía de su hermano.

—¡Por fin solos!

—Cuando se vayan, te hartarás de mí.

—Eso nunca, hermanito. Disfruto ganándote siempre, ya lo sabes. Eres el guerrero más lerdo del mundo y es una gozada verte la cara de frustrado.

—Serás cabrón. Hoy te haré tragar el polvo, fanfarrón —amenazó, dándole una palmada en el cogote mientras se reía.

Después de unas horas practicando distintos juegos, comprendió que nuca lograría ganarle a ese dios de la fortuna. Había nacido con un don que consistía en no ganarle, sino machacarle en cualquier juego físico que emprendían juntos. Maldiciendo entre dientes se mortificaba por su malvada diversión egoísta.

—Estoy harto, prefiero la compañía de Fiona que soportar una estupidez más tuya.

—Pobrecito mío, ¿está dolido el niño? Si quieres podría dejarte ganar por una vez.

—¡Me cago en tu nación! —gritó tratando de darle un puñetazo en el costado, pero este saltó y lo esquivó entre carcajadas—. Te odio.

—Yo también te adoro, hermanito, y hoy más, nunca me había divertido tanto en unos juegos. —Siguió riendo un rato en tanto que lo seguía—. Voy a proponer organizar la próxima fiesta. ¿No te parece buena idea?

—¡Vete a la mierda! —le soltó llamando la atención de algunas damas en su caminata, sin embargo, estaba tan furioso que no le importó.

—¡Vamos, Irving! No es para tanto —dijo Cameron ya más serio —. ¿Piensas estar todo el día torcido conmigo por esto?

Irving se detuvo de golpe y lo enfrentó, algo que no esperaba Cameron y tuvo que frenarse con rapidez para no tropezar. Lo observó en silencio y luego sonrió, malicioso.

—Haré algo mejor. —Cameron arrugó el ceño ante su misteriosa amenaza y lo instó a seguir hablando con un gesto de la cabeza—. Le contaré a Adele cómo has disfrutado dejándome en vergüenza delante de muchos clanes.

Cameron abrió los ojos como platos y quiso contestar, pero, aturrullado, no era capaz de articular palabra.

—Luego le diré que reías a carcajadas y gritabas que era un lelo cuando tropecé probando a tirar la lanza. Que te mofaste y me cantaste una canción de cuna mientras lanzaba el martillo, que imitaste a una gallina al prepararme para tirar a la diana… ¿Y sabes lo que peor me ha sentado? —No le contestó, pues sabía muy bien a qué se refería—. Me has puesto en la cabeza un saltamontes. ¡Un saltamontes, Cam! Me hiciste correr como un galgo hasta la meta.

—Pero ganaste, fue lo único que conseguiste y me siento muy orgulloso.

—¡Oh, Señor! ¡Dame fuerzas para contenerme y no matarlo a golpes!

—Lo siento, hermano —se lamentó, alarmado, jamás le había hablado con esa sed de venganza—. Te prometo…

—No me prometas nada, siempre lo haces, no sé por qué accedí a jugar contigo.

—Reconozco que me he pasado, Irving. Espero no haberte ofendido tanto como para no olvidarlo el resto del día. Disfrutemos juntos.

—Claro que disfrutaré, cuando se lo cuente a Adele.

—No, ¡por favor!

Comenzó a caminar de nuevo, sabía que lo tenía cogido por los huevos y se le escapó una risotada maligna. Claro que se lo contaría a Adele, y dio gracias al cielo por ponerla en su vida.

Después de ver a su hermano suplicar clemencia a su mujer y de esta mandarlo a cuidar de Andrew de muy malos modos, consiguió disfrutar con plenitud.

Pronto se encontraron de nuevo con Fiona y Archie, y los otros. Por la cara de desilusión de Fiona al verlo y la de contento de Archie, supo que su plan de unirlos estaba funcionando. Y por eso mismo, fue aún más apático con ella, lo que provocó que sin duda valorara cuanta diferencia existía entre la entrega de cada uno de ellos.

Iban paseando con tranquilidad y el cabello largo de Fiona le golpeó el rostro debido a una ráfaga de viento, haciéndolo escupir. Este se le había metido en la boca, y ella se rio como si fuera algo divertido. No pudo responderle con la misma diversión, estaba harto de tanta farsa.

Iba a proponerle volver con Archie, cuando delante de él vio un rostro familiar… ¿Podía ser? Era imposible, había pasado muy rápido y podría haberlo imaginado. Con el corazón como un caballo desbocado, salió tras la estela azul que había percibido en una figura de mujer, pero con el rostro inconfundible de Charles Robertson.

«¿Me estoy volviendo loco?». Se preguntaba, apartando a unos aldeanos a empellones para lograr alcanzarlo, sin embargo, este desapareció de su vista. Se giró, confundido, y dio una patada a una piedra, furioso por haberlo perdido. Tuvo que disculparse con un guerrero al cual había golpeado y, ya más calmado, cerró los ojos esclareciendo esa escena que había presenciado: recordó unas pupilas curiosas y unos iris tempestuosos que amaba más que a

nada. Un cosquilleo creció en su estómago, y se asustó por la intensidad tan abrumadora que logró alcanzar. Como un mazazo, la figura que acompañaba esos ojos se esclareció en su mente, y la revelación fue tan abrumadora que apenas pudo mantener el equilibrio.

—No puede ser, es imposible… —Ausente de todo a su alrededor, no comprendía cómo su mente jugaba de forma tan cruel con él.

—¿Qué te ocurre, hermano? —Oyó a lo lejos a Cameron haciéndolo volver de su aislamiento.

—No sé qué le ocurre, Cameron. Salió corriendo en esta dirección y cuando he llegado parecía más una estatua que un hombre —dijo Fiona terminándolo de despertar.

—Lamento haberos preocupado, es solo que me pareció reconocer a alguien, pero se trata de un malentendido.

—Bien, entonces será mejor que vayamos a beber y comer algo. Una jarra de cerveza te hará tener un pretexto para idear quimeras —propuso su hermano, sorprendiéndolo, después de haberle prohibido tomar alcohol en Aberdeen.

Eso era algo que no había cumplido, pues había seguido bebiendo y precisamente por culpa de una borrachera se encontraba en un aprieto con Fiona.

Aun así, le rio la propuesta y los tres se dirigieron a reunirse con la familia que se congregaban alrededor de una enorme mesa. Su cuñada bailaba feliz con su hijo Andrew e Irving se alegró de verlos, eran encantadores. ¿Cómo había pasado tanto tiempo fuera lejos de su familia? Ellos eran su alegría y su refugio ante las adversidades. Ya no deseaba partir a un lugar donde no estuvieran ellos, pues en ningún país exótico encontraría aquel cariño incondicional.

Beber lo ayudó a olvidar lo ocurrido y lo relajó, al fin.

De pronto, Adele los llamó a todos y les pidió que se acercaran al escenario. Recordó que su sobrino actuaría tocando el piano y se animó a aproximarse unos pasos, pero se mantuvo apartado del bullicio.

Desde allí, podía observar el magnífico instrumento que reinaba en el centro de la tarima, adornado de hermosas campánulas azules por doquier. Reprimió una carcajada, al ver a su sobrino tropezar en el último peldaño de la escalera y caer de bruces sobre el escenario. Enseguida, una dama se le acercó por detrás con urgencia y lo ayudó a levantarse. De espaldas, podía distinguir una larga trenza anaranjada y un vestido azul verdoso muy elaborado que guardaba cierto parecido con... Por un instante, se ausentó de nuevo, elucubrando en su cabeza algunas imágenes inconexas: esa misma tela apreciada hacía unos minutos, la imagen de unas lentes, de Charles...

Contuvo el aliento, esperando que se diera la vuelta. Su corazón se había parado y no volvería a latir hasta comprobar que estaba confundido o que aquello era parte de una horrible pesadilla.

El silencio inundó el lugar a la espera de que hablara el organizador.

—La señorita Charlotte Robertson acompañará al piano al señorito Andrew McAllen. Nos deleitarán con una pieza compuesta por ella misma. Esperan recibir muchos aplausos de vosotros, ¡¡alcornoques!!

—¡¿Charlotte Robertson?! —Su duda resonó igual que un grito, rompiendo el silencio. Ni un trueno se hubiera oído tanto, sin embargo, a él le daba igual, toda su atención se hallaba en la figura que tenía delante, a pocos pasos.

Encima del escenario, esos océanos soñados reflejaban una mezcla de temor y timidez. Sin perder la compostura, posó su mirada en él y el clamor de los aplausos animándolos parecieron lejanos ecos mientras su mundo se tambaleaba al borde del abismo.

La música comenzó lenta, pero segura en los dedos de Andrew y pronto ella lo acompañó, haciendo que fuera más rápida y compleja. El niño jugaba con las notas como una marioneta de la que su profesora sacaba el máximo partido para completar su melodía.

A Irving se le hacía desgarradora, era parte de un engaño absurdo, de un secreto inconfesado. Él era *ella* todo ese tiempo… Algo se rompió dentro de él cuando vio rodar una lágrima por su mejilla, mientras la última nota flotaba en el aire. El silencio se hizo pesado; a él, doloroso.

La gente comenzó a aplaudir tanto que ya no oía el retumbar de su propio corazón. Dio un paso adelante, decidido a esclarecer las preguntas que se agolpaban en la punta de su lengua, al borde de la desesperación.

No obstante, notó un golpe seco en su nuca y luego, se hizo la oscuridad.

Un dolor intenso en su cabeza lo hizo apretar los párpados y, poco a poco, tomar consciencia del entorno. Olía a rayos y, al tratar de abrir los ojos no logró ver nada. Pronto se percató de que tenía un saco sobre su cabeza y a través de la tela y los ínfimos agujerillos, había alguien que paseaba en círculos.

Protestó, lastimero, al intentar incorporarse, pero descubrió que tenía las manos atadas detrás de la espalda. La persona que le hacía guardia se hallaba quieta frente a él. ¿Qué ocurría? ¿Por qué estaba en esa situación? No entendía nada.

Entonces, vio que la figura se agachaba y notó que posaba sus manos sobre el saco de tela que lo cegaba. Un familiar olor a rosas lo inundó y lo recordó todo.

—¡Tú! ¿Charlotte o Charles? ¿Quién demonios eres? ¡Maldita seas!

—Yo no… —Oyó decir. Luego, silencio. Solo oía unos sollozos ahogados y contenidos delante de él.

Era *ella*, esa mínima voz que tanto había deseado oír de nuevo era de *ella*.

Lo abrumó las ansias por verla, por tocarla y comprobar que lo que tenía delante no era producto de su imaginación, de un sueño o de una pesadilla.

—Por favor, necesito verte.

—No —contestó a media voz.

—¡Quiero verte! ¡Tengo derecho a verte! —gritó furioso.

Sin esperarlo, la figura se convirtió en una sombra oscura que se cernió sobre él. Sintió el tirón fuerte de la tela que lo aprisionaba, y se encontró libre. Parpadeó varias veces, hasta que su visión se aclaró un poco. Entonces, la vio.

La figura de una mujer de espaldas con una larga trenza pelirroja que caía hasta su cintura lucía un hermoso vestido azul. La tela brillaba con elegancia bajo la luz tenue de la habitación. Su corazón se detuvo, incapaz de procesar lo que estaba viendo.

Siguió observándola con detenimiento, mudo de asombro y acongojado. Era tan menuda como Charles… Pero él no tenía caderas sinuosas… ¿O sí? Su cabello, era del mismo tono. Sollozó, incapaz de contener la ira que iba creciendo de nuevo.

—Vuélvete —ordenó con sequedad.

Ella se giró con lentitud. Fue entonces cuando la verdad lo alcanzó igual que un rayo y lo convirtió en cenizas. Su corazón se rompió al descubrir ese rostro tan amado, tan añorado, pero que lo miraba con remordimiento, con miedo y dolor.

En sus ojos vio arrepentimiento, y al comprender que todo en lo que había creído había sido una mentira, sus emociones comenzaron a desbordarse, haciéndolo respirar de forma irregular. La ansiedad lo envolvía como una manta siniestra, la traición golpeaba a su puerta y el dolor lo doblaba en dos. Probó desatarse de la cuerda que aprisionaba sus manos tirando con fuerza, necesitaba sentirse libre.

—¿Cómo pudiste hacerme esto? —Lloró entre sollozos, cada vez más fuertes, y mirando al cielo, continuó—. Yo creía… Dios mío, ¿cómo pude equivocarme tanto? Señor, perdóname por ser tan necio. —Dirigió su vista hacia ella, sintiendo que aún la amaba a pesar de su mentira y, enfadado consigo mismo, arremetió con toda su rabia—. Lo pasaste bien, ¿verdad? ¡Te reíste de mí! ¡Todos lo hicisteis!

Las carcajadas amargas sacudieron su pecho mientras la veía acercarse con los ojos anegados en lágrimas, alzando una mano, suplicante. Él miró hacia otro lado, incapaz de sostener esa mirada que se le clavaba como un puñal en el corazón.

—Déjame explicarte —murmuró con voz quebrada, poniendo una mano en su mejilla, obligándolo a enfrentarlo.

Irving no quería escucharla, la rabia y decepción lo cegaban.

—No quiero oírlo —susurró con voz tensa—. No puedo.

—Tendrás que hacerlo —dijo rotunda, alzándose delante de él y, como si fuera una diosa, lo atrapó con el océano embravecido de sus turbulentos ojos.

XXVIII



Lo observó a través de las espesas y húmedas pestañas. Irving, el amor de su vida, su príncipe, le devolvía tal desprecio que le dolía en el alma. Era una garra que la ahogaba, la convertía en barro, dejaba de ser una mujer para sentirse un despojo absurdo.

¿Por qué costaba tanto revelar la verdad con lo fácil que era gritarlo, sin más? Simplemente, porque lo amaba y temía perderlo para siempre, porque mientras él no conociera su verdad, podría mantener la esperanza.

«¡Cobarde!», gritaba su conciencia y cada vez que lo oía, más grande se hacía la herida que acababa con su vida.

—Déjame explicarte —murmuró rota de emoción. Haciendo de tripas corazón, lo obligó a enfrentarla, poniendo una mano en su mejilla y notando en las yemas de sus dedos una energía que solo lo trascendente podía causar.

—No quiero oírlo —susurró con odio, apartando la mirada y con voz temblorosa, prosiguió—. No puedo.

Algo en su interior se removió al pensar en sus hijos, como si una tormenta bullera en su pecho y luchara por salir. Por un instante, se sintió con fuerzas para soltar todo lo que guardaba y necesitaba decirle.

—Tendrás que hacerlo —dijo apretando los puños y alzándose delante de él—. Yo no quería hacerlo así, pero veo que la idea de Adele de atarte es la mejor forma de que me escuches.

—¿Adele? Ella…

—Todos, como bien pensaste, sabían de mi existencia. Ellos también organizaron este encuentro, y no, precisamente, para reírse de ti, sino para que los dos enfrentásemos nuestros demonios.

—Toda tú eres un demonio, ¿cómo pudiste…?

—Oh, cállate de una vez, ¡no sabes nada y me acusas de forma tan grosera y simple!

—Habla, mas no creas que voy a perdonarte por escuchar tus excusas, nada podría hacer que te…

—¿Amara? Yo te amo y no me avergüenzo de decirlo. ¿Tan difícil te resulta reconocerlo? Me amabas, lo sé, lo veía en tu mirada, fuimos uno, lo fuimos una noche. Sin embargo, yo te amé desde el día que te conocí cuando te regalé mi aliento, hace muchos años en aquel campo, cerca de tu castillo.

Él la miró, confuso, luego abrió mucho los ojos y guardó silencio.

—Sí, lo recuerdas. Te salvé la vida, rogabas por un leve sorbo de aire. Después de eso, creí no volver a verte nunca más, escondida en aquella mísera casa. Pensaba irme pronto y cumplir con lo que tenía planeado, y entonces, apareciste otra vez, para perderme y despertar de nuevo mi corazón cautivo. Tan flamante, tan hermoso… Estúpida, me dije una y mil veces por no huir; necesitaba verte, conocerte, besarte de nuevo.

—Me besaste —musitó.

—Te besé, amor mío. Te volví a regalar mi aliento y te besé. Pero también me asusté, pues mi corazón lloraba por ti y vestida de hombre no podía amarte.

Irving sollozó durante un rato y eso la desgarró por dentro. Aun así, tenía que acabar y sacarlo, desnudar su alma. Al tranquilizarse, se dirigió a ella.

—¿Por qué te vestías así? —musitó. Él parecía más débil, y lo achacó a la emoción.

—Mi padre era pastor en la parroquia de Stirling, y me crio como la mujer que soy, pero trabajó mi mente igual que la de un hombre, la surtió de ideas novedosas, sembró en mí la semilla de la curiosidad y llenó mi alma de preguntas sin resolver. ¿Por qué, siendo yo un alma tan semejante, no tenía el mismo derecho que otros? ¿Era por no tener entre mis piernas lo mismo? ¿Crees que después de todo ese conocimiento podía conformarme con esa respuesta? Bien sabes tú cuánto queman las dudas en la mente. —Se detuvo un segundo para señalarlo a él y a sí misma—. Ambos nacimos inconformistas, independientemente de nuestro género. ¿Por qué tú tienes más derecho que yo, Irving? Ambos poseemos lo que mueve el mundo, un cerebro y un corazón.

Él no le respondió, la observaba con cierta admiración, lo que le dio fuerzas para seguir.

—No elegí enamorarme de ti, cautivaste mi corazón sin permiso, Irving. Me dolió tanto tener que irme, pero debía hacerlo, por mí y porque nadie más me apoyaría para lograr mi sueño. Vestida de hombre renuncié a mi verdadera identidad durante años para serenar mi mente, para responder esas preguntas que tanto odiaba hacerme y no podía responder, porque mi alma necesitaba el éxtasis de una explicación coherente. Porque soy inconformista, y tengo derecho a saber y a opinar igual que tú.

Las palabras sonaron rotundas, semejantes a golpes de martillo, seguros y contundentes.

—Eso no te excusa de engañarme —expresó con resquemor.

—Lo hice, pues tenía miedo, soy sensible y débil. Yo había renunciado a ti por lograr el conocimiento y tú volviste a aparecer para arrancármelo de cuajo. Si te hubiera contado la verdad en ese momento, ¿me habrías comprendido o me habrías acusado? —Él negó con la cabeza, queriendo decir algo, pero no le dio la oportunidad—. Habrías tenido solo en cuenta la mentira sin buscar un motivo, estoy segura. Yo no significaba para ti, lo que tú ya eras para mí.

—¿Un tonto al que engañar?

—No, una persona a la que amar más que a nada.

—¡Debiste contármelo, no tenías derecho a engañarme!

—¿Y tú a acusarme? ¿A obligarme a abandonar mi sueño? Hoy vas a casarte con Fiona Stewart, no me amas, lo sé.

—Me hiciste creer que me acostaba con un hombre, ¡joder!

—Eso es cierto, sin embargo, te quise, como lo que soy, siempre fui la misma contigo. Si hubiera sido un hombre, no me arrepentiría tampoco, amándote como lo hago.

—¿Me amas, dices? ¿Y, aun así, me engañas…? —Su voz resonó en la habitación igual que un eco desesperado. De pronto, él abrió los ojos como platos y comenzó a respirar de modo irregular; su pecho subía y bajaba de forma errática, amenazando con su inminente asfixia. ¿Qué lo había provocado?—. Psique, Irving, ellos… son... ¿Vas a dejarme? No puedes apartarme de… ellos. Son míos.

El miedo la abrazó igual que una serpiente rodea el cuello de su presa al oír ese «míos». No se había planteado esa posibilidad, pero allí se hallaba germinando la duda entre su corazón y mente… Esta última le decía que ese sentimiento no era de posesión sino de pertenencia. Y su corazón temía que él quisiera arrebatarle a sus hijos para siempre, castigarla con la cruel separación y así vengarse de ella.

—No voy a renunciar a ellos nunca.

Irving cerró los ojos, parecía tratar de serenarse pues cada vez se encontraba más débil, no obstante, su respiración sonaba forzosa, ronca… Se moría lentamente. Abrió los ojos, rogándole ayuda y Charlotte lloró lágrimas amargas. No podía dejarlo morir, aunque la odiara, él era su consuelo.

Con rapidez, lo tumbó en el suelo, y con una mano en su frente lo inmovilizó, con la otra abrió su boca. Luego, cogió aliento y lo insufló hasta su garganta. Masajeó su pecho, como había aprendido a hacer del doctor, quien tantas veces había revivido a su padre. Continuó insuflando vida sin pausa en ese cuerpo que luchaba por respirar con todas sus fuerzas. Al fin consiguió sosegarlo y dejarlo

descansando. Lo besó otra vez en los labios cálidos para sentirlo por última vez y llevarse su sabor para siempre a donde fuera.

Lloró con rabia, porque él no la correspondía, porque era injusto. Amaba a otra, que pretendía que cuidase de sus hijos. ¡Nunca lo permitiría!

Se levantó con sigilo. Sabía que Adele y los otros debían estar cerca, esperando que saliera de la casa. ¿Cómo huir y llegar a sus hijos antes que nadie?

Irving se hallaba medio inconsciente, podía aprovecharlo, robar un caballo y salir al galope. Ni el viento podría detenerla. No pensó mucho más, le urgía llevar a cabo la huida, mientras él no pudiera descubrirla. Se secó las lágrimas con la manga del vestido y con determinación abrió la puerta. Sabía dónde se hallaban, en una casa cedida por unos campesinos por petición de la señora McLeod. Y por suerte, no andaba mucha gente por allí, entretenidos con la fiesta. Fuera, buscó a su alrededor y pronto vio un movimiento cerca. Viró la cabeza y se encontró con Thom que se levantaba de una roca y ya se aproximaba a ella. Adele y los demás se hallaban un poco más apartados.

No esperó que llegara hasta ella cuando en varias zancadas se plantó delante y lo abrazó con fuerza. Su amigo no supo cómo reaccionar a tal muestra de cariño y solo la apretó contra sí, guardando silencio.

—Quiere quitarme a mis hijos —susurró en su oído y pareció perder toda su envergadura y hacerse tan menudo como ella—. Necesito un caballo.

Lo miró a los ojos muy seria y este comprendió que no bromeaba y que haría lo que tanto había temido, huir lejos de todos, hasta de él.

—Iré contigo.

—No, tú tienes derecho a ser feliz, amigo. Por lo menos uno de los dos debe serlo.

Un gruñido profundo salió de sus entrañas en forma de protesta.

—¿Me abandonarás? ¿Aunque te diga que no me importa esa felicidad y que mi familia sois tú y tus hijos?

Charlotte sollozó al ver cuánto la amaba. No podía forzarlo a abandonar a su familia.

—Vamos, debemos irnos ya, mi fiel amigo.

Los dos se lanzaron a una carrera donde no miraron atrás, ni oyeron las voces de los que corrían tras ellos. Montaron en un caballo y huyeron al galope tan rápido como les dejó el tiempo.



—¿Dónde está? —gritó desesperado, quitándose de encima los brazos que lo sujetaban con fuerza contra el piso.

Buscó a su alrededor, pero en la casa nada más veía a Adele, a Neil y Edwin. Charlotte había huido de nuevo de su lado, y esta vez estaba seguro de que lo haría para siempre. No obstante, que Dios lo fulminara en ese momento si debía detenerse, pues no dejaría piedra por revisar en el mundo hasta encontrarla. Se levantó con cansancio, mas consiguió ponerse en pie. Tambaleante, buscó a Cameron, pero no lo vio.

—¿Y mi hermano? —preguntó a Adele con sequedad. Ella lo observó sin entender qué pretendía y negó con la cabeza—. Lo necesito, Adele, ve por él y dile que me traiga caballos.

—Yo iré por él —dijo Neil, presintiendo que era urgente por la desesperación que mostraba—. Por cierto, siento el golpe en la nuca.

No esperó a oír su gruñido y desapareció en dirección a la fiesta. El sollozo de Adele llamó su atención.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ha ocurrido? Irving, no entiendo nada, vimos salir a Thom y a Charlotte, luego te encontramos aquí tirado. ¡Por un momento creí que estabas muerto! Necesito saber qué ha pasado.

—Lo necesitamos los dos —dijo Edwin, muy alterado.

Irving los miró con pesar. No le apetecía repetir aquello, aunque no perdía nada. Sin caballo no podía salir tras ella, y ganaba que sus amigos no sufrieran un ataque de ansiedad en poco tiempo.

—Charles… Charlotte, quiere huir con sus hijos. Desaparecer, ¿entendéis?

—No, no lo entiendo. Estaba segura de que os amabais, esto no debería haber salido mal.

—Ella cree que yo amo a Fiona y vamos a casarnos hoy en la fiesta. Y que le quitaré sus hijos, por lo que he intuido.

Ambos contuvieron el aliento a la vez, sin saber qué decir.

—No voy a quitarle a sus hijos —dijo y soltaron el aire, aliviados.

—¿Por qué piensa que te vas a casar hoy con Fiona? —preguntó Edwin sin entender.

—Yo le dije que tú tenías pensado casarte con ella aprovechando la fiesta —soltó Adele dramatizando y cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Por qué hiciste eso?

—Yo… Te prometo que no tuve mala intención, nada más quería dramatizar un poco…

—¿No te parece suficiente drama lo que hemos sufrido ya, mujer?

—Improvisé. Lo siento mucho, como siempre, creo que aportando mi granito de arena puedo arreglar el mundo, pero está visto que no... Sé que debo pensar antes de actuar, aun así, yo… Y ahora, por mi culpa…

—No te eches la culpa de nada, Adele. Yo soy el único culpable. Si hubiese sido claro con Fiona, no estaríamos en esta situación.

—Eso es cierto, amigo —opinó Edwin, pensativo.

—Ella me contó toda la verdad, Adele. Sufrí mucho, pero ella también lo hizo. Y sí, la amo con todo mi ser. No soy nada sin ella, ¿entiendes?

—Te entiendo, amigo mío. ¿Se lo dijiste? ¿Le confesaste que la amas? —Irving negó con la cabeza—. ¿Por qué?

¿Por qué no lo hizo? Al principio, estaba cegado por el odio a la mentira, luego, tras escuchar sus motivos, esta se convirtió en comprensión, incluso en admiración. Pronto se dio cuenta que su debilidad volvía a convertirlo en un hombre frágil, cediendo ante cualquier excusa y, furioso, arremetió de nuevo con lo único que le quedaba, el engaño. ¿Cuántas veces necesitaba para saber que lo amaba de verdad? Una y, en cambio, se lo había repetido de principio a fin. Lo amaba, siempre lo había hecho y le desgarraba por dentro que, cuando comprendió que él de igual forma lo hacía, sin importarle si era él o ella, se hallaba sumido en el limbo de la ausencia y más cerca de la muerte de lo que creía.

No podía seguir allí, torturándose sin parar. Necesitaba encontrarla.

¿Dónde habría ido? Con seguridad habría ido a por sus hijos.

—¿Dónde están sus… mis hijos? —preguntó a Adele, notando que crecía en él un sentimiento de orgullo fiero y muy fuerte.

—En el castillo, los cuida Eloise.

—Y dices que huyó con Thom.

—¿Dónde crees poder encontrarla? —preguntó su amiga.

—La esperaré en la casa del molino. No va sola, huirá con dos pequeños y estos necesitan muchas cosas. A la fuerza, volverá a recoger sus pertenencias.

—Estoy de acuerdo con esa idea —dijo Edwin.

—Yo también —aportó Adele, sin saber qué decir más.

—No tenéis que darme la razón en todo, podéis aportar ideas… —insistió Irving, buscando implicación.

Adele, con ojos brillantes de emoción temeraria, decidió arriesgarse:

—¿Y si Thom fuera a por los niños para esconderlos? Mientras, ella recogería todo lo que pudiera para reunirse con ellos más tarde.

Eso es lo que yo haría.

Ambos la miraron con asombro y admiración.

—Amiga, ¿qué haría yo sin ti? —dijo y por fin pudo sonreír—. ¿Sabes una cosa? Solo hay algo que las mujeres hacéis todas igual y es usar el cerebro mejor que nadie.

La idea de Adele lo llenó de esperanza y comenzó a impacientarse de nuevo.

Tras unos pocos minutos más, se oyó el trote de unos caballos cada vez más cerca. Irving salió a recibir a su hermano.

—Comprendo que iremos de viaje, ponte esto, no quiero que te resfríes —dijo echándole un pesado abrigo.

Se lo colocó y se subió en Pegaso. Con un movimiento de cabeza se despidió, y no esperó a que su hermano terminara de besar a su mujer, para robar segundos al tiempo, cabalgando velozmente sobre el poderoso corcel.

XXIX



Respirar, vivir, conservar el aliento suficiente para llegar hasta ella e impedir que huyera, era lo que lo impulsaba a galopar igual que un demonio a través de las Highlands. En pocas horas alcanzaría su objetivo, sin embargo, iba retrasado y podía no encontrarla en la casa. Era una posibilidad que no deseaba plantearse, y lo consumía igual que un fuego ardiente. Tenía muy claro que no descansaría hasta encontrar a su mujer, a su familia. Ella era la única persona que lo había conocido tal y como era, y que lo amaba hasta sacrificarse.

Había elegido amarlo y huir, abandonar su sueño por él y por miedo a que no la comprendiera. Dios, ¿cómo no iba a comprenderla? Tenía razón, siempre la tuvo, si ella hubiese revelado la verdad ese día en que él apareció en Aberdeen, la hubiese acusado, resentido por tantos meses atrás sufridos. Luego… la aceptó y la amó a escondidas, pero eso ella no lo sabía, ¿o sí? ¿Por qué el día que fueron uno no le dijo que era Charles? ¿Por qué se disfrazó de Psique? Solo podía pensar una cosa al respecto, y era que siendo mujer deseaba ser amada sin reservas. Fue una forma de expresar su yo interior y amarlo siendo ella misma.

Cuánto deseaba tenerla entre sus brazos de nuevo y obligarla a escucharlo. ¿Cómo habían pensado que encerrarlos en una misma habitación podrían limar asperezas? Adele, Adele… Bien intencionada, pero inconsciente como nadie. Tenían demasiados secretos inconfesados, muchas emociones que desconocían el uno del otro y difíciles de asimilar en tan poco tiempo.

Durante la cabalgata logró recomponer, encauzar, recordar y descubrir momentos vividos en esos días juntos en Aberdeen y que nunca había tenido en cuenta. Le ayudó a percatarse de que la quería por ser quien era: una persona admirable, fuerte, capaz y decidida. Porque su dulzura no albergaba límites a la hora de amarlo, porque su sacrificio era ejemplar… Y porque necesitaba compartir con ella el resto de sus días, la única capacitada para llenar su vacío y valorarlo como era, sin compadecerlo, ni querer cambiarlo.

Rio al recordar la primera vez que la vio en la casa del molino. Lo fascinó su sonrisa, su mirada tras esas lentes horribles, y sintió el miedo a su proximidad. Lo que daría por volver a ese instante. Una lágrima se le escapó al evocarla interpretando aquella leyenda bajo el árbol, devorando el trozo de tarta como una niña, o cuando le leyó esos poemas en el aula y lo miraba como si fuera un dios.

Sollozó al descubrir que la amó siempre, pero andaba ciego. Su corazón clamaba y él lo ignoraba. Imperiosa era su mente, la razón y lo moral… ¿Pero no es igual de importante sentir? ¿Qué seríamos sin eso? El amor podía detener el tiempo y acabar con su dolor, espantando los demonios y extinguiendo la maldita soledad. La eternidad no existía y él bien lo sabía, tantas veces al borde de la muerte y otras tantas dentro, aun estando vivo y respirando.

Sonrió ante la ilusión de verla otra vez desnuda y dispuesta a quererlo para toda la vida. Ante la escena ilusoria de sus hijos dándose cariño… Debía decirle que los amaba.

Tras horas de camino, sus fuerzas flaqueaban y su pecho, afectado por ese último ataque, ardía por el vigor volcado. No le importaba, el esfuerzo tenía su recompensa y él la tendría, tenía que ser así, pues ella lo amaba.

Al fin llegaron a las lindes de sus tierras y Cameron tomó el sendero corto que lo llevaría antes al castillo en busca de Irving y Psique. Rogó llegar a tiempo y apretó el paso, consciente de que no quedaba nada para lograrlo.

Después de unos minutos más, vislumbró la casa bañada por la luz de los últimos rayos de sol en el horizonte. A unas pocas yardas percibió un movimiento a su lado y aminoró el paso hasta detener el caballo. Era Thom.

Desvió su camino para acercarse a él. Se encontraba sentado sobre una roca, cabizbajo y, por el enrojecimiento de sus ojos, parecía haber llorado. Un nudo atenazó su estómago al verlo así, y en silencio rogó que no hubiese ocurrido nada malo.

—Thom Ramsay, ¿dónde está Charlotte?

Él entornó los ojos y lo evaluó con detenimiento.

—Si vienes a arrebatárselos, te mataré con mis propias manos, muchacho —contestó con voz amenazante, levantándose de la roca y dando un paso al frente.

—Sé que lo harías, pues entiendo cuánto la quieres.

—¿Cómo puedes entenderlo si la amenazaste de la forma más ruin?

—No lo hice, créeme, no me dejó hablar y después… perdí la consciencia.

Thom masculló entre dientes alguna maldición y le clavó una mirada comprensiva.

—Está en la casa, yo debía ir por sus hijos y esconderlos, pero decidí que era el momento de luchar. Esta vez no cedí ante su insistencia. No quiero que sufra, no lo merece. Me matará por esto, pero antes lo haré yo si no eres como espero.

Irving notó que su corazón latía más fuerte al conocer que ella estaba a solo unos pasos.

—¿Y qué esperas de mí? —preguntó con nerviosismo por la intensidad de su mirada.

Thom lo miró con seriedad y la seguridad de quien ha vivido muchos años, acumulando la sabiduría de un genio. Tras unos segundo silenciosos y pesados, respondió con firmeza:

—Espero un hombre íntegro, alguien que no solo sea fiel a sí mismo, sino que sepa valorar lo que tiene sin darlo por sentado. Un hombre que entienda que la vida no es sencilla y que, a pesar de ello, se esfuerce en hacerla feliz, siendo generoso con sus actos. —Hizo una pausa, dándole tiempo a similar lo dicho y luego continuó —. Quiero que seas un hombre que la acepte tal y como es, sin tratar de cambiarla ni limitar sus acciones, juzgándola. Quiero que te quede claro que es mujer, pero además es persona y vale más que cualquier cosa en el mundo. Ella necesita un compañero en la vida, alguien que camine a su lado, no un padre que la controle; para eso estoy yo, muchacho. Tampoco necesita un carcelero. —Volvió a callar, pero prosiguió con más fuerza—. Creo que tú eres capaz de entender que el amor verdadero implica libertad, respeto y apoyo mutuo.

Irving sentía que era un hervidero de emociones. Y se alegró de haber hablado con ese hombre antes de hacerlo con ella, pues le había proporcionado claridad a su gran confusión interior y le había dado esperanza al confiar en él.

Decidido, se bajó del caballo y le entregó las riendas.

—Gracias, Thom, te juro que no te arrepentirás de nada.

Llegó a la puerta y se detuvo, respirando hondo y dispuesto a enfrentar lo tan fervientemente esperado.

Para su sorpresa se hallaba abierta y únicamente tuvo que empujarla para entrar. La chimenea estaba encendida y su calidez iluminaba la estancia y la figura a contraluz frente a ella. Al verla, su corazón comenzó a latir muy rápido, tanto que, por unos segundos, solo era consciente de eso. De espaldas, aguardaba tensa, enfundada en las antiguas ropas de Charles. No había rastro de ningún vestido azul y su menuda silueta se perdía entre esos enormes ropajes. Pero eso a él no le importaba, lo que de verdad le interesaba era lo que escondían, la persona que él amaba con toda su alma.

—No te has ido —dijo adelantando unos pasos, valorando su siguiente reacción. Temía que se arrepintiera y huyera.

—No porque no quisiera. Thom… —calló con voz temblorosa y quebrada por la emoción.

—¿De verdad lo hubieras hecho? ¿Me habrías abandonado de nuevo?

Ella se giró y, tras esos malditos lentes enormes de su padre, percibió su fuerte entereza.

—Nunca renunciaría a ellos, Irving. Ni por ti ni por nadie. —Esta vez su voz era firme, sin titubeos—. Mataría si hiciera falta.

—Pero me salvaste de nuevo, podrías haberme dejado morir y huir con ellos.

El brillo en sus ojos se reflejaba por la luz de la hoguera.

—Yo… —Él avanzó otro paso al percibir su vulnerabilidad. Ella volvió a ponerse en alerta al verlo—. No quería que pesara sobre mí la muerte del padre de mis hijos.

—Creía que lo hacías porque me amabas. —Ladeó el rostro y le sonrió. Y entonces notó que ese gesto había provocado una leve reacción en ella, aumentando su sonrojo de modo considerable.

«Dios, cuánto la amo, por favor, dame fuerzas para contenerme y poder decirle todo lo que necesito», pensó apretando los puños a los costados.

—¿De qué sirve si tú vas a casarte con otra? ¿Crees que vas a cuidar a mis hijos con esa estúpida? —Su rostro se endureció tras decir aquello y de repente explotó de rabia alzando el puño—. ¡Jamás! ¿Me oyes?

—¡A la mierda la contención! —Avanzó los pasos que los separaban y la sujetó con fuerza por los hombros. Sus ojos reflejaban temor ante aquel arrebato y sintió que no podía soportarlo—. No temas, saltamontes, no voy a hacerte daño, solo quiero dejarte claro algo que no pude explicarte antes.

—¿Qué? —preguntó con la respiración entrecortada, pero sin rastro de miedo esta vez.

—No voy a casarme con Fiona ni nunca lo haré, era una farsa que te explicaré en otro momento, porque lo que realmente he venido a decirte es que yo también te amo y te necesito. Eres mi aliento, no puedo vivir sin ti, saltamontes. Moriré si me abandonas y por ello, te ruego que me aceptes como tu pareja, te pido que envejezcas el resto de tu vida conmigo y me permitas disfrutar de nuestros hijos a los que amo desde el primer día en que los conocí.

Charlotte comenzó a hacer hipidos intensos igual que una niña y algo en él se rompió. La estrechó entre sus brazos tan fuerte que creyó asfixiarla, pues apenas se movía, lo único que percibía eran sus débiles sollozos. Extasiado por su cercanía y abrumado por tantas emociones, no quería soltarla. Poco a poco, la apartó de sí, con el corazón en un puño, temeroso de lo que ella pudiera pensar de aquello, enfermo por la incertidumbre. Ella lloraba, desconsolada, y cada lágrima parecía desgarrarle el alma.

—¿Crees que podrás soportarme todo ese tiempo, amor mío? —insistió. De repente ella asintió repetidamente y su corazón estalló de felicidad—. Charlotte Robertson, acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo, ¿lo sabes? —Esta vez soltó una risita y se enjugó las lágrimas con la manga.

—Y tú a mí la mujer más afortunada —respondió, con voz emocionada—. No puedo imaginar una vida donde no estés tú, siempre te velaré, amor mío y estoy deseando que tus hijos te amen como yo lo hago.

Irving la estrechó más fuerte entre sus brazos, sintiendo los latidos de su corazón contra su pecho, tan acelerados como los de él. Aceptó que ella lo había creído y que tendrían una oportunidad para ser felices, juntos, como hombre y mujer.

—¿Cuándo piensas besarme?

Él no esperaba esas provocadoras palabras y dejó que se apartara para verla mejor. Su expresión era traviesa y eso lo encendió. Sin embargo, cuando fue a besarla, ella lo empujó y con un dedo le señaló que se estuviera quieto. Obedeció, confuso y sonriente, sin saber qué pretendía.

—¿Tal vez necesitas que me despoje de estas gafas tan feas? —preguntó dejándolas encima de la chimenea. Sus ojos eran dos llamas ardientes que lo miraban con pasión y él avanzó un paso hacia ella, pero esta volvió a pedirle que se contuviera—. ¿Quizás no te gusto con estas ropas?

—Me gustas de todas las formas, Charlotte. —Ella sonrió, emocionada. No supo bien si lo que más le satisfacía era que la llamara por su nombre o lo que en sí significaban esas palabras.

—Entonces, ¿me las dejo puestas? —preguntó provocativa con una sonrisa irresistible.

Su cuerpo reaccionó a su persuasión y su verga se endureció como una roca. Ella era tan sensual que casi le faltaba el aire al contemplarla.

—Quítatelas.

Con lentitud, se fue quitando las prendas delante de él. Primero comenzó con la boina, dejando caer su trenza larga hasta la cadera, y respiró aliviado al ver que no se lo había cortado. Deshizo esta, regalándole una mirada intensa, dejando su cabello libre al fin y haciéndole llegar ese olor particular a rosas que lo volvía loco. Siguió desabotonando con desesperante lentitud su chaqueta hasta que quedó abierta y luego con un movimiento suave la deslizó por los hombros dejándola caer al suelo.

No estaba preparado para eso. No llevaba chaleco y su camisa dejaba entrever la silueta perfecta de sus senos tras la tela. Sus pezones erectos, traviesos, se insinuaban sin ningún pudor.

Gruñó, desesperado. Su cuerpo ardía y su miembro reclamaba su premio. Moría de ganas de acariciar esos senos perfectos, moría por lamer sus pezones hasta hacerla gritar de placer. Aun así, se contuvo, al ver la diversión en ella.

—Quieres matarme, ¿verdad?

—Quiero regalarte mi cuerpo, pero deseo que me veas tal y como soy. Para que nunca confundas lo que tienes delante.

Él asintió y la instó a seguir. Ella rio ante su gesto impaciente.

De modo inesperado, le indicó acercarse con un dedo y atraído por una fuerza invisible avanzó hasta ella.

—Ayúdame —dijo con voz ronca, humedeciendo sus labios con la lengua.

Entonces, no pudo contenerse, y con un gruñido desesperado la estrechó contra él y devoró sus labios. Invadió su boca con ansias, con un ímpetu nacido de muchos días de falta, de muchos anhelos perdidos en el alivio solitario de las noches. Su lengua se entrelazó con la suya y su exquisitez provocó un incendio dentro de sus calzones. Se sintió flotar, sus pies no tocaban el suelo en tanto que estuvieran besándose de esa forma. Los jadeos se mezclaban con la humedad, con la música natural de su deseo febril, de su pasión arrolladora. Besó su rostro hermoso, inundado de pecas y sonrió al poder hacerlo en su nariz, tan bonita y pequeña, como la de un ratoncito. Ella suspiraba de forma entrecortada, y lamió sus lágrimas de amor.

Sintió una necesidad apremiante de hundirse dentro de ella, pero debía ser paciente. Sus manos se deslizaron por su cuello largo. Desanudó con manos temblorosas el nudo de la camisa y los lazos que la cerraban. Mientras, no podía dejar de besarla y sentir la calidez de esa boca, pues se haría adicto a ella para la eternidad. Deslizó las manos por el interior de la abertura de la tela y al fin palpó su piel prohibida y tan tersa como el terciopelo. Un escalofrío le recorrió al abarcar sus senos con sus palmas y se excitó tanto al jugar con los duros pezones que casi se deja llevar por el deseo. Ella se arqueaba para él, ofreciéndoselos y viviendo el placer al máximo. Los besó, lamió, mordió y succionó hasta sacarle gritos de delirio, indicándole seguir con esa locura tan divina.

Harto de la tela, se la sacó con agitación de los calzones y luego por la cabeza, tirándola a sus pies. Contuvo el aliento al verla medio desnuda, con pechos tan hermosos como los recordaba en ese ardiente recuerdo del pasado. Era tan hermosa que se le olvidó respirar.

—Espera —pidió ella antes de que él la atrajera de nuevo hacia su cuerpo, ansioso por palpar su ardiente piel.

Charlotte se deshizo de sus pantalones desanudando los lazos con rapidez y de una sola vez se los bajó por completo, exponiéndose ante él, desnuda y descalza, con solo unas medias sujetas con ligas. Se veía tensa ante su mirada, la cual trataba de abarcar todo y memorizarlo para siempre. Pero era imposible, porque cada peca, cada simple curva o imperfección en su piel, le parecía tan erótico que lo hacían deleitarse.

—Eres perfecta, mi amor. La diosa más hermosa que nunca pude imaginar. Muero por hundirme dentro de ti y alcanzar el Olimpo de nuevo contigo.

—¿A qué esperas, mi príncipe?

Él alzó una ceja ante ese apelativo y sonrió divertido mostrando su precioso hoyuelo. Esa sonrisa algún día la mataría, pues detenía su corazón para luego hacerlo latir furioso hasta casi explotarle. Él no tardó en desnudarse. Casi desesperado se arrancó sus ropas y se mostró desnudo y magnífico ante ella, como el dios griego con el que siempre había soñado.

Sin decir nada, no esperó a que ella le indicara y la estrechó contra su cuerpo ardiente. Piel con piel reconocieron hasta el último rincón de sus cuerpos. Su lengua la recorrió de nuevo, capturando sus pezones dispuestos para él y haciéndola vibrar y humedecer entre sus piernas. Notaba el latido de su deseo allí enterrado y rogó que no tardara mucho en hacerla suya. Lo había deseado tantas noches, lo había recordado tantas veces, tocándose bajo la manta e imaginando que era él quien le daba ese placer. No sabía de donde había sacado el valor para desnudarse de esa forma tan pecaminosa, sin embargo, era algo que llevaba mucho tiempo viendo en sus sueños más húmedos.

Gritó, sorprendida, al verse en volandas y llevada en sus brazos. Poco después la dejó encima de su catre y la abrió de piernas. Llevó su mano a su triángulo prohibido y jugó con sus rizos pelirrojos. Extasiado, la contemplaba sin perder detalle de sus reacciones. Sus

ojos reflejaban una pasión salvaje que jamás había visto, y eso la excitó más. Levantó sus caderas, ofreciéndose como la peor de las desvergonzadas y él la tocó justo donde esperaba. Se retorció de placer y se estremeció con sus gloriosos dedos que la trasportaron a un lugar infinito, tan alto que ya no pudo descender. Enterrado entre sus piernas, la embistió sumergiéndose muy dentro de ella y disfrutó de su fuego, henchida de goce y placer. Lo recibió, entregada a su salvaje pasión tan comparable a la suya y entre gemidos, gritos y demandas, llegaron al éxtasis más absoluto inimaginable.

La luz de la candela se reflejaba sobre su piel, y le pareció ver un dios dorado a su lado. Sonrió, pensando que al fin Cupido y Psique, después de tantos sufrimientos habían conseguido unirse para la eternidad en el Olimpo eterno.

—Por el cielo, Irving. Te necesitaba tanto. Te he imaginado tantas veces de esta forma, pero nunca pensé que sería tan hermoso —dijo sintiéndolo todavía dentro, enorme y vibrante.

Él, recostado encima, la abrazaba con la respiración agitada y tan fascinado como ella.

—Cuanto te amo, Charlotte. Eres mi razón de ser.

—Y tú siempre serás mi corazón.

XXX



La luz del sol entraba a través de las rendijas de la ventana e iluminaba de forma tenue la estancia. Irving la observaba dormir a su lado. A veces, su respiración se entrecortaba, y emitía un leve ronquido final, con el que recuperaba el monótono sube y baja. Cuando pasaba, se asustaba un poco, pues esa ligera pausa se le hacía eterna, como si de alguna forma ella pudiera heredar de su padre esa dolencia que a él siempre lo había acompañado.

Ni siquiera dormida borraba esa sonrisa que se había instalado en su rostro. Disfrutaba viéndola, reflejaba su serenidad interior. Si la vez anterior cuando estuvieron juntos había sido intensa, esa fue con diferencia la más apoteósica muestra de amor verdadero. Después de todo, por fin tenía a su lado la persona más hermosa que podía desear y por ello, había merecido la pena sufrir. ¿Cómo se podía amar tanto? Su pecho lleno de mariposas bullía y lo hacían reír, era la sensación más bonita que había experimentado.

Sus párpados temblaron un poco antes de abrirlos y encontrarse con sus ojos. El azul tormentoso parecía ahora más verdoso y claro y eso lo sorprendió mucho. Nunca se había percatado de ello. Una arruga apareció en su frente y ya no pudo observarlos pues se habían convertido en dos finas líneas amenazadoras.

—¿Por qué me miras igual que si fuera un insecto?

Él rio y atrapó su nariz entre sus dedos, como si fuera una niña.

—Eres un saltamontes precioso, mi preferido.

—Umm, qué bonito cumplido. Espero fervientemente despertarme el resto de mi vida con esas mismas palabras.

—Si ese es tu deseo, haré que se cumpla.

Charlotte le sonrió, extasiada.

—Yo también te quiero, mi amor.

Bajó sobre sus labios y pronto profundizó en el beso hasta terminar gimiendo juntos de nuevo y llegando a lo más alto. Gozar así era estar en el cielo y él no deseaba otra cosa que conocerla, descubrir cada rincón de ella para adorarla y venerarla.

—Charlotte —llamó, acariciando las hebras rojizas de su cabello mientras ella descansaba sobre su pecho.

—Espero que no me hayas despertado para decirme que soy el saltamontes más hermoso de las Highlands.

Rio y su cabeza votó, haciendo que esta protestara ante el ajetreo.

—Eres el saltamontes más hermoso de las Highlands.

—Veo que la ironía no es tu fuerte, ¿verdad?

Rio más y ella levantó la cabeza con una media sonrisa perversa.

—Hay algo que no sé.

—Uy, mi alumno necesita sabiduría, dime que el genio te prestará su conocimiento.

—Eres un poco resabiada, me parece. —Ella puso los ojos en blanco, impaciente—. ¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada ni me buscaste?

Parecía no estar preparada para esa pregunta y vio dolor en sus ojos, pero pronto cambió la expresión a otra más indiferente.

—Bueno, cuando me enteré de que estaba embarazada casi me embarco rumbo a las Américas, y Thom me lo impidió.

—Bien por Thom. —Interrumpió, y la instó a seguir alzando las cejas, inquieto.

—Yo… estaba muy asustada, llevaba meses huyendo sin saber qué hacer. Había abandonado mi sueño, estudiar y nutrirme de todo lo que una mujer tiene prohibido. Era como renunciar a un tesoro.

—Lo entiendo, pero eso no te excusa de habérmelo ocultado.

—No quería que tú lo abandonaras también. No quería obligarte a dejarlo por…

—¿Por mis hijos? —preguntó incrédulo, incorporándose un poco para verla mejor—. Lo hubiera dejado sin dudarlo un instante, Charlotte.

—Y obligarte a llevar una vida sin amor. Pensaba que solo amabas a Charles y que, si te obligaba a estar conmigo, con el tiempo me echarías la culpa de no haber cumplido tu sueño. No lo hubiera soportado.

—Sin embargo, viniste a mi casa y te hiciste pasar por institutriz.

—Quería esperar a que terminaras tus estudios. Y comprendí que, aunque no prescindieras de tu sueño, sí lo hacías de tus hijos. Pensé que la mejor forma de que ellos fueran parte de tu familia era haciéndome pasar por institutriz e introducirlos. No sabía que tu hermano me había reconocido, lo supe hace un par de días. Todavía no sé cómo lo averiguó, comentó algo de mi pelo de fuego y algo de tocarme la nariz repetidamente mientras pienso…

Irving soltó unas carcajadas muy fuertes y ella lo miró recelosa.

—Maldito zorro…

—¿Me guardas rencor por ello? —preguntó entretanto se sentaba en la cama.

Admiró su terso cuerpo desnudo y sus cabellos rojos contrastando sobre su pecho y casi se olvidó de que esperaba una respuesta, pero al encontrarse con sus ojos, regresó del ensueño.

—No niego que lo pensé al principio, luego me di cuenta de que no había sido tan ignorante de la vida de mis hijos como pensaba. Creo que Cameron de alguna forma le pidió a Adele que me contara de ellos en sus cartas. En ocasiones, lo hacía tan detalladamente

que casi podía imaginarlos. Hicieron que fuera partícipe de ellos en todo momento y en parte los sentía como familia cuando los vi por primera vez.

Charlotte lo miraba con ojos brillantes y un pequeño hipido irrumpió. Alarmado, se incorporó un poco y la abrazó de nuevo. Ella se dejó mecer en sus brazos.

—Te amo, mi vida. Tenemos muchos años por delante, no pienso morirme pronto, tengo que ver crecer a esos hijos míos. ¿Y sabes qué es lo primero que haré?

—¿Qué? —preguntó con un hilo de voz.

—Darte trabajo. —Ella ladeó la cabeza, levantándola hacia él. Su expresión era incrédula—. Mi sueño era estudiar para obtener un fin. Quiero montar una escuela en el pueblo donde tú y yo seremos los profesores.

Charlotte se puso de pie de un salto y lo observó como si fuera un bicho raro. Su cabello caía en cascada por su cuerpo hasta su cadera y el sol que entraba por la ventana iluminaba su piel pálida, dándole un aire celestial. Sus mejillas se habían sonrojado mucho por la excitación, creándole una necesidad imperiosa entre sus piernas. Estaba a pocos segundos de tenderla sobre el catre como un animal para poseerla una y otra vez, y de esa forma acallar esa boca, que seguro rebosaba de preguntas.

Sin embargo, no emitió un sonido.

—¿Te encuentras bien, querida? —preguntó, comenzando a inquietarse.

—No puede ser. Dime que no es una broma, porque como lo sea creo que caeré fulminada. —Hizo una pausa esperando su respuesta y como él confirmó lo dicho con un gesto de su cabeza, continuó muy entusiasmada—. ¡Dios, Irving!, ¿sabes qué significa eso? Mi sueño se cumplirá también, tú y yo, y nuestros hijos tendrán una escuela, todos estaremos juntos estudiando…

Ella siguió hablando un buen rato, mientras Irving la escuchaba. Asumió que tendría que decirle adiós a hacerla suya por esa mañana

y disfrutó de su entusiasmo, embelesado. Era tan radiante y efusiva. Le encantaba esa faceta teatral de ella, dándole tanta expresión a todo lo que decía… Estaba profundamente enamorado y nunca podría aburrirse de contemplarla.

Dos horas más tarde, se habían vestido y acicalado. Ambos montaron en Pegaso y partieron camino del castillo en busca de sus hijos.

—¿Estás nervioso?

—Ya los conozco. Pero confieso que, si antes los extrañé, ahora noto que mi corazón explota al sentirme cada vez más cerca. En definitiva, estoy muy nervioso.

—Te van a adorar.

—Eso espero, aunque Irving tiene un genio… La última vez me pegó. —Charlotte ahogó una carcajada—. Traté de ayudar a Eloise a separarlo de Andrew y me tomó por su peor enemigo.

La imparable y cantarina risa de Charlotte inundó el silencioso camino donde solo los pájaros se atrevían a interrumpirlos con un ligero canto.

—Te ríes, ¿eh? —Comenzó a hacerle cosquillas y ella se retorcía —. No pararé hasta que digas que lo sientes.

—¡Lo siento!

Cesaron las cosquillas, pero su risa siguió inundando de su alegría el camino hasta que llegaron al fin. Cuando se detuvieron, todos, hasta Fiona Stewart, los esperaba cogida de la mano de un radiante y sonriente Archie.

Desmontaron y fueron recibidos con abrazos de sus amigos, los llantos de Adele y las risas de su hermano Cameron. Un silencio pesado se hizo cuando un fuerte chillido se oyó al fondo.

—¡Mamáááá!

Charlotte se irguió al oír a Psique llamarla. Venía con Thom, quien reía orgulloso de su ímpetu y la dejó en sus brazos. Por detrás apareció una emocionada Eileen cargando a Irving. Este, enfrascado

en una investigación profunda de sus cabellos, no se había percatado de nada.

—Cariño, mira quién está aquí —llamó Eileen—. Es papá.

El niño, extrañado, lo señaló muy enfurruñado.

—Malo —dijo y lo ignoró, entretenido otra vez con el cabello de su abuela.

Irving sintió que el mundo caía a sus pies ante esa acusación en tanto que algunos agachaban la cabeza y otros gemían, desilusionados. Charlotte se acercó con Psique, decidida a arreglar la situación.

—Hola, Psique, te vienes con… —No le dio tiempo a terminar la frase pues esta ya se tiraba en sus brazos. La recibió y abrazó, muy emocionado. Ella le puso su dedito en la mejilla con expresión interrogadora—. Soy papá.

—¡Papáááá! ¡Míííioooo! —chilló como loca, haciéndolos a todos llorar, emocionados.

Pronto las risas y su parlanchina perorata llamaron la atención de su hijo Irving, quien, al ver a su hermana, había decidido conquistarlo también.

En un abrir y cerrar de ojos, se halló sometido a sus dos hijos. Aguantaba múltiples tirones de nariz, dedos escudriñando en sus orejas y suaves palmaditas en sus mejillas. Pero, además, recibía muchos, muchísimos besos y abrazos tiernos, capaces de derretir su corazón y suficientes para perdurar toda una vida.



EPÍLOGO 1



Dos años después…

—¿Estás nerviosa? —preguntó Irving, dándole un beso en el cuello tras ponerle el chal por encima de los hombros.

—Mucho. ¿Tú no? No entiendo cómo puedes estar tan tranquilo.

—Que lo parezca no quiere decir que no lo esté, cariño. Por dentro me comen los demonios, pero ya sabes que debemos mostrar seriedad y respetabilidad. —Lo miró llevándose la mano a la boca, aguantando la risa—. ¡Eh! ¿No estás de acuerdo?

—No te pega nada esa pose de pedante que tratas de aparentar.

—Te recuerdo que me llamaban genio —dijo alzando una ceja. Una sonrisa se dibujó en sus labios al segundo—. Aunque, después de estos dos últimos años que has pasado aprendiendo del profesor Freeman, podrías haberme adelantado.

—¿Podría? —Se volvió hacia él, enfurruñada y con las manos en jarras.

—Está bien, lo admito. No solo yo lo pienso, el profesor me lo confesó antes de despedirse de nosotros. ¿Te vale así? —soltó, poniendo los ojos en blanco. Al ver su sonrisa de oreja a oreja, su corazón latió más rápido—. Siempre serás una sabihonda presumida.

Irving la estrechó contra sí y la besó en los labios. Ella respondió a su beso con la misma pasión y, poco a poco, sus cuerpos

comenzaron a arder.

—No… podemos hacerlo… ahora, mi amor… —Charlotte procuraba frenarlo, pero bajaba por su cuello y su lengua dejaba un reguero ardiente que la volvía loca, su cuerpo ansioso de sus caricias le traicionaba—. Eloise está esperándonos fuera con los niños. Y Stuart pronto pedirá que le dé el pecho… Oh, no… Oh, sí, síííí…

—Oh, claro que sí. Tengo el mejor antídoto para aplacar los nervios, saltamontes.

—No tenemos tiempo, Irving —volvió a protestar en un vano intento de convencerse a sí misma de que, hacer el amor mientras los esperaba un pueblo entero para inaugurar la nueva escuela, era una malísima idea.

—¿Quieres que te enseñe mi antídoto? —preguntó jadeante, introduciendo una mano bajo su falda y conquistando su interior muy húmedo—. Umm, tu cuerpo sabe que tenemos tiempo.

—Enséñamelo… bien, ¡cariño! Estoy muy nerviosa… —rogó, desanudando con prisa sus pantalones para colmarlo de las más ardientes atenciones.

Media hora más tarde, ambos salieron al porche bajo la desaprobadora mirada de Eloise, quien luchaba por calmar a los mellizos, en tanto que acunaba en sus brazos al pequeño Stuart, un niño afortunadamente de muy buen dormir.

Charlotte subió a la calesa junto a Irving y los mellizos comenzaron a pelearse por recibir los cariños de su padre. Ella cogió en brazos a su bebé precioso y lo arrulló con mimo, a la vez que echaba un vistazo a su hogar.

La antigua casa del molino había sido transformada por James Smith, un arquitecto pionero del estilo clásico grecorromano. Lo que antes era una construcción mísera, ahora se erguía como una elegante mansión Palladiana, con imponentes columnas y majestuosos frontones clásicos. Su fachada, de una blancura marmórea, evocaba un Olimpo terrenal que deslumbraba a cualquiera. Sin embargo, lo único que había conservado a duras

penas del arquitecto era el molino negro tiznado, como un recordatorio perpetuo de sus viejas vivencias.

La preciosa escuela consistía en un encantador edificio de piedra con techo de pizarra, chimeneas de ladrillo y ventanas de guillotina. Las paredes exteriores se comenzaban a cubrir con hiedras trepadoras y en pocos meses las dominaría por completo, aportándole un encanto especial.

Mucha gente había asistido a la inauguración, incluso vecinos de otros clanes, como sus antiguos amigos los McLeod, McCain y McEwen, se congregaron allí para apoyarlos con el proyecto y disfrutar con ellos.

Los niños empezaron a entrar en fila, todos con muchos lazos y sus mejores vestidos y trajes. Unos, orgullosos de ser parte de ese momento, otros, con carita de sueño, y unos pocos, sin perder detalle de las moscas que revoloteaban delante de ellos.

Charlotte e Irving los siguieron y esperaron que entraran y se colocaran en sus pupitres. Entre ellos estaban Tavish, su hermana Beatrice, a la cual sus padres le permitieron ir a la escuela ya siendo mayor y a pocos meses de su boda, y a su lado, la pequeña Moira miraba curiosa y deseosa de empezar. Todos los miraban con atención y en silencio. Entonces, Irving le susurró al oído.

—Estoy demasiado nervioso, necesito tu antídoto, uno muy grande, cariño.

A Charlotte se le escapó una risa cantarina que a algunos niños les resultó pegadiza, pues comenzaron a reír también.

—¿Quieres que empiece yo? —respondió divertida. Irving asintió, aterrorizado y ella, compadecida, lo condujo hasta el centro de la sala. Apretó su mano con fuerza y carraspeó antes de hablar—: Buenos días, queridos alumnos, somos los profesores McAllen. Nos sentimos muy honrados de estar aquí con vosotros. Sabemos que sois muy inteligentes y estáis llenos de energía, por eso venimos a explorar con vosotros el mundo desde esta aula y a abrir vuestras mentes a la curiosidad y la sabiduría.

De repente, una niña de unos nueve años levantó la mano.

—Buenos días, señores McAllen, soy Ailsa. ¿Yo también podré aprender lo mismo que mi hermano Ewan? —preguntó, señalando a un niño casi de la misma edad que se sentaba a su lado.

—Claro, todos lo haremos. —Al ver su sonrisa de satisfacción, continuó—. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno… Mi madre me dijo que las mujeres no podían estudiar lo mismo que los hombres. Pensaba que usted nos daría la clase solo a las niñas y en un aula distinta.

Charlotte arrugó el ceño, contrariada, y estaba a punto de contestar cuando Irving le apretó la mano, pidiéndole permiso para intervenir.

—Ailsa, en nuestra aula no haremos distinciones, la mente es la misma en cualquier cuerpo y todos tendremos similares oportunidades para aprender y crecer.

La niña esbozó una sonrisa tímida y sus ojos brillaron de entusiasmo. A su lado, su hermano asintió con la cabeza.

Charlotte, aliviada y orgullosa de su marido, añadió:

—Exactamente, Ailsa. En esta clase, todos aprendemos juntos y nos apoyamos. Así que, con entusiasmo y curiosidad, comencemos nuestro primer viaje.

El ánimo, al principio tenso, comenzó a cambiar, llenándose de alegría y respeto. La jornada empezaba bien y su sueño, al fin cumplido, se reflejaba con orgullo en ellos, quienes no borraron su sonrisa. Ni siquiera después de dos horas, tras soportar las carcajadas de Andrew al ver a su hijo tirar de las trenzas a su hermana Psique; a esta quejándose y devolviéndosela a golpes; un tal Quentin dibujando en su pizarra caricaturas de ellos mismos; otro Miles, sacándole la lengua a los más pequeños; estos llorando por recibir sus burlas…

En un momento en que la clase era un hervidero ensordecedor, se aproximó a su marido y le susurró en el oído:

—Estoy agotada, cariño, pero feliz. ¿Tú crees que los alumnos de Neil Y Edwin en América serán como los nuestros?

Irving la miró con una sonrisa acompañada de un hoyuelo irresistible que la derritió, luego le guiñó el ojo con picardía y cambió su expresión a una muy seria.

—Chicos, esto no es un patio de juegos, aquí venimos a aprender y no a perder el tiempo. Si alguno no quiere quedarse, ahí tiene la puerta —clamó con voz grave y autoritaria.

Todos callaron al instante y asintieron, sumisos. Ella lo contempló, admirada, y él hinchó pecho, altanero.

Por supuesto, ninguno salió del aula, temerosos de las consecuencias, sin embargo, no volvieron a faltarles el respeto en la hora siguiente y pudieron enseñarles muchas novedosas teorías.

Al terminar la clase, mientras estos salían y se despedían de sus profesores, Charlotte se dirigió a su marido en voz baja.

—Profesor McAllen, tengo un gran problema de nervios y necesito un antídoto rápido —dijo con voz afectada y dramática, acompañada de una oleada de caída de pestañas muy coqueta.

Irving rio a carcajadas.

—Tengo guardado a buen recaudo el más poderoso para mi alumna favorita.

EPÍLOGO 2



Año 1724

Ocho años después…

Las trenzas de fuego de Psique ondeaban con gracia a cada salto. Su risa cantarina resonaba en la estancia, llenándola de alegría mientras aplaudía el último ensayo de la representación de sus hermanos y primos menores. Andrew, un año mayor que ella, aplaudía a su lado, orgulloso de haber ayudado a montar aquella obra de teatro para mostrar a sus padres y tíos: *El caballero Tristán y la princesa Isolda*.

El salón se había decorado con telas de terciopelo y las luces doradas de las velas creaba un ambiente mágico que los invitaba a sumergirse en la romántica historia. Stuart y Jana, los primos con siete años, se movían con garbo sobre el escenario improvisado, interpretando a un Tristán y a una Isolda muy apasionados. Irving, con un gran bigote pegado con resina y hecho de cerdas de jabalí, sería el engañado rey Marcos. Por último, el pequeño Malcolm, con un pañuelo liado en su cabeza, balbuceaba lo que le apetecía, haciendo de doncella confidente.

—Malcolm, lo estás haciendo muy bien —dijo Psique con risa contagiosa a su primo más pequeño. Este rio con ella al recibir su abrazo lleno de ternura.

—No se le ha entendido nada, Psique. Da más risa que otra cosa —soltó Andrew, mofándose de su hermano.

—Eeeh, solo tiene tres años, no seas injusto con él —protestó con energía y desafiante prosiguió—. ¿Por qué no haces tú su papel? Te viene bien el papel de doncella entrometida.

—¿Yo de chismosa?

—Ese papel no es exactamente el de una chismosa, es importante también, ¿quién sino le administra la poción de amor para…? —Quiso intervenir Jana, pero Andrew la interrumpió.

—Uff, mira que eres pedante, hermana. La criada es una lianta y punto.

—Hechiza a los enamorados, ¿tengo que explicártelo? —arremetió Jana con las manos en su cintura en actitud chulesca y clavando los iris color miel en su hermano.

Jana solo tenía siete años, pero era apasionada, muy sincera y nunca se amedrentaba. A veces, como aquella ocasión en que tenía que defender a su hermano pequeño, se dejaba llevar por el ímpetu.

—Tú nunca lo entenderías, así escribes cosas tan...

—No lo digas, Andrew —amenazó la niña, exaltada, plantándose delante de él e hincando el dedo en su pecho. Que le sacara una cabeza y media solo provocaba que le arremetiera con más brío.

Psique, que ya conocía sus riñas y sabía cómo terminaría aquello, intervino, separándolos.

—¡Basta! Andrew, no pareces que seas el mayor. Como sigas tendremos que hacer un debate con nuestros padres, y creo que no saldrás bien parado esta vez.

Andrew se sonrojó mucho. Que su prima preferida lo reprendiera de esa forma le resultaba vergonzoso. Ella bien sabía lo imperante que era, para él, ser un ejemplo, y tenía que admitir que esa vez estuvo a punto de ser irracional y cruel con Jana. No, no le convenía tampoco un debate que lo dejara en vergüenza.

Asintió a Psique y esta lo abrazó, feliz por haber conseguido hacerle entrar en razón.

De pronto, se abrió la puerta al fondo de la gran sala y Malcolm, salió corriendo y gritando de alegría a recibir a su padre. Este lo cogió en brazos y entrecerró los ojos mirando a Psique al verlo vestido de esa guisa.

—¿Es necesario vestirlo de mujer? —preguntó con voz amenazante.

—¡Ay, mi niño bello! —exclamó Adele a su lado haciéndole palmaditas para que riera con ella—. Es tan bonito… No sé qué problema tienes. Es solo una obra de teatro, Cameron.

—Sí, una obra que representarán en la Fiesta de la Estrella delante de todo el pueblo. No quiero que salga así.

Psique se acercó a él con expresión apenada y con un brillo en sus ojos más que desconsolador. Sin embargo, no le dio tiempo a decir nada cuando Andrew se adelantó, poniéndole una mano en su hombro.

—Padre, no es más que un juego —dijo Andrew con voz firme y mirándolo con fijeza—. Malcolm está disfrutando y aprendiendo. No hay nada de malo en eso.

Cameron frunció el ceño, pero al ver la determinación en los ojos de su hijo mayor, su expresión se suavizó. Adele, orgullosa de su juicio, lo abrazó con pasión.

—¡Se nos hace mayor, querido esposo!

—¡Madre, no me aprietes tanto, por favor! —reprochó intentando zafarse del abrazo y más colorado que una amapola.

—Tienes razón, hijo —dijo soltando a Malcolm en el suelo, quien corrió a los brazos de su hermana Jana—. Pero quiero que se diviertan y aprendan, no que se burlen de él.

—Tengo una idea… ¿Por qué no representamos una obra escrita por Jana? —propuso Andrew.

Jana no salía de su asombro y boqueaba como un pez con su hermano pequeño en brazos.

—¡Eso sería genial! —gritó Psique volviéndose hacia ella—. ¿Verdad, Jana?

Todos aplaudieron la idea y Jana, con ojos llorosos y una sonrisa complacida, solo podía gesticular un «gracias» a su hermano Andrew.



—No me hace ninguna gracia dejarlo ir a esa fiesta de los McAllen, Catalina —comentó Andrew McPherson apretándola contra su torso.

Catalina, echada de espaldas completamente desnuda sobre su marido, ronroneó al sentir la presión de sus brazos alrededor de su cintura. Después de hacer el amor, les encantaba permanecer en el suelo sobre una suave manta de lana de cordero al calor de la chimenea. Andrew le mordió el lóbulo de la oreja haciéndole también gemir de placer y comenzó a acariciarla lentamente. Con una de sus manos, abarcó con ímpetu un pecho, con la otra, descendió hacia su triángulo de rizos. Catalina ronroneó aún más fuerte, indicándole cuánto le gustaban sus caricias.

—Te recuerdo que este año lo organizan ellos, pero es la fiesta de todos los clanes. Tu hijo Williams se sentirá muy desilusionado… —Hizo una pausa para contener el aliento al notar los provocadores dedos en su interior y abrió un poco más sus piernas para facilitarle el acceso, al fin soltó un suspiro antes de continuar hablando—. Si no le permites ir, amor.

—Umm, me vuelves loco. —Su verga, dura como una roca, pujaba sobre los riñones de su esposa, deseosa de sustituir los dedos que la estaban volviendo loca—. Te haré otro niño hoy…

—Esposo, me harás el amor hasta secarme, pero tenemos bastantes niños, ya no somos jóvenes.

—Ellos son los que se hacen mayores… ¿Quieres que te demuestre lo joven que soy? —preguntó mordiéndole la oreja e introduciendo los dedos una y otra vez en ella.

—Por… Ah, Andrew, por favor, muéstramelo, vamos.

Andrew se chupó los dedos húmedos de su esencia con un excitante gemido y Catalina no esperó a que él se decidiera. Se volvió sobre su torso y, sentada a horcajadas sobre él, se introdujo su henchido miembro. Él rio ante su ímpetu, pero pronto se perdió en ese baile de emociones desbordadas. Lo cabalgó sin resuello hasta estremecerse en espasmos, a la par, ahogó sus gritos con los propios. Sin poder evitarlo, se había derramado dentro de ella, estremeciéndose como nunca.

—Que sepas que, aunque cumplas ochenta años seguiré preñándote.

Catalina rio ante la absurda imagen de ella misma preñada con más arrugas que una pasa. Luego lo besó con embeleso, todavía con él dentro. Le encantaba ese momento, cuando veía en sus ojos el mismo amor que ella le profesaba.

—Te amo tanto, cariño mío, jamás pensé que pudiera ser tan feliz. Nunca me imaginé amar a un esposo más que a mí misma.

—Y eso ya es decir…

Ella lo pellizcó en un pezón y él calló, atrapando su mano, sin dejar de sonreírle.

—Me quiero mucho, Andrew, pero contigo comprendí que el amor no es solo quererse a uno mismo, sino compartir esa felicidad con alguien más. Williams, Callum, Catalina y tú sois mi felicidad —dijo contundente y emocionada.

—Tú eres mi todo, Catalina.

Ella sonrió al notar el brillo en sus preciosos ojos grises y apoyó la cabeza en su hombro. Él la estrechó en sus brazos.

—Dime que le permitirás ir con los McCain…

—Williams se parece demasiado a ti, Catalina. Me da miedo de que nos haga abuelos mañana mismo.

—Solo tiene doce años —contestó alzándose de nuevo para verlo de frente, incrédula, pero sin parar de reír—. Tiene mi rebeldía, pero también tu fortaleza y esa manera de ver el mundo como si todo fuera posible.

Andrew sonrió mientras la besaba en la cabeza con ternura.

—Sí, se cree el amo del mundo.

—Para eso estamos nosotros, para darle buen consejo y guiarlo por el camino correcto. Eso es mucho más de lo que yo tuve nunca y no salí tan mala —dijo con un toque de melancolía en la voz, pero rápidamente dibujó una sonrisa para no dejarse llevar por los duros recuerdos de su infancia.

Andrew la abrazó con fuerza, luego levantó la cabeza para verla mejor y la besó en la frente, en la nariz, bajó hasta sus labios y enredó su lengua con una dulzura que casi la hace llorar de emoción.

—Eres la prueba de que incluso en los senderos más difíciles, puede florecer algo hermoso. Eres increíble, cariño, y juntos haremos que nuestros hijos tengan lo que se merecen… incluso cuando sean unos torbellinos de energía.

Catalina dejó la cabeza sobre su pecho. Él notaba la sonrisa dibujada en su piel.

—Entonces…

Andrew resopló fuerte.

—Crees que haciéndome ojitos podrás convencerme, pero…

Ella comenzó a besarle el torso y subió por su cuello, dejando con su lengua un reguero de fuego. Contuvo el aliento al notar cómo él se estremecía y crecía todavía dentro de ella.

—Haciéndote ojitos no sé, pero con otras cosas lograría rendirte a mis pies.

—Eso tendrás que demostrarlo muy aplicadamente, señora McPherson.

Catalina rio y comenzó a moverse de nuevo sobre su verga. Él jadeaba con los ojos entrecerrados, colmado de placer.

—Dime que dejarás ir a Williams a la Fiesta de la Estrella y sabrás lo concienzuda que puedo ser.

—¡Oh, por el cielo, mi amor!

—¡Dilo! —gritó llenándose de él con pasión de forma repentina y pronunciando su nombre, imperiosa. Una y otra vez lo subyugaba mientras sus corazones latían acelerados.

—Sí, sí, de acuerdo, que vaya, pero sigue así, sigue, no pares...

Catalina sonrió, complacida. Su mejor arma siempre había sido entender cómo llegar al corazón de los hombres, y Andrew no era la excepción. Sin embargo, con él era diferente. No se trataba de someter, sino de compartir. Él era suyo, y ella, completamente de él. Los fantasmas del pasado ya no tenían cabida en su vida, su felicidad estaba aquí, en ese momento, con su hombre, su amor.



Era jueves, víspera de la Fiesta de la Estrella. Habían declarado descanso en la escuela para todos y Charlotte aprovechaba para preparar algunos temas sentada frente al escritorio de su dormitorio. Irving no paraba de interrumpirla con su estúpida obsesión en los juegos, en los que competiría con su hermano.

—Sé que Cameron es bueno, tampoco es necesario que me lo repitas tanto.

—Para mí, aunque pierdas…

—No pienso perder —soltó, con el ceño tan arrugado y voz tan grave que Charlotte no pudo reprimir la risa—. No sé por qué te ríes, es un fanfarrón y este año voy a darle su merecido. No puedo soportar que ni tú creas en mí.

Volvió la cabeza para observarlo con atención, mordiéndose el labio paseó la vista de los pies a la cabeza y contuvo un suspiro. Su esposo, desde que se enteró de que sería Cameron quien se encargara de organizar la fiesta, decidió que lo derrotaría en todo. Su rutina tras dar las clases en la escuela era la de entrenar con los soldados del clan. En consecuencia, había aumentado mucho su envergadura, la musculatura era más que resultante y su apariencia física ya no era la de un príncipe erudito, sino la de un rey imponente, y eso a ella… la volvía aún más loca.

Se quitó las gafas y soltó la pluma sobre el escritorio de madera. Luego se acercó a él con paso lento donde se hallaba sentado a los pies de la cama decorada en sus esquinas con columnas griegas y cenefas clásicas. Observó cómo su nuez de Adán bailaba con lentitud al posar su mano en su nuca, y lo atrajo hasta que sus labios quedaron a un suspiro de separación.

—Yo creo en ti más que en nadie en el mundo. Nunca pienses otra cosa, ¿me oyes?

Él la estrechó entre sus fuertes brazos y devoró su boca con pasión. Entre jadeos ahogados se dejaron llevar una vez más por la excitación y esa tremenda atracción que siempre los cegaba cuando estaban solos.

Desnudos sobre la gran cama se amaron hasta la extenuación, se abrazaban como si fuera la última vez.

—Nunca podría cansarme de ti, amor mío. Eres mi aliento cada día.

—Mañana le darás una paliza a ese presuntuoso de hermano que tienes, y si no, yo te consolaré entre mis muslos.

—Uff, si es así no me importará perder, cariño —dijo mordiéndole el cuello y descendiendo hacia su escote.

—De eso se trata… ¡Ah! —exclamó al sentir sus dientes sobre su pezón—. Quiero que te quede claro que yo seré tu premio de consolación.

Se arqueó para él, ofreciéndose con desvergüenza. Moría por sumergirse de nuevo en su arrolladora pasión. Irving la colmó de caricias y la embistió hasta hacerla perder la cordura.

Unos golpes en la puerta los despertaron. Irving bufó, al darse cuenta de que habían perdido la noción del tiempo dormidos uno en brazos del otro.

—Señores, les recuerdo que los niños les esperan impacientes para el ensayo de la función.

Ambos se miraron con cara de circunstancia y muy tensos.

—Gracias, Eloise, no tardaremos —respondió su marido, apresurado, y ya con un pie fuera del lecho.

—Oh, ¿cómo lo hemos olvidado? —dijo Charlotte, poniendo las manos en su frente. Irving le agarró una y tiró de ella para ayudarla a levantarla, mientras este no podía evitar reír de forma traviesa—. No te rías, Psique nos regañará seguro, ya la veo con la vara en la mano.

—De eso estoy seguro —se carcajeó, su marido.

Este la ayudó a vestirse entre besos tentadores y caricias traviesas. Ella lo imitaba sin poder contenerse.

—Te amo y amo a nuestra familia.

—Yo más, siempre más.

Salieron cogidos de la mano al pasillo, risueños como niños y temerosos de una asegurada reprimenda. Cuando entraron al salón enmudecieron ante la estampa que se encontraron. Todos los McAllen, incluidas hasta las nanas de estos, los esperaban para empezar.

Psique, vestida con una túnica blanca y flores en su cabeza pelirroja tan indómita como la de su madre, se esmeraba en dar instrucciones a su primo Malcolm y lo animaba con besos muy tiernos. Al girar su cabeza hacia ellos les regaló un fruncido ceño, aunque Irving lo arregló tirándole un beso al aire y esta les sonrió, como siempre. Psique tenía un carácter fuerte, pero era dulce como

el almíbar. Su alegría innata llenaba cada rincón de la mansión McAllen y del castillo de sus tíos cuando se encontraba en este.

Irving se sentó en unas sillas dispuestas junto a su hermano y cuñada Adele, y Charlotte fue a abrazar a su amigo y también padre postizo, como decía él desde que se había casado con su suegra.

—Hola, niña. Psique casi va a buscaros con la vara, tuve que frenarla y mandar a llamaros. —Charlotte rio—. Os he librado de una buena.

—Gracias. No sé qué haría sin ti, papá.

Era la primera vez que lo llamaba de esa forma y la observó con emoción contenida. Apretó sus manos entre las suyas y se las besó, luego le echó el brazo por los hombros y la apretó contra él.

—Estoy tan orgulloso de ti, como lo está mi amigo allá arriba.

—Y yo te quiero tanto como lo amé a él.

Los aplausos los obligaron a despertar de esa burbuja de cariño fraternal y pusieron atención en la tarima que se alzaba enfrente. Los vestidos que habían sido diseñados y elaborados por Thom eran impresionantes. La decoración la dejó con la boca abierta, pues estaba cuidada hasta en el mínimo detalle. En la obra, todos los niños McAllen participarían, incluso su suegra Eileen se había animado con un papel secundario vestida de naranja y tonos cálidos, representando a un bonito petirrojo. La observó con embeleso, parecía haber rejuvenecido veinte años desde que conoció a su amigo y se había rodeado de tantos nietos. Thom cruzaba alguna mirada con la de ella y esta sonreía con recato, intentando disimular el sonrojo con cualquier gesto improvisado. ¿Quién iba a decir que Thom encontraría el amor después de todo lo sufrido? ¿Cómo imaginar que ya solo les quedaban por vivir sonrisas cada mañana entre tanta inestabilidad social y política? Mientras estuvieran juntos, nunca les faltarían.

Jana prorrumpió sobre el escenario con voz potente y grave. Representaría la villana de su propio cuento, y tal vez la heroína

finalmente. ¿Quién sabía qué había inventado esta vez la escritora de la familia? Todos le prestaron atención.



La Fiesta de la Estrella, 29 de febrero de 1724

Tierras McAllen.

A pesar de la tensión política en esos tiempos, los escoceses siempre estaban dispuestos a celebrar una fiesta, y más una tan desconocida en el noroeste de Escocia. Poco a poco se había establecido, y los que ya la conocían, viajaban desde muy lejos para poder disfrutarla.

La música de violines llenaba el ambiente y de vez en cuando se escuchaba alguna gaita cortar el aire de forma estremecedora. Los juegos habían comenzado esa mañana y los hermanos McAllen se reñían fervientemente en quedar el primero de los dos, los demás no les importaban.

Charlotte se acercó a Hellen, quien reía con Jane a ver quién colaba la nuez en la boca de la rana. Las mujeres McCain y McEwen, como Daviana, Elizabeth y Julie esperaban su turno, ansiosas.

—¿Dónde están las demás? Me parece raro no verlas con vosotras siendo tan competitivas.

—Hannah y Diana se fueron a practicar el lanzamiento de dagas con mi Connor, el hijo de Jane, y su amigo Williams —contestó Elizabeth

—Ellas están a otro nivel —bufó Daviana.

—Audrey estará con Angus bailándole una de sus maulladlas canciones de amor. —La secundó Julie con un resoplido más común de un hombre.

Charlotte rio al oírla.

—Williams es el hijo de…

—De mi amiga Catalina McPherson —la interrumpió Jane, quien se aproximaba en ese momento saboreando un trozo de tarta envuelto en un pañuelo.

Sonrió a la rubia, pero se guardó la duda pues no quiso ser imprudente. No obstante, Jane se colocó a su lado y se la respondió al oído, habiéndola adivinado.

—Vino con Elizabeth, Williams es muy amigo de su hijo Connor. Sus padres prefirieron quedarse en Mòran Chloinne.

—Ah, qué pena que no hayan venido también.

—Créeme, es mejor así.

—Comprendo —respondió asintiendo.

Todos sabían que, aunque Catalina desde que se casó se había convertido en una mujer respetable, su pasado en ese castillo pesaría siempre demasiado. Con su ausencia se ahorrarían muchos dolores de cabeza con Adele y Cameron de anfitriones de la fiesta.

—Vengo a avisaros que comienzan las representaciones —anunció frotándose las manos con entusiasmo.

—Oh, vayamos pronto, entonces.

Todas se dirigieron hacia el escenario y Charlotte fue a avisar esta vez a su marido que jugaba a lanzar el martillo con Cameron.

Cuando llegó hasta él, la miró un segundo con pesadumbre, luego siguió expectante el turno de su hermano. Ella lo besó en la mejilla y él mostró parte de una sonrisa, pero no apartó la mirada de Cameron.

El martillo voló lejos, sería difícil superarlo y este se acercó enseñando los blancos dientes y unos andares de sobrada vanidad.

—Te toca, hermanito, te lo he dejado fácil.

Irving se irguió, molesto por su fanfarroneo. Y Charlotte tiró de su muñeca indicándole que la atendiera.

—Cuando tires, piensa en lo mucho que has conseguido hasta hoy. Da igual el resultado —le susurró al oído.

Él la miró con embeleso y la besó fugazmente en los labios antes de aproximarse a su martillo.

Irving flexionó los brazos y piernas, preparándose. Cameron comenzó a silbar una estúpida melodía para desconcentrarlo de su objetivo, ya con martillo en mano y ella aprovechó para susurrarle algo al oído a su cuñado. Al segundo, este enmudeció bajo la mirada extrañada de su marido.

Al fin comenzó a girar dando grandes saltos sobre sus pies y soltó la pesada arma. Charlotte vitoreó como loca al ver sobrepasar la marca de Cameron con unos cinco pasos de ventaja.

Irving se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos, haciéndola girar.

—Puedes lanzarla a ella también. Eres una bruja, cuñada —soltó Cameron antes de irse dirección al escenario.

Ella rio con ganas mientras veía cómo se alejaba.

—Enhorabuena, campeón. Necesito un martillazo como ese todos los días de mi vida.

Él rio y la apretó contra sí, sin importarle las miradas que acaparaba a su alrededor.

—Esta noche te enseñaré mi mejor tiro de martillo —dijo sobre sus labios, conteniéndose para no devorarla allí mismo—. ¿Qué le dijiste para callarlo?

—Le dije que Adele me había pedido encarecidamente que lo enseñara a tocar el piano, para que pudiera demostrar sus dotes en la próxima Fiesta de la Estrella —respondió aguantándose la risa, pero le era imposible.

Ambos rieron y acabaron besándose apasionadamente. Solo fueron conscientes de dónde se encontraban cuando oyeron los aplausos y silbidos a su alrededor. Sonrojada se separó de él y lo llevó de la mano hasta el escenario donde pronto comenzaría la función de sus hijos.



Williams McPherson reía con sus amigos Connor y Ronald de camino a la fiesta. Habían practicado la puntería con dagas, con las señoras McCain. ¿Quién diría que mujeres tan hermosas como aquellas tendrían mejor puntería que un hombre? Eran asombrosas y él, que comenzaba a observar el género femenino más allá de sus vestimentas, quedó fascinado. Eran mayores, pero tan hermosas que más de una vez tuvieron que despertarlo con una palmada en la espalda tras quedarse embelesado mirándolas. La que más le gustaba era la señora Hannah. Era impetuosa, muy graciosa y su cabello cobrizo refulgía cuando los rayos de sol caían sobre él como una lluvia de estrellas fulgurante.

Por un momento se imaginó acariciando su cabello de fuego y quemándose con él. Y esas pecas…

De repente, una risa cantarina llamó su interés. Fue como el cantar de una sirena, como esos sonidos que te estremecen y te encogen el corazón por un segundo. Se paró en seco buscando de dónde provenía, pero este ya no se escuchaba. A su alrededor solo había unas cuantas ancianas sentadas en un banco charlando y no creía que fueran ellas las que habían reído con tal delicadeza.

Williams lo instó a seguir, y al ver que no volvía a oír la risa, prosiguió su camino todavía afectado y con un raro sentimiento de pérdida.

Llegaron junto al público. Él prefería quedarse apartado, pero Connor les insistió en acercarse a la primera fila. Decía que pronto actuarían los McAllen y tenía muchas ganas de verlos. Entonces, sintió muchas ganas de orinar, había bebido bastante agua y se excusó, prometiendo volver pronto. Había tanta gente allí que tuvo que apartarse un poco y se dirigió a un árbol de tronco enorme que quedaba más apartado y brindaba algo de intimidad. Dando largas zancadas se plantó frente a este y se levantó la tela de su *kilt*. Suspiró aliviado cuando comenzó a vaciar su vejiga de espaldas a

todo. Se tapaba con rapidez cuando oyó un lastimero lamento. Provenía de detrás del tronco donde estaba y, con el corazón latiendo desbocado, se asomó con curiosidad.

Cuál fue su sorpresa cuando se topó con los ojos más azules que jamás había visto. Lo miraban con la misma sorpresa que él mostraba. Era tan pelirroja como la señora McCain, pero incluso podría decir que su tono era más vivo aún. Caía desordenado y largo por sus hombros y lo adornaba con flores blancas. Como si se hubiera detenido el tiempo, la niña, de unos años menos que él, no borraba la preciosa sonrisa que llenaba el pecoso rostro.

—Hola, puedes ayudarme o quedarte todo el día mirándome con cara de pasmarote —dijo esta ante su embeleso y señalándole el mechón que tenía enredado en una de las ramas del árbol.

Williams parpadeó, confuso, y al fin reaccionó, pero no pudo evitar el sonrojo que cubrió sus mejillas. Rodeó el árbol llegando hasta su lado. Sin entenderlo, su corazón latía muy rápido y sentía cierto pavor. Era absurdo, aquella era una niñita descarada, nada más.

Sin abrir la boca, se acercó a ella, quien esperaba con expresión impaciente y bufando, hastiada de la situación.

Al verla tirar con fuerza y gemir en consecuencia, por fin habló.

—Espera, te harás daño si tiras tan fuerte.

Ella se quedó inmóvil y esperó con impaciencia su liberación, mientras él maniobraba con los dedos y el cabello.

—Está muy enredado. ¿Qué estabas haciendo para liarlo tanto?

—Ensayaba una escena de una obra teatral.

—¿Y tenías que liarte el pelo aquí?

—Bueno, quería hacerlo muy real y lo anudé a la rama, se supone que yo estaba presa y ahora ya no puedo desenredarme, y llegaré tarde, y estoy sola…

—No estás sola, estás conmigo —la cortó tratando sin éxito de deshacer el nudo, sin embargo, cada vez parecía más enredado que

antes.

—No te conozco.

—Me llamo Williams McPherson.

—Gracias, Williams.

—Esa no es la respuesta adecuada.

—Ah, ¿no? ¿Y cuál debería ser? —preguntó con ojos curiosos.

Williams sonrió. Esa niña le resultaba muy graciosa, pero parecía ser un poco impaciente para todo.

—Deberías presentarte también.

—Ah, es verdad, no había caído.

Williams esperó la respuesta que sin saber tanto ansiaba, pero no llegó.

—Y te llamas…

Ella abrió mucho los ojos y sonrió otra vez. Su corazón volvió a latir fuerte.

—Psique McAllen.

—Encantado de conocerte, Psique, aunque sea en una circunstancia tan rara como esta.

De pronto, a lo lejos, se oyó a una niña llamarla a gritos.

—Oh, es Jana. La función va a empezar, tengo que irme.

—Psique, no puedo desenredarlo.

—¿Y qué solución tenemos? No puedo llegar tarde.

—O corto la rama con mi daga o corto tu mechón —dijo con voz temerosa.

—No pienso actuar con medio árbol colgando de mi cabeza. —Williams no pudo contener la risa y esta lo miró enfurruñada—. A mí no me hace ninguna gracia.

—No me rio de lo que te ocurre, es que tú me resultas muy graciosa.

—Oh, ahora resulta que soy un bufón, muchas gracias —le dijo con las manos en jarras.

La imagen era divertida, no podía evitarlo: ella enfurruñada con las manos en la cintura y su cabello enganchado en la enorme rama. Parecía un bufón, no podía negarlo.

—Elige qué cortar: ¿Rama o pelo?

Ella gimoteó con la cara enterrada en sus manos, incluso la oyó soltar algunos hipidos que lo estremecieron sin explicación. Luego, con ojos brillantes lo miró, decidida.

—Pelo.

—¿Estás segura?

Ella negó con la cabeza y Williams sintió que su dulzura le hacía flaquear las piernas.

—Volverá a crecer —dijo desenfundando la daga. Mientras cortaba el cabello comenzó a decirle palabras consoladoras, no deseaba verla sufrir—. Que te falte un mechón no hará que seas menos hermosa.

—¿Soy hermosa?

Ella lo miró de nuevo con esa curiosidad que lo embelesaba.

—Muy hermosa. Tu cabello es tan vivo como el fuego de un volcán y tu naricita me recuerda a la de un precioso conejito. Tus ojos azules son más hermosos que el cielo que nos cubre y tu…

Miró sus labios tan llenos y rojos, tan de niña y apartó la mirada con rapidez.

—¿Boca? —preguntó la niña, trémula.

—Tus orejas.

Ella levantó una ceja inquisidora.

—¿Cómo son mis orejas? —insistió ante su mutismo.

—No sé cómo pueden ser unas orejas —dijo muy agobiado y liberando de un tirón al fin a Psique.

Jana apareció a la carrera, muy sofocada y la llamó con impaciencia.

—¡Vamos, Psique! ¿Qué haces?

—Yo…

Psique se mesaba el mechón cortado con timidez y lo miró con curiosidad. Otra vez esa insaciable curiosidad. Sin esperarlo, ella se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, Williams, aunque no te gusten mis orejas —le dijo con una gran sonrisa y le volvió la espalda para salir corriendo al instante.

Jana corrió tras ella recriminándole lo que acababa de suceder. Y ella reía y reía, llenando su corazón de esa melodía de sirenas tan hermosa, la misma que escuchó hacía un rato. La vio alejarse. Pronto iría a verla actuar, pero recogería el mechón de fuego y lo guardaría dentro de su pañuelo. ¿Por qué? No lo entendía, solo sabía que nadie lo había hecho estremecer como ella.

Una niñita de cabellos de fuego y feas orejas. Sonrió con embeleso y se dirigió con prisa hacia el escenario.

Fin

No te pierdas en las últimas páginas el árbol genealógico…

NOTAS DE TRADUCCIÓN

1.
Mi ángel te sacó de las tinieblas.

2.
La fortuna favorece al audaz, pero el ángel siempre vigila.

3.
Frase adaptada del libro *Cumbres Borrascosas* en consideración a Emily Bronte. La verdadera es «No puedo vivir sin mi alma, no puedo vivir sin mi vida».

NOTAS PARA EL LECTOR

Mis queridos lectores, quiero agradeceros desde el fondo de mi corazón por haberme acompañado en este viaje tan especial. Cada capítulo, cada historia, cada emoción compartida se convirtió en un abrazo entre vosotros y yo. Es maravilloso saber que mis palabras han encontrado un rincón en vuestras almas románticas.

Mientras pensaba cómo concluir esta historia, me di cuenta de que un final nunca es realmente el final: Es solo el comienzo de algo nuevo. Williams y Psique simbolizan ese renacer, ese constante girar de la rueda de la vida, donde las despedidas abren paso a nuevos encuentros y las flechas de Cupido encuentran corazones esperando ser descubiertos.

Así que, mis *Loves*, os invito a imaginar, a soñar y a continuar escribiendo de momento esta historia en vuestras mentes y corazones. Porque al final del día, las historias más hermosas son las que llevamos con nosotros, las que evolucionan y crecen con nuestra propia experiencia.

Mis lectoras cero casi me fusilan cuando les dije que dejaría a Psique y Williams a su imaginación y, como no quiero que nadie se enfade, ni ellas ni vosotras, os prometo la sorprendente historia de esos dos niños ya mayores. Sin querer queriendo, ya me están susurrando secretos al oído y son tan bonitos... Totalmente irresistibles. Pero antes tengo otras historias pendientes: Rosaleen y su capitán, y ¿os acordáis de Sophie, la hermana de Hannah? A ella tampoco la he olvidado. La insinué no hace mucho en La rendición del canalla, no sé si os distéis cuenta… ;P

Por ello, no digo adiós porque sé que nuestras almas se volverán a encontrar en otras palabras, en otras páginas, en otros sueños. Gracias por compartir esta magia conmigo. Espero vuestros ánimos y apoyo en las reseñas, son lo único que me llega vuestro y no os imagináis lo importante que son para mí. A veces, cuando tengo un día tonto, de esos que desearías no haberte despertado, me leo vuestras bonitas palabras dedicadas con tanto sentimiento. Me

alegran el corazón y me ayudan a seguir adelante. Por eso os pido que dejéis vuestras opiniones en las valoraciones, muchas, a porrones. Cada una, las atesoro dentro de mí y me ayudan en esos días, recordándome que todo es posible.

Gracias, por tanto. Con todo mi cariño, siempre vuestra.

Gracias a Sandra, mi correctora, quién siempre está para todo lo que necesito y me anima, me hace reír... Ella es la purpurina de mis libros.

Gracias como siempre a mis compañeras de camino Setzy, Rocío, Hellen y Kathe. Sin vosotras nada sería igual, os necesito a mi lado y de vez en cuando daros un achuchón.

Y no me olvido de la maravillosa Jana Westwood, la cual me apoyó desde el principio de forma incondicional y me animó a seguir escribiendo. Ella es uno de los motivos por los que me esfuerzo cada vez más e intento superarme en cada libro, soy tu mayor fan, y lo sabes. Te I loviiuuu forever, Señora ;D

NOTA DE AUTOR

Gracias por leer Eres mi aliento, el último de la serie Highlander Heart, espero haberte hecho disfrutar mucho de su lectura. Sé que es un libro difícil, más denso que otros, pero también es más profundo y complicado por lo que su mensaje acarrea. A veces, las batallas se dan en el interior de uno mismo, no hace falta vivir en un castillo en el siglo de María Castaña, ni embarcarte en un barco de piratas…

Este libro pretende daros un mensaje importante y espero haberlo hecho con respeto para TOD@S:

Nuestro mundo está lleno de prejuicios. Muchas veces, castigamos a quienes son fuertes solo para sentirnos más poderosos. Esta situación es muy común en la discriminación que sufren muchos.

Por desgracia, muchas veces los que luchan por la igualdad son silenciados o castigados por no seguir las reglas establecidas. Estos se enfrentan a la discriminación y violencia simplemente por ser quienes son.

Este comportamiento de señalar y castigar a otros es un reflejo de nuestra propia inseguridad y miedo. En vez de apreciar la diversidad y las capacidades únicas que cada persona trae, algunas personas prefieren menospreciar y oprimir a quienes son diferentes para sentirse superiores.

Es importante que trabajemos juntos como sociedad para eliminar estos prejuicios y construir un mundo en el que se celebre la fortaleza en todas sus formas. Al reconocer y enfrentar nuestras propias inseguridades y miedos, podemos empezar a derribar las barreras que impiden la verdadera honradez y justicia para todos. Solo así podremos crear un entorno donde todas las personas, sin importar su género, orientación sexual o raza, puedan vivir con dignidad y respeto.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

LA FLOR DORADA (Highland Hearts)
MI QUERIDO DEMONIO (Highland Hearts II)
SOLO TÚ PUEDES SALVARME (Highland Hearts III)
MUCHO MÁS QUE AMOR (Highland Hearts IV)
BAILANDO EN TU SONRISA (Highlander Heart I)
EN LA BRUMA DE TU TORMENTA (Highlander Heart II)
LA RENDICIÓN DEL CANALLA (Highlander Heart III)
ERES MI ALIENTO (Highlander Heart IV)
BLUE MOON. PARTE I: EL COMIENZO

DISPONIBLES EN AMAZON

ÁRBOL GENEALÓGICO

Highland Hearts

McCain


Georgina McEwen


Bruce McCain


Bruce McCain


Hannah Munro


Edward McCain


Elizabeth Lindsey


Diana McCain


Thomas Furgerson


Megan 1705
Ethan 1709
Bruce 1710
Leo 1710
Juliette 1712


Margaret 1709
Connor 1712


Georgina 1710
Lisbeth 1712

McEwen


Annabella McKintosh


Williams McEwen


Daviana McEwen


Miles Allan


Marc 1710
Robert 1710
Meredith 1711

Highlander Heart

McAllen



Henri McAllen



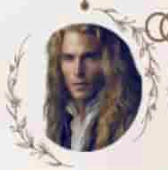
Eileen Pattersons



Cameron McAllen



Adele Lindsey



Irving McAllen



Charlotte Robertson



Andrew 1713
Jana 1717
Malcolm 1721



Psique 1712
Irving 1714
Stuart 1717

McPherson



Andrew McPherson



Lisbeth Young



Albert McPherson



Letizia Jamieson



Andrew McPherson



Catalina Sáez



Albert 1707
Isobel 1704



Williams 1712
Callum 1714
Catalina 1717

HIGHLANDER HEART

KELLY



JOHN KELLY — BRIANNA ROSS



JULIE KELLY — DOUGLAS MCLEOD — ANNE KELLY — PHIL BLAIR — AUDREY KELLY — ANGUS DRUMMOND — IAN KELLY — HELLEN CHAMBERLAIN



MARIEL 1696
JOHOANNA 1696
DOUGLAS 1704



BRIANNA 1690
KARL 1691



MAGNUS 1712
ISOBEL 1714



BRIANNA 1712
LEWIS 1712
IAN 1716
OLIVIA 1717